

LILI CROSS

KALTE



OZ
EDITORIAL

LILI CROSS

KALTE



KALTE

El legado de la sangre maldita

Lili Cross



KALTE

V.1: marzo, 2019

Título original: Kalte

© Alejandra Gomis, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Imagen de cubierta: Yuriko

Diseño de cubierta: Lili Cross y Cristina Magriñà

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragón, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-31-6

IBIC: YFH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de

los titulares, con excepción prevista por la ley.

Kalte

Sangre, venganza, ira, muerte... Todas causan una sed insaciable

Kalte era una joven dulce e inocente.

Ahora, es una vampira y el mal de la Oscuridad lucha por dominarla.

Está dispuesta a todo para sembrar el caos en la noche.

Es la hora del ocaso y la peor de las pesadillas está a punto de desencadenarse.

Kalte, una vampira que lleva veinte años reprimida bajo el yugo de su creador, decide escapar. Pero no sola. En su huida, convierte a Darek, un apuesto joven policía que se culpa de la muerte de su esposa y vive torturado por la pena y la sed de venganza. Juntos, se adentrarán en un mundo peligroso y lleno de secretos que cambiará su destino... para siempre.

*Esta novela te la dedico a ti.
Si tienes este libro en tus manos, quiere decir que eres una parte importante
de mi gran sueño, traer a la vida a Kalte.
Y espero que a partir de estas páginas, esta parte de mí también pase a
acompañarte en tu corazón
y tus recuerdos.
Con todo mi cariño... Gracias.*

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Kalte

Dedicatoria

1. La pesadilla
2. La Conversión
3. Primera noche
4. El viaje
5. El beso de la muerte
6. No te enamores
7. La venganza
8. Llegó tu hora
9. Cazador cazado
10. La leyenda de Rurik
11. Reencuentros del pasado
12. La iniciación
13. La huida
14. Desvaríos de un loco
15. Hogar, dulce hogar
16. El diario secreto
17. Cuentos para no dormir
18. El placer del mordisco

19. El Príncipe de Boston

20. Bobby

21. El hombre colgado

22. El legado

23. Ofrenda de sangre

24. Palacio de cristal

25. Toque gélido

Epílogo: Frenesí

Agradecimientos

Sobre la autora

Capítulo 1

La pesadilla

El dolor es tan agudo que, en cualquier momento, la robusta mano que le sujeta el cuello podría partirle la columna como si se tratase de una rama seca. Aun así, no se ahoga. No es esa sensación la que la atormenta, lo es el miedo. Un oscuro y siniestro terror recorre su cuerpo haciéndole querer alcanzar lo único que ahora mismo le es imposible: la salvación. No es capaz de ver quién es el dueño de la mano que la tiene suspendida en el aire a unos palmos del suelo, y esa incertidumbre es un grano de arena más en un desierto hecho de terror. Es una sombra alta, corpulenta y siniestra, que parece que oculte un monstruo con cuerpo humano tras esa cortina de humo negro. Y ella, débil como un animal herido y cansado, tan solo está ahí, tratando de librarse con movimientos torpes y con sus diminutas manos de la zarpa que la tiene apresada. Una vasta y enorme garra que podría corresponder a un hombre muy grande y corpulento, a una criatura hecha para matar.

Pero ella no quiere morir, y esa angustia la domina cada vez más. Peina con la mirada el lugar donde se encuentran y sus ojos no captan nada. Todo está demasiado oscuro. Es como si solo ellos dos estuviesen en el infierno, un pozo oscuro y eterno donde es imposible alcanzar ningún objeto para ayudarse en su lucha por sobrevivir. Con sus menudas manos, trata de aflojar en un esfuerzo inútil los gruesos dedos que rodean su cuello como una anaconda tratando de asfixiar a su víctima. Cada vez más fuerte. Ni un solo

soplo de aire podría separar la garra de su ahora dolorido pescuezo a pesar de sus intentos desesperados por crear distancia entre ellos. Por mucho que forcejee, no logra zafarse, ni puede cargar con un golpe lo suficientemente fuerte que haga que los poderosos dedos del ser desistan de su objetivo: acabar con la vida de la chica.

—Por favor... no...

Kalte gimotea con un hilo de voz, tan débil como ella, con la esperanza de que su agresor la suelte. Siente que está en este lugar por alguna razón que no comprende y sabe que, haga lo que haga, lo peor está todavía por llegar. No puede dejar de buscar la razón de todo esto y no recuerda dónde estaba antes ni cómo ha llegado aquí, pero su corazón sabe que sus actos la han acabado trayendo a un destino que tanto deseaba evitar.

Cuando la muerte nos acecha y estamos a punto de vivir nuestros últimos momentos sobre la tierra, el cuerpo nos otorga unos instantes de lucidez. Una luz que ilumina nuestro pensamiento asustado y perdido. Y esa cordura final es la necesaria para poder despedirnos de nuestros seres queridos, pero, en esta ocasión, utiliza esa cordura para pensar, y rápido. Tiene que escapar y sobrevivir. No acabará así. No cederá ante las órdenes de su terror. Es una superviviente y debe escapar de él, aquí y ahora.

La sombra oscura que la tiene apresada mantiene los ojos rojos clavados en ella. Unos ojos como rubíes brillantes y cegadores que llaman la atención en un escenario completamente negro. El ser esboza ante Kalte una sonrisa blanca y perlada hecha de muerte y sed de sufrimiento. El horror que creía controlar vuelve a dominarla. Ese ser grotesco parece salido del mismísimo infierno, y su sonrisa es la confirmación de que el mal habita en él. La piel de la muchacha se pliega bajo las garras del agresor, que aprieta con una fuerza sobrehumana y le causa un dolor atroz. Kalte esboza una mueca de angustia mientras sigue intentando zafarse. Un pequeño chasquido de su columna retumba en su cráneo y el sonido le recuerda a un cristal agrietándose en las profundidades del inmenso y vasto océano a causa de la presión. Un pequeño apretón más y esa presión acabará por romper lo que queda de sus huesos.

La blanca y siniestra sonrisa del ser hecho de sombras desaparece, y de él brotan unas melódicas palabras en forma de susurro espeluznante. Kalte no entiende lo que dice, pero tan pronto esa cantinela funesta llega a su fin, su cuerpo, menudo y luchador deja de esforzarse y se rinde a su hechizo de

cautiverio. Cuelga lánguida y completamente paralizada de la garra que aún no libera a su presa. El cuerpo de la muchacha no reacciona a sus propias órdenes, y sus ojos miran fijamente a los de la criatura, como si estuviesen imantados. Miles de pensamientos la asaltan sin comprender lo que pasa, pero su cuerpo ahora no es más que el de una muñeca de porcelana en manos de una niña mala. ¿Por qué no puede moverse? ¿Es el terror? No puede ser, ya que antes sentía el mismo miedo y podía luchar para intentar soltarse. ¿Tal vez es el saber que no tiene escapatoria? ¿Tan rápido se ha rendido ante las garras de su apresador? ¿De verdad no puede hacer nada para escapar de él? La muchacha siente un vértigo que la marea al no encontrar respuesta a ninguna de tantas preguntas. Tan solo desea cerrar los ojos y que todo esto acabe.

Lánguida e inmóvil bajo la garra que todavía la mantiene alzada en el aire, percibe muchos ojos en la sala. Están clavados en la siniestra escena de un asesinato anunciado en la oscuridad de este lugar desconocido, al menos para ella. No se había dado cuenta antes y, aunque ahora sabe que están en una sala, no alcanza a verla claramente. Parece fría y amplia, aunque la oscuridad le impide ver más allá. Pero lo sabe: no están solos. No oye voces, ni tampoco intuye movimiento alguno de objetos causados por la presencia de otras personas aquí, pero el instinto de Kalte le grita que hay alguien más. El silencio en el que se mantienen es un enemigo inquietante ahora que sabe que algo más se esconde con ellos en las sombras. ¿Son enemigos? ¿Aliados? ¿Espectadores? Kalte ignora la respuesta, pero tiene claro que nadie está haciendo nada por ayudarla a escapar de su asesino. ¿Por qué no puede gritar para pedir ayuda? ¿Por qué no puede moverse para intentar librarse de él? ¿Por qué no puede dejar de mirar a esa figura sin rostro que quiere matarla? Está perdida entre tantas preguntas que tan solo acentúan la oscuridad y la incertidumbre del momento.

Los ojos carmesí de su agresor se acercan a una lentitud inquietante, como si el tiempo se hubiese apiadado de ella y le diera una última oportunidad para huir, aminorando la velocidad del segundero para que sea capaz de encontrar la forma de escapar de allí. Pero no puede. No sabe cómo huir de este ser del inframundo que la horroriza. El tiempo es cruel; en vez de ayudarla, la castiga con la agonía de no poder detener el destino que se aproxima irremediabilmente.

La sombra está cada vez más cerca de su rostro. Hasta que, al fin, la criatura hecha de oscuridad se detiene a escasos centímetros de su cara. Un respiro separa sus rostros y, mientras él susurra de nuevo, Kalte siente que algo en ella se rompe. Nada corpóreo. Más bien, algo intangible. Una sensación que se asemeja a la tensión que hay entre dos objetos con fuerzas opuestas y que acaban rompiendo el hilo que los conectaba, y, con eso, el cuerpo de la muchacha y su mente acaban desvinculados.

El corpulento y alto ser la coge por la cintura para mantenerla elevada, de modo que sus miradas sigan conectadas en un vínculo similar a un lazo de muerte. Lejos de luchar, ahora que la sombra le ha dejado libres ambas manos, Kalte, con los ojos vacíos, inclina su cabeza y le ofrece el cuello muy suavemente. Su mente grita, patalea, llora, pero todo eso queda ahogado por un cuerpo inerte y desobediente que no responde a sus deseos. Todos los movimientos que puede realizar no son suyos. Ahora actúa como una marioneta vacía, y el titiritero que mueve los hilos de su voluntad ha dejado de ser ella misma. Se siente presa en una cárcel hecha de músculos, piel, sangre, pelo... Lo que algunos llaman templo, ahora es una celda con una ventana donde su mente observa, impotente, lo que hace su cuerpo.

Pero a pesar de no poder controlar su cuerpo, Kalte no ha perdido la sensibilidad. Un escalofrío recorre su cuerpo al sentir el tacto del ser cuando este le aparta su larga y lacia melena del cuello, dejando el camino libre para un mordisco. Sabe lo que va a hacer, y tiene más miedo que nunca. Ahora está a su merced. Va a morir. Pero no quiere, no así, no ahora.

El ser sin rostro posa el dedo índice sobre los labios carnosos e inmóviles de Kalte. El gesto le augura que el momento ha llegado y, aunque no pueda gritar, la muchacha se prepara para el trágico final que le espera. Justo en ese fatídico momento, el tiempo, que parece haberse dado cuenta de que Kalte no está a la altura de su piedad, vuelve al ritmo natural y la da por perdida ante la feroz criatura que se abalanza a una velocidad alarmante sobre su cuello para clavar sus afilados colmillos en su nívea piel.

Una explosión de dolor agudo invade todo su cuerpo, desde la zona del mordisco hasta los puntos más lejanos de sus extremidades, a través de una red nerviosa que lleva ese angustiante sufrimiento a cada rincón de su ser. Es un dolor indescriptible incluso para los que han sido torturados. Un dolor que adentra en ti toda la maldad del infierno y llega para quedarse. No sabe si ha

sido por el dolor o por cualquier otro motivo, pero el cuerpo de Kalte, que suplica por piedad, vuelve a responder a sus órdenes. A pesar del dolor extremo, intenta no gritar, aunque es incapaz. Un sonido gutural emerge de su garganta como respuesta al horrible sufrimiento que está experimentando por el mordisco de ese ser, que la abraza con una fuerza estranguladora contra su pecho. La muchacha intenta apartarse de él mientras la sombra sin rostro bebe su sangre.

Cuanto más lucha Kalte, más la aprieta el monstruoso ser contra sí mismo, lo que le crea más dolor y hace que se debilite con más rapidez. Con la cabeza reclinada hacia atrás bajo el ser que la apresa, cada vez más frágil y exhausta, algo capta su atención. A pesar de que apenas puede moverse, tensa por el increíble sufrimiento que está experimentando, busca con desesperación algún objeto que pueda ayudarla a escapar. Tan solo alcanza a ver un gran cuadro con una figura grotesca llena de tentáculos negros que ondean por toda la obra, que está coronando un enorme asiento del que no puede distinguir su forma, pero que parece ser un trono grande y glorioso. A escasos metros, hay una mesa donde solo es capaz de ver un libro de cuero y justo al lado, una especie de daga negra que podría ser de obsidiana. Está tan lejos y tan cerca a la vez... Si pudiese alcanzarla, tal vez tendría una oportunidad de sobrevivir. La cogería con la poca fuerza que le queda, y apuñalaría a su agresor, una... Y otra... Y otra vez... Hasta que consiguiese que él la soltase. Y, aun así, le infligiría un dolor que ni siquiera se acercaría a una ínfima parte del calvario que ella estaba sufriendo. Cada estacada que se imagina en el cuerpo de su agresor es un calambre de electricidad ponzoñosa que se le clava más a ella hasta sus entrañas. La agonía del mordisco debería hacerle gritar cada vez más por la intensidad del sufrimiento, pero no puede, está tan débil que no es capaz de moverse. Su cuerpo está rendido a su merced, con los músculos lánguidos y la mirada perdida en esa daga que no ha conseguido alcanzar para salvarse. No puede siquiera mover un dedo sin que su cuerpo se sacuda de dolor. La criatura de las sombras aprieta de forma intermitente el cuerpo de Kalte contra el suyo, como si quisiera exprimirlo hasta absorber la última gota de su sangre. Con las pocas fuerzas que le quedan, y con la criatura todavía sobre ella, la chica solo es capaz de intentar pronunciar una última palabra. Busca en su interior el último retazo de energía que pueda quedar oculto, entreabre sus labios

para poder liberar tan solo una palabra si pudiera, pero su cuerpo ha sido vencido y sus labios vuelven a sellarse, a la vez que cierra los ojos... Dejando de luchar por completo.

En ese mismo momento, como un estruendo que resuena en sus oídos, oye el chasquido de un cristal al impactar contra el suelo y romperse en pedazos justo a sus pies.

Capítulo 2

La Conversión

Kalte abre los ojos y, desorientada, comienza a caminar hacia atrás. Está aterrada, como si aún tuviese encima a ese temible ser hecho de oscuridad y que emanaba un aura de horror. Mientras recula, se lleva una mano al cuello por el horrible dolor que siente y, con la otra, intenta palpar el aire en busca de una puerta, una pared o algo que le indique dónde se encuentra. Mira hacia todos lados temiendo que la sombra que la ha atacado siga aquí, al acecho, pero no es capaz de ver nada. Sus sentidos siguen embriagados por el miedo a la muerte que ha vivido de forma tan intensa. Una sensación de claustrofobia hace que quiera escapar. Un agobio opresivo acrecienta la presencia de su Oscurus, haciendo que se manifieste, extendiendo sus zarcillos de oscuridad por su interior para controlarla como un titiritero con su marioneta. Ahora ella es vulnerable, y su Oscuridad aprovecha la ocasión para tratar de controlarla en contra de su voluntad y, así, acabar por dominar a Kalte. No puede dejarlo salir; no sabe qué sería de ella si eso sucediese. Conoce a su Oscurus, que mora en ella desde que se convirtió en vampiro, hace años. Y aunque sabe que es una especie de ser que ansía el caos de forma descontrolada, el suyo es especialmente sensible a las emociones; cuando Kalte está alterada, el Oscurus se manifiesta para intentar anularla y dominar su voluntad. Es una presencia que habita en su interior como un intruso y hace que su yo más humano esté cada vez más perdido en el olvido para dar paso al ser temido en el que se está convirtiendo.

Pero ahora vuelve a ser como una niña; solo son unos instantes en los que ha olvidado dónde está y quién es. Tan solo piensa en lo que acaba de experimentar. No puede quitarse ese ardor agudo del cuello. Aún nota los colmillos del ser hecho de sombra clavados en su piel, y el miedo es tan vívido que su cuerpo a duras penas responde a sus órdenes. Mientras retrocede, pierde el equilibrio al encontrar un vacío bajo el pie: un escalón que baja hacia la oscuridad. El pánico la controla y hace que trastabille, incapaz de fijarse en el lugar en el que está. Y, tras forcejar con el aire para evitar caer de bruces contra el suelo, se desploma sobre un banco que está a pocos metros de ella, que se sacude ante la fuerte embestida de su cuerpo. Acto seguido, resuena el tintineo metálico de un objeto que ha caído al suelo. Aún está confusa y desorientada. Se queda inmóvil unos segundos mirando al recipiente que se ha caído, tratando de saber qué está pasando. Es una especie de cáliz con ornamentaciones doradas y plateadas. Por la posición en la que la copa está tendida, se aprecia que son tres gemas carmesí alineadas las que lo adornan. No hay ningún líquido vertido en el suelo, por lo que debía de estar vacío.

Todavía pendiente del cáliz, mientras trata de recordar lo que estaba pasando momentos antes de su horrible pesadilla, oye a su espalda un grito que le hace buscar la procedencia de esa voz femenina. El eco del chillido retumba en las paredes de la gran estancia vacía en la que están. Kalte se gira y desea con todas sus fuerzas que no se trate de otro mal que pueda atacarla, aunque el sonido es un alarido de terror más que amenazante. La fuente de ese grito procede de una joven rubia de unos dieciocho años, poco mayor de lo que parece Kalte. Su mirada parece horrorizada por lo que ha visto, o tal vez por la presencia de la vampira. Una cadena en el tobillo la mantiene sujeta y prisionera a una de las columnas de este lugar y, aunque llevaba un rato intentando zafarse del frío metal, le va a resultar totalmente imposible.

Aún confusa, Kalte no pronuncia palabra y peina con la mirada toda la estancia. Es bonita a la par que triste. Parece abandonada desde hace tiempo. Las paredes están hechas de fría roca, y las columnas de piedra están talladas con diseños que, con esta luz, no quiere ni puede descifrar. Está plagada de vidrieras y hay un gran rosetón formado por cristales de un sinfín de colores. Los rayos de luz de la luna se cuelan a través de las ventanas e iluminan la lúgubre sala; los destellos dibujan formas difusas con los patrones de las

cristaleras. El suelo es de roca antigua, agrietada por el intempestivo paso del tiempo, y una alfombra roja carcomida recubre la parte central de la sala, con lo que dota de una sensación más siniestra a todo el lugar. A pesar de estar abandonado, Kalte no ve ninguna pintada en las paredes, pero la mayor parte de los cristales están rotos. Tal vez a causa de las ramas empujadas por la furia del viento, o por animales salvajes que, torpemente, buscaban entrar para convertir el sombrío lugar en un improvisado resguardo del frío. Indicios que, a simple vista, sugieren que este sitio está demasiado lejos de la civilización, o que está protegido de algún modo de los posibles actos vandálicos que suelen acompañar el anonimato de la noche. Hay candelabros tirados por el suelo, una capa de polvo cubre gran parte de la estancia, y todas las telas están hechas girones, roídas, probablemente por los mismos animales salvajes que buscan cobijo del frío. Pero esta noche está reservada para Kalte y sus planes. Sin duda, el lugar está castigado por el aislamiento. El paso del tiempo no tiene piedad, a no ser que seas un ser inmortal.

Más allá de los muros, tan solo se puede apreciar un bosque tupido que abraza, resguarda y oculta el edificio. Es un sitio a salvo de las miradas curiosas, donde, por más que grites, nadie acudirá en tu ayuda. A ambos lados de la alfombra hay bancos de madera antiguos; algunos están descolocados, otros volcados y también hay varios partidos. En frente de ella se encuentra el escalón que la hizo tropezar cuando, alterada por su visión, intentó bajar. Y un altar, donde el cuerpo de un hombre yace sobre él.

Reconoce la escena, pero no puede creer que lo que acaba de vivir estuviera solo en su cabeza. No estaba preparada, y esta sensación, esta pesadilla tan vívida, ha sido la vez que más intensa le ha parecido.

Lleva meses con esta sensación de muerte en su cabeza. Siempre la misma imagen. Siempre aparece ese ser hecho de sombra, ese lugar que no reconoce, ese terror, esa parálisis..., pero jamás le había pillado en un momento en el que la dejase fuera de escena y le llevase a pensar que era real. Y, mucho menos, había experimentado un dolor tan intenso tras despertar de la pesadilla. Se palpa la zona donde siente el mordisco ahora con algo más de tranquilidad, pero no hay nada; no hay marcas de heridas, ni hay rastro de lesiones. La terrible experiencia va remitiendo poco a poco.

Su *Oscurus* parece estar más calmado y empieza a dejar todo eso atrás, convirtiéndolo en un recuerdo que desearía desterrar al olvido. Tras

recuperar la fuerza en las piernas, se levanta y recoge el cáliz del suelo, sintiéndose ya como siempre.

Observa a la muchacha rubia, que parece a punto de volver a gritar, aún con cara de horror. Kalte se lleva el dedo índice a sus carnosos labios para indicarle que guarde silencio. Señal que hace callar a la inofensiva chica, tal vez piensa que, así, podrá salvar su vida. «Qué ilusa», es lo primero que le viene a la cabeza al verla reaccionar. «Y pensar que hace años yo era tan tonta como ella...». Se acerca a la joven con movimientos delicados, suaves y femeninos. Ya recuerda qué hace aquí. Tiene una misión muy importante que no puede descuidar si quiere escapar de su realidad actual. Y aunque no haya olvidado la horrible pesadilla, debe recuperar la compostura y ser la horrible criatura que quieren que sea.

Cuando llega a los pies de la adolescente, se arrodilla para estar más cerca de ella. La muchacha tiene los pies descalzos y lleva unos vaqueros con las rodillas rasgadas combinados con un jersey rojo. Kalte comprueba que la cadena que la mantiene presa a la columna sigue intacta. Está sentada y con erosiones en la zona del tobillo causadas por el forcejeo que ha tenido al tratar de liberarse mientras la vampira estaba en ese estado de trance.

—Me parece que has sido un poco traviesa. —Kalte aparta la argolla metálica para estudiar las heridas. No parecen graves, pero, sin duda, no estaban ahí cuando la atrapó.

El cuerpo de la chica tiembla ligeramente; una mezcla de frío y del pavor. Kalte puede oler el dulce aroma del miedo; de hecho, le encanta ese perfume que ahora embriaga sus sentidos. Sin embargo, la joven no aparta sus ojos castaños de los movimientos de la vampira.

—Estabas gritando mucho y me parecía que algo te estaba atacando. Tengo miedo... por favor... No quería que me pasase a mí también. El chico muerto... ¿Por qué lo has matado? —La joven y rubia muchacha abre los ojos como un animal herido. Busca la empatía de Kalte, o tal vez un acercamiento para evitar que su situación actual empeore. Sus intenciones son tan cristalinas como el agua—. No me hagas daño, por favor, déjame ir. Mi familia seguro que me está buscando. Te prometo que nadie se enterará de esto, te lo prometo, no sé qué quieres... ¿dinero? Mi familia te puede pagar... Y yo no he visto nada, no le contaré a nadie lo que eres. No sé quién era ese hombre, pero seguro que se lo merecía. —La mirada inquisidora de

Kalte pone freno al parloteo de la muchacha.

—Uy, pero qué equivocada estás. — Kalte deja de examinar a la muchacha, sin haber llegado a tocarla en ningún momento, y vuelve a centrar su atención en lo que tenía que hacer antes de que la pesadilla la detuviese.

Con sus manos desnudas, coloca el cáliz bajo la muñeca de la humana. La chica no deja de mirarla, horrorizada. El tacto de la piel de Kalte es una maldición que arrastra desde que se convirtió en vampiro. Cuando toca a otro ser vivo, es tan fría que le roba el calor corporal, como si succionara toda su calidez y lo helara desde dentro. Ante su proximidad, las plantas se marchitan, y el simple roce de sus manos parece congelarlas.

—Por favor, no me hagas daño, tengo miedo—insiste la muchacha sin descanso al sentir el siniestro frío de la vampiresa. Kalte sabe que es un momento crucial para ella y no la culpa por suplicar por su vida, aunque es inútil. No será ella quien se la arrebaté.

—Quieta. —La chica obedece sin más a la simple orden de la albina y con los ojos cubiertos de lágrimas. Observa lo que está a punto de pasarle con un temblor irrefrenable por el frío que está sufriendo, sin apartar ni un poco el brazo de cómo Kalte lo tiene aferrado.

La vampiresa fija su mirada en los ojos castaños de la chica, entreabre su boca y hace aparecer de forma abrupta sus colmillos retráctiles. El miedo de la muchacha ya no solo se ve, si no que se huele; un olor que embriaga a Kalte. De no ser porque tiene un plan más especial para ella, ahora mismo la mordería para deleitarse con su sangre con aroma a horror. Su favorita. Pero, en vez de eso, acompañada por lloriqueos y un coro de «no por favor, a mi también no, por qué me haces esto», clava sus colmillos en la arteria radial de la chica. La humana ahoga un grito de queja para que no sea peor. Eso sí, inmóvil todo el breve tiempo que tiene a Kalte agarrando su muñeca. La vampira se aparta sin haber bebido ni una sola gota de sangre y deja verter una cantidad de ese elixir carmesí y tibio sobre el cáliz, para no desperdiciar ni una sola pizca de su licor de vida. Vierte lo justo como para un sorbo. El primer sorbo.

—Tápate eso, no quiero que te desangres por mi culpa. —Kalte, juguetona, le guiña un ojo a la humana, que, sin duda, ahora mismo estará pensando que su final iba a ser el mismo que el del hombre que yace en el altar. Kalte sabe muy bien lo que dice, siempre ha cuidado muy bien sus

palabras. Odia las mentiras, así que, por muy monstruosa que acabe siendo, prefiere decir siempre la verdad—. Y, ahora, silencio. Si te sigues portando bien, verás algo increíble.

La joven está tan asustada que permanece sentada en el suelo, paralizada. Sin dejar de seguirla con la mirada, se presiona la herida con un pedazo de tela de su propio jersey y se acurruca un poco más para intentar entrar en calor. La vampira podría haberle ahorrado tener que taponarse la herida. Podría haberla sanado con una simple caricia de su lengua sobre los orificios abiertos de su piel; con eso, de forma mística, esas simples heridas hubieran desaparecido como por arte de magia. Pero prefiere mantener ocupada a la muchacha en algo más que no sea pensar en lo que va a pasar, o en gritar, o en cualquier heroicidad que pueda ocurrírsele para intentar escapar, sin duda, infructuosamente. Y para qué engañarse, también quiere que el olor de su sangre sea perceptible para lo que tiene planeado.

La vampiresa camina hacia el cuerpo musculoso que yace tendido en el altar, con sus ojos grises clavados en él: un hombre del que puede describir muchas más cosas de las que con un simple vistazo se adivinarían.

Se trata de Darek Roy. Un apuesto detective de veintisiete años, hijo de padre canadiense y madre hispana, el mayor de tres hermanos, de ojos verdosos con toques de color miel y metro noventa de altura, que llevaba un par de años de baja por estrés post—traumático. Le concedieron esa baja por la necesidad de venganza y ataques de agresividad que tenía a raíz del asesinato de su mujer, a manos de unos sospechosos que él estaba investigando en un caso en el que trabajaba desde hace un año. Parece ser que antes de él encontrarles a ellos, ellos le encontraron a él. O más bien a su mujer. Los psicólogos escribieron en los informes que la culpa no le dejaba seguir adelante. Vivir feliz como cualquier otra persona corriente, se había acabado para él. Joven, apuesto y varonil, con las facciones muy masculinas, un metro noventa de estatura, ojos entre verdosos y color miel. Y ya había tirado su vida por la borda. Entregado a su trabajo y al amor en los buenos tiempos, y ahora a la analgesia del alcohol. Todo para poder olvidar, o morir en el olvido, solo. Detalles que no le ha costado a Kalte investigar más de unas noches. En los suburbios de la bebida y el descontrol, todo se acaba sabiendo. Sin duda, la vampiresa tiene sus razones por las que le ha elegido a él.

Y ahora yace aquí, muerto en el altar, para ella.

Kalte se sitúa junto al cuerpo de Darek, tan hermoso, tan inerte. Acaricia su rostro para sentir el tacto de su barba crecida desde hace un par de semanas, que a pesar de estar descuidada, le da un aspecto increíblemente atractivo. Continúa deleitándose con las vistas. Desliza sus menudos dedos por su media melena oscura. Un pelo suave al tacto, fuerte como su dueño, liso y que le llega un poco por encima de los hombros. No puede dejar de observarle mientras se sube al altar sobre él, dejando el cáliz con el tibio líquido carmesí a un lado. Una vez a horcajadas frente a él, encorva su espalda hacia adelante para acercar su rostro a la del hombre. La distancia entre ellos es apenas de un par de centímetros, cara a cara, y separados por un velo de aroma, a escasos centímetros. La curiosidad de la vampira pide ser saciada, y quiere olerle, disfrutar de este momento de transición, de la vida y la muerte. Es embriagadoramente hermoso. Una mezcla del perfume que emana su piel, olor que despierta el sabor de la sangre de Darek en la boca de Kalte. Hace poco más de una hora, Darek estaba tendido sobre el altar, vivo. La sensación de derrota a la vez que de esperanza se podía leer en sus ojos. Estaba decidido a que su muerte y su nueva vida llegasen.

Kalte estaba orgullosa de esa decisión.

Y cuando le enseñó los colmillos al chico poco antes de su muerte, este le cedió su cuello sin dudarlo ni un segundo. Era la sangre más deliciosa que había probado hasta la fecha. No había rastro de miedo, condimento que le da a la sangre ese sabor especial, pero, aun así, era un elixir especialmente dulce y cálido. Mientras Kalte estaba sobre Darek, bebiendo de su cuello, parecía que él se aferraba a la promesa que le hizo la vampiresa poco antes. La promesa que hizo que él estuviera aquí y ahora con ella. Y seguro de su decisión, llevó su fuerte mano al blanco pelo largo de Kalte, para apretarla más contra su cuello. Parecía ansioso de que el final se acercase. El mordisco de un vampiro es una sensación que proporciona un gran placer tanto al atacante como a la víctima, pero él deseaba que el final llegara cuanto antes. Disfrutar, según lo que se indicaba en su perfil psiquiátrico, era algo que parecía intentar evitar, y seguramente por eso quería que Kalte acabase cuanto antes, al menos eso pensaba la vampira. Cuando el latido se vuelve débil y la víctima deja de hacer fuerza, es cuando uno se da cuenta de que su vida está a punto de marchitarse. Y el momento de Darek había llegado

cuando dejó caer la mano que sujetaba la cabeza de Kalte sobre el altar, inerte y sin pulso. Ya no quedaba vida en él, por lo que Kalte debía cumplir con lo prometido. Una vez saboreada toda la sangre del atractivo hombre, le lamió el cuello para cerrarle las heridas y, con suavidad, se pinchó el dedo índice para dejar salir una gota de su propia sangre. Ahora iba a devolverlo a la vida o, más bien, lo iba a traer a un mundo de oscuridad. La gota del líquido carmesí resbaló del dedo de Kalte y cayó estratégicamente en la boca de Darek. A partir de ese momento, toda la sangre que formase parte de él sería Sangre de su nueva Dome, su creadora. Ya solo quedaba esperar.

Sigue tumbada sobre él. Huele a muerte sin arrepentimiento, ya que si no hubiese querido morir, el olor a alcohol estaría presente, y no es así. Ya estaba muerto en vida y anhelaba algo que sabía que ella podría darle. Lo necesitaba, tanto o más que la vampira.

La espera ha dado sus frutos, algo está cambiando, y Kalte sonrío maliciosamente.

—¿Estás lista para presenciar un milagro? —Kalte alza la voz para que la muchacha, que sin duda no había apartado la mirada de ambos, la pueda escuchar.

Kalte alza el cáliz con ambas manos y vierte el aún templado y escarlata fluido en su propia boca de un sorbo, sin tragarla, pudiendo saborear el sabor metalizado de la sangre de la virginal humana. Deja el recipiente a un lado y se encorva de nuevo sobre Darek, que parece que está comenzando a hacer suaves aspavientos bajo las piernas de la vampiresa. Su tez se está volviendo más cerámica, más hermosa. Es el momento.

Kalte coge el mentón del fornido hombre para entreabrirle la boca, y posa sus carnosos labios pintados con carmín rojo bermellón sobre los de Darek para dejar fluir la sangre de la muchacha, colmando la boca del aún difunto hombre. El aún inexpresivo y apuesto cadáver de Darek, ahora se ha convertido en un cáliz humano que rebosa del líquido rojo que brilla por la luz de la luna, que se cuela tímidamente en la sala. Kalte se relame para saborear los restos que le quedan. Posa todo su torso sobre el hombre dejando que su melena larga, suelta y albina acaricie el rostro de Darek, mientras él empieza a hacer sonidos de querer tragar con dificultad. Con suavidad acerca sus labios al oído del recién convertido a vampiro.

—Cázala. Es tuya —susurra justo antes de levantarse para dejar libre al

hombre que tenía preso bajo sus piernas.

De forma abrupta, Darek abre los ojos, dejando ver al fin ese precioso color verdoso y dorado de su mirada. Parece el mismo hombre de antes de morir, pero más bello y sin duda, feroz. Se le ve enfadado, sediento, hambriento, agitado. Su Oscurus tiene prácticamente todo el poder sobre él, y está famélico. Lo único que ahora quiere es sangre. Kalte recuerda cómo despertó de la muerte, lo que necesitaba, y por eso ha traído a la joven humana.

La chica parece horrorizada ante lo que acaba de presenciar. Ha sido testigo de cómo mataban a una persona desangrándola, y no solo eso, sino que lo ha visto despertar de entre los muertos. Y, de no ser por lo petrificada y sobrecogida que estaba, seguramente habría gritado. Su rostro refleja terror y confusión, algo que Kalte ama ver en una víctima.

Darek recuerda a un animal a punto de atacar, sin humanidad ni conciencia. Parece saborear la sangre que tiene en la boca y, con sus sentidos más agudizados, busca a su propietaria. Clava la feroz mirada dorada en Kalte, que está a su lado, pero no parece ser ella a quien busca. Peina toda la estancia con la mirada hasta que, al fin, encuentra a la otra muchacha y centra sus voraces ojos en ella. Es como un animal salvaje que no ha probado bocado en meses y al que finalmente dejan salir a cazar, y ahora ha localizado a su primera presa inofensiva.

Sin mediar palabra, se lanza sobre ella con la agilidad y la fuerza que le proporcionaron los años de entrenamiento para ingresar en el cuerpo de policía, algo que, sin duda, satisface a Kalte; tenerlo de su lado ha sido una buena elección.

La chica comienza a gritar cuando ve a Darek abalanzarse a por ella de forma tan bestial. Unos gritos que en cuestión de unos segundos son acallados por los colmillos del nuevo vampiro. La tiene apresada con sus enormes y fuertes brazos y no la deja escapar. Bebe de forma violenta, tratando de exprimir hasta la última gota del elixir de su vida. La joven se aferra a un hilo de existencia que se desvanece como una gota de sangre en el mar. Pasados unos minutos, Darek la suelta; ya es tarde para ella. Tendida en el suelo, con los ojos abiertos, parece vacía, inexpresiva, lánguida. Está muerta.

—Bienvenido a tu primera noche en la oscuridad. —Kalte, que se ha

acercado a Darek mientras comía, se arrodilla junto a él y le posa la mano en el hombro. Tiene los ojos inyectados en sangre, y la furia brota por cada poro de su piel.

Esa criatura con aspecto humano mira fijamente a la que es su creadora, de rodillas en el suelo y con el cadáver de la chica aún en las manos. Y como si estuviese desapareciendo, poco a poco comienza a desvanecerse esa mirada de ira, dejando paso al Darek con sentimientos humanos que había perecido en el altar hace unas horas. Y ahora es cuando la confusión toma su papel en la consciencia del recién vampiro, y desubicado, mira hacia el inerte cuerpo de la chica que tiene aferrada. Su expresión se torna en tristeza, tanta que a cualquiera que hubiese presenciado la escena, excepto, por supuesto, a Kalte, le hubiese conmovido. Sin duda vuelve a ser el humano que en su día trabajaba en la policía y que tenía, en su ámbito personal, todo resuelto. Una vez saciado, su Oscurus se ha vuelto a relajar para dar paso a su humanidad. Es un vampiro demasiado reciente como para haberla abandonado de forma tan abrupta; al contrario de como hizo su creadora.

—No me dijiste nada de esto... no quería... matarla... —La boca de Darek está manchada de la sangre aún caliente de la joven. Sus ojos no se apartan de ella, como si al mirarla pudiera devolverle la vida. O como si no quisiera olvidar jamás lo que acaba de hacer, para seguir castigándose como hacía con la muerte de su mujer.

—Sabías que esto conllevaría sacrificios y lo has hecho por una razón. No lo olvides nunca. —Las palabras de la vampira son firmes, sin atisbo de duda—. No te he mentado y te he dejado elegir: podías ser como yo, o seguir viviendo la miserable vida que llevabas. Ahora vas a ser más poderoso de lo que jamás habrías imaginado. Podrás ser libre de las ataduras que los humanos crean para controlar a otros humanos. Tú ya no lo eres. Ahora eres un cazador, un asesino. Eres la criatura a la que todos temen y llaman monstruo. —Kalte hace una pausa. Quiere que las palabras calen hondo en su ahora «Pequeño». Y, al ver que sigue pensativo, continúa—. Lo somos, no te engañes. Moradores de la noche. Si quieres venganza, la tendrás; si quieres justicia, la puedes conseguir con tus propias manos. Yo te ayudaré. —Los ojos gris verdoso de Kalte se clavan en los dorados de Darek.

—¿Y lo de matar a inocentes como ella? —Aparta la mirada del cada vez más pálido cadáver de la joven y fija sus ojos en los de la vampiresa.

—Es el precio que tenemos que pagar. Aprenderás a controlarte. Podrás matar, o podrás dejarles con vida. Eso estará en tu mano. —Kalte desliza el dedo por la mejilla del vampiro para quitarle un poco de la sangre que mancha su barba. Sin apartar ni un segundo la mirada de él, le muestra el rojo líquido que mancha su yema. —Y, ahora, este es tu alimento.

—¿Y no puedes convertirla a ella también? ¿No puedo arreglar lo que he hecho? —Las dudas de Darek llegan tan abrumadoras como ella las recuerda, y le demuestran que su lado humano es más fuerte de lo que pensaba, a pesar de haber estado sumido en la oscuridad tanto tiempo.

—Ella no ha elegido morir. —Kalte siente similitud con vivencias del pasado que le hacen aún daño, como una espina que nunca ha conseguido quitarse. Aun así, no titubea en ni una sola palabra, mostrándose fría y dura—. No todos quieren esta existencia. Y ella no estaba sola como nosotros, no soportaría hacer lo que es necesario para sobrevivir. —Sus palabras le traen duras sensaciones que quiere apartar de su pensamiento. Necesita seguir adelante y que Darek lo haga también—. Es hora de que tomes tus propias decisiones. De que vuelvas a centrarte en lo que importa y en el por qué de todo esto. Si de verdad quieres mi ayuda, deberás descubrir qué clase de monstruo vas a ser. Y tiene que ser ahora. ¿Te quedarás aquí velando el cuerpo de una desconocida o buscarás a los asesinos de tu mujer? —La cara de Darek rápidamente cambia al escuchar la mención a su difunta esposa. Y el luto que debía superar, parece afrontarlo como el que arranca una tirita de cuajo—. Yo, desde luego, quiero venganza. —La vampira se pone en pie sin dejar de clavar sus ojos en el arrodillado hombre que aún mantiene abrazada a la chica—. ¿Qué quieres tú?

Capítulo 3

Primera noche

Se mantienen unos minutos en silencio. Se puede escuchar la brisa fuera de la vieja capilla, y el ulular de algún búho oculto tras el follaje espeso del bosque. Lo que indica que los gritos de la muchacha cesaron hace ya tiempo y todo ha vuelto a la calma de la noche. Las hojas de los árboles cantan por las caricias del viento. Ahora, lo que era una noche siniestra, se ha tornado en calma y tranquilidad. Darek parece aún pensativo y Kalte aguarda paciente a su decisión. No tiene prisa, sabe lo que el chico va a decidir, pero todavía tiene que procesar todo lo ocurrido. Y no va a ser ansiosa, no ahora. Él la necesita tanto como ella a él. Finalmente, la voz grave del nuevo vampiro rompe el silencio.

—Deberíamos enterrarla. Si no podemos dejar que descubran su cuerpo, como dices, al menos deberíamos darle una sepultura digna.

Kalte está de brazos cruzados sentada en el banco más cercano a Darek, que le da la espalda, y al cadáver de la chica. Se encuentran tal y donde estaban, cerca de la salida de la vieja capilla, donde la caza de su primera víctima ha tenido lugar. Frente a Kalte, se puede ver la entrada principal del castigado edificio y a su espalda, se encuentra el altar que poco antes había sido el protagonista, con el joven cabizbajo sin dejar de mirar a la muchacha sin vida. A Kalte no le hace falta verle la cara para conocer la expresión de su rostro y el rumbo de sus pensamientos. El vampiro sigue arrodillado junto al inexpresivo cuerpo de la rubia sin soltarla. Demasiado tiempo para el

gusto de Kalte, pero tiene que permitirle que entienda lo sucedido.

La menuda vampiresa no muestra expresión alguna, mientras mantiene fija la mirada en lo que le parece ya una escena demasiado sentimental.

—¿Enterrarla? Hay formas más rápidas de deshacerse de un cadáver. Lo sabes, ¿no? O al menos deberías saberlo. Eras policía. Imagino que no es la idea más alucinante que se te ha pasado por la cabeza.

—¡Pero me estás pidiendo que nos deshagamos de ella!

—Darek, que sigue de espaldas a Kalte, gira su rostro sin mover su posición, con la mirada llena de rabia—. ¡No debería haberla matado! Y claro que quiero venganza, pero déjame hacerlo por ella. ¡Era una cría!

—No. —Kalte corta en seco el arrebatado del que ahora es su Pequeño y pupilo. —Era un brik de zumo. No lo acabas de entender, ¿verdad? Tenemos que librarnos de su cuerpo porque, de lo contrario, tendríamos la mirada de los humanos buscando respuestas. ¿Qué te imaginas que pasaría si vieses un cadáver desangrado con marcas de mordiscos en el cuello? —Hace una pausa en un intento de despertar el instinto policial del hombre—. Entiende que no saben que existimos de verdad, pero sí saben lo que somos. Todos, por tontos que sean, han visto películas de vampiritos. Que si los que brillan bajo el sol, que si los que no pueden pasar si no les invitas a entrar, que si intoxicaciones por ajo, que si clavar estacas en el corazón, que si tienen terror a los crucifijos, y bla, bla, bla. —Kalte niega con la cabeza con indignación, como si toda esa cultura popular fuese casi un insulto para lo que son—. Todas esas ideas románticas del vampiro en la cultura popular nos vienen de perlas para cazarlos, pero no para sobrevivir. Tienen una idea equivocada de lo que somos y, además, ignoran que somos tan reales como ellos. Tan solo nos ven como seres salidos de novelas y películas. ¿A qué chica no le atrae la idea de que un vampiro, un ser eterno y atormentado, encuentre el amor verdadero al fin con ella y la desee tanto que se la quiera comer a la vez que protegerla? —No puede evitar dibujar una sonrisa perversa al pensar en lo ilusas que pueden ser algunas mentes—. Y, como te digo, eso nos va muy bien. A ti, de hecho, te va a ir muy bien. Eres guapo y atractivo, una mente atormentada... Dispones de un arma muy poderosa, aunque ahora no quieras pensar en ello.

Una mueca de confusión aparece en el rostro de Darek. Como si una realidad abrumadora que tenía frente a sus ojos, oculta por un translucido

velo, de pronto brille con tanta fuerza que se sienta idiota al verse cegado, sin haber sido capaz de haberla percibido antes. Lo que hace que Kalte prosiga en su primera lección ante la estupefacción de su compañero.

—Exacto. Así mismo nos sentimos todos al saberlo. Pero no temas, al final resulta tremendamente divertido ser el malo. Hacer lo que quieras, y porque quieras. El problema es que aunque sería muy divertido darles un susto de los mortales y mostrarles que somos su peor pesadilla hecha carne y hueso, son un puñado de latas de comida que vendrían a por nosotros. Si te golpea una, no pasa nada. Pero si una tonelada se te cae encima... —El rostro de Kalte se agria al darse cuenta de que da una explicación muy similar a la que su padre vampírico le proporcionó a ella en su momento. Solo de pensar en él, se pone enferma.

—Entonces somos... —Darek hace una pausa al caer en la cuenta de que se ha incluido en el grupo al que ya no pertenece—. Los humanos no son tan inofensivos como para considerarlos solo zumo. —Parece que Darek se empeña en aferrarse a su lado humano, y eso empieza a poner nerviosa a Kalte.

—Los cerdos también se comerían a un humano si se quedase dormido en su piara. Y eso no los aleja de ser fuente de alimento. —El tono de la vampira es severo y estricto.

Físicamente, Kalte tiene un aspecto menudo y juvenil y podría darse el caso de que no la respetaran por aparentar ser una cría. Sin embargo, ha perfeccionado su modo de hablar a lo largo de su existencia como criatura de la noche. Ha fortalecido su temible presencia. Lo ha conseguido de tal forma que, ahora, sus palabras y su tono le indican a su interlocutor que debe andarse con pies de plomo y tomarla en serio. Odia el sentimentalismo y las habladurías morales.

—Entiérala si te da la gana. Pero solo va a ser en esta ocasión. Si no soy capaz de hacerte ver las cosas ahora, créeme que tu Oscurus, cuando despierte famélico, te hará recapacitar en tu forma de ver tu nuevo mundo. Si te resistes a lo que eres ahora, me haces perder el tiempo. El Darek humano ha muerto. Asimílalo de una maldita vez.

Sin mediar palabra, Darek se levanta alzando sin dificultad alguna el cuerpo de la muchacha y la sujeta acunándola con sus fornidos brazos. Se la ve menuda y lánguida, con la melena rizada colgando plácida de su cuerpo

sin vida. En otra ocasión, esta imagen resultaría hasta romántica. Y, sin más, sale de la capilla antigua mientras Kalte permanece sentada con las piernas cruzadas en el banco en el que estaba. Mantiene una pose desinteresada, con los codos apoyados en la parte superior del respaldo y las manos colgando, mirando hacia la salida para verlos desaparecer tras el umbral de la puerta de madera.

Al cabo de unos minutos, y camuflado por la oscuridad de la noche, Darek vuelve a entrar en la capilla. Lleva una camiseta de algodón negra de manga larga, con el cuello en pico con botones y unos vaqueros. Oculto bajo su ropa, un cordón a modo de colgante pende de su cuello. Va remangado hasta la mitad del antebrazo y tiene los brazos, las piernas y la cara cubiertos de tierra húmeda; ha debido de mancharse al tocarse el rostro o colocarse el pelo tras la oreja. Se ha quedado plantado en la puerta y mira a la vampira fijamente, pero manteniendo un silencio que resultaría incómodo para cualquiera. Pero no para Kalte, que sigue sentada en el banco en la misma posición. Al verlo entrar, también clava su mirada en él sin pronunciar palabra.

—Entiendo lo que dices. Ahora, esta es mi realidad. Quiero vengarme de los que han provocado que esa chica haya acabado muerta, de que yo tomara esta decisión. Quiero que, tal y como me prometiste, les hagamos sufrir un dolor tan insoportable que mi mujer pueda descansar en paz.

Los labios pintados de rojo sangre de la vampira sonrían, dejando entrever sus perlados dientes. Bajo la luz de la luna, que entra a la estancia de espaldas a Darek, hace que brillen de un blanco tan resplandeciente como su larga y lacia melena.

—Nos vamos.

Kalte coge el abrigo que traía consigo. No porque fuera a pasar frío, ni mucho menos. Es un vampiro, y pueden soportar temperaturas más extremas que los humanos. Lo lleva porque si un ser de su raza fuera caminando a las tres de la mañana en bañador y en pleno invierno, llamaría la atención más de lo necesario. Y son criaturas acechadoras que disfrutan del anonimato de la oscuridad y la noche. Es un abrigo estilo gabardina negro, con bolsillos a los lados y botones anchos, que le llega por debajo de las rodillas. Se lo coloca para tapar su conjunto. Lleva una falda negra corta con algo de volumen, unas medias tupidas también negras, unos botines con una ligera

cuña adornados con hebillas y cordones, y un corsé que se ajusta a su cintura. De hecho, es lo único que nunca cambia: siempre lleva corsés.

A simple vista, Kalte tiene el aspecto de cuando fue convertida. Pero, aunque la conversión te suele convertir en una versión más hermosa del aspecto que tenías al transformarte, a ella le cambió ciertos rasgos. Cuando era humana, su cabello no era blanco y sus ojos no eran grises. Pero ahora es una vampira que, a pesar de llevar veinte años transformada, tiene el aspecto de cuando tenía diecisiete. Un rostro aniñado y dulce que vio el final de sus días. Pero con otro pelo y otros ojos. Por eso, suele vestirse con ropa que le hace parecer mayor. Maquillaje oscuro, labios siempre rojos, melena plateada larga y lisa. Piel nívea como la porcelana, inmaculada a la vista y helada al tacto. Más fría de lo que es habitual incluso para un vampiro. Otro regalito de la conversión fallida que experimentó con su Dome, que es como se conoce a cada creador vampírico. Y lo considera un «regalito» porque en el momento en el que alguien la toca, sabe *ipso facto* que algo no va bien con ella. Al final, le ha cogido cariño a esa peculiaridad y es un rasgo con el que juega en sus noches de caza.

Se anuda el abrigo a la cintura y, con un gesto de cabeza, le indica a Darek que debe ponerse el suyo también. El joven vampiro no pregunta por qué, aunque parece imaginarse el motivo. Así que mientras se quita un poco de tierra que le mancha la cara y las manos antes de ponerse el abrigo, Kalte saca su móvil para mandar un mensaje. Entra en la lista de conversaciones que tiene abiertas y busca una imagen de una luna llena seguida por el nombre de «Ethan».

Kalte: ¿Está todo listo?

La respuesta no tarda en aparecer en la brillante pantalla.

Ethan: Sí. Necesitas algo más en especial? Se ha hecho muy tarde. Preparo algo más?

Kalte: No. Vamos para allá

Ethan: Os espero

Mira la aplicación del tiempo y climatología que tiene instalada en su móvil y, tras asegurarse de que les sobran algo más de un par de horas para llegar antes del amanecer, lo bloquea. Observa a Darek, que se ha acercado a ella. Tras guardarse el teléfono en el bolsillo, saca las llaves del coche, que está aparcado fuera, y extiende la mano para que el vampiro las coja.

—¿Es normal que me resulte extraño que un vampiro escriba mensajes por móvil? Pensaba que erais más de cartas. —Darek coge las llaves y mira a Kalte serio, pero con un semblante más relajado.

—No soy tan vieja. No llevo siglos tocando el órgano, ni he estudiado veinte carreras. —Sonríe también relajada mientras comienza a caminar—. Los más antiguos no lo hacen. Mi Dome no tocaría un móvil ni aunque estuviese untado en sangre de bebé, y eso que le encanta.

Salen de la capilla juntos, dejando atrás la removida tierra que ahora protege de la intemperie a la casi olvidada chica muerta, y se paran junto al coche. Darek en la puerta del conductor y Kalte en la del copiloto.

—¿Así es como debo llamarte? ¿«Dome»? —Es una pregunta lógica la que plantea Darek, al saber tan poco de la realidad vampírica.

El coche se desbloquea en cuanto acciona el mando para poder entrar. Ambos se sientan y se abrochan los cinturones de seguridad. Una costumbre que, una vez más, hacen como un movimiento mecánico ya aprendido.

—Sí, supongo que sí. Yo soy tu «Dome» y tú eres mi «Pequeño». —Ante esa denominación, Darek la mira, incómodo.

—¿Pequeño? Soy mayor que tú. ¿No puede ser algo menos humillante? —Mantiene las manos sobre el volante y, aunque ha puesto el coche en marcha, no se han movido todavía.

—*Pareces* mayor que yo, pero, en realidad, te saco diez años. Aunque me veas como una adolescente, llevo siendo vampiro veinte años. Empieza a mentalizarte de que, en este mundo, no debes dejarte engañar por las apariencias. —La mirada gris y fría de la vampira se torna casi juguetona al mirar al hombre—. Además... —Su voz ahora suena dulce, casi encandiladora, pero con una pizca de perversidad—. «Pequeño» es la forma tradicional de referirse a la progenie de un vampiro, pero para un recién convertido como tú hay términos más específicos como «Retoño», o «Neonato», si lo prefieres. —Con un guiño, suave como el aleteo de una mariposa, Kalte se mofa del hombre—. Te dejo elegir. —Culmina con una

media sonrisa, para volver a mirar hacia el frente. Un claro indicativo de que deben ponerse en marcha.

De mala gana, Darek acelera y emprenden el viaje. Kalte ha introducido en el GPS la dirección de un motel de mala muerte a unos cincuenta kilómetros de allí. Muchos tramos discurren por carreteras secundarias, y el motel está tan perdido de la civilización como lo estaba la capilla. Y finalmente, tardan poco menos de una hora en llegar.

Aparcan en la entrada del motel, un edificio largo y rectangular con las paredes de piedra y madera. En la parte de atrás hay un lago lo que hace que, por obligación arquitectónica, el edificio del conserje esté separado del bloque de las habitaciones, construido del tal manera que forma una pequeña curva para que los huéspedes puedan disfrutar de unas mejores vistas al lago, algo que no es necesario para un vampiro.

Al bajar del coche, Ethan, el chico con la foto de la luna en su perfil, los espera. Carga con una bolsa deportiva de gimnasio. Parece alterado e inquieto.

—¡Al fin llegáis! Ya estaba nervioso. —El joven humano tiene unos veinte años y es rubio, con ojos castaños, de constitución fuerte y alto. Mira a Darek de arriba abajo con cara de hastío—. Eres un tío con suerte —señala con recelo ante la mirada impasible de Darek.

—Ethan, déjate de tonterías. ¿Lo tienes todo preparado? —Kalte pierde la paciencia enseguida con estas cosas.

Los tres hablan en la penumbra de la noche, ya que apenas hay un par de farolas en la calle que les alumbren.

—Sí, sí. Vamos. —Ethan se saca del bolsillo una llave con una placa que tiene grabado un número, el cuatro—. He visto que amanece en una hora y siete minutos, hay que darse prisa.

Ethan siempre se preocupa por ella, sin importar que sea una asesina. Tardan pocos segundos en entrar a la habitación. Hay dos camas individuales y un par de sofás. Tras la presentación de su estancia, Ethan acaba por dejar la bolsa que cargaba. «¿Camas individuales?» ese pensamiento hace sonreír a Kalte porque sabe que ha sido seleccionada así por los celos del humano. Pasan y cierran tras de sí.

—Lo he sellado todo, como me pediste, es imposible que se cuele un solo rayo de luz. Cortinas tupidas, no hay ninguna ventana en el baño o

ningún recoveco que pueda dejar entrar luz del día... —Kalte se va asegurando de que lo que Ethan va repasando, esté perfectamente llevado a cabo— El baño no es tan grande como me has pedido, pero aquí era imposible. He traído el tablón de madera con las medidas de la bañera y lo he sellado completamente todo.

No hay problemas a la vista, todo está en orden. Y se está haciendo tarde, así que Kalte se quita el abrigo y, con los brazos y hombros desnudos, se muerde la muñeca y se la ofrece a Ethan.

—Buen trabajo. Lo has hecho bien. —Permanece quieta con el brazo extendido mientras el humano se acerca con anhelo. La sangre es como una droga para los humanos. Los vincula a un vampiro, les da fuerza, reflejos y, sobre todo, la esperanza de que alguna noche se apiade de sus peticiones y los convierta en uno de los suyos.

Ethan siente el frío de la piel de Kalte, pero no le importa. Bebe un par de sorbos, lo que ella siempre le ha dejado tomar, bajo la atenta mirada de Darek, que todavía no ha pronunciado palabra. Cuando el muchacho termina, observa a Kalte con ojos de enamorado, como si no quisiera irse.

—Puedo quedarme, si lo deseas, mi ama. Puedo velar vuestro sueño durante el día.

—No. Pon el cartel de «no molestar» y márchate. Mañana te escribo. —Kalte se lame la muñeca para sellarse las heridas mientras contempla al muchacho caminar hacia la salida. Como siempre, es raudo en obedecer sus órdenes.

Antes de salir, el joven deja las llaves de la habitación en la mesita que hay en la entrada y pone el cartel que le ha pedido la vampiresa. Permanece en el umbral de la puerta unos segundos para dedicarle una última mirada a su señora, con una mirada de deseo de quedarse en la sala, de cuidarla. Pero le ha dado una orden sencilla, y debe obedecerla. Por último, mira a Darek con cara de asco. Kalte sabe perfectamente lo que eso significa. Es humano, joven y está celoso, y esa mirada dibuja todos esos sentimientos en un solo segundo. En una sola expresión. Tras la mueca de desprecio que le dedica al vampiro, el joven cierra la puerta tras de sí y empieza a alejarse con paso rápido.

—Bien, tenemos... —Kalte mira la hora en la pantalla de su móvil, el único reloj en el que confía— cincuenta y dos minutos hasta el amanecer.

Así que vamos a prepararnos.

Kalte cierra la puerta con llave y la deja ligeramente girada en el pomo para que no puedan abrir desde fuera en caso de que ignorasen el cartel de «no molestar». La voz de Darek rompe el silencio.

—¿Qué ha sido todo eso? ¿«Mi ama»? ¿Por qué ha bebido de tu sangre si es humano? Porque era humano, ¿no? ¿Y a qué se refería con que tengo suerte? —Darek ametralla a preguntas a Kalte, y muchas de las respuestas requieren entrar en detalles que ahora ni quiere, ni piensa tratar.

—Si, así me llama. Por ahora solo debes saber que es un aliado. —Detiene en seco las preguntas que amenazaban con continuar saliendo de su boca una tras otra.

Ambos permanecen en silencio unos instantes. Kalte no está dispuesta a hablar de esto ahora, por mucho que el vampiro insista, aunque, por lo que dice a continuación, parece haberlo captado.

—Vale, lo del sol es real. Nos mata —afirma el vampiro esperando la confirmación de su mentora mientras ella está abriendo la bolsa que ha dejado Ethan.

—Sí. El sol es el peor de tus enemigos. Si te alcanza, hallarás la muerte definitiva y el fuego nos quema como papel de fumar bajo la llama de un soplete. —Kalte saca el cargador de su móvil y lo enchufa a la corriente para dejarlo listo para la noche siguiente. Se escucha el leve sonido que hace al conectarse y ve aparecer el rayo que indica que la batería se está cargando.

Kalte siente los ojos de Darek en ella mientras deja sobre la cama la ropa que saca de la bolsa. Es ropa sencilla, de diferentes tallajes. Para ella, hay un pantalón negro largo y holgado de algodón, y una camiseta blanca de cuello redondo y mangas largas. Para él, saca un pantalón también de algodón y una camiseta. La vampiresa se sienta sobre la cama y empieza a desanudarse los cordones de las botas para poder quitárselas.

—¿Un pijama? Esto sí que no me lo esperaba. —Darek la mira con semblante serio.

—No exactamente, pero me gusta quitarme los zapatos y ponerme cómoda. Somos vampiros, no maniquís. Que tengas otras necesidades y habilidades no implica que las cosas no te duelan o te hagan estar más o menos cómodo. Y tú sigues con barro por todas partes. No tenemos mucho tiempo, así que ve a darte una ducha.

Kalte sonríe ante las preguntas del vampiro sin alzar la vista de sus manos mientras termina de quitarse las botas para poder dejarlas a un lado. Sabe que la primera noche es dura, pero está haciendo una buena transición y preguntar es lo mejor que puede hacer. Todo esto es nuevo para él y tener la cabeza ocupada en estas cosas ayuda, en parte, a no pensar en lo sucedido hace unas horas. Sin importarle que Darek está delante, se pone en pie y, sin desviar la mirada de su interrogante compañero, empieza a desvestirse para cambiarse de ropa. Darek reacciona automáticamente y se da la vuelta. Tras coger la ropa que tenía sobre la cama, se dirige al baño, tal vez para no mirar el cuerpo de Kalte. Aún es, emocionalmente hablando, muy humano y es algo con lo que a la vampiresa le gusta jugar. Invadir el espacio personal, ver cómo reacciona la gente a situaciones incómodas y sacarlos de su zona de confort. Todo eso hace que sepas más de ellos, de lo que pueden expresar con palabras. Y ella no puede evitar disfrutar con la incomodidad de su Pequeño.

—Aún eres muy humano... No temas, eso cambiará sin que te des cuenta —comenta ante la reacción del vampiro. —Y, como vampiro... digamos que no tienes las necesidades...  ntimas que tenías como mortal. Tu instinto te va a pedir otra cosa. Tu *Oscurus* querr  cercanía con los seres humanos, contacto con su piel cálida, escuchar sus latidos, oler su aroma... Pero no de un modo sexual. —Hace una pausa y aguarda unos segundos para que el muchacho piense en sus palabras. Llegar  el momento en que no tendrá que explicarle nada. La lógica del vampiro llegar  por sí misma, pero todavía es muy pronto—. Lo que te atraer  de ellos no será su atractivo, sino su sangre, el apetito que despierten en ti... Los acabarás viendo como a ganado y, aunque ahora te cueste creerlo, pronto conseguirás que no te importe si viven o mueren.

Las palabras de Kalte son seguidas por el sonido de fluir del agua en el baño. Darek se mantiene en silencio en la ducha mientras la vampiresa se viste delicadamente con la ropa que Ethan le ha traído. Se cubre toda la piel a excepción de sus manos y la cara. Los pantalones le tapan por completo las piernas, pero quedan sueltos y con algo de vuelo. Justo al contrario que la camiseta, que, a pesar de ser de manga larga, le queda ce nida al torso y al pecho, realzando la silueta de su cuerpo.

El agua de la ducha hace rato que ha dejado de sonar y el vampiro

tampoco hace ningún ruido. Así que, una vez vestida, se levanta para acercarse al baño y camina hacia el punto de la habitación desde el que pueda mirar hacia su interior. En el espejo, situado sobre el lavabo, ve reflejada la blanca y mohosa sala, y lo que hace su Pequeño. También puede ver la pared opuesta, con un retrete antiguo de los que tienen la cisterna de agua sobre la cabeza y tienes que tirar de una cadena oxidada para limpiar los desechos que desprendes como humano. La bañera no se ve, ya que está justo en la pared del espejo. Pero, en cambio, sentado con los codos sobre las rodillas y usando las manos para posar su rostro y, de paso, ocultar su expresión, está él. Su media melena húmeda cae sobre su cabeza gacha y tímidas gotas se deslizan por sus mechones para acariciar su espalda, o acabar cayendo sobre la toalla que tiene anudada en la cintura. Es la única tela que le cubre de cadera para abajo, y su torso, aún mojado, se mantiene visible. Es normal que el nuevo vampiro todavía se comporte de esa forma; su conversión ha sido hace apenas unas horas, y aunque en las películas de repente te conviertes en otro ser, no es así como funciona. Hay una transición. El humano que siempre ha sido ha muerto de forma física, pero su humanidad mental tarda en perecer. Un par de cacerías y estará listo. Así lo cree y espera Kalte.

Con paso sigiloso, casi felino, Kalte se sitúa en el umbral de la entrada del baño. Apoya su cuerpo en el marco de madera y mira hacia el vampiro. Está aún sentado y sin moverse, con toda la ropa manchada de tierra desperdigada por el suelo.

—A ver, pautas muy básicas. —Se mantiene cruzada de brazos mirando a Darek—. Como te decía, el sol es nuestro enemigo, pero no es el único. Nada de fuego. Y alimentarse es básico si no quieres que el Oscurus que llevas dentro acabe por hacer lo que tú no quieres. Y el descontrol al que te sometería tu Oscuridad podría hacer que el resto de vampiros, queriendo proteger su inexistencia a los ojos de los humanos, acabasen contigo. —Kalte le ofrece las mismas pautas que le dio su Dome y, aunque todavía no ha visto a otros vampiros, eso no quiere decir que no existan. Ella existe, por lo que ellos seguro que también.

No pueden perder más tiempo, así que Kalte entra en el pequeño baño y se planta frente a él. No le gusta que esté tan traumatizado y compadeciéndose de sí mismo. Es algo que tiene que aceptar, ya es vampiro,

y la paciencia de su Dome no se caracteriza por ser eterna.

—Basta. Hoy no tienes más tiempo que perder. —Alcanza con su mano el mentón del hombre cabizbajo y le alza la mirada. Con un acto reflejo, él lleva su mano hacia la muñeca de la vampiresa y la sujeta por la tela que cubre todo su brazo.

—Tu mano está demasiado fría, no me acostumbro a eso.

La mirada del hombre está clavada en los ojos grises de Kalte. Con suavidad, le suelta para ponerse en pie y vestirse, también delante de ella.

—Lo harás. —Kalte sabe que su piel puede causarle mucho dolor a un humano. Y, aunque un vampiro no vaya a morir por su tacto helado, sí es consciente de que les resulta especialmente incómodo. Pero esta noche no va a arremeter contra él. A pesar de que no tiene mucha paciencia, lo necesita tanto como él a ella. En otra ocasión, ese gesto lo habría metido en un problema, pero Kalte se controla. Necesita que el Pequeño aprenda, y rápido. Por eso le hace sonreír el hecho de verle cambiarse frente a ella sin pudor, sin darse la vuelta.

—Parece que me estabas escuchando. —La gélida y menuda mentora siente el orgullo de un profesor cuando da una lección que sus alumnos aprenden rápido. Va a ser un buen pupilo.

La vampiresa no aparta la mirada del hombre mientras se viste. Descamisado, le ve una cicatriz en la zona baja del vientre, en el costado derecho; sin duda, una apendicectomía. Pero es una línea recta con la marca de algunos puntos a ambos lados, podría decirse que es antigua, por su tono pálido, y eso, por muy vampiro que sea, ahí se va a quedar por toda la eternidad.

Darek ya está vestido con la ropa que ha traído el humano. La talla es bastante aproximada a la que había calculado Kalte. Un pelín más estrecha quizá, pero no tanto como para que le resulte incómodo. Simplemente, le queda ajustado. Una vez que está listo, se miran durante unos segundos. Kalte nota que él quiere decir algo, pero parece que titubea, hasta que, finalmente, rompe el silencio.

—Quiero matarlos. —La pausa en sus palabras indica a Kalte que es una idea a la que le lleva dando vueltas un rato. La vampiresa permanece en silencio para que él pueda seguir hablando. Las palabras le pesan, lentas y dolorosas. —Cuando nos conocimos, me dijiste que sabías dónde estaban y

que podríamos hacerlos sufrir. —Los brazos de Darek se quedan extendidos y relajados a ambos lados de su cuerpo.

Al notarlo tenso e incapaz de tocarle ni un solo pelo de su cabellera blanca, Kalte contiene una mueca de hastío que amenazaba con delatar sus pensamientos. Darek muestra unos principios y un respeto demasiado humanos todavía. Pero todo es muy reciente y debe darle tiempo.

—Sí, eso te dije, y eso haremos. Pero no tengas prisa, debemos hacer algunas cosas antes. Tienes que estar preparado o podríamos conseguir que todo esto no haya servido de nada. Te di mi palabra, y la cumpliré. Confía en mí y aprende lo más rápido que puedas para que esa noche no tarde en llegar.

Kalte cruza la mirada con él y mira la bañera. Sin duda, ha sido una noche muy larga que está a punto de llegar a su fin. Coloca una toalla para secar las pocas gotas de agua que quedan en el interior. Aunque sea menuda, es tan fuerte como el humano más fornido del mundo; ventajas de ser vampiro. Así que coge el tablón de madera y lo coloca torcido sobre la bañera para cubrirla y, de este modo, crear una especie de ataúd cerámico con cubierta improvisada. Pero lo deja con una abertura justa para que se puedan meter sin problemas y cerrarlo una vez estén dentro.

—Tenemos que meternos —indica la mentora junto a la bañera.

—¿Los dos? ¿Ahí dentro? ¿Estos son vuestros nuevos ataúdes? —Darek no se mueve y estudia la menuda y fría bañera.

—Sí, a no ser que quieras dormir en la cama. No hay problema, pero así comprobarías de primera mano si Ethan ha sido tan meticuloso como piensa y no se cuele ni un rayo de sol. Una muerte poco divertida, ¿no crees? Así que tú decides. —Kalte se queda plantada junto a la bañera esperando a la decisión del vampiro, pero al verle aún un poco confundido, prosigue en sus explicaciones. Tal vez esté yendo demasiado deprisa—. Podemos dormir en ataúdes, camas, bañeras, suelos... donde queramos. La cuestión es que no podemos dejar jamás que un solo rayo de sol se cuele en nuestro refugio, de lo contrario... —Kalte desliza su dedo índice por su garganta, atravesándolo de lado a lado—. Sería nuestro fin. Yo prefiero una cama, pero esta habitación no está tan preparada como para arriesgarnos. Así que venga, adentro.

Darek la mira con recelo, pero, tras unos segundos, obedece y se tumba. La bañera es larga, aunque bastante estrecha. Solo con verla se sabe que si se

tumban dos personas a la vez, no caben una al lado de la otra, y menos con el tamaño de él. Kalte observa que se coloca boca arriba con la espalda ligeramente arqueada por la curvatura natural del improvisado catre, pero puede estirar las piernas. Así que, una vez lo ve acomodado, sin preguntar ni mediar palabra, se mete en la bañera con él y se tumba boca abajo sobre el corpulento vampiro. Su cuerpo es menudo y ágil, por lo que le resulta fácil colocarse en una postura cómoda. Es capaz de mantener las piernas estiradas y posa la cabeza sobre el pecho de Darek. Con su metro cincuenta y cinco de estatura, de pie le llega a él por debajo del hombro. Están en silencio, sus corazones no laten, pero el pecho del vampiro sube y baja con suavidad. Al ser tan reciente, aún tiene el acto reflejo de respirar. Es un movimiento aprendido a lo largo de toda la vida humana en el que ni siquiera reparas. Y una vez que eres vampiro, se queda como una costumbre residual a la que no prestas atención.

—No lo necesitas. —Kalte coloca las manos sobre el pecho de Darek—. Los vampiros no respiramos. Aún lo haces, pero, si parases, no morirías. Tus pulmones ya no sirven para nada. Ahora mismo podría arrancártelos y seguirías aquí. Pero delante de los humanos, recuerda que debes fingir que respiras. —El vampiro sigue en silencio, y con las manos, Kalte nota como hace pausas en su respiración; debe de estar comprobando que no está mintiendo. Sorprendentemente está manteniendo la calma ante esa información.—No es algo de lo que suelen estar pendientes, pero si alguien se da cuenta de que no respiras, no dirá nada hasta que en su mente se encienda la bombilla y caiga en la cuenta de que llevas más de veinte minutos sin mover el pecho, parpadear, tragar... Delante de ellos, tienes que seguir actuando como si fueras humano, aunque sean gestos que no necesites hacer como vampiro.

Darek sigue haciendo pruebas en silencio mientras Kalte se recoloca para asegurarse de no tocar piel con piel para no helarlo. No lo mataría, pero haría que despertase peor y, posiblemente, más hambriento.

—Ya puedes tapar la bañera —le indica para que el vampiro, que tiene los brazos libres de movimiento, haga el trabajo.

Aunque tarda unos segundos en reaccionar, posa las manos sobre la madera para elevarla ligeramente y moverla de tal forma que cubra por completo el improvisado ataúd. Acaban a oscuras bajo la protección que les

ha procurado Ethan en toda la habitación, cubriendo las ventanas y las rendijas de las puertas. Además, pueden sumarle la madera que cubre sus cuerpos como una sábana que los protege de la curiosidad del sol. Ni un solo rayo de luz será capaz de colarse durante el tiempo que descansen.

—Durante el día, nos vamos a sumir en un letargo del que es casi imposible despertar. Y es inevitable —susurra Kalte sin moverse mientras Darek recoloca sus brazos en una buena posición. Una vez que parece cómodo, se mantiene quieto aunque todavía está tenso.

—Pensaba que no dormíamos, que simplemente nos protegíamos de la luz. —Su voz grave suena suave.

—Te reto a que intentes quedarte despierto.

Kalte sonríe y apoya bien la cabeza sobre el pecho de Darek, acomodándose para el sueño del día. Nota al vampiro tenso. Sin duda, descansar con ella encima no debe de ser lo que se imaginaba para su primera noche como vampiro. Entiende que él todavía la vea como a una chica de diecisiete años a quien le saca diez; es un error común que juega en favor de la vampiresa, ya que, cuando la subestiman, la sorpresa es mayor. A medida que los minutos pasan, nota como el sol afecta sobre ella de forma mística. Siente como si el amanecer hiciera que el sueño más pesado se cerniese sobre ella. Los ojos le pesan. Su cuerpo empieza a debilitarse, igual que el de Darek también, nota como la tensión de su cuerpo incómodo por tenerla ahí, empieza a relajarse bajo ella. Los ojos se le cierran, su cuerpo se relaja, hasta que el sueño se apodera de ella.

Capítulo 4

El viaje

Kalte abre los ojos y lo primero que siente es la angustia de su pesadilla, o visión, o lo que quiera que sea. Sabe que ellos no sueñan durante el letargo diurno. Pero, aun así, cada nueva noche en la que abre los ojos, la misma sensación de miedo y agobio la persigue como un animal siniestro agazapado en la protección de la oscuridad. Aunque nunca había sido tan vívida como la noche de la conversión de Darek.

Están a oscuras y siente el cuerpo del vampiro bajo el suyo, en la misma posición en que lo dejó. Se apoya en la bañera para poder empujar con su espalda la madera que los cubre y, así, poder tener espacio para salir. Pero justo cuando su cuerpo toca la tabla, Darek alza las manos rodeándola para ayudarla a desplazar el tablero.

—Listo —indica en un susurro cuando la madera ya no los cubre y la desliza hacia abajo como si fuera la sábana más rígida del mundo. Permanecen tumbados, uno frente al otro, durante un par de segundos.

La luz del baño sigue encendida, tal y como la dejaron. Despertarse a oscuras por haber tapado toda entrada de luz, es algo que no le gusta nada. No es por miedo a la oscuridad, ni mucho menos. Ellos son criaturas de la noche. Pero cuando eres humano y te despiertas en una habitación ajena, te sientes desorientado hasta que no eres capaz de reconocerla; lo mismo les ocurre a los vampiros. Así que una luz encendida hace que al despertarte, sea todo más sencillo.

Kalte se levanta de la bañera, y, aunque solo haya pasado un día, su Oscurus le recuerda que tiene hambre, que quiere sangre. Deben recuperarse cada noche de la Sangre perdida durante su descanso. Si pasasen noches enteras sin comer, acabarían en un letargo indefinido hasta que tomaran ese delicioso elixir de nuevo. Y eso en el caso de que tu Oscurus interno no se apoderase de ti por el ansia de beber y acabase con el primer ser que se cruzase en el momento del descontrol. Cualquiera. No le importarían los lazos afectivos, si es humano o inmortal, si es enemigo o aliado; tan solo querría comer. Por eso, el Oscurus es peligroso en el mundo vampírico que se conoce hoy en día.

Dejarlo salir descubriría ante los humanos el mundo vampírico civilizado en el que viven y haría que su existencia quedase al descubierto. Y, eso, podría desatar una guerra. Las cazas darían comienzo, y los vampiros serían perseguidos por humanos o incluso por otros seres sobrenaturales. Sin duda, algo peligroso y que atormenta a la vampiresa, ya que su Oscurus está más presente de lo que a ella, e incluso a su Dome, les hubiese gustado. Siempre la acompaña, como una criatura al acecho en las sombras, ocupando el espacio que dejó su alma al convertirse en vampiro. Pero, que no contenta con eso, ansía más y más oscuridad en su interior, empujándola al abismo de la ira. Y todo porque ansía una libertad que Kalte trata de evitar a toda costa. Con los años, se convierte en una batalla cada vez más difícil de ganar. Combatir con uno mismo, con lo que uno lleva dentro, es la peor guerra a la que cualquiera podría enfrentarse.

El silencio de la noche reina en la sala. Parece que ninguno de los dos es muy hablador al despertar. Kalte se acerca al espejo mientras Darek sale de la bañera y se dirige al dormitorio. Tiene el pelo bastante bien. Un vampiro no se revuelve mientras descansa. Durante el letargo obligatorio al que están sometidos durante el día, no sueñan ni necesitan recolocarse, por lo que se levantan en la misma posición en la que se acuestan; en este caso, peinada.

—En la bolsa tienes ropa que te compré, y viendo lo que hiciste anoche con la que llevabas, es mejor que la cambies por la limpia. Tienes diez minutos y nos vamos.

Kalte entra en el dormitorio para coger el maquillaje y vuelve al baño para aplicárselo. Todas las noches se arregla siguiendo la misma rutina. Su sombra de ojos siempre es oscura, con un *smokey eye* marcado, delineador

negro, rímel, y los labios rojo sangre. Para ella, es una especie de ritual. Al maquillarse de esa forma, consigue dar un aspecto más adulto a sus rasgos, intentando ocultar su rostro infantil y casi angelical, que no cambiará en la eternidad. Escucha cómo Darek se prepara en la otra sala y, una vez maquillada, sin importarle que el vampiro pueda o no estar listo, regresa a la habitación para vestirse. Cuando lo hace, lo descubre completamente preparado.

Ahí listo está Darek, sentado en uno de los sofás viejos que hay junto a la puerta y que decoran lo poco que pueden este mohoso lugar. Está encorvado, con los codos reposados sobre las rodillas y mirando a Kalte. Desde donde está sentado, ve perfectamente toda la sala. Tiene la cama enfrente, ligeramente a la izquierda, la puerta a la derecha y el baño justo delante, por lo que la sigue con la mirada cuando ella cruza el umbral. Tiene la bolsa preparada a sus pies y ha dejado la ropa de Kalte que había en su interior sobre la cama, para que pueda cambiarse.

—No he quitado las protecciones que puso tu esclavo, o lo que fuese. Imagino que eso se lo dejarás a él. —Kalte lo nota confiado y con un deje sarcástico que no puede evitar encontrar divertido.

Sonríe sin pudor y se dirige a la cama para coger la ropa que le ha dejado preparada. No teme que le haya podido escoger un look mejor o peor, ya que es el único conjunto que tenía preparado en la bolsa. Un corsé negro con una blusa blanca que se pondrá debajo, unos pantalones negros entallados y los botines que llevaba ayer.

—Tienes prisa por que nos vayamos. Pero como te dije ayer, antes de que nos encontremos con los hombres que buscas, tenemos asuntos que atender. —Kalte suena suave, mientras se comienza a cambiar sin importarle si él mira o no.

—Estoy listo —dice el vampiro con confianza en sí mismo. Aunque iba a seguir hablando, Kalte lo para en seco.

—No. No lo estás. —Deja la ropa cómoda que llevaba sobre la cama y empieza a abrocharse la blusa—. Aún no has cazado.

—Sí, ayer maté a una chica y sigo aquí. Ellos serán pan comido.

Kalte continúa vistiéndose mientras Darek intenta convencerla. Se abrocha los pantalones y comienza a atarse el corsé.

—No, perder el control será pan comido. Aún no has acechado, no has

elegido a un humano del que alimentarte. No sabes cómo es. No sabes lo que tienes que hacer. ¿Quieres ir directamente a por esos hombres? Acabaría haciendo yo todo el trabajo y te arrepentirías por toda la eternidad. Que ahora es una palabra muy diferente; la *eternidad* es un concepto que ahora se ha hecho real para ti. —Recalca Kalte mientras acaba de vestirse.

La vampiresa se acerca a Darek y le entrega la ropa que ha usado para descansar en la bañera. Sin mediar palabra, mira la bolsa a los pies del vampiro y luego coge su móvil y el cargador. Comprueba si tiene mensajes. Teme que su Dome se haya vuelto loco por su desaparición y haya roto las barreras de lo imposible para hacerse con un móvil y localizarla. Pero no. En lugar de eso, tiene mensajes de Ethan.

—¡Mierda, Kalte! ¡Tenemos que ir a por ellos! ¿No entiendes lo que hicieron? ¿No entiendes a lo que he renunciado para encontrarles? —Darek se levanta del sofá claramente molesto. La altura entre ambos, a pesar de la distancia a la que se encuentran, es muy evidente.

Kalte bloquea el móvil ante las palabras rabiosas de su Pequeño y, tras guardarlo en su bolsillo, se acerca a él confiada y seria. No le importa que le saque una cabeza, así que se planta frente a él.

—¿«Mierda, Kalte»? —repite las palabras del hombre, visiblemente molesta—. No me jodas, Darek. ¿Que no entiendo a qué cojones has renunciado? ¿Y qué crees que soy yo? ¿Un vampiro que nació vampiro? ¡Joder! ¡Eso ni siquiera existe! — Se mantiene quieta frente al vampiro—. Te dije que te ayudaría, pero no juegues conmigo. Si quieres vengarte, aprende. Y hazlo rápido. Pero no se te ocurra... jamás... volver a faltarme al respeto. Soy tu Dome, tu creadora, y si me tocas los cojones, me vas a encontrar. Y no te va a gustar lo que veas, puedes creerme.

Kalte está enfadada. Siente que su *Oscurus* se acrecienta en su pecho, se extiende por sus venas dejando clara la rabia que se refleja en su mirada. Un vampiro normal, o cualquier persona corriente, tal vez no hubiese reaccionado de esta forma ante el primer conflicto. Ella, de hecho, ni siquiera cuando era humana, hubiese reaccionado así. Pero desde que es vampiro es otra versión malvada de su «yo» pasado.

—Está bien, «mi Dome». —Darek suena molesto y a duras penas da su brazo a torcer—. Te espero en el coche. —La cruda expresión en los ojos de Darek se clava unos segundos en Kalte, pero rápidamente agacha la vista

para coger la bolsa y salir de la habitación.

Kalte se mantiene unos segundos quieta, intentando reprimir a su Oscurus. «Maldita sea», piensa mientras trata de recomponerse. La rabia puede con ella y tiene que relajarse o si no perderá el control. Maldito Oscurus que intenta controlarla.

La vampiresa intenta dominarlo y mantenerlo en la celda del autocontrol, pero con la facilidad extrema con la que se exalta, la empuja a perder los papeles con demasiada facilidad. Es algo que teme y ansía a partes iguales. Ojalá pudiera dejar que la controlase y lo destrozase todo a su paso. Caos y terror. Miedo y muerte. Pero, por otra parte, podría hacer que entrase en radares difíciles de evadir, al menos es lo que dice su creador.

Durante los siguientes minutos lucha contra su Oscurus de forma interna. En silencio, cierra los ojos y trata de concentrarse en otra cosa, en algo que la relaje. Pero las imágenes que se le aparecen son cada vez más difusas, como si se estuviese mirando en un lago al que le acaba de lanzar una piedra y las ondas de la superficie le impidiesen ver su reflejo. Al fin consigue recuperar el control. No ha sido para tanto, pero cada vez le cuesta más acallar esa rabia que siente que le hacer arder desde las entrañas.

Cuando finalmente está más tranquila, vuelve a centrarse en lo que estaba haciendo antes de la discusión con Darek. Mira su móvil para retomar lo que buscaba y con tan solo encender la pantalla, ahí lo tiene. Así que abre la conversación pendiente con Ethan.

Ethan: Mi ama, espero que estés descansando

Ethan: Voy a descansar para estar listo por la noche. Ojalá me llevases contigo

Ethan: Mi ama, estoy por la zona. Solo una llamada y ahí estaré

Tantos mensajes agobian a la vampira. Sabe que él es así, pero necesita que pare, así que en los siguientes segundos medita muy bien lo que le va a escribir a continuación. Es consciente de que haber elegido a otro para ser convertido, es algo que al humano le estará matando. Pero necesita mantenerlo de su lado. Así que se predispone a contestarle. Está

prácticamente segura de que responderá al instante, así que necesita dirigirse a él con tacto, cosa que odia, pero ahora debe hacerlo.

Kalte: Sabes que es peligroso para ti

Acaba de enviarlo y, efectivamente, responde al instante.

Ethan: No me importa. Iría hasta el fin del mundo por ti

Kalte: Lo sé, y por eso te necesito aquí, Ethan

Ethan: Pero te lo llevas a él

Kalte aparta la mirada del teléfono unos instantes. Esto la pone enferma. Actúa como un enamorado que tan solo quiere la inmortalidad para pasar el resto de la eternidad junto a ella. Es una necesidad romántica que, por lo que dice el Dome de Kalte, usan muchos vampiros en su beneficio con sus siervos humanos gracias a cómo la cultura popular los retrata. El amor eterno o la esperanza de que en algún momento sus amos los conviertan en criaturas de la noche son sus grandes ases bajo la manga para conseguir de ellos lo que quieran. Así que, ante las palabras del humano, la albina se dispone a contestar con cautela.

Kalte: Sí, me lo llevo a él, pero a ti te necesito por ahora aquí

Tu misión es la más importante de todas. Te necesito

Necesito que recojas la habitación del motel...

Y necesito que seas mis ojos aquí

Necesito que vayas a mi casa y vigiles a mi Dome

Si ves que hace algo raro... si ves que me busca...

Si va a viajar...

Lo que sea... Necesito que me avises

Ethan: Crees que va a ir a buscarte?

Kalte: Espero que no. Pero si lo hace...
Debes avisarme

Ethan: Yo te protegeré, mi ama

Kalte: Sé que puedo confiar en ti
No me escribas hasta que veas algo raro
Yo me pondré en contacto contigo
¿Entendido?

Kalte se mantiene a la espera con la pantalla iluminando su cara. Está angustiada. Si su Dome la busca, será porque le esté dando caza. Y posiblemente acabe muerta por haber convertido a Darek en vampiro sin su permiso. Y ahora más que nunca odia que Ethan, que siempre le escribe al momento, esté tardando tanto. Pero al fin obtiene respuesta.

Ethan: Volverás a por mí?

Kalte: Sí

Ethan: Te echaré de menos... Y te protegeré desde aquí
Puedes contar conmigo
Espero que el tío que te llevas sepa lo que hace
Yo cuidaré de ti, mejor que él estando contigo

Kalte: Lo sé. Ten cuidado, Ethan
Espera mi llamada. Y si ves algo raro, avísame

Ethan: Sí. Seré tus ojos
Te echaré de menos

Kalte: Y yo a ti. Debo dejarte

Ten cuidado Ethan

Tras escribir eso último, Kalte apaga la pantalla del móvil sin esperar a lo que, sin duda, va a ser una despedida empalagosa. Sin perder más tiempo, la vampira se dirige hacia la salida de la habitación. Sabe que Ethan le va a obedecer. Siempre lo ha hecho. Así que cierra tras de sí y, cuando llega al coche, ve a Darek sentado en el asiento del conductor, preparado para salir de allí, con las ventanillas delanteras bajadas.

—Has tardado, mi Dome. —El tono del vampiro suena a reproche y, aunque a Kalte le cabrea, abre la puerta del coche y se sienta. —No me des el viaje. Bastantes preocupaciones tengo ya como para acabar tirándote a una cuneta de camino a Montreal—. Kalte enciende el GPS y cuando el aparato calcula la ruta, indica que tardarán poco más de una hora en llegar a su destino.

Es sábado, así que seguro que al llegar tienen tiempo de sobra para instalarse en el hotel y cazar despreocupados. Darek emprende el viaje en silencio, y Kalte se mantiene mirando por la ventanilla. Apenas hay luz al salir del motel, pero cuando cogen la autovía, las farolas iluminan mejor la carretera. En un momento del viaje, mientras ella está distraída mirando las doradas y nacaradas luces que van pasando de forma regular cada pocos metros, piensa en todo lo que se le viene encima si su Dome les encuentra. Es muy rencoroso, y si supiese a dónde ha huido...

Ella le dejó una nota para ganar tiempo, pero a estas alturas seguro que ya sabe que se ha marchado. Y eso le causa una sensación de miedo a la par que de libertad. Darek hace el amago de empezar a hablar, pero a Kalte no le apetece entablar una conversación. No sabe si se va a disculpar o quiere preguntarle algo. O incluso seguir con reproches que están guiados por su reciente *Oscurus* interno, o por su aún existente humanidad. Pero ahora no tiene ganas de averiguarlo, por lo que, para acallarle, enciende la radio del coche y sube el volumen. Suena música bastante actual con la que ella no se identifica, pero la deja sonar. Con tal de no escuchar a nadie ahora, está dispuesta a soportar cualquier basura musical. Y así transcurre el viaje: en silencio.

Es un silencio diferente, que se podría tocar con la palma de las manos. Está tan presente que hasta alguien externo podría verlo, incluso desde fuera

del coche. Con un vistazo, verían a Kalte y Darek inundados en un silencio asfixiante. Los sentidos pueden engañar al espectador curioso, ya que la música parece un guerrero que lucha contra la despiadada soledad del silencio. Incluso los pensamientos de ambos seguro que gritan y luchan por salir, pero los labios de los vampiros se mantienen sellados, cerrando el paso a cualquier sonido que pueda derrotar al orgullo. Y la única voz compañera en este viaje es la de un GPS, una máquina que tan solo habla para indicarles cómo llegar a su destino.

Kalte mira las luces como neones que dibujan formas hermosas en la oscuridad de la noche a su paso. Darek está concentrado en la carretera. Es una noche especialmente oscura, hermosa y siniestra, perfecta para la caza. Aunque solo han pasado unas horas desde que se alimentaron, Kalte tiene hambre.

La joven vampira piensa en su sed y acompañada por la falta de conversación, se encuentra ensimismada en la sensación de su interior y su deseo de cazar. No se ha alimentado al despertar, así que, aunque no es un hambre voraz, no rechazaría unas gotas de sangre. Cuanto más lo piensa, más se da cuenta de que un vampiro no es tan diferente a un humano.

Es cierto que ellos, los vampiros, gozan, o sufren, el don de la inmortalidad. Algunos dirán que es un regalo; poder ver el transcurso de los años, poder ver de dónde partió el ser humano y a dónde llegará, bajo los hilos imperceptibles de sus titiriteros, los vampiros, es un regalo de poder eterno. Mientras que otros, por el contrario, piensan que es una maldición que te separa precisamente de lo que te hace disfrutar los momentos de la existencia. Saber que la muerte acecha es lo que te lleva a exprimir cada segundo de consciencia en la tierra. También es cierto que, como en todo, hay matices. Humanos que quieren ser inmortales, vampiros que desean la humanidad, humanos que odian la vida, vampiros que aman la muerte. Hay opiniones que difieren de las del resto, que los hacen únicos. Pero hay algo que los acompaña a todos: el hambre. La necesidad de alimentar un cuerpo para poder cumplir con el cometido que tu mente te impone.

Kalte sigue pensando en ese concepto, el hambre. Si lo piensa bien, un humano, cuando se levanta por las mañanas, tiene hambre. Desayuna, pasa el resto de su jornada, y sigue alimentándose. Pero si un día no lo hace, no se muere. Ni entra en un estado de furia extrema como para plantearse la idea

de llegar al canibalismo. Eso solo se daría en situaciones extremas. Y un vampiro... ¿acaso no es igual? Puede pasar noches sin alimentarse, pero cuantas más pasen, más hambre tendrá y más incontrolable será su Oscurus. Un ente que podría comparar con el instinto de supervivencia de los humanos, pero más violento. Mucho más. Y es cierto que un humano moriría si no se alimentara durante un tiempo, sin embargo, un vampiro tan solo entraría en un letargo indefinido, que únicamente se rompería con la magia de una gota de Sangre que volviese a reanimarle. Es mágico como una sola gota del carmesí fluido puede hacer que un vampiro despierte del sueño perpetuo.

Las luces en movimiento que decoraban el exterior de su coche han cambiado. La ciudad se les ha echado encima en poco tiempo, y ahora se encuentran callejeando bajo las farolas que iluminan las calles. No es muy tarde y todavía hay gente paseando a sus mascotas, grupos de amigos de cháchara y risas, parejas cogidas de la mano paseando bajo la fresca noche o besándose en el portal de sus casas. Mientras tanto, Kalte sigue sintiendo hambre.

Darek detiene el vehículo en una de las calles y apaga la música. Ese nuevo silencio hace que Kalte despierte de su ensimismamiento y mire hacia el exterior. El coche está aparcado, y el GPS indica que han llegado a su destino. Tan solo se puede oír amortiguadamente a la gente que pasa junto a ellos. Oye el clic del cinturón de seguridad de Darek al desabrocharse, y el asiento del vampiro reacciona a su movimiento con un quejido.

—Lo siento, Kalte. —Darek está girado hacia la vampiresa de cabello albino con el codo apoyado en el respaldo del asiento. Sus ojos verdes ahora se ven oscuros bajo la calma de la noche y se mantienen fijos en su Dome.

Kalte no responde. Ya casi había olvidado por qué han discutido y necesita unos segundos para volver de su mar de pensamientos a lo que les atañe realmente.

—Estoy siempre enfadado —continúa Darek.—Lo estaba antes y ahora siento que tengo la solución tan cerca y tan lejos a la vez... Tú me ofreciste una salida a mi situación, y yo elegí aceptarla.

—Es tu Oscurus. —Kalte clava sus oscuros ojos en su apuesto Pequeño—. Todos tenemos uno que nos hace reaccionar así ante determinadas situaciones. Estás recién convertido, y una vez te lo puedo pasar, pero dos

no.

—Sí, siento algo dentro de mí... pero no es eso. Joder Kalte, soy policía.

—Eras —corrige Kalte—. Ahora eres un aprendiz de vampiro. —La cara de Darek se agria al escuchar eso, pero, aun así, Kalte no aparta la mirada.

—¿Un «aprendiz»... —remarca el chico las palabras que parece que le han herido—, de vampiro? ¿O más bien un asesino? Me pides que ahora dé caza a lo que, hasta hace no mucho, he protegido. Ya he matado a una chica inocente, y ahora solo están en mi lista los asesinos de Emma. —Darek aparta la mirada de Kalte unos segundos con una muestra de dolor punzante en su rostro al pronunciar el nombre de su esposa fallecida.

Kalte se mantiene en silencio mientras ve pasar a un grupo de adolescentes riendo y charlando. Y unos metros por detrás, un par de hombres vestidos de negro caminan mientras hablan.

—Míralos —le indica al vampiro, que con un acto reflejo mira hacia donde ella lo hace—. Esos hombres que caminan tras el grupo de chavales podrían ser un par de amigos que pasean casualmente cerca de esos adolescentes, o quizá podrían ser unos secuestradores, o tal vez unos asesinos... Imagino todos los casos que habrás tenido que investigar en tu trabajo, y más teniendo en cuenta lo que le pasó a Emma. —Kalte vuelve a mirar a Darek, que sigue con la vista clavada en los hombres de los que hablan, sin pronunciar palabra. Con una expresión maliciosa, sabe que el mensaje le ha llegado a Darek, así que prosigue con un tono de voz lúgubre—. Matar o no matar está en tu mano, pero a tus víctimas las eliges tú. ¿Quieres cazar a un asesino? Me parece bien. ¿Quieres cazar a un atracador? Si tu instinto de expolicía es lo que te pide por ahora, perfecto. Pero debes alimentarte. Busca un objetivo y dale caza. Yo al principio cazaba hombres que me recordaban en algo a...

—Hace una pausa en seco y cambia lo que pensaba decir... a alguien de mi pasado. Ahora elijo a mi víctima dependiendo de la ocasión. Podrás dejarlos vivir, podrás hacerlos morir... yo te enseñaré.

Darek se queda en silencio ante las palabras de Kalte mirando hacia la calle, viendo como el grupo de adolescentes han desaparecido a la vuelta de la esquina. La cálida luz de una farola ilumina el coche en su interior, y Kalte observa al vampiro, que parece estar luchando contra su nueva naturaleza. La misma lucha que ella perdió. Ahora le toca a él perder.

—Vamos a dejar las cosas en el hotel y salimos de caza. Esta noche vas a enseñarme de lo que eres capaz.

Kalte deja a Darek sentado en el coche mientras ella sale al frío de la calle y cierra tras de sí la puerta. Se queda de pie, dando la espalda al coche, mirando hacia la esquina de la calle en la que desaparecieron los jóvenes. Sonríe de forma dulce y maligna al mismo tiempo. Una sonrisa que muestra la belleza y la crueldad en un mismo instante. Como cuando miras una rosa. La ves hermosa con sus pétalos bermellón, pero a la vez temes cogerla porque sabes que sus espinas pueden herirte. Y ahora Kalte disfruta sabiendo que acaba de plantar otra semilla de rosal justo a su lado.

Capítulo 5

El beso de la muerte

Es casi medianoche y las habitaciones ya están preparadas. En esta ocasión, han reservado un par de dormitorios en un hotel frente a un parque grande y frondoso. Un lugar perfecto para cazar. El edificio es pequeño, de unas pocas plantas, y hace esquina con la avenida principal. La fachada es de piedra beige y tiene una pequeña cúpula blanca en el tejado. Las habitaciones son pequeñas y bastante fáciles de adaptar para su sueño diurno, así que no tardan mucho en acondicionarlas para que no entre ni un solo rayo de sol.

Ahora deben prepararse para ir a cazar. Kalte ya está lista. Su estilo de ropa no suele variar, pero para esta ocasión ha escogido algo distinto. Es la primera caza de Darek, y será su primera víctima real: necesita saciar su sed de sangre por sí mismo. Así que ha dejado de lado sus típicos corsés oscuros y ha elegido un vestido más inocente, como el que llevaría una angelical adolescente en una primera cita con un chico de su clase.

Lleva un vestido blanco de manga larga, que le llega por la mitad del muslo y deja la piel de sus piernas asomar tímidamente. La tela rasa está cubierta por encaje del mismo color, lo que le confiere un aspecto casi virginal. Sus piernas están protegidas del frío por unas medias blancas que le llegan justo por encima de las rodillas y unas botas altas de color beige. Debe recordar parecer humana, por lo que se pone una chaqueta y un bolso que combinan con el color de sus botas. Por último, se enfunda unos guantes de lana y se cubre el cuello con una bufanda. Su maquillaje es suave, con un

ligero toque de rímel y brillo en sus labios. No le gusta verse así en el espejo; es la imagen de su rostro el día antes de morir. Excepto el color de su pelo, todo lo demás sigue igual. Han pasado veinte años desde entonces y, al verse así, vuelve a ser la humana estúpida a la que mataron porque no supo defenderse. Pero ahora esto es un disfraz para ella. Se saca el pelo albino, lacio y largo de la bufanda y lo deja caer como una cascada sobre sus hombros. Está lista.

Kalte sale de la habitación y ve a Darek con las manos en los bolsillos de su chaqueta, apoyado en la pared y mirando al suelo. En otras circunstancias, o incluso en otra vida, podría ser una escena romántica: un hombre esperando a su cita para pasar una noche inolvidable. Pero, aunque será una noche que jamás olvidará, no hay cabida para el romanticismo en esta vida. Va vestido con una camiseta gris oscura, con los botones del pecho desabrochados, una chaqueta de cuero negra y unos vaqueros y zapatos oscuros. Sencillo, pero cómodo. Un atuendo bastante apropiado para acechar en la oscuridad, para ser el testigo del veneno que consume a la humanidad y acabar con él. Por el cuello asoma tímidamente el cordón que siempre lleva puesto.

Kalte cierra la puerta sin soltar el pomo. Darek levanta la cabeza y mira en la dirección del sonido. Al principio, una fugaz mirada del vampiro se posa en ella, pero enseguida vuelve a agachar la vista, como si no la hubiese reconocido. Rápidamente, la confusión aparece en su mirada y vuelve a alzar la vista. No sabe qué decir. Eso es algo que le gusta de él, que no dice nada hasta que sabe qué quiere expresar. La vampiresa permanece inmóvil de espaldas a la puerta, casi divertida ante la incertidumbre de Darek, que se acerca a ella. La mira fijamente, y se detiene a menos de un paso de la muchacha, que se ve obligada a levantar la cabeza para poder mirarlo al hablarle. Su altura le proporciona una extraña sensación de seguridad.

—Cualquiera diría que no sabes quién soy. —Kalte rompe el silencio con sus grises ojos clavados en los verdes del moreno vampiro.

Darek está callado y alza la mano con suavidad hasta el mentón de Kalte, como si quisiera verle el rostro mejor. Cuando sus dedos entran en contacto con la piel de ella, hace ademán de apartarse.

La maldición helada que abraza la piel de la vampiresa siempre genera ese primer acto reflejo, por lo que, sin dejar de mirarla, da un paso atrás.

—No puedo creer lo cambiada que estás. Eres una cría.

—En sus palabras hay una mezcla de comprensión, tristeza y enfado. Hasta podría decirse que hay un dejo de preocupación.

—Lo era. Y no me compadezcas. —Kalte odia el efecto que provoca su aspecto más humano. Por eso, odia volver aparentar que tiene diecisiete años —. Tu opinión es muy humana, así que centrémonos en aparentar ser humanos, aunque no lo seamos. Si no lo haces por las buenas, y rápido, tendrá que ser por las malas —dice intentando hablar como la vampira asesina que es, pero este atuendo y la mirada de Darek le hacen sentirse incómoda.

—¿Por qué te has vestido así? ¿No íbamos a... —Darek hace una pausa estratégica y, tras mirar a todos lados con disimulo, continúa— comer?

—Sí, y voy a ayudarte a elegir un buen menú. Vamos. —Los dos vampiros se dirigen a la salida del hotel.

Cruzan la calle hacia el parque que hay frente al hotel. Es un buen lugar para cazar. Todo el mundo sabe que, de noche, un parque es el escenario perfecto para la crueldad humana. Los altos árboles ocultan los peligros de los ojos curiosos. Tan solo un incauto correría el riesgo que ellos van a asumir hoy. En el centro del parque hay una zona asfaltada con unos viejos bancos de madera desgastados por el sol.

Empieza el juego. Kalte, enfundada en guantes de lana, coge a Darek de la mano. Con el brazo libre, le agarra como una enamorada y posa su palma sobre el musculoso brazo del vampiro. Durante un instante, parece sorprendido por la forma de actuar de su Dome.

—Tan solo camina —susurra Kalte.

Se adentran en el parque como una pareja de enamorados hasta que llegan a un lago con forma de serpiente. Hay un puente de madera con barandillas negras que lo cruza. Las farolas de estilo clásico iluminan con un cálido brillo la madera que cruje bajo sus pies. Hay dos a cada lado de la pasarela, por lo que la luz es tenue y acogedora. Es el lugar perfecto. Kalte suelta a Darek para apoyarse en la barandilla metalizada y observa el hermoso paisaje nocturno. Disfruta de las vistas, observa el camino que dibuja la silueta siniestra bajo sus pies, abrazado por los árboles. Al fondo, un solitario edificio asoma tímidamente por encima de las oscuras copas de los árboles. Bajo esta luz tenue y tenebrosa, el agua parece petróleo. Podría

ser el hogar de siniestras criaturas ansiosas por arrastrar a sus víctimas hasta las profundidades del infierno. Justo lo contrario de lo que harán ellos. Esta caza será como un canto de sirena: necesitas que los marineros perdidos en el mar la oigan y después la vean para sentirse atraídos por ella cuando ya sea demasiado tarde. Darek se apoya en la barandilla, junto a Kalte, y mira el reflejo de la luna en el agua. Permanecen en silencio durante unos minutos; podrían ser cinco o podrían ser veinte. La noción del tiempo en la caza cambia por completo. Al fin, el vampiro rompe el silencio.

—Todavía no me has dicho qué estamos haciendo... —La voz del vampiro, grave y suave a la vez, acompaña el sonido de las hojas mecidas por la brisa de la noche, el cantar de los insectos y el chapoteo de los peces en el lago.

—Tenemos que esperar un poco. Una pareja en un parque a estas horas... No es raro que pronto aparezca alguien que encaje con tu prototipo de desecho social. —Kalte sigue con las manos enguantadas sobre la barandilla. Desde hace un rato, siente que los observan.

—Quieres que nos atraquen los tíos que están detrás de nosotros, a unos veinte metros —concluye Darek, que adivina lo que su Dome tiene en mente.

—Mírame. Soy una joven menuda e indefensa. Pero claro, estoy acompañada por un hombre corpulento. Es cierto que nos superan en número y podrían atacarnos, pero seguramente no saldrían ilesos. La pregunta es: ¿es eso suficiente para ti?

—El tono de la vampiresa es calmado y calculador.

—¿Qué quieres decir con «suficiente»? —pregunta Darek, desconcertado.

—Darek, tú estás hecho de otra pasta, pero eso no quiere decir que no puedas aprender a ser tu nuevo yo. Parece que necesitas ver la oscuridad en las personas para poder atacar, y eso es lo que voy a hacer. Te demostraré que los malos pueden ser muy malos. Y así no dudarás. La cuestión ahora es... ¿harás lo que sea necesario para alimentarte y protegerme? —Los mechones blancos brillan con más intensidad bajo la luz de la luna y adquieren tonos cálidos por la iluminación dorada de las farolas.

—Son cuatro tíos. Pensé que podías con más que eso, o al menos es de lo que presumes. —Aunque Darek no es capaz de verlo, esa frase hace sonreír a

la vampiresa, que vuelve a meterse en su papel.

—Hay poca gente en el parque y, por cómo actúas conmigo, pensarán que estamos hablando de algo serio. —Kalte se gira para mirar a su compañero y muestra una expresión de tristeza y desconcierto—. ¿Acaso estás rompiendo conmigo? —alza la voz lo justo como para que no parezca una escena ensayada y para que todos la oigan. Quiere que muerdan el anzuelo.

La cara de Darek es un poema. El grupo de hombres, que tendrán entre veinte y treinta años, están pendientes de ellos. Es el mejor momento. Darek la mira confundido, lo que hace que a Kalte le entren unas ganas tremendas de reír. No puede creer que nunca le hayan montado una escena al corpulento expolicía. Parece un hombre modélico, pero Kalte confía en que esta noche deje de serlo. Esta noche tiene que ser un asesino.

—¡No me lo puedo creer! ¡Te lo he dado todo! ¡Te quiero! —Kalte da un paso atrás. Sabe que los «cazadores nocturnos» tendrán que pasar por el puente y se cruzarán con Darek. Eso le dará tiempo al vampiro para pensar qué hacer—. ¡Lo siento!

Darek no reacciona, está petrificado y en silencio. Mira a Kalte, estupefacto ante su cambio de actitud. Sin duda, no está cómodo, tal vez pensaba que la caza no era más que salir a morder cuellos, un juego donde pones las cartas sobre la mesa y la propia víctima se encarga de descubrir las ante los ojos ansiosos del vampiro. Así que Kalte continúa con su actuación, pero sin derramar una sola lágrima. Cualquier exceso en la escena haría sospechar a un humano. Y llorar sangre no es fácil de explicar.

—¿No dices nada? ¿Por qué? ¡No te quedes ahí callado y di algo! —Darek no parece capaz de seguirle el juego y la mira atónito, como si las palabras de la joven le afectasen de verdad. Si realmente es así, sigue siendo muy humano. Finalmente, Kalte decide jugársela. ¿Estará apostando a caballo ganador o será todo en vano? La duda acecha, pero ha llegado la hora de echar toda la carne en el asador—. ¡¡TE ODIÓ!! ¡¡T E O D I Ó!!

Kalte ve que el grupito de desconocidos se ha acercado poco a poco y ya casi están a la entrada del puente, justo detrás de Darek. La joven vampiresa sale corriendo hacia el parque y deja a su Pequeño y a los hombres en la pasarela. Sabe que irán a por ella. Ahora, todo queda en manos de Darek. Ella podría defenderse de ellos. No sería tarea fácil, pero ya lo ha hecho

antes. Así que sigue corriendo, adentrándose más en el parque. En una bifurcación, toma el camino de la derecha, ya que a su izquierda hay una caseta y lo que ella quiere es privacidad. Es un momento muy íntimo, el de un vampiro y su víctima. Aunque esos tipos crean que son los cazadores, se llevarán una sorpresa cuando vean que son la cena. Deja de correr, como una humana cansada tras correr un buen trecho, y se agazapa en una esquina oculta de la vista de posibles transeúntes. Es una zona resguardada, formada por una valla en forma de ele que delimita ciertas zonas del parque.

Está arrodillada y gimotea, se cubre el rostro con las manos. El pelo le cae sobre la cara y eso le confiere un aspecto indefenso. Tal y como pensaba, pronto se oyen los pasos de cuatro hombres. Espera que Darek reaccione. Lo necesita como vampiro, como asesino y, sobre todo, como protector.

—¿Estás bien, chica? —Uno de los cuatro hombres parece el portavoz del grupo.

Acaba de conseguir que un grupo de posibles atracadores o vendedores de drogas se hayan reunido en una zona apartada del parque. Parece que sus intenciones son peores de lo que creía.

—Sí... —A pesar de querer matarlos ya, Kalte sigue interpretando su papel. Espera el turno de Darek, debe despertar de su vida humana y convertirse en quien debe ser—. Ya... ya me voy... —masculla mientras se pone en pie.

—¿A dónde? ¿Quieres que te acompañemos? El parque es peligroso a estas horas.

Los chicos se miran entre risas que la aterrorizarían si no fuera porque ya sabe cómo acabará la escena. Darek o ella actuarán.

—No, no hace falta... Gracias. —Kalte se dispone a marcharse, pero uno de los chicos le arrebató el bolso de un tirón y empieza a rebuscar dentro.

—No llevas cartera. Sin cartera no sabremos tu nombre, y no podrás pagar el peaje para poder salir... —Al sonido de una navaja detrás del líder le siguen tres más al desplegarla.

—Es que... Puedo ir a casa a buscar dinero, ¿cuánto queréis? —Maldito Darek, si no aparece tendrá que ser ella quien tome medidas contra estos cobardes. Pero aparecerá, está segura. El desconcierto del vampiro en el puente se debía a que todavía es muy humano, pero confía en que su *Oscurus* aparecerá pronto.

Como una manada de hienas, el grupo la rodea con las navajas amenazando con comenzar su baile de sangre.

—No, creo que no lo has entendido. —El líder de la manada, que lleva unos guantes oscuros, se acerca a ella y le asesta una fuerte bofetada con el dorso de la mano. Kalte cae al suelo. Ser vampiro no implica no sentir nada, y aunque ella podría acabar con sus vidas en un momento, la mejilla se le entumece ligeramente tras el golpe.

—Por favor... No... Os pagaré... —La vampiresa suplica con la mano en la mejilla, interpretando su papel de criatura indefensa. Kalte no los atacará. Debe mostrar a Darek el poder de su propio Oscurus para que dé el paso y llegue a tiempo.

El líder de la manada se envalentona, alentado por las risas de sus compañeros y se quita los guantes sin apartar la vista de Kalte. Se agacha para coger un extremo de la bufanda que cubre el cuello de la vampiresa y comienza a quitársela, mientras los demás se aproximan a ellos. Kalte arde de rabia por dentro, y su Oscurus ansía acabar con ellos. La ira la abruma, desea gritar, matar, destripar, pero no puede. Darek y su propio futuro dependen de ello. Debe esperar, pero controlar a su Oscurus está resultando tan difícil que su cuerpo tiembla de ira.

—¿Tienes frío, cosita guapa? —El agresor deja caer la bufanda de Kalte al suelo y la coge por la cintura para llevarla hasta el

Capítulo 6

No te enamores

Han pasado unos minutos. La tranquilidad de la noche es acogedora. La fría brisa mece las hojas, y la luz de la luna se cuela discretamente entre las copas de los árboles. Nadie diría que en este parque dos vampiros acaban de cometer un atroz acto de violencia. Kalte siente que su cuerpo vibra al degustar la tibia sangre de su víctima bañando sus labios, su boca y su garganta. Cierra los ojos para disfrutar del brillante y carmesí líquido vital, que destella con un color especial gracias a la tenue luz que se abre paso en la oscuridad que los refugia.

Su *Oscurus* fluye salvaje por su interior tratando de controlar cada fibra de su ser. Se deleita de placer tras el atroz acto de violencia. El pulso del agresor es débil, casi imperceptible, y Kalte es incapaz de beber más de su cuello. Desde su conversión, su sed de sangre es imparable, casi incontrolable. Si se dejase llevar un poco más, perdería el control de esa esencia de maldad que mora en ella. Sigue arrodillada con su víctima entre los brazos, saciada por completo, por lo que, con un movimiento brusco, se aparta del cuello del muchacho y se queda con la espalda erguida y mirando hacia la luna. Su *Oscurus* amenaza, fiero, con desbordarla, intoxicándola por dentro como una corriente de oscuridad en su más pura esencia que desea dominarla y desatar en ella el caos. Su único objetivo es matar y despedazar a todo lo que se cruce en su camino, especialmente a los humanos. Pide más sangre. No le importa si ya se ha alimentado lo suficiente; lo único que desea

es destruir sin control y, así, alejarla de todo acto de humanidad. Cada noche, cada sorbo de sangre de los últimos veinte años, ha sido para Kalte una satisfacción que la condena. Su Dome siempre ha pensado que el monstruo que habita en su interior sería como un regalo para muchos vampiros que ansían lo mismo que él. Pero ella no puede permitir que se descontrole. En el fondo, teme lo que pueda pasar si lo hace. Ahora mismo se está librando una lucha en su interior por tratar de aplacar el deseo de extinguir la llama de la vida del humano. Ya ha comido suficiente y debe parar. En un efímero momento de lucidez, se da cuenta del destino fatídico que ha vivido el muchacho. No ha sido capaz de frenar a tiempo, de luchar lo suficiente contra la oscuridad que habita en ella, y ahora el hombre yace muerto en sus brazos. Mira a la luna en busca de una aliada que pueda detenerla ahora o, al menos, algo que vuelva a relajarla. Siente el helor en su sangre bajo el poder de su Oscurus. Apretando la mandíbula y con toda la fuerza de voluntad que es capaz de encontrar en su interior, ese siniestro e inquietante frío remite poco a poco. Con los ojos clavados en los cráteres que surcan la perlada esfera del cielo, al fin consigue volver a encarcelar a su Oscurus en la prisión de su voluntad.

Kalte sigue arrodillada con el cuerpo del agresor en sus brazos y los ojos clavados en la luna. El frío de la noche empieza a helar la sangre que mancha su rostro y su cuello. Una voz masculina, ronca y suave, la despierta de su ensimismamiento.

—¿Estás bien? —Kalte busca con la mirada la fuente de esa pregunta y ve a Darek arrodillado junto a ella. Apenas se ha manchado de sangre, justo al contrario que ella. Hace una mueca de desagrado al darse cuenta de que el Oscurus del vampiro, a pesar de haberse convertido hace tan poco, no es tan ávido como el suyo.

—Sí —responde seca, clavando sus ojos en los de Darek, brillantes y verdes.

El vampiro se inclina un poco más hacia ella y la examina atentamente. Posa la mano en la mejilla manchada de la vampira y, con el pulgar, le limpia parte de la sangre seca de la comisura de los labios. Parece que ya no le incomoda tanto el helor de su piel de porcelana, porque no se aparta de ella.

—Cuando he visto que te iban a...

Darek sigue mirándola, y Kalte nota que ha conseguido despertar en él la necesidad de protegerla, el instinto de protección que buscaba. Aunque siga siendo demasiado humano. Y eso hace que se enfade con él, o con ella, o con todo. Lo odia. Odia la humanidad. Odia no tenerla. Odia no ser como él. Odia ser como es ella. Odia ser en lo que la convirtió su Dome.

La rabia al verlo tan atento con ella hace que su Oscurus vuelva a entrar en escena. Podría decirse que mora en su corazón, negro, como la misma noche, y como tentáculos hechos de siniestra maldad, vuelve a expandirse por su interior, amenazando con dominarla de nuevo. Acaba de acallarlo y ya tiene que lidiar con su presión de nuevo. Así que, enfurecida, le aparta la mano de un golpe seco, y la calidez desaparece de su rostro. Aunque él sea frío, como todos los vampiros, cualquier cosa es más cálida que la piel maldita de Kalte.

—Todo ha sido una treta. Podía con ellos, pero tenías que espabilar y cazar por ti mismo —dice seca y mirándolo con los ojos grises llenos de ira.

Kalte se pone en pie mientras Darek, confuso, la sigue con la mirada. Se queda mudo unos segundos mientras la vampira se aparta de él.

—Has conseguido que pierda el control... —Parece algo molesto.

Mira al suelo algo desconcertado como si no se hubiese dado cuenta hasta ahora de lo que acaba de pasar. Echa un vistazo a los cuatro cadáveres tendidos sobre un charco de sangre en el césped.

—¿Ahora resulta que quieres jugar a ser novios de verdad? Somos vampiros, Darek. No humanos que anhelan el amor eterno. No te busqué para que fueras mi compañero el resto de la existencia. Y lo que sientes ahora... No es lo que piensas. Todavía eres muy humano y todos esos sentimientos cambiarán...

El vampiro corta en seco su discurso mientras recoge la bufanda y camina hacia ella. Su diferencia de altura parece más evidente ahora, debido a la cercanía de sus cuerpos.

—No siento amor por ti, Kalte. —Se mantiene frío y distante a pesar de estar a pocos centímetros de ella, mientras le coloca la bufanda alrededor del cuello. Sus profundos ojos verdes están clavados en los grisáceos de Kalte. No suelta la prenda de tela que los mantiene unidos—. Y créeme, no lo sentiré nunca. Solo un loco podría llegar a enamorarse de ti.

Kalte está enfadada y tiene ganas de gritar, pero no puede mostrar

debilidad ante su Pequeño. Aunque jamás lo admitirá, hay cosas que todavía le recuerdan al pasado y le duelen como si le clavasen puñales en el pecho. Intenta enmascarar la ira que siente bajo un rostro inexpresivo y aprovecha la mirada de su compañero de matanzas para demostrarle que no debe jugar con ella. Se concentra durante un segundo sin perder el contacto visual. No quiere leerle la mente, pero va a demostrarle que puede hacer lo que quiera con él.

—Bésame —le ordena seria y con la mirada llena de ira, consciente de que probablemente sea lo último que quiera hacer después de haber sido rechazado.

El efecto de ciertos poderes vampíricos es muy eficaz, y este se le da particularmente bien. Sonríe maliciosa al ver que alguien que, hasta hace tan solo unos instantes, consideraría un loco a alguien dispuesto a amar a la vampira, ahora no puede resistirse a esa simple orden, contraria a su voluntad. El alto y corpulento hombre está a merced de la palabra que ha pronunciado la menuda vampira. Las manos de Darek sueltan con suavidad la bufanda. Se le nota molesto. Se agacha lentamente para aproximarse y, sin apartar la mirada de ella, mientras mechones castaños de su media melena caen como una cascada al aproximarse al rostro de la vampira, se dispone a obedecerla. Cuando su nariz entra en contacto con la de ella, Kalte vuelve a usar sus conocimientos místicos para darle una nueva orden.

—Quieto. —El vampiro se detiene al momento—. Cuéntame, ¿cómo te sientes? —susurra maliciosa.

Sabe perfectamente cómo se siente uno cuando lo manipulan de esa manera.

—¿Qué cojones me has hecho? —pregunta el vampiro, enfadado, sin moverse ni un ápice.

—Demostrarte que hay límites. Y que no debes sobrepasarlos. —Kalte libera a Darek, que rápidamente se incorpora con la expresión claramente molesta. Mueve su cuerpo para comprobar que ahora es él quien lo controla.

El Oscurus de Kalte está satisfecho tras la muestra de superioridad ante el vampiro. Un Dome siempre es más poderoso que su Pequeño, y a veces tiene que demostrarlo. La muchacha observa al vampiro, que parece querer decir algo, pero se queda callado observando los cadáveres.

—¿Qué hacemos con ellos? —Señala con la cabeza los cuerpos sin vida

que descansan en el jardín.

—Nada. Ahí se quedan —contesta.

Kalte se cubre con la bufanda para tapar su ropa y su rostro manchados de sangre. Debe ir a lavarse la cara antes de que la vean caminar así por la calle. La gente no reacciona bien al ver a una joven con la cara manchada de sangre, lo sabe por experiencia. Se tapa con la tela hasta la altura de los ojos. Justo entonces, le suena el teléfono.

—Me voy a dar un paseo —anuncia Darek, que mira al bolso de Kalte, donde su móvil ilumina la abertura y empieza a sonar—. Imagino que nos veremos en el hotel.

Kalte contempla la luz que sale del bolso y extrae el teléfono. Gracias a eso, puede dejar para otro momento las lecciones para un Pequeño que sigue siendo tan humano. Este se va con las manos en los bolsillos, camina con paso ligero, ágil y varonil para desaparecer en la oscuridad del frondoso parque.

El teléfono sigue sonando. Finalmente, mira la pantalla y ve el nombre de «Ethan» iluminado. Al ver que es él, se apresura a descolgar. Eso solo puede significar que su Dome va a por ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Kalte en cuanto se pone el móvil en la oreja. Comienza a caminar en la misma dirección en la que Darek se ha marchado; deberá buscarlo rápido si están en peligro.

—¿Estás bien? —La voz de Ethan parece más tranquila de lo que esperaba, por lo que se detiene en seco en su marcha, confundida y molesta.

—Sí... —hace una pausa para ocultar que está molesta—. ¿Por qué?

—Es que estaba preocupado... No me has llamado y ya casi acaba la primera noche en la que estás lejos. —Kalte frunce el ceño ante sus palabras.

—Te dije que solo me llamasas si pasaba algo... Y me he ido hace unas horas, Ethan... —Intenta mostrarse calmada porque necesita seguir interpretando su papel ante él.

—Ya, pero... —Ethan vuelve a callarse.

—Me estás preocupando, Ethan... ¿Ha pasado algo? ¿Rurik se ha movido de la mansión? —Es la primera vez que nombra a su Dome en voz alta desde hace mucho tiempo, pero necesita que Ethan sea claro.

—No. No creo que se haya dado cuenta de que te has ido porque todo

está muy tranquilo.

Kalte se lleva la mano a la frente y se masajea las cejas intentando calmarse. No cree que esa afirmación del humano sea cierta.

—Lo dudo —sentencia—. Necesito que estés atento, Ethan. Si se mueve, házmelo saber. Y no vuelvas a llamarme si no lo ha hecho. Me has dado un susto de muerte —bromea intentando mostrarse amigable con él para que siga sirviéndole.

Al no encontrarse cerca de él, la amabilidad y el falso dulzor que simula es lo único que puede hacer que Ethan siga centrado. No deja de ser un humano con sus inquietudes, y sin el incentivo de la sangre de la vampira, necesita endulzar su oído para que siga ayudándola. La falsa promesa de que una noche él será como ella y pasarán la eternidad unidos. Esa es su arma para dominarlo.

—Pero... estoy preocupado, Kalte. Estar separado de ti me mata —se lamenta el humano.

—Sabes que no puedes venir conmigo, sería más peligroso para ti, te lo dije, y lo entendiste. —La voz de Kalte ahora es dulce.

Vuelve a emprender la marcha hacia la salida del parque, que no está cerca.

—Pero, sin embargo, estás con él. —Los celos del humano salen de nuevo a flote.

—Ya sabes que sí, pero no es igual que tú... Tú eres especial para mí. Lo sabes.

Kalte intenta poner todas sus dotes de actriz en acción para calmar al chico. Necesita que vigile a su Dome, y para que se lo haga, debe ser suave y cariñosa, aunque lo deteste.

—Quiero irme contigo. Quiero pasar la eternidad a tu lado. Te amo Kalte, y no soporto esta distancia, no soporto saber que estás con él. —Kalte hace una mueca de desagrado que por fortuna no se ve a través del teléfono, ya que le ha sido imposible reprimirla ante las palabras del muchacho.

—Si de verdad sientes eso por mí... —contesta Kalte suavemente evitando referirse directamente a sus sentimientos. No está preparada para decir la palabra «amor»—. Te quedarás para avisarme en caso de que mi Dome me busque. Eso me mantendrá con vida, Ethan. Tienes que hacer esto por mí para que podamos estar juntos. —Se hace el silencio al otro lado del

teléfono.

—Te amo... —repite de nuevo—. Paso los minutos preocupado, sin saber si estás bien o no, si te ha pasado algo... si... él... te ha tocado. —Kalte vuelve a masajearse las cejas algo desesperada.

Ethan lleva mucho tiempo enamorado de ella, y es algo que Kalte ha alimentado, así que entiende que vuelva a sacar el tema de Darek, pero esta noche está cansada y si sigue así, la volverá loca.

—Él no me va a tocar. —Kalte se queda en silencio y tan solo se oyen sus botas en el asfalto, que dibujan caminos en el parque. Mirando al frente, piensa mientras los árboles van quedando atrás—. Sé que estás preocupado. Yo también lo estoy, y por eso necesito que seas mis ojos.

Ethan hace una pausa, pensativo. Finalmente, responde:

—No puedo estar lejos de ti, Kalte. Necesito saber que estás bien, que no te pasa nada. Yo te cuidaría durante el día y la noche, y «él» —pronuncia con asco la única palabra con la que se puede referir a Darek— no puede hacerlo —repite—. Lo siento, pero no puedo aguantar. Iré hasta el fin del mundo para encontrarte. Necesito saber que dondequiera que estés, estás bien...

Kalte se enfada de nuevo. Tanto romanticismo le parece como una rosa marchita que fue hermosa, pero que ahora está muerta y con los pétalos podridos, separados de su tallo y esparcidos sobre el suelo arenoso de un desierto. Estos celos absurdos por Darek lo están volviendo irracional y podrían llevarlo a ir a buscarla, y no puede permitir que eso ocurra. Lo necesita allí, vigilando a su Dome para que estén seguros de que no corren peligro. Si Rurik se propusiera encontrarlos, tanto Darek como ella estarían perdidos.

Kalte convirtió a Darek porque tenía sus motivos, pero lo hizo sin pedir el consentimiento a su creador, un acto que está gravemente penado bajo el yugo de un Dome tan controlador como lo es el suyo. Y no solo lo hizo, sino que además huyó. Seguro que eso basta para que Rurik decida darles caza y matar a Darek frente a ella para castigarla. Pero no de forma rápida. Su Dome es un monstruo, está segura, aunque no puede afirmar mucho más sobre él incluso después de haber pasado veinte años a su lado. Haría sufrir a Darek y después... No quiere ni imaginar qué haría con ella. Ethan debe quedarse y avisarla si Rurik se mueve de allí.

—Ethan. —Frena la pasión arrebatadora de las palabras del humano—. No puedes venir. Dime qué necesitas para tranquilizarte. —Su tono de voz es muy distinto al de antes. Ha perdido la poca paciencia que le quedaba y ahora suena seca y tajante.

—Solo quiero saber que estás bien... La incertidumbre me está matando y ni siquiera sé a dónde has ido mientras yo vigilo aquí... —La conversación se está alargando demasiado, y Kalte desea acabar cuanto antes, así que decide cortar por lo sano.

—Esta conversación se acaba aquí y ahora. Para que veas que me importas, te voy a contestar a una única pregunta. Piénsala bien porque solo te voy a dejar hacerme una. Y olvida la de si puedes venir conmigo, porque ya te he dicho que no. Te necesito allí un poco más. Así que busca algo que te tranquilice. —El teléfono móvil se está empezando a calentar en la oreja de Kalte y es una sensación que no le gusta.

Ethan se queda callado unos instantes. Aunque Kalte no lo ve, intuye que está rumiando preguntas. Seguramente le esté dando vueltas a varias ideas y pensando cuál es la prioritaria para él. Si tuviese que apostar, por cómo ha ido la conversación, se decantaría entre dos: si ama a Darek o dónde está. La muchacha permanece en silencio a la espera de la decisión del humano.

—¿Dónde estás? —La voz del humano suena quebrada, como si haber tenido que elegir entre las preguntas que bullen en su cabeza le hubiera hecho romperse de emoción, pero ella sigue seria y seca.

—En Montreal —contesta a la única pregunta que podía formular. Pero está enfadada—. Y esta conversación se acaba ya. Me has decepcionado, Ethan. Te he dado una orden clara. Quedarte para vigilar y llamarme únicamente en caso de emergencia. Y me has desobedecido. —Hace una pausa—. Sabes que si me desobedeces, recibirás un castigo. Esta vez, hacerlo me pondría en peligro, y eso quiere decir que cuando volvamos a vernos, y créeme cuando te digo que lo haremos, lo primero que recibirás será la represalia por tu conducta. ¡Pero —Hace otra pausa para que se le grabe a fuego ese «pero» en la cabeza—, si te mueves de ahí, me estarás dejando en manos de mi Dome! Si descubro que vienes, que me buscas o que no me ayudas como deberías, lo interpretaré como una traición. Y ya sabes que no me gustan los traidores. —El final del parque está a unos metros, así que Kalte se queda resguardada de la luz de las farolas para que nadie pueda

verla manchada de sangre, a pesar de tener la cara ligeramente cubierta por la bufanda.

—Jamás te traicionaría —sentencia Ethan como un niño al que su madre regaña.

—Bien. Mantenme informada. Mañana te escribo. No me vuelvas a llamar si no hay una urgencia.

El humano se despide con dificultad. Parece no querer colgar, pero si no lo hace, corre el riesgo de enfadar todavía más a la vampira. Un par de segundos después, ambos han colgado. La conversación la ha agotado más que una noche de caza. Se cubre bien con la bufanda, desde la nariz hasta el cuello de la ropa, y cruza la calle en dirección al hotel. Hay un recepcionista algo adormilado que apenas se percata de la presencia de la muchacha, que consigue llegar sin ningún percance a la zona de las habitaciones.

No ha sabido nada de Darek desde que se ha ido apresuradamente del parque. Cierra la puerta tras de sí mientras mira la hora en el móvil. Son las cinco y veinte de la mañana. Aún es relativamente pronto, pero no debería demorarse en volver al hotel. Sin embargo, no piensa convertirse en una madre preocupada, así que decide asearse para quitarse las manchas de sangre y ponerse cómoda.

Media hora después, está duchada y lista para el sueño diurno. No ha dejado de pensar en cómo ha acabado la conversación con su Pequeño. Debería hacer algo para no perderlo, y aunque están vinculados por la conversión, hay una razón por la que lo eligió a él. Tiene su misión, y ahora le toca a ella darle lo que necesita. Se dirige a una de las mesitas de noche junto a la cama y coge el bolígrafo con el nombre del hotel escrito en el lateral y una de las hojas que tienen el mismo texto impreso en la parte superior.

Comienza a escribir sobre el papel en blanco. Su caligrafía es redondeada y bonita. Dibuja los trazos con fluidez, acariciando la superficie mientras genera un sonido suave, como si rayase con la uña la madera que está bajo el papel, al compás de los movimientos de su mano. Cuando termina, dobla el papel por la mitad, deja el bolígrafo sobre la mesa y sale de la habitación. Se queda quieta frente a la puerta del vampiro. No oye ruido en el interior, pero no lo considera tan estúpido como para no llegar a tiempo para resguardarse del sol. Su deseo de venganza es muy claro, y ese mismo sentimiento es la

gasolina que mantiene prendida la mecha de la motivación. Kalte se agacha para deslizar con suavidad la nota por debajo de la puerta del vampiro. Espera que no tarde demasiado en leer lo que ha escrito:

«Mañana será el momento que has esperado durante tanto tiempo».

Capítulo 7

La venganza

El día ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Kalte despierta en la absoluta oscuridad de su guarida fortificada en el hotel. El sueño de la vampira acaba en cuanto el sol se oculta por el oeste, escondiéndose y protegiéndose tras el horizonte, como si no quisiera saber lo que su enemiga, la noche, oculta bajo su manto. Las criaturas que habitan en las tinieblas ahora son libres y pueden vagar a su libre albedrío sin temor a ser cazados por la luz del sol, el cazador, juez y verdugo, que siempre las ha mantenido cautivas en las sombras, protegidas por la noche. Una noche que ahora se convierte en testigo de las atrocidades que puedan cometer. Es la madre que resguarda bajo su regazo a las criaturas nocturnas, ya sean vampiros, animales salvajes o humanos sedientos de violencia. Y esta noche, algunos se van a juntar para cobrarse una venganza de sangre.

Darek no tarda más de diez minutos en llamar a la puerta de la habitación de Kalte. La vampira, que está acabando de prepararse, abre. Aunque solo llevan unos minutos despiertos, parece impaciente por que no se les haga tarde.

—Si no supiese cómo funcionamos los vampiros, diría que no has pegado ojo. —Kalte se apoya en el marco de la puerta sin dejarlo entrar en la habitación.

—¿Estás lista? —pregunta Darek, ignorando la broma de su Dome.

Parece que sigue molesto por la treta de la vampira en el parque.

—Ya veo que tienes prisa, dame solo un segundo. —Kalte ve que Darek sujeta el extremo del collar que siempre lleva puesto.

Hoy la vampiresa va vestida como es habitual. Le gusta aparentar ser mayor de lo que su aspecto indica. Lleva un corsé negro que acentúa su menuda figura, unos pantalones oscuros acompañados por unas botas de cuero negras, bastas y con hebillas, y los labios carnosos pintados de rojo sangre, un dulce néctar que sus víctimas desean probar. Se pone una gabardina oscura que le cubre los hombros desnudos y se gira hacia Darek, que sigue en silencio en el umbral de la puerta. Ha soltado el colgante y lo mira con pesar. Kalte se acerca con el paso calmado y ve lo que con tanto mimo cuida su propietario: son dos alianzas de oro blanco de tamaños distintos. La pequeña se resguarda sin problemas bajo la circunferencia de la grande, y descansan con el cordón sobre la palma de la mano de Darek.

—Vuestras alianzas... —susurra Kalte sin apartar la mirada de las alianzas.

Darek asiente lentamente y, con suavidad, se las vuelve a colocar bajo la camiseta para mantenerlas cerca de su pecho, protegidas de los ojos de curiosos o de cualquiera que pueda tratar de cogerlas o preguntar por ellas.

—Esos hijos de puta me lo quitaron todo, y hoy van a pagarlo — sentencia el vampiro con los ojos llenos de tristeza e ira en sus palabras.

Esta conversación es demasiado emotiva para Kalte, así que opta por asentir ante sus palabras y cierra la puerta de la habitación para que ambos emprendan el camino hacia el destino sangriento que espera a los asesinos de la mujer del vampiro.

Pocos minutos de paseo nocturno les esperan hasta llegar al edificio que da cobijo a sus objetivos. Kalte escogió ese hotel porque es perfecto tanto por la distancia al piso de los asesinos de la mujer de Darek, como por la proximidad al parque que les sirve como centro de caza. Parece que tanto los vampiros como los asesinos humanos buscan el mismo tipo de zona para residir. No han pronunciado una sola palabra durante el camino y, cuando se detienen frente al edificio, Darek parece querer adelantarse y entrar cuanto antes para acabar con ellos. Kalte lo coge rápidamente de la muñeca para frenarlo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te paras ahora? —pregunta Darek con la muñeca aún aprisionada por la de Kalte.

—Espera —indica Kalte, mirando el impaciente rostro de su Pequeño mientras tira de él para no quedarse como pasmarotes frente a la puerta del edificio. Eso llamaría mucho más la atención.

La noche es demasiado joven como para estar cobijados de los humanos que pasean de camino a sus casas o adonde quiera que de dirijan, si siguen en esta calle. Aunque no es una avenida principal, sin duda es ancha y luminosa. No transita mucha gente a esta hora y con este frío, pero es la suficiente para ponerlos en un aprieto si no hacen las cosas con cabeza. Kalte mantiene sujeto a Darek de la muñeca, y a pesar de estar en contacto con su piel, no se ha quejado del frío tacto de la muchacha. Tira de él para dar la vuelta al edificio caminando, y se ocultan en un callejón abierto que hay en la parte de atrás de la entrada principal.

En la zona de la ciudad en la que se encuentran, los edificios son bajos, de dos o tres pisos de altura, aunque asoma alguno de nueva construcción más alto de forma tímida abriéndose paso en el cielo estrellado. Pero de esos, tan solo se ven un par desde donde están. Y el que les interesa es uno de los más altos de esta zona residencial, aunque tan solo cuente con cuatro plantas. Se adentran en el callejón tras el edificio, donde hay un coche aparcado y cuatro hileras de ventanas en las diferentes alturas de la fachada que han venido a estudiar. Algunas de ellas muestran las luces encendidas del interior, y otras están a oscuras, lo que indica que o no hay nadie, o que los inquilinos ya se han ido a descansar. Los pisos están comunicados por pasarelas metalizadas que permiten caminar por el exterior del edificio, de una ventana a otra del mismo piso, pudiendo subir y bajar entre plantas con una escalera de caracol del mismo material oscuro que las pasarelas. Kalte empuja a Darek contra un muro que dibuja una ele con la pared del edificio y los mantiene protegidos de las posibles miradas de los peatones que caminen por la calle principal.

—Escúchame. —Kalte mira largo rato y con fijeza a Darek, mientras alza la mano para posar con suavidad el índice en los labios del vampiro, indicándole silencio. A pesar de las botas que lleva la vampira, apenas llega a los hombros del expolicía—. Solo vas a poder matarlos UNA vez — remarca. Es una información obvia, pero necesita que lo entienda—. Con esto quiero decir que si los matas muy deprisa, o muy despacio, sin dolor, con dolor... todo eso va a ser lo que se te quede en el recuerdo para la

eternidad.

Los ojos de la albina vampira brillan bajo la escasa luz de la luna que los acompaña esta noche en sus fechorías. Darek parece comprender lo que quiere decir, ya que acalla el amago de decir una sola palabra tras la observación de Kalte. Ella reacciona apartando el índice de sus labios para verle el rostro enmarcado por su media melena castaña.

—Decidiste ser vampiro por esto, y vas a hacerlo a lo grande—. Una sonrisa de pesadilla se dibuja en el rostro angelical de la menuda muchacha—. Sé que recuerdas lo que te hice ayer.

—Sí. —Asiente muy atento, aunque con una expresión de claro desagrado en cuanto la chica lo menciona. Sin duda, va a ser un recuerdo amargo durante un tiempo y no la culparía si sacase el tema en profundidad más adelante. Pero esta noche parece querer cumplir su objetivo lo antes posible.

—Bien... pues hoy puedes hacerlo tú. Y disfrutar. Recuerda que ellos... —Kalte esboza una mueca de asco—... le hicieron lo mismo o algo peor a tu mujer. —Los ojos de Darek reflejan a un Oscurus que hiela cada vez más su sangre—. Cuando los tengas enfrente, inténtalo. Mírales directamente a los ojos y concéntrate en ordenarles algo, tan solo una palabra, y serán tuyos—. La perlada sonrisa decorada con los labios rojo sangre no hace el amago de desaparecer. Da un paso atrás y mira hacia las ventanas del cuarto piso—. Desde aquí no sé cuál es su apartamento, y por ahora no queremos matar a una familia indefensa. —A Kalte se le escapa una risa maliciosa al imaginarse el gracioso descuido que supondría meterse en la ventana equivocada, aunque tampoco le importaría—. Así que vamos por delante y serán todo tuyos.

Kalte le guiña un ojo a Darek, que aún no se ha pronunciado, y caminan hacia la entrada. Adentrarse en el edificio no resulta una tarea complicada, por lo que ascienden hasta el cuarto y se plantan en la puerta que tiene una B escrita. Kalte se cruza de brazos y se apoya en la pared con el hombro derecho, fuera del campo de visión de la mirilla de la puerta y sonríe a Darek. Le hace un gesto con la cabeza indicando que se anime a llamar, y el toc toc de los nudillos de este no se hace esperar. Tres golpes secos y contundentes que provocan que los sonidos del interior cesen.

—¿No habría sido gracioso que no estuvieran esta noche aquí? —

pregunta Kalte, jocosa, en un susurro a la vez que empuja a Darek fuera del campo de visión de la puerta. Se sitúa delante con una pose seductora mirando hacia el ojo de pez que permite a los que están dentro observar el exterior del pasillo—. Lo mejor de todo es que ahora, según las pelis, no podríamos pasar si no nos invitan a entrar. —La expresión de diversión de Kalte es clara—. Vaya chorradas se inventan en el cine. —Ríe suavemente unos pocos segundos antes de meterse en su papel, seria frente a la puerta.

Si han dejado de hacer ruido es porque no esperaban visita, y la sexy pero masculina presencia de Darek no hará que abran la puerta. Pero a ella seguro que sí. Empieza a jugar con un mechón de su lacio y largo pelo blanco y apoya la mano libre en el marco de la madera que los separa de los asesinos. Un sonido cerca de la entrada no se hace esperar y la luz que se ve en el orificio de la mirilla se oscurece unos segundos antes de que la puerta se abra.

—¿Te has perdido, nena? —pregunta con un asqueroso tono de flirteo el corpulento hombre que protege la entrada a la habitación. No parece haber visto a Darek, que se mantiene oculto e inmóvil junto a la pared. Al final, los dos se entienden con facilidad y parece que forman un buen equipo.

—*Nop*. —Kalte le guiña un ojo al rapado y curtido hombre, unos centímetros más bajo que Darek—. Vengo a presentaros a un amigo.

La expresión de la vampiresa cambia en ese preciso momento, cuando Darek se separa de la pared que lo mantenía oculto y se coloca a plena vista, a tal velocidad que parece sorprender al corpulento humano. Con una agilidad increíble, Darek golpea uno de los brazos del hombre aprovechando su inercia y, de este modo, lo hace rotar sobre sí mismo ciento ochenta grados para acabar de espaldas a él. Con su experiencia como expolicía, le hace una llave que aprisiona su cuello y lo inmoviliza bajo sus bíceps. El hombre deja escapar un quejido ahogado por la sorpresa del ataque. Intenta forcejear para liberarse, pero eso no hace más que desatar una respuesta de ira por parte del vampiro.

Los pasos apresurados de un grupo de personas en el interior hacen que Kalte se ponga alerta. Si son demasiados, tendrán que acortar el tiempo de diversión para poder inmovilizarlos a todos y centrarse en los que mataron a la mujer de Darek. El vampiro ha apretado con tanta fuerza al humano, que mantenía apresado, que lo deja tirado inconsciente en la entrada del piso. En

cuanto Kalte cierra la puerta a su espalda, llegan los acompañantes.

—¿Qué cojones...? —Uno de los dos hombres que salen a ver qué está pasando se queda pasmado al ver a Darek, a quien parece reconocer rápidamente—. ¡Hostia tronco! ¡Es el poli! —exclama a su compañero, que parece horriblemente sorprendido mientras hace el amago de buscar algo en su bolsillo.

No le da tiempo a decir nada más. Darek se lanza contra ellos y le asesta un puñetazo tremendamente fuerte al que aún no ha pronunciado palabra. Un crujido sordo suena en su pecho, en la zona donde el puño del vampiro ha golpeado. La expresión de dolor en el rostro del hombre se mezcla con pánico y desconcierto, mientras que cae al suelo por la inercia del impacto. No está muerto, pero por cómo ha sonado, la albina se atreve a adivinar que seguramente esté roto por dentro. Kalte ha aprovechado para sentarse encima del tío corpulento que está tirado en la puerta, como si fuera un sofá humano. Si se mueve, quiere saberlo, y esta es la mejor forma de notar si se despierta o no, mientras disfruta del espectáculo sin preocupaciones.

El hombre que ha reconocido a Darek ha sacado una navaja que airea con intención de clavársela en algún punto al enrabiado vampiro. Sin preocuparse por el frío metal que amenaza con asestarle un golpe perforador, Darek se lanza contra él. Un sonido seco estremece la escena cuando el castaño alcanza al hombre. Lo mantiene sujeto por el cuello y empotrado contra la pared. Un silencio extraño se hace en la sala mientras parece que Darek mira con dureza al hombre aterrorizado.

—Tan valiente no me pareces ahora, Avery —sentencia el vampiro, que reconoce al hombre que tiene apresado, que del susto ha dejado caer la navaja al suelo.

—Eh, eh, tío... —consigue pronunciar con un hilo de voz, asfixiado por la fuerza con la que le aprieta Darek—. Seguro... que es un... malentendido... tío. —El hombre se ve medio palmo más bajo que el vampiro.

Los quejidos de dolor del hombre al que ha partido las costillas hacen que Darek se gire hacia él sin soltar al que ha llamado Avery hace unos segundos.

—¡Cállate! —ordena furioso clavando la mirada en los ojos quejicosos del hombre, como le indicó Kalte que debía hacer. Parece que le funciona

inmediatamente, lo que hace sonreír a la vampira, que está siendo una testigo privilegiada de la ansiada venganza. Sin embargo, su Pequeño parece no haberse dado cuenta de que ha usado por primera vez una de sus habilidades místicas.

Darek devuelve su atención hacia el hombre que tiene agarrado.

—Tú estabas allí, hijo de puta. —La voz del vampiro parece quebrada por la ira y lo aprieta con más fuerza—. ¿Dónde está?

—No lo sé... —responde el hombre, casi asfixiado.

—¿Dónde coño está?! —Con la mano que tiene libre, Darek asesta un puñetazo a la pared junto a la cabeza del humano sin apartar la mirada de él.

—No está aquí... —solloza el cobarde hombre, pero por la expresión en el rostro de Darek, intuye que no es lo que quiere saber—. Tiene... tiene que venir luego... —dice a duras penas.

—No lo mates. —Kalte se mete en la conversación al ver el color que tiene el hombre. De momento están los tres vivos, y puede ser divertido mantenerlos así por ahora. Darek disminuye lo justo la fuerza con la que su mano asfixia a Avery para que un hilo de aire pueda entrar a su pecho, pero no más.

—¿Cuándo? —Darek lanza la pregunta como una flecha al humano.

—No debería tardar más de un par de horas...

Kalte se levanta del cuerpo del hombre corpulento que sigue inconsciente y mira la sala. Ya se le empiezan a ocurrir mil ideas divertidas para esta noche, y aparte de enriquecedora para el vampiro, también lo puede ser para ella. La sala es pequeña. Nada más entrar por la puerta, se ve una de las ventanas del piso que han visto en la parte de atrás del edificio. En el alféizar, un pájaro oscuro, un cuervo, mira hacia el interior con movimientos secos y rápidos. La curiosidad del animal parece saciarse rápidamente, ya que emprende el vuelo para acabar desapareciendo de la escena que se va a vivir allí. A la izquierda se encuentra una cocina de aspecto dejado, con encimeras sucias y platos llenos de comida ocupando cada espacio. Se comunica con el salón, que es la parte central de la sala, y al fondo a la derecha hay un pasillo que debe de llevar al baño y a alguna habitación. Pero si tienen así la cocina, Kalte no se acercará al aseo ni en sueños. En la zona central tienen una mesa con una televisión un tanto antigua, sobre el suelo de moqueta mohosa, dos sofás, uno doble frente a la mesa, y otro de una plaza a

uno de los lados del grande. Una pocilga que huele peor que si estuviera habitada por ratas.

La vampira se acerca al hombre tendido sobre el suelo, quien, a pesar de estar sufriendo muchos dolores, no se queja lo más mínimo.

—Ven conmigo... —Kalte se arrodilla junto a él y lo mira con suavidad. Con delicadeza, se coloca el brazo del hombre sobre sus hombros para ayudarlo a incorporarse y, así, emprender la marcha.

—¿Qué haces? —Darek la mira confundido sin soltar a Avery.

—¿No has visto el puñetazo que le has dado a este pobre, que no tiene nada que ver con todo esto? —Kalte le pone pucheritos a Darek mientras ayuda usando poca fuerza al roto humano—. Solo quiero que esté más cómodo —añade dulcemente mientras deja sentado sobre el sofá al humano, que hace gestos de dolor pero no dice nada.

Darek frunce el ceño, pero parece entender que está jugando con él. El vampiro lleva también al hombre que aún mantiene agarrado y lo sienta junto al roto. Tan solo les toma un par de minutos tener a los tres hombres sentados en los sofás e inmovilizados; dos de ellos por sus habilidades místicas, a los que les han ordenado claramente que se estén quietos y así no puedan levantarse, y el otro aún inconsciente. Darek está aprendiendo rápido. De hecho, las órdenes las ha dado bastante bien. Al principio, uno se le ha resistido un poco, pero al segundo intento lo tenía sentado sumisamente y quieto en su sitio. Esto no es una ciencia cierta, y a veces hay que intentarlo un par de veces. Tal y como están colocados parecen un grupo de amigos pasando el rato entre risas y una buena película.

—Estoy orgullosa... —Kalte mira a Darek, que parece estar por la labor de jugar a lo que sea que tiene pensado ella, ya que no le ha preguntado aún.

—Lo quiero matar... Avery y Logan fueron los que entraron a mi casa. El puto ADN de Logan... ¡violó a Emma antes de matarla! —La ira se ve en sus ojos y en la tensión de su mandíbula, que no le permite decir esa última frase de forma fluida.

—Vengarás a tu mujer, Darek. Vamos a prepararlos para cuando llegue nuestro invitado especial —añade con malicia.

—¿Prepararlos? —pregunta algo confundido.

—Sí, esto te va a encantar. —Las malas intenciones de Kalte quedan claras en su tono de voz mientras mira con auténtica maldad a los tres

hombres sentados.

Kalte no está segura de que un humano sea capaz de seguir dos órdenes a la vez y, aunque le gustaría experimentar, tiene otras curiosidades que puede saciar con estos hombres ahora mismo. Ama sentirse cruel e investigar habilidades que su odiado Dome Rurik no le ha enseñado a utilizar. Siente que si aprende por sí misma y se convierte en un ser peor de lo que él se pueda imaginar, hará que el antiguo vampiro se arrepienta de haberla convertido, ya que no podrá controlarla.

—Voy a enseñarte algo que aprendí hace poco. —Kalte comienza a caminar lentamente para rodear el sofá, deslizando sus dedos sobre el hombro del hombre roto, que está sentado en un lado del sofá—. Y, después, te dejo que seas tú quien elija qué hacer.

Una vez situada detrás de los hombres, que están asustados en el sofá, agacha la cabeza para ponerla entre ambos y los rodea con los brazos, como si fueran amigos de toda la vida. Dirige su mirada a Darek, que está sentado sobre la mesa, enfrente del biplaza, con los brazos apoyados en las piernas y los dedos entrelazados.

Kalte, al verlo concentrado y observándola, se siente realizada al tener por fin un testigo de sus progresos. Ser autodidacta en el mundo vampírico es demasiado complicado, porque si no sabes cuáles son tus capacidades, no sabes dónde puedes empezar a buscar información sobre su utilización. Pero esto se lo vio hacer a su Dome en una ocasión y no ha tardado mucho en querer ponerlo en práctica.

—Oh Darek... —dice con un tono malévolo y casi erótico mientras sonrío—. Esto te va a gustar. —Niños y adultos podrían tener pesadillas con la forma de expresarse de Kalte cuando se emociona por torturar o probar cosas desconocidas, siempre lo más grotesco que pueda imaginar.

Desliza con un cuidado meticuloso sus dedos hasta las caras de ambos hombres y le muestra a Darek las palmas de sus menudas y finas manos, como un mago que quiere librarse de sospechas de que guarda un as en la manga. Después de que el vampiro las mire, las gira para que sus nuevos amigos, que estaban muy callados hasta ahora, las vean también.

—¿Veis que no tengo nada? —les susurra al oído a ambos.

—Eres una zorra, y vas a morir en nuestras manos —sentencia Avery, que parece que se siente fuerte tan solo ante las mujeres.

—¿Ah sí? ¿Y vas a ser tú quien me mate? —murmura mientras el dolorido hombre roto tan solo deja escapar quejidos de angustioso sufrimiento por sus costillas fracturadas.

—Si no estuvieras con él... —Lanza una mirada hacia Darek, que sigue sentado observando a Kalte entre los controlados hombres—... ya lo estarías.

Kalte no puede evitar reír al escucharlo. Ya lo ha visto en acción. Es posible que el violador y asesino que están esperando sea un tipo duro, pero, sin duda, este es un oportunista que necesita a un líder para poder dar un paso.

—Tú sí que sabes hacer reír a una dama... —se mofa tras la carcajada—. Pero me cansan los bocazas como tú... —musita a Avery—. Y los quejicas como tú —le susurra al de las costillas rotas.

Fija la mirada en Darek para asegurarse de que está atento, y vuelve a mover sus ágiles y finos dedos en el aire para demostrarle que no tiene nada escondido. Con una lentitud escenográfica, y todavía rodeándolos con los brazos por el cuello, acerca cada mano a las caras de sus nuevos amigos. Cierra los ojos para concentrarse y, una vez está lista, posa sus suaves yemas sobre sus labios. Al principio, pinza con los dedos en la zona central y los hombres comienzan a emitir sonidos, que suenan mudos al tener los labios sellados. Quizá son sonidos de miedo, o de dolor, o tal vez de ambos. Kalte sigue amasando los labios pinzados con las dos manos, a ambos hombres a la vez, hasta que ha recorrido por completo la longitud de sus bocas. Abre los ojos y lo primero que hace es mirar los de Darek, que está tan sorprendido que parece que se le vayan a salir de las órbitas.

—Pero ¿qué...? —consigue musitar a la vez que se pone en pie para acercarse a los hombres. Los únicos sonidos que pueden hacer ahora están silenciados por sus propios labios sellados.

Kalte se incorpora y se pone frente a ellos y junto a Darek, para ver si le ha salido bien. Sonríe cruelmente al ver el terror de los hombres, incapaces de moverse debido a la orden que les dieron antes. Si pudiesen, seguro que correrían despavoridos por la habitación, y quizá hasta se les ocurriría la brillante idea de ir a buscar un cuchillo para separarse los labios.

—He juntado la carne de su labio superior y de su labio inferior, ahora... es solo una cortina de piel con dientes detrás. —Ríe orgullosa al ver su obra,

con algo más de hambre que antes. Cada vez que los vampiros usan alguna de sus habilidades, consumen energía vital, que después deben reponer con más sangre al alimentarse. Es la primera vez que prueba esta técnica y, aunque no han quedado hermosos, es muy útil. Parece que tengan morritos de pato algo irregulares, como si se hubiesen quemado la boca y grumos de carne hubiesen sellado sus labios—. Te voy a enseñar qué más podemos hacerles, por si luego quieres practicar con Logan.

La cara de los humanos es de auténtico terror, mientras que Darek observa sus propias manos sin pronunciar una sola palabra, seguramente presa del asombro. Kalte lo mira pensando que tal vez esté yendo demasiado deprisa en su adoctrinamiento, pero lo necesita a máximo rendimiento. Así que nuevamente de modo teatral, se frota las manos mientras se acerca a los inmóviles y ahora acallados hombres, y al inconsciente que aguarda su destino sin percatarse de lo que pasa. No con intención de calentárselas, ya que eso no tendría sentido para un vampiro, sino para mostrar delante de esos ojos vidriosos por el miedo que empieza la diversión.

Capítulo 8

Llegó la hora

Han pasado un par de horas y tanto experimentar ha dejado a ambos vampiros hambrientos. Cuanto más poder consumen, más sed de Sangre sienten, por lo que la escena que se aprecia en la habitación es comprensible. Tenían tres hombres para experimentar con sus habilidades, pero uno de ellos, el más grandullón que estaba inconsciente, ahora está sentado, muerto y completamente seco. Kalte y Darek lo han usado como bolsa de sangre para rellenar sus reservas de energía y poder experimentar con los otros dos hombres, que siguen vivos.

Cada uno de los humanos sigue colocado en su sitio de partida, pero ahora están irreconocibles. Podrían ser humanos, o calabazas que se presentan para ganar el primer premio en una feria de granjeros. Kalte se ha dedicado a experimentar con el de las costillas rotas, mientras que Darek tenía especial interés en hacerlo con Avery, ya que estuvo presente en el asesinato de su mujer. Así que la elección de víctimas era la esperada.

Verlos resulta abrumadoramente grotesco. Cada vampiro, a su estilo, ha ido moldeando la piel y la carne de sus víctimas, creando grumos, bultos y protuberancias que no deberían estar donde están, con lo que tienen aspecto de masas de carne sin forma humana sobre un esqueleto intacto. Parece que quieren ganar un concurso de la calabaza mutante más rara del mundo ante su futuro juez, que debe de estar a punto de llegar a la fiesta. Empezar a jugar con sus nuevos amigos ha sido fácil para Kalte, ya que no era la primera vez

que lo hacía, y no negará que ver a Darek dudar en si debía hacerlo o no, en si era moral o no, le ha gustado. Está claro que la venganza es un incentivo peligroso y poderoso a partes iguales. Sin embargo, parece que cuanto más se concentraba en ver qué era capaz de hacer, menos recordaba el rostro real, o incluso parecía olvidar que estaba manejando bajo sus dedos a un humano. O tal vez sí lo sabía y por eso se esforzaba en hacerlo sufrir, ya que los quejidos mudos no han cesado durante todo el procedimiento de mutación física. Ahora, para ambos vampiros, son bloques de arcilla remodelados una y otra vez con la grotesca imaginación de dos mentes llenas de ira, aunque por razones diferentes en el caso de cada uno de ellos.

La piel que recubre los ojos del humano que ha torturado Kalte no le permite ver nada. Su nariz ha perdido toda la forma y ahora tan solo tiene los orificios en lo que era su rostro y un ligero bulto que deja intuir el puente óseo que antes era el foco central de su cara. Protuberancias desagradables a la vista, de carne y grasa, recubren todo su malformado cuerpo y rostro, y las orejas le cuelgan hasta los hombros. Sus dedos parecen espaguetis que cuelgan de la punta de sus dedos, como si hubiese estirado toda la carne que cubría una estructura de huesos rotos en zigzag de tal forma que ahora pendiesen flácidos y finos con la uña colgandera en cada extremo de tan desagradable imagen. Le ha arrancado la camiseta y ha creado un cuadro en su pecho, estirando su piel torácica lo máximo que ha podido para dejar tan solo una capa de piel prácticamente translúcida recubriendo su pecho. A los lados, bajo los brazos, tiene las acumulaciones de carne que la vampiresa ha desplazado de la zona central, y ahora ve claramente las costillas que tiene rotas y el corazón palpitante abrazado por sus pulmones.

Darek parece haber optado por otro tipo de modificación en su víctima. Ha decidido crear bultos irregulares por todo su cuerpo, simulando una figura casi redonda y malformada. A Kalte le recuerda a un globo que le compró su padre cuando era niña. Estaba relleno de harina y, cuando ella apretaba con su mano el globo, al que le habían pintado una graciosa carita y le habían puesto lana a modo de pelo, adoptaba la forma que ella quería darle. Pero ahora no es un globo o un objeto sin vida. Darek ha creado el globo de harina en versión humana, pero de forma horripilante a la vista.

Si firmasen sus obras de arte como si fuesen Picasso, elevaría el arte del difunto pintor a otro nivel. Apenas se podría adivinar que lo que hay debajo

de todas esas protuberancias desagradables de ver son hombres.

Ambos vampiros, hambrientos, examinan con cierto orgullo a sus creaciones. Si no hubiesen tenido al tercer hombre como bolsa de sangre, habrían estado a punto de hacer que sus Oscurus los dominasen por el placer de la deshumanización de sus actos, pero lo han hecho bien. Dar de comer al Oscurus ha conseguido calmarlo y evitar que se apodere de sus cuerpos, a la vez que han recuperado energía para lo que todavía deben hacer esta noche. Los ojos de Darek brillan como un cóctel de ira mezclado con unos toques de satisfacción. No matar a los que le han causado el dolor que ha vivido con la pérdida de su mujer, especialmente con el sufrimiento que pasó en sus últimos momentos de vida, y hacerles sufrir lo mismo o incluso más que lo que sufre, es un regalo que no ha desperdiciado.

Se preparan para la llegada de su ansiado invitado, que no se hace esperar mucho más tiempo del esperado. Prueba de que el miedo es una buena herramienta para sacarle la verdad a las víctimas, que, aunque no siempre son honestas en sus últimos momentos, un alto porcentaje sí lo es, y se agradece.

Ocultos en la oscuridad, ambos vampiros oyen las llaves que tintinean en la cerradura de la puerta poco antes de que se abra. La puerta se entorna para dejar entrar primero la luz curiosa del exterior del salón. La mano del hombre que se dispone a pasar a la sala acaricia la pared en busca del interruptor de la luz, pero, aunque intenta activarlo en repetidas ocasiones, no se enciende ninguna bombilla.

—Sois unos inútiles, tronco —comenta el malhumorado humano mientras pasa al interior del piso y cierra la puerta tras de sí. Kalte y Darek, a pesar de estar completamente a oscuras, tienen los sentidos alerta y son capaces de distinguir los movimientos del hombre, tanto por el oído como por el olfato, incluso pueden ver cómo se mueve en una negrura tan intensa que incapacita los sentidos del invitado. Está rebuscando algo en su bolsillo, seguramente un móvil o algún objeto que pueda iluminar la sala—. No sois capaces ni de activar los fusibles de la lu... —No termina la frase porque Darek, que estaba agazapado tras la puerta, le asesta un fuerte golpe en sus riñones.

Un grito gutural del individuo amenaza con alertar a todos los vecinos, pero la mano de Darek, que se ha echado sobre la espalda del hombre caído

en el suelo boca abajo, lo acalla tan rápido como las cuchilladas que acabaron con su mujer.

—Shhhhh... —Darek le susurra al humano al oído. Está encorvado sobre él, en cuclillas, haciéndole una llave que aprisiona el cuello del hombre mientras le tapa la boca. Mantiene su rostro pegado al del humano—. No querrás despertar a los vecinos... —El tono del vampiro guarda un sádico dejo de burla—. Queremos enseñarte algo que te va a gustar —añade en susurros.

Kalte recibe esa última frase como la señal que habían pactado para encender la luz. Le gusta ver cómo ha conseguido que Darek se meta de lleno en lo que ella andaba buscando en él desde la noche en que le echó el ojo por primera vez. La albina ha estado todo el tiempo junto al panel de los fusibles de la luz, por lo que los acciona para activar el interruptor. De golpe, la iluminación muestra lo que las sombras ocultaban, y ahí están, una imagen que ni los propios vampiros podrían olvidar en toda la eternidad, y eso que son los artistas de tan atroz obra de arte.

El salón está tal y como estaba antes, pero con una peculiaridad decorativa diferente. El cadáver del cuerpo que habían utilizado a modo de alimento sigue intacto en el sofá, sentado en el medio, y los cuerpos torturados y alterados están a cada lado de este, de pie, o eso parece intuirse bajo la caótica malformación. Parecen dos lámparas sin luz adornando la sala. Las abominaciones, una lánguida por los colgajos de la piel y con la caja torácica translúcida bajo una capa fina de piel, y la otra grotesca con acumulaciones de carne y piel, se mueven ondeantes con las extremidades flácidas como tentáculos de medusa. Lo han conseguido dando una simple orden hace poco: «Ondéate», y acto seguido mecían sus cuerpos como si una brisa acompañase sus movimientos. Las cuerdas vocales de ambos han sido mutiladas, por lo que no se les oye quejarse. No son más que dos tumultos de carne y hueso sin voluntad. Una sonrisa se dibuja en el rostro de la vampiresa al verlos en acción mientras se mantiene de brazos cruzados apoyada en la pared donde ha estado todo este rato. A sus ojos, son hermosas atrocidades.

Darek fuerza al hombre que sigue inmovilizado a mirar, propiciándole un fuerte tirón de pelo para alzarle el rostro. Los ojos del humano parecen abrirse a cámara lenta hasta alcanzar su límite cuando se percata del

movimiento junto al sofá. Empalidece en cuestión de segundos al ver a esas criaturas en el salón, y aunque es imposible que sepa quiénes son debido a lo irreconocibles que han quedado, sabe que algo no va bien y que esas atrocidades no son normales. Los ojos humanos dicen muchas cosas si sabes leer sus expresiones.

—He estado esperando este momento más de lo que puedas imaginar. — Las palabras cargadas de ira de Darek marcan el compás del silencio que inunda la sala. Lo mantiene inmóvil y sujeto en la misma posición. El humano no es capaz de musitar un solo sonido, horrorizado por lo que ve—. Y seguro que te preguntas qué son esas cosas.

Kalte observa a Darek sin disimular la expresión de placer en su rostro ante lo que ve. El vampiro se levanta y con una fuerza que tan solo la rabia le otorga, levanta de un tirón al asesino de su mujer. El hombre cuelga como un peso muerto de los brazos fuertes de Darek, que lo mantiene en el aire frente a él, de modo que sus caras quedan enfrentadas.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —pregunta el vampiro con la mandíbula apretada por la tensión.

—¿Qué cojones son esas cosas? —Aunque el humano está suspendido de espaldas a las criaturas, sin duda se le han quedado grabadas en su memoria y trata de girar su rostro para mirar de nuevo a las abominaciones, pero Darek se lo impide con la mano y le devuelve la mirada a él.

—¿Sabes... quién... soy? —La paciencia del vampiro parece agotarse y sus ojos están prendidos por la ira.

El humano se centra en la pregunta de Darek mientras Kalte se dirige a un mueble que tiene cerca para apoyarse en él. No piensa hacer nada para encargarse del hombre en cuestión. Es su regalo para Darek y quiere observarlo mientras lo disfruta. Echa un vistazo al reloj de su móvil para asegurarse del tiempo que les queda, y por ahora van bastante bien. Darek podría torturar a ese indeseable durante horas y aún llegarían a tiempo al hotel para prepararse para el día. El hombre tarda unos segundos en asentir ante la pregunta del vampiro.

—¿Y quién soy? —pregunta sin soltar al hombre y con los ojos clavados como afilados cuchillos escudriñando el rostro del asesino.

—Eres... —Hace una pausa mientras estudia el rostro de Darek—. Eres el cabrón que nos pisaba los talones.

La cara del vampiro parece más enrabiada aún. Sin pronunciar palabra, se acerca a la mesa auxiliar que está frente al sofá con las abominaciones que siguen ondeando sus cuerpos y el cadáver sentado del zumo de sangre de antes. Lo tumba boca arriba con un movimiento tan duro que, al entrar en contacto la espalda del hombre con la mesa, Kalte duda unos segundos de si la madera ha cedido bajo su peso y ha acabado hecha astillas. Pero no, sigue intacta, aunque por el quejido que ha dejado escapar el moreno y barbudo humano, es posible que a él sí se le haya partido algo en la caída propulsada. Sus manos se sueltan de golpe de las de Darek, y queda ligeramente laxo. El vampiro lo mantiene sujeto por la ropa, apretando en su puño la tela que no dejará escapar, y con la otra mano aplasta su cara contra la mesa para que pueda ver a las monstruosas criaturas mientras le habla.

—¿Los ves? Al menos a ese lo reconoces, ¿no? —Instintivamente, los ojos de todos se dirigen al único humano muerto como tal. Se puede reconocer que es un hombre.

—Eres un hijo de puta... —Los ojos del hombre desbordan rabia, y forcejea para librarse de Darek con poco éxito. Se rinde tras unos segundos de lucha y vuelve a relajar su cuerpo bajo los aprisionantes brazos del vampiro, que lo mantienen tumbado y mirando hacia sus regalos—. ¿Qué cojones les habéis hecho? —Parece que al fin intuye que los dos seres son conocidos suyos.

—Algo mejor de lo que le hicisteis a mi mujer. —Cada letra de cada palabra está cargada de un odio parecido al que siente Kalte por su Dome.

El hombre parece entender todo de repente y, mientras permanece inmóvil, el hombre empieza a reírse. Inicia con una risa tímida, pero poco a poco crece hasta convertirse en una carcajada, lo que provoca un silencio en el interior de Darek que no augura nada bueno.

—Esa puta disfrutó de nuestra compañía. Seguro que más de lo que disfrutó contigo en toda su vida.

Cuando un animal salvaje acecha a su presa, primero la observa en la distancia. Estudia los movimientos de su víctima para saber cómo puede reaccionar a diferentes ataques, y Kalte nota en la tensión de Darek que su ausencia de movimiento es más peligrosa. El vampiro ha soltado al humano y se separa un poco de él, acción que aprovecha el hombre, que todavía se ríe, para girarse y mirar la expresión rota por la ira de Darek.

—Eres un poli de mierda y te has metido donde no debías. Estás de mierda hasta el cuello. —Omite todo lo que está viendo. Los matones son así. Para que el miedo no se les note, intentan bloquearlo ignorando lo que les aterroriza—. No sé qué cojones les habéis hecho a mis colegas, pero estás jodido, cabrón. —El ahora bravucón hombre saca una pistola de la parte de atrás de su cinturón.

—Joder Darek... ¿no lo has desarmado? —La pregunta de Kalte al fin pone una voz femenina en la sala. El cabello blanco de la vampiresa ondea acariciando su espalda mientras niega al ver el hombre con la pistola en la mano, pero permanece sentada en la madera que sirve de soporte para la televisión.

Darek no se mueve. Está de pie frente al hombre armado, que ahora también está incorporado y que apunta hacia él. Las palabras de Kalte llaman su atención, ya que le dedica una mirada y vuelve a reírse a carcajadas.

—No aprendes macho. Fue fácil tener a tu mujercita para mí. Un gran regalo porque estaba buena tío, muy buena. Y ahora... ¿eres tan gilipollas de traerme a otra tía buena? A esta me la voy a gozar más de lo que... —El hombre se gira hacia Darek mientras habla pero no le da tiempo a terminar la frase. Tiene a Darek a un par de pasos de él y se le echa encima como una mole de cemento. En el momento en que colisionan, suena un disparo ahogado por uno de los cuerpos, que actúa como un silenciador improvisado.

Sus cuerpos están pegados e inmóviles. Kalte fija su mirada en ellos para intuir a quién le ha dado, y cuando se separan lentamente, ve el agujero en el corazón de Darek. La vampiresa se levanta rápidamente del mueble, sorprendida de que se haya dejado alcanzar por el disparo. El vampiro está encorvado y tambaleándose mientras que, de la zona de su corazón, sale sangre del orificio de su pecho. El humano parece no creérselo y empieza a reír nerviosamente, como si su vida hubiese pasado por sus ojos tan veloz como la bala y, a pesar de ser grande y corpulento, se mueve ansioso como un niño pequeño abriendo los regalos de Navidad.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? —pregunta, agitado, apuntando intermitentemente al vampiro y a Kalte y dando saltitos de alegría—. ¡Sois unos gilipollas si pensabais que ibais a poder conmigo! ¿Y tú eres poli y no me quitas la pipa? ¡Hay que ser estúpido, mamonazo! —El balbuceo de Darek corta la verborrea del hombre.

—¿Qué... dirías tú... que va a... pasar ahora? —Con una clara expresión de dolor, Darek se lleva la mano al pecho como acto reflejo para taponarse la herida.

—¿Qué cojones...? ¡Te he disparado en el puto corazón!

—El hombre fija su arma en el expolicía y su dedo índice empieza a presionar el gatillo, pero antes de que complete el recorrido de la palanca, Darek le hace una llave para que, cuando termine de accionar el arma mortal, la boca del arma apunte a la propia cabeza del hombre.

Los sesos del ahora difunto hombre bañan tanto la pared del salón como a sus compañeros. Las abominaciones siguen ondeándose sin parar, y la sangre y los trocitos de cerebro les dan un toque más siniestro aún.

Kalte se acerca a Darek de forma rápida.

—Joder, no pensaba que fuera a doler tanto... —se queja el vampiro sin apartar la mano de su pecho herido.

—Claro que duele, si sientes cómo te golpean, también sientes cómo te disparan... ¿en qué estabas pensando? ¿Por qué no le has quitado el arma? —pregunta Kalte mientras ayuda al vampiro a quitarse la camiseta.

—Una parte de mí quería... sufrir daño, imagino. —Kalte para en seco sus movimientos para mirarlo. La venganza no sacia a un ser necesitado de ella. Y, sin decir una palabra, examina el pecho y la espalda del musculoso expolicía.

—La bala no ha salido... —indica Kalte—. No te muevas.

Kalte introduce un dedo en la perforación del vampiro, que no se mueve, pero sí pone muecas de dolor. Con suavidad, y lo más rápido que puede, trata de localizar la bala. Hurga en la herida hasta que la encuentra. Está bastante profunda, pero puede alcanzarla con algo que la ayude. Coge un cuchillo y advierte a Darek.

—Pues si querías dolor, lo has hecho bien. Tengo que abrirte un poco la herida para sacarla. —Le muestra el cuchillo al silencioso Darek—. ¿Listo?

Darek asiente.

Kalte clava rápidamente la punta del cuchillo para abrir un poco la herida del descamisado, y deja su improvisado utensilio a un lado para tratar de sacar la bala con los dedos. Tarda unos minutos en los que el vampiro se queja con aspiraciones de aire entre sus dientes, pero poco más hace para quejarse.

—La tengo —indica Kalte mientras saca el metal con sus dedos. Examina el frío y pequeño objeto, abre la mano de Darek y se lo coloca en el centro de la palma—. Toma, de recuerdo. —La albina da un paso atrás y se lleva la mano manchada de la sangre de Darek a la boca para lamer con suavidad la punta de su dedo corazón—. Tu sabor no ha cambiado tanto después de convertirte... Tiene un toque un poco más metalizado e intenso, pero es casi lo mismo. —La vampiresa sonríe mientras le mira la herida—. Cúrate, que nos vamos —ordena la vampiresa.

—¿Cómo lo hago? —pregunta Darek sin retirar la mano de la herida.

—Cierto, que aún no te lo he explicado. Tienes que concentrarte en la herida y tratar de focalizar tu energía en ella. Como si destinases la sangre de la que te has alimentado a tu lesión. Piensa en curarte, y te curarás. Es lo mismo que haces cuando piensas que quieres mover una pierna para dar un paso. Cuanto peor es la herida, más hambre tendrás después de hacerlo, tenlo en cuenta. —Kalte mira la herida del vampiro—. Esta no es gran cosa, así que inténtalo.

Darek retira la mano que cubre su herida y observa los serpenteantes ríos rojos que se deslizan por su piel. Parece concentrarse en lo que le ha indicado Kalte y, pocos segundos después, la herida del vampiro comienza a cerrarse como por arte de magia. La cara de sorpresa de Darek es clara, y más cuando frota su piel.

—Ni una marca... —comenta sin dejar de tocar el punto donde antes estaba el agujero de bala.

Kalte mira a los cuerpos aún ondeantes y los cadáveres.

—Así se quedan. Será una advertencia para los de su zona o su banda. —Tras decir eso, mira el cuerpo tendido en el suelo con el agujero de bala en la cabeza—. ¿No crees que has ido muy deprisa con él? Al menos estos siguen con vida y continuarán sus días siendo los monstruos que demostraron ser.

—Me da igual... Le quería muerto —sentencia el vampiro, mirando el cadáver del último hombre en llegar.

Una vez están listos para salir, Kalte mira el reloj. No es especialmente tarde para ellos, pero es hora de volver al hotel para prepararse y hablar del tema allí. Kalte se dirige hacia la ventana del salón. Es la que se veía desde el callejón que comunicaba con las escaleras antiincendio y es la mejor salida. La oscuridad, como siempre, es la mejor de las protecciones, y aunque no

van muy manchados, es mejor no llamar la atención. Ambos vampiros bajan por las escaleras metalizadas de la parte de atrás del edificio en silencio, pisando de forma ligera los barrotes que tienen por puente colgante.

Al fin llegan abajo y, resguardados por la escasa luminosidad de la callejuela que avanza hasta la calle, emprenden su camino para salir del callejón. Pero tan solo ha dado dos pasos cuando Kalte para en seco su marcha, con los ojos abiertos como platos, ante lo que ve más allá de la zona oscura.

Es un hombre que camina por la iluminada calle peatonal, alto, joven, con las facciones marcadas, media melenita lacia, algo más corta que la de Darek, pero rubia. El flequillo le llega al puente de la nariz y se ondula junto a su rostro. Reconoce esa forma de la nariz, esas facciones, ese pelo, esa forma de andar... Algo en su interior se revuelve. Es como un imán que no le deja apartar los ojos del hombre mientras camina por la calle ajeno a la presencia de los vampiros, y tan solo durante el tiempo que tarda en desaparecer del campo de visión que la entrada al callejón les otorga.

La vampiresa no es capaz de pronunciar palabra al verlo desaparecer. No puede ser. No es posible que sea quien piensa que es... pero se parece tanto... Su mente trabaja a pleno rendimiento, haciéndose preguntas sin parar, pero ninguna obtiene respuesta, así que tras los escasos segundos que ha necesitado para aclararse, sale corriendo del callejón.

—¡Kalte! ¿Qué pasa? —La voz de Darek se queda atrás en la carrera inesperada de la vampiresa, que tarda apenas unos cinco segundos en llegar al final del callejón, y mira a todos lados desesperada en busca del hombre.

—No puede ser... No... —musita sin dejar de mirar a todos lados, pero no lo encuentra.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto? —pregunta Darek cuando llega a su lado tras seguirla en la carrera.

—Nada... —La mirada de Kalte peina toda la calle. Las farolas de luz cálida y dorada muestran la calle prácticamente desierta, pero no localiza rastro alguno de quien cree haber reconocido. Se niega a creer que pueda ser él. Han pasado muchos años, demasiados, como para que se mantenga como el vivo recuerdo que tiene de su único amor conocido en su vida humana. Y de eso han pasado ya unos veinte años. La cara de Kalte está tensa, pero a la vez nostálgica. No sabe si esa fugaz aparición fortuita ha sido una

alucinación o real como su propia existencia, y eso hace que se sienta más confundida. Tal vez fuera un humano cualquiera y ella haya querido ver lo que no existe. Pero no es el momento ni el lugar para seguir pensando en ello bajo la atenta mirada de Darek, cuya mirada zigzaguea entre la calle y Kalte, confundido como parece estarlo ella—. Vámonos. Tenemos que prepararnos para el amanecer.

Kalte le dedica una sonrisa suave a Darek. Por la expresión del rostro del vampiro, acata la orden, pero sin duda se ha dejado como pendiente la conversación que parece flotar en el aire. Así que después de que Darek asienta, caminan juntos hasta el hotel sin pronunciar ni una sola palabra. Ambos tienen mucho que pensar esta noche.

Capítulo 9

Cazador cazado

Es una noche nueva y aunque los vampiros no sueñen, el pensamiento de Kalte ha empezado donde lo dejó al acostarse para pasar el día: en el hombre misterioso. Sabe que no puede tratarse de Christian. Sería imposible, ya que han pasado cerca de veinte años desde la última vez que lo vio, y vampiro no era. O sí... La cabeza de Kalte toma el control, confundiéndola en miles de pensamientos contradictorios mientras su cuerpo actúa de forma automática para vestirse y prepararse para la noche. Es como cuando paseas por el mismo camino durante mucho tiempo, y un día, distraído, recorres el mismo camino y, de repente, te das cuenta de que ya has llegado. Y si alguien te preguntase algo del camino, no sabrías contestar. Pues para Kalte, ese momento es cuando tres golpes secos de nudillos llaman a su puerta.

—Eres muy rápido preparándote... —alza la voz mientras camina hacia la puerta para que el vampiro pueda escucharla acercarse. Coge el pomo de la puerta para abrir—. ¿Acaso hoy tienes alguna pris...? —Corta en seco su frase al comprobar que los hombres que están parados en el umbral de su puerta ahora abierta no son Darek—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Kalte se apoya en el marco de la puerta con seguridad mirando a los dos armatostes.

No es difícil apreciar a simple vista que se trata de un par de gemelos, grandes, fuertes y poco amigables. Ambos se mantienen serios unos segundos examinando con sus azules miradas a la menuda vampiresa. El

instante silencioso baña el ambiente con una tensión que se puede cortar con un cuchillo. Kalte siente cómo la examinan, cómo miran hacia el interior de la estancia, hacia el pasillo, y, tras haberlo estudiado todo, ese silencio no tarda en ser roto por el gemelo que tiene Kalte a su derecha.

—¿Dónde está el otro? —No mueven sus cuerpos de la entrada, creando una barrera alta frente a ella.

—¿Qué otro? —La albina sabe perfectamente que preguntan por Darek, y aunque no entiende por qué, no va a ser tan tonta como para revelarles información sin saber quiénes son—. De hecho, las preguntas debería hacerlas yo. ¿Quiénes sois y por qué estáis como pasmarotes en mi puerta?

En ese preciso momento, la puerta contigua a la de la vampiresa se cierra. El sonido hace que todos se giren hacia donde se encuentra Darek, plantado en el pasillo, mirando de forma seria a los nuevos acompañantes de Kalte. Aunque está a escasos metros de ellos, encorva ligeramente el cuerpo para ver su Dome a través de los dos gemelos.

—¿Puedo ayudaros, amigos? —Darek parece estar sereno, pero alerta.

Una mano fuerte como una garra atrapa a Kalte por el brazo izquierdo cuando la vampiresa se proponía a contestar. Sin duda alguna, no son humanos. Y en cuestión de un segundo, Darek se dispone a atacar a los desconocidos y Kalte reacciona ante el armatoste rubio que la tiene sujeta. Ella no es más fuerte que ellos, pero tal vez sí más ágil. Con un movimiento rápido, agarra el mismo brazo que la tiene sujeta y, girando sobre el eje de la muñeca del vampiro, se sube como el que monta a un caballo, quedando sentada sobre el antebrazo del rubio, con su espalda apoyada en el hombro del hombre y agarrando su mano dispuesta a tirar y a romperle el brazo. No le da tiempo a hacerlo porque nota una garra, ahora sí animal, que le clava las afiladas uñas en el cuello.

—Estate quieta o te arranco la cabeza. —El rubio que tiene encima a la pequeña y escurridiza vampiresa ha creado una zarpa extraña. Una mezcla entre garra de león y de águila.

Kalte no se mueve y ve que la pelea entre Darek y el otro gemelo no ha acabado mejor que la suya. Con suavidad, suelta las manos del brazo del gemelo y las alza con calma para dar a entender que no va a continuar.

—Sois vosotros los que habéis venido a jodernos. ¿Qué es lo que queréis? —Las preguntas de Kalte caen en saco roto mientras el hombre la

baja de nuevo al suelo.

—Si no queréis más problemas, nos acompañaréis. Si huis, os cazaremos... —Los gemelos parecen imaginar la misma escena a la vez, ya que la sonrisa maliciosa de sus labios es idéntica en el tiempo e imagen.

La albina le niega con suavidad a Darek, que aún se está resistiendo, forcejeando con uno de los rubios. Y aunque parece no hacerle gracia, cesa en la lucha por liberarse del otro apresador. Pocos segundos después, se encuentran siguiendo a uno de los vampiros mientras el otro camina detrás de ellos. Sus ropas son oscuras y no llaman demasiado la atención, a no ser que te fijes en sus dorados cabellos cortos. Mantienen una distancia prudencial, lo que anima a la vampiresa a hablar con su Pequeño en susurros.

—No sé quiénes son, pero son fuertes. Deben de ser bastante más antiguos que nosotros, y si queremos sobrevivir, deberíamos ver qué quieren y después actuar. —El tono de voz de Kalte es como un susurro en el viento.

—Sé reconocer a la calaña. En cuanto los he visto sabía que no venían con buenas intenciones, pero si no nos han matado aún... —Darek camina erguido sin perder de vista al vampiro que tienen enfrente.

—Exacto —afirma Kalte—. No estoy dispuesta a morir aquí. He sobrevivido a mi Dome... No voy a permitir que en unas noches estos nos maten.

—No vas a morir esta noche, Kalte, no lo voy a permitir.

La mirada de Darek se clava en los ojos grises de la vampiresa, como si en un instante sus ojos hicieran que sus almas se comunicasen sin precisar una sola palabra.

Mientras prosiguen en su marcha guiada por sus captores, una extraña sensación recorre a la vampiresa ante las palabras tan serias de su protegido. Parece que ahora es él quien tiene la necesidad de protegerla. Lo que quiere decir que el objetivo que tenía ella tras la venganza de Darek empieza a cumplirse.

—Subid. —Uno de los gemelos abre la puerta de un coche oscuro con los cristales tintados en la parte de atrás.

Kalte no se había dado cuenta de que estaban en la calle ni de que habían parado junto al vehículo, y ahora mismo ni siquiera sería capaz de decir qué gemelo de los dos es el que le ordena adentrarse en el coche. Darek echa un vistazo al interior y mira a la vampiresa.

—Tienes razón... vamos —indica suave con un gesto serio y protector.

Una sombra de incertidumbre asola el corazón de la vampiresa, pero jamás dejaría que nadie viese en ella ni una pizca de debilidad, así que sus acciones son decididas y resueltas. Antes muerta que demostrar una gota de miedo. El coche comienza a moverse cuando los cuatro vampiros están dentro. La albina observa a los humanos caminar por las aceras, ingenuos y aislados de todo lo que pasa en estos momentos en el coche, y de lo que sucede en general en la oscuridad de la noche. Y, tras examinarlos, se gira para observar a Darek, que parece concentrado en la calle también. El interior del vehículo se mantiene en un silencio sepulcral que hasta un ligero pestañeo podría romper. Unos veinte o treinta minutos después, llegan a otra zona de la ciudad, otro parque a primera vista, pero que oculta mucho más que jardines y flores. Un camino de asfalto relativamente nuevo los aleja de los ojos curiosos, cubriéndolos con la prudente intimidad de los árboles, que protegen y ocultan el vehículo a su paso.

El césped que cubre todo el terreno, excepto el camino, es oscuro bajo la escasa luz, como un mar de lodo por el que navegan sin conocer el rumbo. Tan solo les hace falta avanzar unos metros para llegar a un claro en ese frondoso bosque. Un claro de muerte. Tumbas, panteones, cruces de piedra... Toda la zona está adornada con recordatorios de lo que es la muerte para los humanos. Unas farolas apenas alumbran las palabras grabadas en las lápidas y dejan ver el río de asfalto que guía hasta cada panteón del cementerio.

El coche comienza a desacelerar, lo que hace que Kalte y Darek miren al frente. Están justo a la entrada de un panteón, sin duda uno de los más grandes de los que hay a su alrededor. Sería difícil calcular las dimensiones viendo tan solo la parte frontal, pero pueden ser unos cuarenta metros de ancho y unos seis de alto, a ojos de la vampiresa. Es una fachada de piedra envejecida con hiedras que decoran los surcos que se dibujan entre las rocas, con un portón grande y de madera maciza. Unas gárgolas de piedra oscura decoran la entrada, vigilantes de que los incautos se asusten de su presencia. No tiene ventanas y, aunque lo verían todo mejor con la luz de los focos del coche, ahora están en plena oscuridad.

El crepitar de la puerta de madera alerta a Kalte. A una velocidad inquietantemente lenta, comienza a abrirse, mostrando una apertura cada vez

mayor. El rostro de un hombre tras ella hace que Darek y Kalte se miren unos segundos. Es un hombre mayor, envejecido por el sol, encorvado y con ropajes llenos de tierra. Su cabello tiene apenas unos mechones abandonados en un mar de calvicie, largo hasta los hombros y claro como la nieve. Les dedica una sonrisa con apenas tres dientes. Uno arriba y dos abajo. Su aspecto no dista de cómo un niño se imagina a un enterrador. El coche se adentra en el panteón una vez que la puerta está abierta de par en par, con el vigilante sin soltarla. El lugar es enorme, lleno de nichos con nombres grabados en ellos. Hay lámparas de pared que simulan las cálidas velas con luces de led. Desde dentro del coche le cuesta ver los detalles menos accesibles, pero Kalte alcanza a ver una bóveda con un fresco grabado que decora el techo del lugar, aunque apenas visualiza la escena representada en la pintura. Estatuas de piedra de mujeres, hombres y niños, todos en posiciones diferentes. La que más llama la atención de Kalte es una de un hombre abrazando a la que parece su hija. La escena le resulta reconfortante, pero lo que más le llama la atención es un parterre de flores de miles de colores que la rodea. Al fondo del todo, en fila, hay otros cuatro panteones más pequeños, de unos tres metros de ancho.

El anciano que estaba en la puerta grande parece haberla cerrado una vez que el coche ha entrado por completo y, cojeando, se dirige rápido a uno de los panteones más pequeños. El vehículo se adentra con los cuatro vampiros aún montados. Pero lo que ve Kalte la desconcierta. El interior del miniedificio es moderno y casi lujoso. Paredes metalizadas y con luz fuerte. Un movimiento del suelo seguido de un descenso confirma que es un ascensor.

—¿Dónde estamos? —Kalte no puede reprimir su pregunta. Se siente desubicada ante la idea de que haya un ascensor en medio de unas tumbas de un cementerio.

—Enseguida lo veréis... —responde el gemelo que está en el asiento de conductor del coche mientras mira a la vampiresa por el retrovisor.

Al llegar al piso de abajo, se ve un *parking* de unas cuarenta plazas, de las que tan solo están ocupadas seis. Los coches son todos de gama alta, negros y con los cristales tintados. Cualquier coche que se imagina Kalte que pueda pertenecer a un presidente, un rey o cualquier alto cargo, está aquí aparcado. Pocos segundos después, todos se encuentran fuera del vehículo y

caminando hacia una puerta metalizada. La vampiresa sabe que, si los han traído hasta aquí, es por algo, pero la curiosidad de saber dónde están le hace examinarlo todo a su paso. Ya no solo por admirar la decoración, sino para saber por dónde podrían escapar en caso de huida. Sin mediar palabra, Darek y Kalte caminan muy pegados uno junto al otro, guiados por los vampiros de cabellos dorados. Al cruzar la puerta del *parking*, el asombro de lo que ven les hace abrir los ojos de par en par. Se encuentran en una sala enorme, lujosa y llena de luz. Una escalera gloriosa los aguarda al otro lado de la larga sala.

—¡Caminad! —ordena uno de los vampiros que les ha custodiado hasta aquí todo el camino tras asestarles un empujón a los embelesados vampiros.

Darek mira a todos lados con una expresión tensa mientras Kalte comienza a caminar a su lado. Un bosque de lujosas columnas con escenas vampíricas talladas sobre la roca sostiene los dos pisos construidos bajo tierra. Unas cortinas rojas como la sangre caen de las columnas, rodeándolas como una serpiente que abraza a su presa. Mientras caminan sobre una alfombra también roja que abriga un suelo de cuarzo negro brillante, a sus lados ven puertas de madera de cerezo con ribetes y pomos dorados a una distancia regular unas de las otras; unas diez a cada lado. Kalte no puede evitar preguntarse qué hay tras cada una de ellas. No se puede creer que un lugar como este exista. A pesar de estar bajo tierra, un aroma dulce, a sangre y rosas, embriaga sus sentidos. Unos veinte o treinta metros después, llegan a los pies de la escalera. La vampiresa está algo inquieta al ver que tan solo ellos caminan por el pasillo. Un lugar tan grande sin movimiento le hace sospechar que los encontrará en el lugar a donde los dirigen. Los vampiros no parecen parar en su marcha, así que Darek y Kalte continúan sus pasos, subiendo uno tras otro. Es una escalera ancha que permitiría por lo menos que ocho personas subieran a la vez. Paso a paso, escalón a escalón, se van alzando hasta ver justo enfrente la puerta más lujosa de todas. Es una puerta doble con forma arqueada y la madera tallada. Los detalles dorados son más grandes que en ninguna de las vistas anteriormente.

Acaban de detenerse delante, y Kalte cree reconocer la escena cincelada en ella. Son cinco figuras descendiendo en un rito hacia la oscuridad, a la maldición de la noche, bebiendo su primera sangre. El chirrido de la gran puerta al abrirse le devuelve la atención a la vampiresa. Aún no sabe qué

hacen aquí, y todo lo que observa tiene como objetivo darle pistas sobre qué está pasando.

Con un movimiento lento y dramático, los portones empiezan a dejarles ver el interior de la sala. El sonido suave de un canto de sirena escapa del lugar oscuro con luces tímidas. Cálidas y doradas bombillas que, con una chisporroteante candidez, son como un baile en el bosque de cientos de luciérnagas, danzando al son de una armónica melodía bajo el manto de la noche. Conforme se abre más, unas sombras paradas en lo que es una sala circular se giran hacia ellos, con capas negras que ocultan sus cuerpos y rostros. Kalte alza la mirada para buscar algo conocido. Ya sea alguien o algo que pueda indicarle la razón por la que están ahí, pero tan solo caminan adentrándose en la sala, dejando a los seres ocultos atrás. Sienten los nervios a flor de piel al ver que se dirigen a los pies de un trono ocupado por una niña de cabellos color carbón y con un vestido negro y un hombre alto con el mismo color de pelo que la acompaña, con ropas elegantes y oscuras, de pie junto a ella. Tras ellos, una cortina roja y tupida recorre el semicírculo que actúa como pared, pero tan solo alcanza hasta el final de la zona del trono. El resto de la pared circular es de roca, con candelabros que iluminan con las mismas luces de la entrada, cálidas y tintineantes, que muestran los grandiosos tallados pintados como un fresco de una capilla a modo de cuadros entre cada columna que acompaña simétricamente los muros. El centro de la sala está completamente despejado, pero justo en el medio, hay tallado un símbolo con los surcos rellenos de oro. Se ve en él un círculo oscuro en el centro, rodeado por una especie de tentáculos que rodean y abarcan todo el suelo de la sala.

Una vez que se encuentran a los pies del trono, los guardaespaldas rubios se apartan, dejándoles solos ante la presencia de los ojos curiosos de la niña sentada en el trono dorado con revestimiento carmesí. Aparentemente, es una chica de unos ocho años de edad, cabello oscuro, largo y con dulces rizos. Sus ojos son oscuros y grandes, y su tez, blanca como la nieve. Se mantiene sentada en un trono que la hace parecer más menuda, pero su semblante es digno y adulto. El hombre que la acompaña es delgado y tiene el cabello largo y lacio y unos rasgos parecidos a los de la niña. La ropa de ambos es llamativa para Kalte, ya que ella viste como una muñequita de porcelana gótica, con un vestido con volantes negro, un lazo en la cabeza a juego y

unos zapatos de charol combinados con unas medias negras. El hombre también viste con un traje de chaqueta antiguo, con muchos volantes en el cuello y en los puños de la camisa, negra también. La jovencita, sin apartar la mirada de Kalte y Darek, alza la mano y el canto de sirena cesa en ese mismo instante. Una muchacha de sonrosadas mejillas que estaba cerca de ella deja de cantar. Viste de blanco y sus cabellos rojos brillan bajo la luz que tenuemente los acompaña. En silencio, corre a los pies de la niña y se arrodilla junto al trono, agachando la mirada.

—Bienvenidos. —Una voz profunda capta su atención. Es el hombre, con la mano derecha sobre el hombro de la silenciosa chiquilla, quien turba el silencio que reina en la sala. Acto seguido, todos los presentes toman asiento. Unos asientos que Kalte no había visto al entrar. Los ojos de ambos reinantes se mantienen fijos en los dos vampiros nuevos en el lugar, que se mantienen de pie frente a ellos sin decir palabra—. No sé si sois muy tontos o si le tenéis poco aprecio a vuestra eternidad. —El hombre delgado hace una pausa mientras la niña no pierde detalle de los movimientos de Kalte—. Pero os hemos traído aquí para rendir cuentas. Así que empecemos. —El hombre suelta el hombro de la pequeña de cabellos negros y da un paso hacia delante. Estando un par de escalones más alto, su pose, e incluso su tono, parecen más amenazantes—. Soy don Rodrigo de Montespino, segundo al mando de nuestra sagrada ciudad, Montreal—. Con un suave gesto de su brazo, muestra la presencia de la silenciosa chica. Los ojos de la chiquilla son grandes como los de cualquier niño, que son algo desproporcionados para el tamaño de su cabeza. Pero algo muy oscuro se intuye de la impasible infante—. Y ella es doña Isabel de Borgoña, la regente suprema de nuestro dominio. —La niña ni siquiera pestañea ante la presentación. Se mantiene seria y observante—. Y por vuestras caras, parece que no tenéis ni la más remota idea de por qué os hemos traído aquí. ¿Me equivoco?

La sala se mantiene en silencio y tanto Darek como Kalte permanecen en pie, con decenas de ojos clavados en ellos. Kalte está a punto de hablar cuando la chiquilla, hasta ahora inmóvil, alza un dedo para indicar silencio.

—Tus modales no existen, o parece que no te han enseñado lo que debes hacer cuando llegas a una ciudad. Como dirigente de este territorio, es mi deber dar ejemplo ante mis súbditos antes de decidir qué hacer con vosotros, si acabar con vuestra insignificante existencia o perdonárosla. —Kalte se

mantiene seria sin apartar la mirada de Isabel, que, a pesar de su diminuto tamaño, infunde un absoluto terror con cada palabra. Pero tanto ella como su Pequeño quieren sobrevivir a esto, así que deben estar alerta. Sabe que, en caso de llegar a una pelea, tienen todas las papeletas para hallar un final indeseado, pero no va a morir sin resistirse.

—Así que vamos a ver, preguntas de cultura general —retoma de nuevo la conversación Rodrigo, con tono jocos—. ¿Qué se hace cuando llegas a una ciudad nueva?

Kalte se mantiene en silencio. No tiene la respuesta, y la impotencia de no poder contestar hace que su *Oscurus* comience a crecer en su interior haciendo brotar sutiles gestos de rabia. Está convencida de que su Dome jamás le enseñaría cosas así. En todo este tiempo, tan solo ha querido mantenerla bajo su yugo y prisión, y perpetuar su ignorancia ha sido, por lo visto, la mejor de sus herramientas. La vampiresa de cabellos pálidos prefiere permanecer en silencio con dignidad en vez de empezar una verborrea exculpatoria sin sentido. No es su estilo, y parece que tampoco es el de Darek, que se mantiene en silencio e impassible como su Dome.

—¿Nada? —Rodrigo observa de forma intermitente a ambos vampiros, que no se pronuncian, por lo que prosigue su examen—. Pues yo os lo voy a decir. Tenéis que acudir ante los dirigentes de la ciudad, presentar vuestros respetos y solicitar un permiso de estancia. Nos hemos tenido que enterar de que dos vampiros con ganas de divertirse han llegado a nuestra ciudad. La primera noche os la podríamos perdonar, pero la segunda... —Deja las palabras en el aire mientras vuelve la mirada hacia la niña, que tamborilea con sus menudos dedos su rostro apoyado sobre la palma de la mano y una ceja arqueada, sin apartar sus enormes ojos de ellos. Su expresión es como la de una jugadora experta de póker que ha decidido mostrar una expresión de decepción. O eso parece—. Diría que ahora solo me dejáis la opción de acabar con vosotros, cosa que me da pena, porque me gusta vuestro estilo. Pero debéis recibir un castigo por vuestros actos. A lo que hay que añadir vuestro completo desconocimiento de las normas de conducta —sentencia, mirando a Kalte.

El cabello pálido de la vampiresa está tan estático como el resto de su cuerpo. Sabe que esto va más allá de un simple juego de humanos. Si se encuentran frente a los dirigentes de la ciudad, es mal asunto. Y con la

sencilla palabra «castigo», intuye la severidad del problema. En estos momentos tan solo puede maldecir en pensamiento a su Dome, que no fue capaz de enseñarle nada de la conducta en la sociedad vampírica. Y ya entiende el porqué. Más les vale contestar bien, o puede que no salgan de esta. Así que haciendo que su cerebro trabaje lo más rápido posible en tan poco tiempo, acaba arrancándose a contestar con seguridad:

—Estamos solos aquí, y no teníamos intención de manchar las tradiciones de vuestra ciudad.

No quiere luchar, y menos viendo que son demasiados y seguramente muy antiguos. Eso disminuye sus opciones de supervivencia.

—Sé que estáis solos aquí —continúa con rapidez don Rodrigo, como si le hubiese molestado que Kalte tomase la palabra sin permiso—. Os hemos estado vigilando. Es curioso cómo unos bebés como vosotros os creíais libres en nuestra ciudad para hacer lo que os plazca. ¿De verdad pensabais que no había nadie observándoos? —Su carcajada, que es rápidamente acompañada por las risas imitadoras de los presentes, resuena en la sala circular. La pequeña niña se mantiene seria y con la vista clavada en los acusados. Rodrigo alza la mano para silenciar las risas de los presentes y mira a ambos tan solo un segundo, esperando a que todos se callen antes de continuar—. Como decía, me gusta vuestro estilo. Sin embargo... —Con un simple gesto, hace que algunos de los seres ocultos se lancen a por ellos para apresarlos.

—¿Pero qué...? —Darek mira a los hombres que los sujetan y comienza a forcejear contra ellos, y, aunque son demasiados, no se rinde, zarandeando su cuerpo y lanzando golpes como puede—. ¡¡Kalte!! —Comienza a luchar con más fuerza cuando ve que han apresado a su Dome.

—¡Espera! ¡Espera! —Kalte, aún apresada, intenta encorvarse hacia delante para que Isabel la oiga, pero una mano le tapa la boca, impidiéndole continuar. Kalte patatea para intentar zafarse, pero las manos de varios hombres la tienen cautiva con tanta fuerza que parece que vayan a clavarle los dedos hasta los huesos.

Don Rodrigo de Montespino posa las manos sobre los hombros de la niña y parece disfrutar tanto como ella de la escena. Los rasgos angulados de sus rostros se marcan más con la sonrisa perversa que muestran. Realmente, si te fijas bien en ambos, podrían parecer familia. De pronto, Isabel hace un gesto con la mano para indicar a los hombres que se van a llevar a los dos

vampiros que se detengan.

—Vamos a enseñaros algo. —Su cándida voz infantil, propia de un cuerpo tan pequeño, por fin se une a la conversación, contrastando con el ambiente lúgubre de la sala. Sin embargo, se mezcla con algo maquiavélico en su tono, lo que hace que tanto Kalte como Darek forcejeen menos, casi con una curiosidad mortal.

Rodrigo se dirige hacia una cuerda gruesa con un pompón colgado en su extremo y, de un tirón, las cortinas que están tras el trono de Isabel comienzan a descubrirse. La pared tras el asiento de la Regente es una cristalera en forma de semiluna que muestra una sala lúgubre y siniestra. Un vampiro malformado se está frotando las manos mirando hacia la sala en la que se encuentran ellos, como un pez que te devuelve la mirada desde el interior de su pecera. Sin duda, disfruta ante la perspectiva de que le traigan nuevas víctimas. Al fijarse en la sala, Kalte abre los ojos de par en par con su boca aún tapada por la mano de uno de los vampiros que la tienen presa al percatarse de lo que es. Una sala de tortura más grande que la que tenía su Dome. Un reflejo casi humano hace que a la apresada vampiresa se le revuelvan las tripas y patalea con más fuerza. Darek tiene tenso todo el cuerpo mientras sigue intentando luchar contra los vampiros que lo tienen sujeto. Ahora son cinco, seguramente para cerciorarse de que no se libra de ellos.

—Así que ahora solo hay una cosa que podáis decirnos. Pónmelo fácil y sufriréis menos. ¿Para qué habéis venido a nuestra sagrada ciudad? —pregunta el larguirucho vampiro de nuevo junto a la niña. La joven Isabel esboza una sonrisa casi imperceptible y maliciosa, oculta tras toda su seriedad al ver cómo intentan escapar como insectos de las garras de sus vasallos. Uno de ellos le libera la boca a Kalte para que hable.

—¡Que os jodan! —grita con todas sus fuerzas la joven vampiresa clavando sus rabiosos ojos en Isabel mientras sigue pataleando. No es la mejor de sus decisiones, pero la oscuridad que habita en ella no la deja actuar de otra forma. Está presa con demasiada fuerza, son demasiadas manos—. ¡Ahhhh!

—grita y gruñe, intentando liberar sus manos para luchar contra sus captores mientras otros diez vampiros se mantienen observando.

—No sabes lo que acabas de hacer... —La voz cándida de la pequeña

rápida­mente domina la conversación. Isabel mira hacia el vampiro adulto, asintiendo, como si con ese simple gesto diera una orden muy clara. Sin moverse del lugar, el hombre fija su mirada en Kalte mientras la niña sigue hablando—. Puede que no quieras hablar. No nos hace falta. Don Rodrigo es capaz de sacarle los pensamientos a un humano sin esfuerzo alguno... —Una presión abrumadora invade la cabeza de Kalte, lo que le hace gritar de dolor y esfuerzo por intentar que cese—. Con un vampiro le cuesta un poco más, pero no supone ningún problema. De hecho, puede hacerlo sin que te des cuenta de que está flotando por tus pensamientos, o en cambio, hacerlo con dolor. Mucho dolor. —Cada palabra de la niña infunde pavor por las amenazas veladas que ocultan tras un manto de tranquilidad.

—¡Díselo, Kalte! —grita Darek, que no consigue zafarse de los moradores de la noche.

—Tú podrías decírmelo también y podríamos acabar con su sufrimiento ahora.

Isabel mira a Darek sin inmutarse. Su semblante es tan serio que da miedo en una niña como ella. Mantiene las diminutas e infantiles manos apoyadas sobre los reposabrazos de su trono, con una posición soberbia y altiva.

—Era solo una venganza personal. ¡Mierda! ¡Parad! —Darek mira a Kalte con un brillo de desesperación al ver que no deja de gritar y se ha dejado caer al suelo por el dolor.

Kalte se agarra la cabeza tumbada en el suelo mientras unas lágrimas de sangre brotan de sus ojos creando ríos carmesí que se deslizan por sus mejillas. El dolor no cesa, y siente como si estuvieran rascando en su cerebro con agujas candentes. Nunca había experimentado un dolor así.

—¿Cuál es vuestra ciudad? —pregunta Rodrigo, sin apartar la mirada de Kalte. Su voz es grave y fría. Los gritos de la atormentada vampiresa se agudizan tras la pregunta durante unos segundos que se le hacen eternos. Transcurrido ese tiempo, Rodrigo continúa—. Veo dolor. Odio, temor, un corazón roto... pero no parece ni siquiera saber la respuesta a esa pregunta

—dice en voz alta dejando a todos los presentes escuchar sus palabras sin apartar la mirada de su presa—. ¿Quién es tu Dome?

Tras cada pregunta, el dolor se incrementa. Miles de sensaciones a la vez abofetean la mente de Kalte, dejándola agotada y dolorida. No puede parar

de gritar mientras su propia sangre brota de sus ojos cada vez con una mayor afluencia, tiñendo sus mejillas y manchando su despigmentado y lacio cabello tras sus orejas. Tumbada boca arriba, sujeta su cráneo como si temiese que su cerebro fuese a estallar.

—Que... te... jo...—Sin terminar de mandarlos a la mierda, una puñalada de dolor que retumba dentro de su cráneo vuelve a ella, haciéndola gritar más fuerte. Pero no se va a rendir, no así.

—¡Kalte! ¿Qué haces? ¡¡Díselo!! ¡Te van a matar! —Darek no deja de forcejear hasta que uno de los vampiros que lo mantiene sujeto le asesta un golpe seco que lo noquea y lo deja desorientado—. Parad... —susurra mirando con dificultad a su Dome.

—Veo oscuridad, una criatura oculta que la acecha...

—Don Rodrigo parece muy concentrado alzando la voz para hacer que toda la sala sepa lo que está viendo dentro de ella—. ¿Cómo se llama tu Dome? —pregunta con una fría tranquilidad. Kalte grita con fuerza, con sangre perlado su frente. Un sudor vampírico que pocas veces aparece en escena, pero el dolor y el sufrimiento causa su aparición. El cuerpo de la vampiresa comienza a teñirse de rojo por gotas de sangre tímidas, como si cada poro de su piel fuese la salida de emergencia de la que retiene en su interior—. Veo un pasillo oscuro... Parece un castillo. Hay una cámara de torturas... veo... Un espejo... La veo a ella reflejada mirando a su rostro, asustada. Su pelo es de otro color. Rojo fuego. Y detrás... lo veo. —Rodrigo enseguida pone una expresión de horror y sorpresa a partes iguales y frena en seco en su incursión por la mente de Kalte.

La vampiresa siente de golpe un alivio que al fin le permite relajar su cuerpo. Se mantiene tumbada, agotada boca arriba. Sin poder mover un músculo, deja caer sus brazos a ambos lados de su cuerpo y, con cautela, abre los ojos, pegajosos por la sangre que ha llorado. Se siente destrozada e incapaz de moverse ahora mismo.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? —pregunta Isabel con una expresión alarmada al ver a Rodrigo parar tan de repente.

—No sé si aquí... —Rodrigo mira a los presentes y, de nuevo, a Isabel.

—Déjate de tonterías y dímelo, ¡ahora! —Su tono es firme y estricto a pesar de que su voz sea tan infantil. Sin duda, no admitirá otra negativa como respuesta.

—Es... —Rodrigo hace una pausa sin estar convencido de decirlo delante de todos, pero prosigue en susurros—. Doña Isabel... es Rurik. Rurik Vasile.

La cara de Isabel se desencaja en cuanto escucha ese nombre y mira atentamente a la ensangrentada y agotada Kalte y a su Pequeño.

—No puede ser... —Está completamente atónita y, tras unos segundos de silencio, prosigue sin apartar la mirada de los vampiros—. ¿Estás seguro?

—Esa cara jamás la olvidaría, estoy seguro... es él —afirma Rodrigo, aún desencajado.

Isabel se queda unos segundos pensativa y acaba por poner una sonrisa de pesadilla en su rostro angelical.

—Ya sabéis qué hacer con ellos. —La Reina chasca los dedos suavemente a modo de orden de acción para sus vasallos—. Me los quedo —sentencia con una sonrisa perturbadora y los ojos clavados en los demacrados vampiros.

Capítulo 10

La leyenda de Rurik

Kalte se siente levitar. No es capaz de abrir los ojos para saber a dónde la llevan. El dolor que le ha causado el segundo al mando de Isabel la ha dejado totalmente agotada y su Oscurus, aunque está extendido por su interior, y amenazando con tomar el control, su cuerpo está tan débil que no es capaz de actuar por la debilidad en la que está sumida. Su cuerpo está completamente lacio, sus brazos cuelgan a los lados y su cabeza oscila como la de un bebé al que su madre no sujeta bien al cogerlo en brazos. Con dificultad, entreabre los ojos y consigue ver sombras borrosas. Una figura masculina la lleva en brazos, pero ahora mismo no sería capaz de identificarla, por muy cerca que esté.

Mil pensamientos abordan a la joven vampira. ¿Dónde está Darek? Sangre... ¿Qué han hecho con él? ¿Así es como van a acabar? Sangre... ¿No van a poder ni despedirse? ¿Debió decir el nombre de su Dome?... Sangre... ¿Por qué no ha dicho el nombre de su Dome?... Está demasiado confundida y sedienta. Odia a su creador, lo odia con toda su alma, de hecho, y aun así no ha dado su nombre. No llega a entender el porqué. Siente que sus colmillos retráctiles se disparan sin ella buscarlo, pero es un acto reflejo de su Oscurus, necesitado de alimento. Debe comer, le duele todo el cuerpo y tiene sed. Sangre, tan solo necesita sangre.

No sabe cuánto tiempo ha pasado, pero siente como una nube acuna su cuerpo. Con dificultad abre los ojos, pero no es capaz de fijar la mirada en

nada.

—San... gre... —consigue musitar a duras penas. Un humano sentiría las tripas rugir, pero ella siente cómo se reseca por dentro como una flor marchitándose. No se encuentra bien, y cada vez va a peor.

—Hola, Kalte —oye entre los zumbidos de sus oídos.

No sabe quién es, pero el olor a dulce y cálido néctar color rubí embriaga sus sentidos.

Guiada por una fuerza interna a la que solo puede recurrir su *Oscurus* cuando tiene demasiada sed de sangre, Kalte comienza a incorporarse de la nube en la que está tumbada, tan blanda que le dificulta más los movimientos. Pero la fuente que emana ese delicioso olor a cero negativo está cerca de ella. La vampiresa entreabre los ojos y ahí ve a un joven descamisado, no muy corpulento, sentado junto a ella en la cama donde está tumbada. Le está ofreciendo el cuello sin miedo en los ojos. Mal hecho. Kalte se lanza a por él como un animal que o come o muere, clavando sus colmillos sobre el suave y níveo cuerpo del muchacho. Sus manos apresan al joven mientras el delicioso sabor de su sangre embriaga los sentidos de Kalte. Absorbe sin control y sin medida. Lo nota cálido, latente, con una aorta que bombea con gran fuerza hasta ella. Prácticamente no tiene que esforzarse en extraer el carmesí elixir de él. El corazón del muchacho, joven y fuerte, está haciendo ese trabajo por ella. Y la sangre se desliza tibia por su garganta, una dulce sensación que la reconforta a cada trago. La albina siente como, con cada sorbo del muchacho, se siente más energizada. Pero su *Oscurus*, sediento, no tiene pensado dejarlo marchar con vida.

—Puedes matarlo, Kalte, él lo desea. —La voz suave y dulce de una niña suena como si proviniese de un lugar lejano—. No te controles... es mi regalo. —La voz de Isabel trae de nuevo la consciencia de Kalte sobre la voluntad de su *Oscurus*.

«No... para... para...». Los pensamientos ayudan a Kalte a intentar controlar la sed que la domina. Y, como si soltar al muchacho fuese como llenarse con una balsa de ácido en sus entrañas, se separa de él con dificultad, con un movimiento brusco y agresivo, empujándolo de la cama con todas sus fuerzas. La vampiresa deja escapar un grito desgarrador desde lo más profundo de su ser, de rodillas sobre la mullida cama mirando hacia el techo, como un lobo que aúlla a la luna ansiando que la perlada y brillante

esfera de la noche le devuelva el cántico. La vampiresa jadea tratando de luchar contra el Oscurus, que desea lanzar sus tentáculos helados y poderosos sobre el joven de nuevo.

—No... —dice mirando todavía en posición lobuna—. No... quiero... nada... de ti... —Cada palabra le cuesta un esfuerzo increíble de concentración.

Un silencio reina en la sala y tan solo se oyen los puños de Kalte agarrando con fuerza las sábanas que cubren la cama sobre la que sigue arrodillada. Aún está cubierta por toda la sangre que perdió cuando Rodrigo la torturó para sacarle información. Costras secas de color rojo teja decoran sus mejillas, como ríos secos por la escasez de lluvia; su frente, como un desierto de barro agrietado; y su pelo, creando rastas que parecen de arcilla. Y ahora la sangre del joven humano, fresca y brillante, cubre como una máscara la mitad inferior de su cara, goteando por su barbilla con surcos que se aventuran hasta su cuello. Su cuerpo también está sucio y se puede apreciar en sus manos, pero sus ropajes cubren con esfuerzo todas sus manchas.

—Cuánta ira de golpe, y eso que te he hecho un regalo después de haber mancillado nuestras tradiciones. —Isabel se mantiene serena y con una expresión dura en su rostro. Está sentada en una silla lujosa, tapizada con caras telas blancas. Aunque su aspecto podría ser enternecedor por su linda edad aparente, su semblante proyecta un aura que incluso así se podría decir que se puede tocar—. Vete —le ordena suave al muchacho que ha estado a punto de morir a manos de la albina.

Kalte al fin baja su rostro para poder mirar a Isabel directamente. Aún siente latente a su Oscurus hambriento, recorriendo sus venas congeladas con el tacto de sus sombras poderosas. Pero ya no la va a controlar. Su lucha interior por devolverlo a su guarida es más fuerte que su sed de sangre. El joven humano sale casi al trote de la habitación sin apenas hacer ruido al cerrar la puerta, una sala lujosa como la mejor *suite* presidencial de un hotel de cinco estrellas. No tiene ventanas, por lo que deben de seguir bajo tierra en el edificio al que los trajeron. La decoración es de estilo barroco, y la cama tiene un dosel del que cuelgan unas cortinas blancas a juego con toda la habitación. De hecho, la estancia está prácticamente decorada entera de blanco. Una pureza rota por las manchas que ha creado Kalte, como un

charco de sangre que calienta la belleza de la nieve pura. Los grises y rabiosos ojos de Kalte se clavan en la infantil vampiresa.

—¿Dónde está Darek? —Sus palabras son tan firmes como la posición que aún mantiene, de rodillas sobre la algodonada cama. No siente miedo por morir y, en sus ojos, se puede leer si prestas un poco de atención.

—Estás en un lugar que desconoces, con la dirigente suprema de una de las ciudades que jamás ha caído en manos de nuestros enemigos, acabas de ser torturada por mi mano derecha... —Isabel arquea una ceja con notable molestia. Se mantiene con las manos posadas en el reposabrazos de la silla—. Y no estás muerta. De hecho, te he traído comida... ¿y lo primero que te viene a la mente es esa pregunta? —La Reina niega con la cabeza, con una expresión que se podría asemejar a la decepción de una madre.

El silencio las acompaña largo rato tras las palabras de Isabel. Kalte se mantiene impassible ante lo que considera una verborrea innecesaria. Si la hubiese querido muerta, ya lo estaría, por lo que se siente fuerte para ejercer presión en algún tipo de negociación. Lo que no entiende es lo que ha pasado. Al descubrir la identidad de su Dome, todo ha dado un giro de ciento ochenta grados, o eso parece. Pero... ¿por qué? Aunque le aborden miles de preguntas, vuelve a formular la misma, algo más despacio.

—¿Dónde... está... Darek? —Marca las pausas tras cada palabra con un tono soberbio, por si no había entendido su pregunta la primera vez. Pero la primera respuesta que recibe es una carcajada de Isabel.

—Sí que debes de ser jovencita —musita con cierto tono de hastío y una pizca de desagrado—. No me digas que es amor, porque ya sí que me decepcionas del todo... Me pregunto qué es lo que habrá visto Rurik en ti como para tomar la decisión de convertirte. —Kalte pone una mueca de desprecio, frunciendo el ceño y tensando su cuerpo por el desagrado de las palabras de la Reina—. Aunque no eres del todo incompetente. He visto vuestro trabajito de tortura. —Los ojos oscuros de la niña se mantienen clavados en los de Kalte—. Y lo del parque...

Kalte se mantiene callada. Todo su cuerpo le tira ante el mínimo movimiento por la sangre seca que cubre prácticamente cada centímetro de su gélida piel. Un sonido interrumpe la cháchara de la infantil líder. Es el chocar suave de unos nudillos en la puerta, llamando tres veces antes de pronunciarse.

—¿Mi Ama? —Una voz femenina se cuela desde el otro lado de la puerta.

—Adelante —ordena la dirigente sin dejar de mirar a Kalte, y sin percatarse de si se adentran o no, continúa hablando con su forzada invitada—. He hecho que te traigan ropa. Date un baño, que estás hecha un asco. —Baja de la silla lo más dignamente que su cuerpo infantil le permite y se dirige hacia la salida.

—¡Espera! —Kalte intenta impedir la marcha de Isabel, que se gira ante la voz de la joven vampiresa—. No puedes retenernos aquí.

—Ay, querida niña... —Kalte siente una punzada con ese término, «niña», y no entiende cómo alguien encerrado en ese físico puede lograr que moleste tanto—. Puedo hacer lo que quiera con vosotros. Ahora cámbiate y hablaremos de lo que os depara el futuro cuando estés lista. —Isabel continúa su marcha hasta salir de la habitación.

La humana que aguardaba junto a la puerta, la cierra tras los pasos de la Reina y mira a la manchada vampiresa.

—Mi señora, va a costar quitarle esas manchas. ¿Desea que la ayude? —pregunta suave mientras deja con un movimiento delicado como una pluma la ropa sobre un mueble cerca de la cama.

—No. —Kalte se muestra tan seca como la sangre costrosa que la cubre. Al moverse nota cómo la capa arcillosa que la envuelve se resquebraja y cuartea más para dar libertad de movimiento a su cuerpo. Algunas escamas de su propia sangre sólida caen al suelo mientras se levanta de la cama—. ¿Dónde está el aseo? —Los ojos grises de la vampiresa se clavan en las puertas de la habitación. Son tres, de madera clara, casi dorada y aunque sabe cuál es la de la salida de la habitación, le quedan por descubrir otras dos.

—Esa es la del armario, mi señora, para el baño tiene que ir por esa. Es un baño privado tan solo para usted. —La muchacha es dulce y servicial en sus palabras.

Su melena corta y morena decora su dorada piel y su semblante es dulce y cálido. Una humana así, aquí no le encaja. Pero entre los mortales que descubren la existencia vampírica suele existir el deseo de formar parte de ella. Trabajan para ellos con la esperanza de que su Señor una noche les premie con la inmortalidad y el poder.

La vampiresa asiente y, tras coger la ropa que ha traído la humana, se

adentra en el baño para asearse. Tan solo piensa en salir de ahí, y ya sea porque Isabel los deja marchar como si escapan, no puede ir por la calle llena de sangre. Sería una forma de llamar la atención demasiado y pondría una diana en su espalda para humanos, o incluso para los vampiros que puedan salir a buscarlos. Aun en este momento deben actuar con la cabeza fría.

Tras casi treinta minutos y mucho frotar, Kalte sale de la ducha completamente limpia de nuevo. No ha encontrado ninguna opción para huir por la habitación ni por el aseo. Es como si este edificio estuviese preparado para conservar bien hermético su interior, ya sea tanto impidiendo entrar, como impidiendo salir.

Sale del baño tras vestirse de nuevo. Las ropas que le han dado para cambiarse son más góticas que las que traía empezada la noche. Su estilo de corsé con escote tímido pero insinuante, parte de abajo negra y botas altas a juego, ha sido sustituido por otras ropas también oscuras, pero con un estilo victoriano moderno. Ahora lleva unos pantalones de cuero semibrillante con cuerdas que se anudan a modo de corpiño, desde las rodillas hasta los tobillos, una camisa color azabache a juego, con flecos como los que llevaba Rodrigo, y encima una chaqueta negra con remaches en plateado antiguo que unen la hilera de decenas de botones a lo largo de la apertura de la tela. Decoraciones idénticas a la parte frontal de la chaqueta ornamentan las mangas y la parte de atrás de la cintura de la misma prenda. Tiene faldón por la parte de atrás hasta medio muslo y, al mirarse al espejo, Kalte se recuerda a una mezcla entre caballero de la corte antigua y pirata. No hubiese sido su elección natural de ropa, pero no se siente incómoda con ella.

La joven humana mira a la vampiresa de cabellos blancos y, sonriente, le tiende las botas casi resplandecientes. Durante su aseo, la muchacha de tez dorada se había encargado de prepararlas para su nuevo uso.

—¿A dónde debo ir para encontrarme con Isabel? —Aunque es una pregunta, el tono de Kalte podría sonar más bien como una orden. La humana pone una mueca al escucharla.

—Mi Ama, «doña» Isabel —remarca esa palabra, sin duda aclarándole los protocolos a la vampiresa—, la está esperando en la sala de reuniones. La acompaño, mi señora.

Kalte tiende la mano hacia la puerta. Un gesto que interpreta la muchacha de cabellos negros como una clara orden de que comience a

caminar. Con cada paso, la blanca, larga y aún húmeda melena de Kalte brilla bajo las tenues luces que iluminan los largos pasillos. Le resulta casi un laberinto salir de la habitación y, por mucho que andan, no ve puertas a los lados conforme avanzan. Una larga alfombra roja guía sus pasos, y estatuas de piedra de personas que no reconoce vigilan cada movimiento de las dos mujeres. Cuadros con escenas vampíricas entretienen a las transeúntes como un teatro mudo que tan solo añoraba un testigo de sus obras. Al salir por la única puerta que se encuentra al final del eterno pasillo, vuelve a aparecer en la entrada que ya reconoce. Kalte mira hacia las escaleras con poca intención de volver a subir y adentrarse en la sala donde ha sido torturada, aunque parece que la humana la guía de nuevo por ellas. Pero no se adentran en la entrada frontal. Continúan andando, rodeando la valla de madera que deja ver el piso de abajo e ignorando todas las puertas a medida que caminan, hasta que llegan a una que está justo en el otro extremo. La entrada está custodiada por los gemelos rubios que la trajeron aquí.

—Te estábamos esperando —indican al unísono mientras cada uno, sin darse la vuelta hacia la entrada, empuja con su mano la puerta que tiene detrás. Al ser un portón doble, se abren de par en par, dejando a la vista una sala de reuniones.

La habitación sigue con la decoración de la mansión. Paredes desnudas bajo un techo alumbrado por luces titilantes con matices dorados. Sutiles bombillas crean una luz oscilante y simulan una danza al son de la oscuridad. El suelo está cubierto por una moqueta negra y roja, con trazos abstractos y fluidos. En el centro de la instancia, una mesa ovalada de caoba, barnizada y brillante bajo la cálida luz. Está rodeada por un par de decenas de sillas de respaldos altos y tapizados que combinan con el resto de la decoración. Y en la zona presidencial se encuentra Isabel, sentada en una silla un poco más ostentosa que las demás. Un núcleo semiesférico de cristal negro como el carbón y brillante como un diamante asoma del centro de la mesa. La niña le indica a Kalte con un gesto delicado que tome asiento frente a ella, lo que la dejaría en el extremo más alejado de la mesa.

Sin pronunciar palabra, la muchacha de cabellos níveos se acomoda, posando sus manos sobre la pulida madera de la mesa mientras los gemelos cierran las vastas puertas a su espalda. Quedando solas, en una completa intimidad.

—¿Dónde está Rurik? —La primera pregunta la lanza Isabel, que se mantiene con los dedos de ambas manos entrelazados sobre la mesa.

—Puedes torturarme para saberlo. —Kalte la mira con una indiferencia que podría llegar a herir—. Parece que es vuestro mejor recurso. —El dolor residual que aún siente en su cabeza hace que la vampiresa tenga menos ganas de hablar de lo habitual.

—Parece que voy a tener que ponerte en antecedentes.

—Isabel ignora el comentario agresivo de Kalte y hace una pausa para comprobar que tiene la atención de la muchacha de pelo blanco—. Como te he dicho antes, soy la Reina de esa ciudad, pero como veo que no sabes qué significa, te lo aclaro. —La niña desenlaza sus deditos e invierte sus manos para mostrar las palmas suaves y desnudas. De forma casi imperceptible, se puede ver cómo sus dedos ondean con suavidad. Puede estar acariciando el aire, o tener mal pulso. Kalte entrecierra los ojos sorprendida sin creer lo que ve. Intenta enfocar con la mirada, incrédula de que sea cierto.

Unos zarcillos de humo negro comienzan a brotar de las palmas de las manos de Isabel, danzando al son de los movimientos de los dedos de la Reina. Empiezan siendo dos, pero poco a poco van saliendo más, como setas que crecen salvajes en el bosque. Conforme pasan los segundos, más y más aparecen. Empiezan a moverse como si tuvieran vida propia, acortando terreno hacia Kalte.

La albina no pronuncia una sola palabra. Se mantiene atónita ante un poder que jamás había visto. Las sombras de humo puramente negro siguen avanzando hasta llegar al centro de la mesa. Algo en ese poder es puramente siniestro. Es como haber cogido la maldad en estado puro y convertirla en un trozo de alma corrompida. Isabel acaricia con las yemas de los dedos las palmas de sus manos al desvincular las sombras de sus palmas, que, a pesar de no tener contacto con ella, siguen danzando sobre la mesa. La pequeña Reina apoya la espalda en la silla y, ya con tan solo una mano, como el que gesticula cuando habla o como el director de la orquesta indica con la batuta, continúa ondeando los dedos. Sus movimientos serpentinos hacen que las sombras enseguida se pongan en acción y comienzan a adquirir formas en el centro de la mesa.

Parece un proyector del mal. Un mapa empieza a dibujarse frente a ellas, con la forma de Canadá. La imagen comienza a acercarse y las sombras

oscuras desaparecen por completo en puntos concretos, dejando pequeños huecos blancos que marcan un punto en el mapa.

—Estamos aquí. Montreal, mi ciudad. —La niña habla mirando el mapa, concentrada—. Y aquí —en el mapa se empiezan a marcar con espacios en blanco en las otras ciudades cercanas del país, como Ottawa, Quebec, Kingston o Toronto—hay otros Reyes o Reinas.

Las sombras que se crean entre las volutas de humo oscuro toman matices según la densidad o falta de ella que concentre la Reina con su poder en el mapa que está creando. En cada ciudad, con ese efecto de pintar sobre polvo, aparecen las caras de los regentes de las ciudades que Isabel va marcando. Pero para Kalte todos le parecen simples rostros. Ninguno le resulta familiar. La albina se mantiene en silencio tras una pausa de la menuda líder, que no tarda en proseguir.

—Algunos de ellos son Cormanii, otros independientes...

Ante las palabras de Isabel, Kalte pone una mueca algo confusa.

—¿Cormanii? —pregunta sin saber si lo ha entendido bien o mal y sin dejar de observar los dibujos de oscuridad.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Isabel hace una pausa mirando con incredulidad a Kalte—. Me lo estás preguntando en serio... —El rostro de la niña parece desesperado. Dentro de esa juvenil e infantil tez porcelanosa se esconde una maestra anciana con poca paciencia mirando con remilgo a sus pupilos tras las gafas de media luna, sujetas con la cadena que abraza su cuello—. Las ciudades vampíricas, desde tiempos inmemoriales, han sido regentadas por sus reyes, que han instaurado sus normas a voluntad propia. Yo soy la Reina de Montreal, y aunque todos nos guiamos por unos códigos de conducta, yo tengo mis propias leyes. Y eso pasa con el resto de las ciudades —explica la líder con tono de hastío—. Siempre ha habido luchas por conquistar ciudades vecinas, disputas entre reinados, y el poder... El buscar un único líder que controle al resto es lo que creó a los Cormanii. No se sabe quién es el líder. Gobierna a las sombras y, bajo su mando, las ciudades que buscan unión o protección de algún tipo se suman a su reinado. Una pena. —La niña niega con el rostro con una cara clara de desagrado—. ¿Rurik ahora tan solo convierte a rubitas tontas?

Kalte frunce el ceño con poca paciencia y el Oscurus que mora en ella parece querer tomar el control. Le dan ganas de levantarse, lanzarle la silla,

la mesa y todo el escaso mobiliario que pueda tener al alcance de su mano. Pero no puede dejar salir al Mal absoluto que habita en ella. No cuando obviamente no tiene nada que hacer contra el increíble poder de la Reina.

—No sé sus preferencias. Pero, por cómo hablas de él, parece que tú sí —replica Kalte—. No sé de qué me estás hablando porque son cosas que no había oído jamás. Así que ¿por qué no te dejas de cuentecitos y mapas del Risk y me dices a dónde quieres llegar? —La albina vampiresa se cruza de brazos y se apoya en el respaldo de su silla esperando a que la Reina de la ciudad vaya al grano.

—Kalte... —Isabel chasca la lengua con una expresión soberbia en su rostro mientras aprieta el puño.

Los ojos negros de la líder se clavan en los grises de Kalte. Y un silencio las acompaña bajo un velo de tensión mientras otras sombras empiezan a crecer por las paredes, antes de tonos rojos y ahora negras a causa del poder de la niña. Parece que cada segundo ausente de sonido es una decisión importante que toma la niña sobre la vida de su invitada. Las columnas negras crecen hasta llegar al techo, se siguen deslizando como serpientes hambrientas que han encontrado su manjar en la lámpara que cuelga en el centro de la sala.

—Ojo con cómo me hablas. Estoy siendo paciente contigo. No te aconsejo que tires tanto de la cuerda. —Aunque las palabras de Isabel inquietan a Kalte, se mantiene inmóvil e inexpresiva en su silla. A medida que la Reina se relaja, las siniestras figuras que aparecían por las paredes comienzan a descender hasta volver a desaparecer bajo Isabel.

—¿Y por qué lo estás siendo? Hace poco menos de una hora he estado a punto de morir a manos de tu «segundo al mando» —pregunta Kalte, aún orgullosa, pero con el tono mucho más suave. La líder de esta ciudad le da miedo. Jamás había visto esta clase de manifestación poderosa, y no sabe hasta dónde puede llegar. Rurik jamás le enseñó nada de esto. Pero, aunque se siente cada vez más inquieta, no dejará que Isabel note su temor.

—Veo que voy a tener que retroceder mucho más en el tiempo para que puedas llegar a entenderlo. —Isabel vuelve a mover su mano derecha para que las sombras de la mesa vuelvan a bailar a su son. Y esta vez, dibuja objetos sólidos. Figuras de hombres colocados en círculos.

Kalte se mantiene en silencio, observando con atención el movimiento de

las figuras que va creando la poderosa niña. Unas sombras que dibujan todo lo que narra a continuación.

—Mi existencia se remonta a tiempos que apenas recuerdo. Cuando vives tanto tiempo, los números exactos pasan a un segundo plano, y aunque sé que ronda el inicio del siglo xiii, el año exacto no importa. No recuerdo mi nacimiento humano, pero aún recuerdo como si fuese ayer el momento de mi conversión. —Kalte la escucha con atención. Los términos que usa la narradora le hacen sentir que todavía no sabe todo lo que debería—. O sea, mi conversión a vampiro —aclara la niña—. Mi Dome era un vampiro muy antiguo. Poderoso, fuerte, letal. Pero eso no fue suficiente para sobrevivir a una lucha contra Rurik.

Kalte frunce el ceño viendo cómo las figuras de humo negro se contornean, formando la silueta de dos cuerpos masculinos. Están luchando con una fiereza fuera de las posibilidades humanas. Uno de ellos agarra por el cuello al otro. Como un acto reflejo, Kalte recuerda sus pesadillas y, con suavidad, lleva su propia mano hacia su fino cuello. El solo hecho de pensar en el dolor que siente en sus sueños hace que tense todo su rostro mientras ve el desenlace de la batalla. El vampiro que tiene la mano en el cuello de su adversario comienza a crear unas masas grumosas que mutan el cuerpo del perdedor de la batalla. Lo lanza al suelo y, sin moverse del sitio, la sombra que representa a Rurik comienza a mover las manos en el aire. Zarcillos de sombras como los de Isabel salen de él para agarrar el cuerpo de su rival. Son grandes como los tentáculos de un Kraken. Cada extremidad del Dome de Isabel es atrapada por los aprisionantes brazos oscuros que salen de Rurik y, sin mover un solo músculo de su cuerpo, los brazos tiran en direcciones opuestas hasta acabar desmembrando un cuerpo que, acto seguido, se convierte en una nube de polvo.

—¿Entonces ahora quieres vengarte de mi Dome? —pregunta Kalte mirando a la niña, que le hace un gesto con el rostro para que vuelva a mirar las sombras de la mesa.

La silueta de una niña solitaria aparece en las sombras. Y el hombre vencedor se acerca a ella para cogerla de la mano y marcharse juntos. En ese momento, Kalte está mucho más confundida que antes.

—Entonces... ¿te fuiste con Rurik? —pregunta Kalte mirando las sombras que comienzan a desvanecerse como una pesadilla.

—Mi Dome era muy fuerte, pero no tenía nada que hacer contra Rurik. Sinceramente, así es como debió morir, y sí, así es como lo hizo. Y claro, aprender de un vampiro con semejante poder... —La Reina asiente con un gesto orgulloso—. Así que me ofrecí a Rurik para ser la mejor aprendiz que hubiese tenido jamás. Tienes la suerte de que tu Dome sea uno de los vampiros más poderosos que haya sobre la faz de la tierra. —Ante esas palabras, Kalte intenta disimular la sorpresa de esa afirmación. Reposo sus brazos sobre la silla, intentando mostrarse lo más inexpresiva que pueda. Si Isabel se entera de que ella ha huido de su Dome, la entregará de nuevo a Rurik, y el final que les espere a ella y a Darek será certero.

—Y si pasaste a ser su pupila, ¿cómo es que no sabes dónde está? Perdóname que desconfíe, pero jamás me ha hablado de ti. —El tono de Kalte es tranquilo y seguro.

—Tampoco te ha contado nada básico sobre nuestra existencia. Y, ciertamente, eso me intriga. Conociéndolo como lo hago, puedo hacerme una idea de sus motivos, pero... no eres su tipo. —La mirada de Isabel examina con curiosidad a Kalte—. No sé dónde está porque hace unos trescientos años que desapareció. —Isabel pone una mueca de pena—. Ya había rumores de que se le daba por muerto, aunque he de decir que jamás lo creí. Y no lo hubiesen creído los que le llegaron a conocer. Es un vampiro al que jamás querrías como enemigo, y acabar muerto en el anonimato... era imposible. Pero hete aquí. Unos... ¿quince años de vampiresa? Son buenas noticias para mí. —La Reina le dedica una sonrisa suave a Kalte.

—Veinte —corrige a la líder—. Así que ahora llegamos al punto en que me dices qué quieres de mí. ¿Reencontrarte con mi Dome?

—Ay niña... —La Reina ríe a carcajadas de forma estridente con su voz infantil, lo que provoca que Kalte frunza el ceño, confusa y molesta—. Si eres la Pequeña de Rurik, eres una invitada de honor en mi ciudad, así que lo único que quiero de ti es que no mueras por hacer locuras. Tú y tu propio Pequeño estáis bajo mi protección y tutela. Bienvenida a Montreal. Bienvenida a mi refugio.

Capítulo 11

Recuerdos del pasado

Ver a Isabel en acción es impresionante. Tan solo llevan unas noches con ellos y tanto Kalte como Darek están impresionados con la forma que tienen de hacerlo todo. Son un clan muy poderoso. Gobiernan la ciudad desde hace siglos gracias a la gestión de Isabel y la lealtad de sus súbditos, y desde que está en el poder, ninguna facción enemiga ha sido capaz de arrebatárles la ciudad. Están muy bien organizados, y cada uno de ellos parece tener una misión concreta que requiere un tipo

de habilidades muy desarrollado. Habilidades que hasta que les ha conocido, Kalte no sabía ni que existían. Y no solo están los vampiros.

Normalmente, por lo que Kalte conocía, los vampiros suelen tener al menos un Zumo, pero algunos llegan a tener un grupo de ellos. Son sirvientes humanos que obedecen cualquier orden de sus líderes sedientos de sangre. Pero aquí, ese concepto tiene otro nivel. Isabel ha estado explicándole a Kalte cómo funcionan estas noches. Tienen contactos en el Gobierno, la policía, los hospitales... Todos los puntos importantes de la ciudad tienen un siervo mortal infiltrado que les hace llegar toda la información sobre los acontecimientos diurnos de la ciudad.

Y, por la noche, tienen a sus vampiros espías: los Dharbor. Reciben ese nombre el grupo de vampiros con habilidades especializadas en el asesinato sigiloso y en no ser vistos. Son los ojos y las armas sibilinas de Isabel. Y para ayudarles con la protección de la ciudad, tienen a sus guerreros: los

Thenbor, vampiros tan fuertes y poderosos que harían parecer a un ejército espartano niños del jardín de infancia. Sus habilidades vampíricas están especializadas en la batalla cuerpo a cuerpo y en las armas, pero de una forma más que sobrehumana.

Y esta es parte de la información que ha ido adquiriendo durante la tutela de Isabel, ya que con Rurik no aprendió nada de esto. Y no porque ella no quisiera, sino porque cada noche tiene más claro que su Dome la ha querido mantener en la inopia. Es la única explicación que tiene sentido para Kalte ahora mismo. Por eso, todo lo que le ha explicado la Reina de Montreal es tan importante para ella. Desde que llegaron aquí, cada noche Darek y Kalte se han juntado al acercarse el amanecer para, en esa hora previa, poner en común lo que han podido averiguar.

—Entonces, Isabel, al ser la líder de la ciudad, ¿es una Pretor? — pregunta Darek ante las explicaciones que le está dando Kalte sobre la ciudad.

—Así es. Por lo visto, en el mundo vampírico hay cinco especializaciones. Como te decía, están los Pretores, en este caso, Isabel. Son los líderes o regentes. Luego están los Dharbor y Thenbor, que son los guerreros o luchadores, cada uno a su estilo, y los Tenebris, que son magos o visionarios. Trabajan, por lo visto, codo con codo con los Pretores, ya que poseen unas grandes habilidades místicas y actúan a su vez como un oráculo de sabiduría. Y, por último, están los expertos en torturas, a los que llaman los Sinister. —Kalte toma aire tras explicar los rangos al vampiro—. Por lo que me ha explicado Isabel, todas las especializaciones están presentes en cada una de las ciudades. La diferencia entre cada una de ellas es lo poderosos que sean sus vampiros. Y, por lo visto, Isabel tiene en su Clan a un grupo muy entrenado de cada clase.

Kalte está sentada en el centro de la cama de matrimonio de Darek con las piernas cruzadas en forma de mariposa y las manos sobre sus tobillos. Sus cabellos plateados cuelgan como una cortina que decora sus negras ropas y sus labios carmín. Darek, por el contrario, se mantiene de pie, apoyado con la espalda en la pared y los brazos cruzados. Lleva la melena suelta, una camisa remangada hasta el antebrazo y unos pantalones oscuros.

—Entiendo. Entonces tenemos a los Pretores, que son los líderes, a los Tenebris, que son el oráculo místico, a los Sinister, que son los

interrogadores y torturadores, y, por último, a los Dharbor y los Thenbor — enumera Darek con un semblante serio y concentrado.

—Así es —afirma Kalte mientras observa con fijeza los ojos verdes de Darek.

—Entonces, las habilidades de una clase de vampiro o de otra... ¿se adquieren en la conversión? —Darek se dirige hacia una silla que tiene cerca, junto a una mesita de despacho, y la coge por el respaldo de madera con una mano. La levanta como si el asiento fuese ligero como una pluma y la coloca cerca de la cama, frente a Kalte. El respaldo está situado de tal manera que, cuando el vampiro se sienta, lo hace abriendo las piernas como si fuese una montura y posa sus brazos cruzados sobre él.

—No. Por lo visto, todos los vampiros pueden desarrollar cualquier habilidad. Es como el ser humano, todos pueden ser arquitectos, futbolistas o artistas, pero a la vez no todos pueden serlo. Hay que tener aptitudes y un maestro que te inicie en el desarrollo de tu poder —contesta Kalte, siguiendo con la mirada a su Pequeño. Sonríe al verlo sentado tan cerca.

Estos últimos días ambos han estado aprendiendo cosas por su cuenta y, aunque es algo que nunca admitirá, le gustan los momentos en los que se juntan para contarse lo que han averiguado sobre el clan de Isabel. Aquí se siente segura y le gusta aprender habilidades que con Rurik jamás, en estos veinte años, ha visto siquiera.

—¿Y tu Dome no te enseñó nada de esto? ¿Ni siquiera qué clase de vampiro es él? —Darek presta total atención a la expresión de Kalte, que se amarga ante la pregunta del vampiro.

—No, y no tengo ni idea de la clase de vampiro que es. Lo único que he aprendido ha sido observando lo poco que me ha dejado ver. Por lo que me contó Isabel, puede ser cualquier clase. Pero, por lo visto, lo consideran un vampiro muy poderoso. Sinceramente, creo que me mantenía en la ignorancia para que no hiciese esto... —responde Kalte—. Escapar —aclara con un gesto suave. Se lleva un mechón de pelo que acariciaba su mejilla detrás de la oreja, sin apartar la mirada del vampiro—. No quiero centrarme en lo que podría haber sido con él, que es nada. Llevo veinte años y apenas he aprendido un cuarto de lo que hemos visto aquí en unas noches. —Como la punta de un iceberg, sus palabras denotan una molestia que no hace más que mostrar toda la ira contenida que tiene contra Rurik—. ¿Has visto lo que

es capaz de hacer Isabel? Yo quiero eso. Quiero ser poderosa. Y quiero que nadie pueda jamás controlarme. Y, sobre todo, quiero poder manejar a mi Oscurus que me devora por dentro intentando dominarme en cada momento de mi noche. Que mi Dome... —La rabia empieza a aflorar en Kalte y hace que se calle. Solo de pensar en él, hace que todo su cuerpo reacciones y desee que él muera.

—¿Que tu Dome... qué? —Darek no se mueve y se mantiene tranquilo.

—Que mi Dome... —Kalte siente la tensión en su espalda, en sus hombros, en los músculos de su rostro, y aunque había apartado la mirada un segundo de Darek, rápidamente vuelve a sus ojos verdes—. ¿Te están enseñando a interrogar? ¿O eso lo traes de la comisaría de tu existencia humana? Vaya forma de empezar la noche. —Con hastío, se levanta de la cama y se dirige hacia la puerta.

—Vale... vale... —Darek le dedica una sonrisa pícaro a la vampiresa y, tras levantarse, deja su silla donde estaba y se dirige hacia ella—. ¿Hoy qué te van a enseñar? —pregunta una vez que ambos están junto a la puerta de la habitación. Una habitación clon a la que tiene Kalte.

—Pues creo que a cómo silenciar a mis Pequeños para que no me den la tabarra. Luego te lo enseño. —Kalte le dedica una mirada rabiosa pero juguetona mientras sale de la habitación.

Darek y ella se van a sus respectivos puntos de partida de cada noche. Sus mentores les están aguardando. En el caso de Kalte, es la mismísima Isabel. Cada noche se van a la ciudad, y cada noche Isabel empieza con la caza. En el caso de la Reina, tiene un método particular de hacerlo. Siempre va junto a una humana que aparenta ser su madre y se mete en el papel de pequeña niña acompañando sus ropas con una piruleta de sangre. A simple vista, podría parecer de cereza, pero es una fórmula que han creado en su clan para que la sangre tenga la textura del caramelo. La misión de la humana es que una niña tan pequeña, a ojos humanos, por supuesto, no llame demasiado la atención mientras caminan bajo la oscuridad de la noche. Una chiquilla de unos ocho años, sola, a las doce de la noche, sin duda captaría miradas de más personas de las que desea. De esta forma, tan solo capta los ojos de sus víctimas cuando ella así lo quiere. Y la ha escogido humana, porque así le resulta más divertido. Un vampiro siempre tiene problemas con el olor de la sangre, pero una humana no. Y sus métodos no son teatros, no

son escenificaciones. Todo eso, para ella, quedó en el pasado. Ahora, con una sola mirada consigue que un mortal vaya hacia ella, que le ofrezca el cuello y que se olvide de todo lo que ha pasado. Y eso está aprendiendo Kalte con ella.

—Listo. Sexta noche. ¿Me vas a decir ya qué es lo que queréis de nosotros y cuántas noches más nos vais a tener aquí? —pregunta la vampiresa de cabellos blancos a la Reina una vez que se encuentran tras la caza.

—Vas directa al grano, como todas y cada una de estas noches. —La niña sonríe y le da el palo del caramelo a la humana mientras le indica que se marche.

Se encuentran en un callejón de la ciudad. Se podrían quedar en la mansión, pero a Isabel le gusta ver cómo Kalte practica las habilidades que le está enseñando. Por la hora que es, la calle que mantiene oculto el callejón está más concurrida. Es una noche menos fría de lo habitual, y parece que eso ha animado a los humanos a salir y disfrutar de la noche.

—No me gusta andarme con rodeos y, como cada noche, no me lo vas a decir, ¿verdad? —Kalte se mantiene de pie, viendo como la humana se marcha, sumergiéndose entre el gentío, aunque, como cada noche, se mantendrá cerca para luego volver con la Reina.

—Pues si esta noche veo que lo consigues, quizá te lo diga. —La niña mira a la vampiresa de cabellos de nieve y asiente, dándole el pistoletazo de salida.

Kalte destensa su cuerpo moviendo sus músculos, como un atleta que se prepara para lanzarse a la carrera en una competición. La habilidad que le está enseñando Isabel es bastante sencilla aparentemente, pero consume mucha energía mental y física mientras se aprende. Un gimnasta olímpico se mueve en las anillas como si fuera fácil, pero una vez que lo intentas, te das cuenta de lo difícil que es. En este caso, para Kalte es igual. Por mucho que Isabel lo haga sin esfuerzo alguno, para Kalte es un mundo entero.

La muchacha albina cierra los ojos y comienza a concentrarse. A medida que pasan los segundos, puede oír con más claridad lo que pasa por la calle. Escucha con nitidez los pasos de los transeúntes que cruzan el umbral del callejón, a unos veinte metros de ellas. Oye sus corazones, cómo la sangre fluye por sus cuerpos y puede localizar dónde están situados. Si se están

moviendo. Si están solos o acompañados. Si están embarazadas. Es capaz de hacer un escáner localizado a unos metros a su alrededor. E incluso es capaz de olerlos. Cada humano tiene un olor característico. Es su huella dactilar para un vampiro. Pueden intentar perfumarse con diferentes aromas artificiales, pero un cazador entrenado es capaz de identificar su esencia primaria.

—Está sentada en un banco. A treinta metros de nosotras. Junto a un hombre que está con su perro. —Kalte abre los ojos y, seria, mira a Isabel. La niña sonríe. Mira hacia la calle.

—¿Crees que esta vez la has encontrado? —Kalte se mantiene mirando a la calle y sonríe maliciosa.

—Sí —sentencia con seguridad, esperando a que la humana llegue.

Y sí, Kalte sabe que la humana está de camino. No porque siga concentrada en su presencia y en tratar de localizarla, sino porque Isabel tiene una habilidad increíble con sus Zumos que le permite comunicarse con ellos de forma telepática y a una gran distancia. Eso es algo que Kalte nunca ha podido hacer con Ethan; de hecho, ni siquiera sabía que se pudiera. Isabel se rio de Kalte cuando, la primera noche que vio esa habilidad, le pidió que se la enseñara. Ya que, para la desgracia de la vampiresa de cabellos blancos, solo décadas de entrenamiento pueden acercarte a ese poder. Pasando por fases intermedias de poder, pero inalcanzable para ella ahora.

Como sospechaba, pocos instantes después, llega la humana paseando y se coloca junto a la pequeña Reina.

—¿Me ha encontrado, mi Ama? —La mujer mira a ambas vampiresas con curiosidad e Isabel sonríe mientras asiente.

—Así es —afirma la Reina con un rizo en su comisura, insinuando una sonrisa. Los ojos de la vampiresa con aspecto de niña se clavan con cierto orgullo en Kalte—. Nosotras nos vamos a ir, tengo asuntos que atender en la mansión. —La expresión de la Pretor es seria con matices de picardía—. Y ya tengo una respuesta para tu pregunta —concluye y, tras esa frase, hace una pausa para conferir teatralidad a su discurso—. La respuesta a tu pregunta es que quiero que forméis parte de mi clan oficialmente. Os enseñaríamos a ser poderosos y, si aceptáis, estaríais protegidos por mí y los míos. —Isabel comienza a caminar hacia la salida del callejón mientras Kalte se mantiene en silencio. No se imaginaba que los quisieran de forma

permanente. No había pensado en la opción de pasar a formar parte de un clan que les enseñaría de verdad a dominar sus habilidades. Serían poderosos —. No me respondas ahora. Piénsatelo y ya me dirás a la vuelta lo que decides.

Kalte asiente aún muda. Ha empezado a pensar en ello desde el mismo momento en que se lo ha mencionado. Isabel coge la mano de la humana y ambas, como madre e hija, se marchan, dando por terminado el entrenamiento de esta noche. La albina sale por el mismo camino que las predecesoras y comienza a caminar por la calle. Va sin rumbo fijo. Tan solo pasea y piensa. Aunque esta noche no ha cazado, la cabeza le da tantas vueltas que prácticamente se le olvida. Un pitido suena en su bolsillo. El móvil le ha vibrado y mete la mano en su chaqueta para ver quién es. Aunque se lo imagina.

Ethan: Mi ama. Todo tranquilo por aquí. Estoy deseando verte

Al ver la hora, Kalte se sorprende. Lleva dos horas caminando sin rumbo fijo desde que habló con Isabel. Es Ethan, dándole el parte como cada noche.

Kalte: Lo has visto?

Ethan: Sí, sale y entra como siempre
Puede ser que te haya dejado marchar?
Puedo ir contigo?

Kalte: No, aún es pronto

Ethan: Sigues en Montreal?

Kalte: Sí

Ethan: Podría acercarme una noche...

En ese mismo momento, Kalte detiene su paso al chocar con algo. O, más

bien, alguien.

—¡Eh! —exclama la vampiresa al ver cómo su móvil se desliza de sus dedos, a punto de caerse, mientras una mano masculina que sale del armatoste con el que se ha chocado cogiéndolo al aire. La sorpresa del impacto domina su pensamiento más que la rabia—. Deberías tener más cuida... —Kalte enmudece al alzar la vista hacia el muro delante de ella.

Es el hombre que vio hace noches. O el que ella creyó ver. El corazón está a punto de salirse por la boca al verle. Está helada y sin apartar la mirada de él. No puede ser... Es alto, muy alto. Tal vez unos centímetros más bajo que Darek, o casi igual. Ahora mismo, Kalte no sabría decirlo con seguridad. Su pelo es rubio oscuro tal y como lo vio recientemente, y lleva el pelo con una melenita corta que contornea su rostro fino. Su flequillo acentúa el claro de sus ojos azules, casi grises. Y sus labios carnosos le sonríen, mostrando los perlados dientes a la vampiresa. Es hermoso. Tal y como lo recordaba hace veinte años. Viste una chaqueta oscura con los picos del cuello subidos para cubrir su cuello del frío.

—Perdóneme, señorita... —dice el hombre con suavidad—. No quisiera ser yo el que rompiera el móvil de una joven tan hermosa. —El hombre le tiende con suavidad el teléfono con la pantalla todavía iluminada. Kalte no puede salir de su asombro. ¿Con este pelo no la ha reconocido? Simplemente ha cambiado de color. Pero ella no ha cambiado ni un ápice desde la última vez que lo vio. Y ahora que lo piensa... ¿Por qué él tampoco ha cambiado?

—¿Christian? —pregunta Kalte a duras penas sin coger el móvil. Puede olerlo desde aquí. Un perfume que le trae recuerdos de su vida humana. Y aunque no es un olor exacto al que recuerda, podría ser perfectamente porque le ha estado intentando olvidar durante estos últimos veinte años.

—No. Adam. Aunque si ese tal Christian te tenía así de perdida por él, puedo ser Christian para ti, si quieres... —Las palabras zalameras del hombre le dan un soplo de realidad a Kalte. No es él. No por su nombre, no por su físico, sino por cómo se comporta.

—No, gracias. —Kalte siente un asqueo automático por él. No le gustan los lisonjeros. Con un gesto rápido, lanza su mano para coger el móvil. Pero el hombre, más rápido aún, se lo impide. Empieza a teclear en él, aprovechando que estaba desbloqueado.

—Te voy a dejar mi número. ¿Puedo decirle a este tal Ethan que tantas

ganas tiene de verte que te he visto yo antes?

—Sonríe con la luz de la pantalla enfocando a su cara suave y hermosa.

Kalte se asquea y quiere dejarse de tonterías, así que, con más velocidad, esta vez sin importarle si se da cuenta de que es vampiresa, se lanza a por el móvil, acto que el hombre recibe con la misma velocidad y la mira con aún más deseo.

—Guapa y rápida. —A Adam le vibra una sola vez el teléfono en el bolsillo y, sin borrar la sonrisa de su rostro, le enseña la pantalla a Kalte, donde puede leer «Adam» adornado con un par de corazones a cada lado de un símbolo de infinito.

—¿Pero, qué...? —Kalte pone una mueca de desagrado y lanza de nuevo su mano para coger su móvil. Esta vez le resulta fácil porque Adam no mueve la suya, cediéndole el teléfono—. ¿A qué viene esto? ¿Vas por ahí acosando a todas las chicas a las que te encuentras? Porque si es tu forma de cazar, vale, pero ya has visto que no soy una presa. —Kalte se dispone a borrarlo de sus contactos mientras habla.

—No suelo darle mi número a todas, pero tú me gustas. Y tienes mala leche. Así que me gustas más. —Saca de su bolsillo el teléfono que le había vibrado antes y le muestra la pantalla a Kalte. Se puede ver que tiene una llamada perdida, y es de un número que no tiene guardado en la agenda, pero al verlo, Kalte lo reconoce, es el suyo—. Si lo borras, me darás el gusto de que pueda sorprenderte con mensajes picantes y no sepas quién es tu admirador... —Kalte pone una mueca de desagrado. Adam suena adulator en todo momento. Su sonrisa es hermosa, tanto como él, y si te lo cruzas por la calle, es como una planta carnívora del mundo humano. Su belleza hace que quieras ir hacia él para acabar en sus garras, y más tratándose de un vampiro.

—Cambiaré de número —dice mientras comienza a caminar para separarse de él. Ahora se da cuenta de dónde está. Sin percatarse, ha vuelto al parque donde cazó la primera noche con Darek.

—Te encontraré —sentencia Adam mientras comienza a caminar junto a ella—. Siempre me salgo con la mía.

Kalte acelera el paso. Sabe hacia dónde tiene que ir.

—¿Me ves y ya me deseas? Ve a buscarte a otra que te corresponda. Además, venga ya, eres un vampiro. ¿Me deseas? Por favor, qué estupidez.

Estás perdiendo el tiempo. Deberías centrarte en humanas y así aprovecharías para alimentarte.

—Los cabellos de Kalte brillan como hilos de plata bajo la luz de esta noche.

—La sangre de vampiro es especial. Estoy seguro de que la tuya es dulce como el néctar de una flor. Y quién sabe, puede que la mía también te guste...

Kalte se detiene en seco y se gira hacia él. Siente una especie de atracción por el vampiro que le impide pensar. Pero está segura de que se debe a lo que sentía como humana por su único amor, quien se parecía a este individuo como dos gotas de agua. El simple hecho de beber sangre de otro vampiro hace que Kalte se enfade en serio. Esta sangre tiene una peculiaridad que no ofrece la humana. Te vincula. Si bebes sangre de algún vampiro más antiguo que tú, hace que te convierta en su marioneta, y normalmente todos los Domes lo hacen con sus Pequeños, pero ella consiguió librarse de tener que beber de Rurik y no piensa beber sangre nunca más de otro vampiro antiguo. No es tan tonta como para caer en esa trampa.

—¿Crees que soy estúpida? ¿Vincularme para que juguemos a qué? ¿A Romeo y Julieta? ¿A los papás y a las mamás?

—Toda la ira que siente Kalte en su interior se ve claramente en cada una de las palabras que salen de ella.

—Eres jovencita y sí... —Adam se mantiene sonriente. Una sonrisa malditamente hermosa—. Eres mi tipo, hermosa y peleona. Y, aunque vincularte sería lo más fácil... —La voz de Adam es hechizante como el canto de una sirena. Y, sin que Kalte se percate por lo atontada que la tiene, se inclina para acercar sus labios al oído de la vampiresa... acabarás llamándome «mi señor» por voluntad propia —susurra de forma casi erótica. Kalte siente de nuevo que, si Adam se lo ordenase, su corazón empezaría a latir milagrosamente, pero rápidamente canaliza ese sentimiento hacia la rabia.

—¿«Mi señor»? ¿En serio? —Kalte empuja a Adam para apartarlo de ella. Aunque la vampiresa está llena de ira, él no borra la sonrisa picarona de su rostro—. Ni a mi Dome lo llamo así —dice con hastío por tener que recordar a Rurik ahora—. Olvídate de mí y no me sigas.

—Me encantas —dice Adam con una risa tan hermosa como él mientras Kalte le da la espalda para marcharse. Pero en ese mismo momento, Adam la coge por la muñeca—. No me has dicho tu nombre —añade suave sin soltarla, a pesar de lo fría que está la piel de la vampiresa. Sin hacer fuerza, Kalte se gira hacia él y lo mira con rabia en los ojos.

—Ni lo haré. —Mueve su brazo para indicarle que quiere que la suelte. Ya se ha dado cuenta de que es más antiguo y, con toda seguridad, más poderoso que ella, por lo que forcejear para que lo haga no tiene mucho sentido.

Adam acaricia con su pulgar la piel de la muñeca de Kalte de forma sutil mientras se miran a los ojos. Tiene unos ojos claros hermosos y una mirada que, cuando está serio, le recuerda horriblemente a Christian. Lo que hace que le duela el pecho a Kalte. La vampiresa siente un dolor real y frunce el ceño sin darse cuenta. Un gesto que debe percibir el vampiro, ya que, con suavidad, libera la delgada y fría muñeca de Kalte.

—Me ha encantado conocerte, mi flor de nieve. —Le dedica otra sonrisa a la vampiresa, pero esta vez es sincera, tierna, cercana y hasta cálida.

Kalte siente que tiene que huir de ahí. No debe volver a verle, así que, sin decir nada, le da la espalda y comienza su marcha hacia la mansión de Isabel. Siente a cada paso la tentación de girarse. De mirarle de nuevo para despedirse con la mirada. O de Christian. Ahora es incapaz de saberlo. Se siente confundida, como si el duelo de la pérdida de su vida humana volviese a abrir sus heridas. Pero no se da la vuelta. Sabe que está quieto donde lo ha dejado, mirando hacia ella mientras se marcha. Pero no quiere mirar. No debe. El Oscurus empieza a crecer en ella. Unos zarcillos de oscuridad ponzoñosa que transportan la ira pura empiezan a recorrer su cuerpo. El recuerdo de su vida humana viene a ella como una pesadilla emocional, y casi no es capaz de controlar la angustia que siente. Tiene hambre, y sus colmillos retractiles salen sin que pueda evitarlo. Está a punto de perder el control. Le duele. Mucho. Sin pensárselo, sale corriendo del parque en busca de un humano al que dar caza, despidiéndose para siempre del vampiro que tanto dolor le está causando.

Capítulo 12

La iniciación

La sangre cubre de nuevo el cuerpo de Kalte. Camina por los pasillos de la mansión mientras las miradas de los vampiros que se encuentran hablando se posan en ella. Pero su paso es lento y automático. Se siente muerta por dentro como el día en que la convirtieron. Los recuerdos han llegado a ella como una jarra de agua fría. El agujero es un cráter humeante esta noche. Y, a pesar de haber paliado el dolor con la caza, la sangre no ha diluido la oscuridad que recorre su cuerpo y su alma. Se siente rota y, como tal, camina desamparada bajo la atenta mirada de sus futuros compañeros de clan.

Sube por las escaleras que se alzan hasta el piso de arriba y se dirige hacia la sala que tiene frente a ella. Ahí espera encontrar a Isabel. Sin dudarlo, se adentra en la habitación donde hace unas noches fue torturada por Rodrigo. Ese dolor era de otro tipo; se podía curar. Pero el pesar que se arraiga en su interior ahora es diferente.

—Vaya, vaya, vaya... Vamos a tener que hacer una llamada a la comisaría para tapar el asunto que te has traído entre manos, ¿no es así? —pregunta Isabel al ver a Kalte entrar. Estaba hablando con Rodrigo y otros dos vampiros más, Daria y Beckett. Los cabecillas Sinister en la ciudad.

Todos los vampiros mantienen la mirada fija sobre el cuerpo y las ropas ensangrentadas de Kalte. Ninguno pronuncia una palabra sin el permiso de Isabel en estos momentos, pero, sin duda, en sus expresiones se puede leer una mezcla de aprobación por la guisa en la que se presenta la nívea

vampiresa y también de desagrado por el trabajo que les va a dar ahora.

—Ya lo he pensado. Y solo quiero saber una cosa. —Kalte alza la vista para mirar a la Reina sentada en su trono. Lleva todo el camino hasta aquí dándole vueltas. Si Adam fuese de este clan, lo habría visto en la mansión alguna vez—. Si formo parte de tu clan y tengo algún enemigo, ¿significa que me ayudaréis? —Tensa la mandíbula al formular la pregunta. Detesta tener que hacerlo.

—Querida niña... ¿esto es porque tienes algún enemigo? No huelo a sangre de vampiro en ti. —La mirada de Isabel se torna fría. A pesar de aparentar ser lo joven que es, nota en ella preocupación.

—Sí... bueno... en realidad, no... —Kalte está confusa. Le duele todo, pero ¿Adam es su enemigo? Desear darle caza y acabar con su existencia por recordarle a su pasado humano es absurdo y casi propio de un adolescente, por lo que se arrepiente en ese mismo instante de haberlo pedido. No es una estúpida mortal con una rabieta, aunque sea lo que parece ahora—. No, no lo tengo —concluye con decisión.

—Ya veo... —La mirada escrutadora de Isabel busca detalles más allá del lenguaje verbal de la vampiresa—. En cualquier caso, si tuvieses un enemigo, estarías bajo mi protección. Y, obviamente, los míos también te protegerían, al igual que tú pasarías a protegernos—. El semblante de la pequeña Reina es elegante y adulto.

—¿Y qué es lo que deberíamos hacer? —Kalte se mantiene inexpresiva en todo momento. Isabel, por el contrario, dibuja una sonrisa tierna.

—Pues, de hecho, estaba hablando con Beckett y Daria para comentarles que quería que formaseis parte del clan y que me gustaría que empezasen a prepararse. Hacemos un ritual de bienvenida para que paséis a formar parte de nuestra familia. Es por mero protocolo. ¿Lo preparamos todo? —Isabel suena emocionada en todo momento. Kalte se siente cansada y rendida por esta noche, así que asiente sin muchas fuerzas para preguntar nada más. Confía en ellos.

—Sí, podéis prepararlo —confirma la joven de cabellos blancos, a lo que los presentes sonrían emocionados.

—Lo tendremos todo listo para mañana. Y, aunque no es oficial hasta que os hagamos el ritual, podéis sentir os ya parte del clan —comenta Daria, que está de pie junto a Beckett. Se acerca a Kalte para examinarla de cerca y

hace algún tipo de cálculo para sí misma, asintiendo—. Sí, mañana. A su Pequeño también le tengo el ojo echado. —La mujer guiña a Kalte aunque sus palabras se dirijan a su Reina.

—Perfecto, pues. Mañana será el gran momento. Ve a asearte, avisa a tu Pequeño y pronto os daremos la bienvenida —concluye Isabel levantándose del trono.

Todos comienzan a moverse haciendo ademán de marcharse siguiendo los pasos de la Reina. A medida que avanzan para salir de la sala, Kalte se va quedando más sola en la inmensidad de la instancia, de pie e inmóvil sin girarse para verles desaparecer tras la puerta de la entrada. Tan solo quedan ella y los recuerdos de una noche que no quiere rememorar, al igual que un pasado humano que debe hacer desaparecer en el olvido para siempre.

Kalte tarda un rato en ducharse y prepararse para pasar el día descansando. Se tumba sobre su cama con el camisón de seda negro que le han proporcionado en la mansión. Una Zumo de la Reina fue a hacerle unas compras muy acertadas con el estilo de ropa que le gusta a la vampiresa. Y este camisón era una de esas prendas con las que acertó por completo. Holgado, suave, con un brillo que solo la seda proporciona, con tirantes finos y muy femenino. Con el cabello mojado, se mantiene boca arriba y cierra los ojos. Tan solo unos segundos para poder pensar.

—He oído que has tenido una noche dura, pero nadie sabe decir por qué. —La voz cercana y reconfortante de Darek saca a la vampiresa de su ensoñación. Al abrir los ojos, lo ve sentado a un lado de su cama, girado hacia ella y con una mirada dulce que hace que se sienta tranquila.

—¿Qué tal tu entrenamiento? —Kalte se tumba de lado apoyando su cabeza sobre la mano, dibujando con su brazo un triángulo hueco que la sujeta.

—Bien, bien. ¿Cómo ha ido el tuyo? —Darek se mantiene pendiente de ella, sin distraerse con su cuerpo vagamente cubierto por una seda tan fina.

—Bien también. —Ambos se quedan unos segundos mirándose con fijeza, pero, al final, tras unos largos segundos, Kalte rompe el silencio—. Mañana nos darán la bienvenida al clan. —Tras decirlo, intenta adivinar el pensamiento de Darek. Sus ojos verdes parecen tranquilos.

—No creí que fuese eso lo que deseabas. ¿Me he equivocado? Si Isabel fue discípula de Rurik, ¿qué pasará si le dice que estás aquí? —Darek se

inclina hacia sus rodillas para apoyar los codos sobre ellas y entrelaza sus manos mientras mira al suelo, dándole la espalda a Kalte. Es raro para ella verlo así, bastante más serio de lo habitual.

—Bueno, si entramos en su clan, no puede permitir que nos pase nada. Y no tiene forma de contactar con él. No la tendría yo siquiera aunque sepa dónde está. Lleva desaparecido ya tres siglos del radar de cualquier vampiro. —Kalte se incorpora de la cama y se desliza sobre las sábanas para sentarse junto a su Pequeño—. ¿Estás bien? —El cabello castaño del vampiro cubre ligeramente su rostro, pero con suavidad se gira hacia ella, revelando su rostro sobrio. Está, sin duda, preocupado por algo que no le está diciendo. Y, aunque parece querer hablar de ello, frunce el ceño y se levanta, como si desechase ese pensamiento de su cabeza.

—Es tarde y no tardará en amanecer. —Darek se levanta de la cama, dejando a Kalte sentada en el colchón, pero acaba por hablar—. Me mantienes al margen, Kalte. Me convertiste por algo. Mi vida humana ha desaparecido y ahora... —Su rostro se tensa. No puede culparlo. Ella sentía lo mismo que él recién convertida, y tiene razón, lo convirtió por una razón.

—Para... —Kalte se ha levantado y con suavidad ha posado el dedo índice sobre los labios de Darek. La cercanía con su Pequeño le gusta, y se siente protegida junto a su cuerpo fuerte—. No voy a hacer que me odies tanto como... para querer huir de mí. —Aparta su mano con suavidad, de pie frente a él, y, casi derrotada por la noche que ha tenido, apoya su frente sobre el pecho de Darek. Hoy es lo más humana que se ha sentido en los últimos veinte años y, aunque odia la sensación, su Oscurus está satisfecho en su sed de caos tras la matanza de un rato antes—. Hoy no... por favor... —susurra con suavidad como si esta noche, en este momento, fuera la adolescente que aún podía ver el sol.

Kalte no es capaz de ver la cara de Darek, pero los brazos fuertes del vampiro la rodean con suavidad. Sus cuerpos se mantienen juntos el uno al otro. El olor de Darek le hace recordar el dulce sabor de su sangre cuando era humano. Y ahora tan solo puede pensar en si Adam tenía razón, si la sangre de otro vampiro podría llegar a saber mejor. Ella había probado la de Rurik. De hecho, él le obligaba a tomar de vez en cuando un poco de su sangre para mantenerla vinculada a él. Y haber podido escapar de su Dome, es algo que todavía le cuesta asimilar. Ese vampiro acabó con todo, y el aspecto de

Adam ha llegado para recordárselo. Tan solo en cuestión de unos segundos, el abrazo en el que se siente sumergida hace que su Oscurus empiece a desplegar sus tentáculos de control en su oscuro y agotado interior. El dolor que lleva sintiendo toda la noche vuelve a aparecer por culpa de no poder pensar en otra cosa. Y su Oscurus le hace desear gritar y dejarse embriagar por la ira que vierte en ella. Mantiene las manos apoyadas en el pecho de Darek. La tensión de todos sus pensamientos hace que cada uno de sus músculos se tense y comience a temblar. Cierra los puños haciendo que la camisa del vampiro se arrugue entre sus dedos.

Lágrimas de sangre recorren sus mejillas y caen al suelo. No separa su frente del pecho de Darek, pero la ira está creciendo sin parar dentro de ella hasta que siente que no puede controlarla mucho más. Su cuerpo va a explotar.

—¡Vete! —exclama la muchacha mientras empuja a Darek para separarlo de ella, sin alzar el rostro para que no la vea llorar.

—Kalte... —La voz del vampiro es de sorpresa y, aunque por la fuerza de su Dome lo ha dejado a unos pasos de ella, no se mueve de ahí.

—¡Te he dicho que te vayas! —grita con fuerza alzando la mirada hacia él con todo el rencor del mundo alojado en sus ojos lagrimosos—. No... no vuelvas a hacerme sentir... ¡¡¡No vuelvas a hacerme sentir!!! —El Oscurus de Kalte comienza a desgarrarla por dentro. No puede controlarse y tan solo querría arrancarse el pecho. Posa su mano derecha sobre su tórax, buscando la zona del corazón, y clava sus dedos sobre su piel. Si los apretase más fuerte, se clavarían en su cuerpo como cuchillos en mantequilla.

Aunque no sea humana, aunque no lata, el dolor sigue hospedándose ahí. Y Darek la mira con confusión. Parece barajar las opciones que tiene en silencio y acaba por asentir. Su expresión de tristeza es notable cuando abandona la habitación de Kalte. Sin poder evitarlo, Kalte deja salir de ella un grito gutural desesperado. Esta noche no puede más. Rendida y sin energía, se deja caer sobre la cama, con lágrimas de sangre surcando sus mejillas. Sucumbiendo poco después al sueño que acompaña a la luz del sol.

Cuando al fin abre los ojos de nuevo, la noche ha llegado. El dolor de su pecho ya no está. Hay un extraño misticismo en el descanso diurno. Las heridas, tanto físicas como emocionales, sanan a una velocidad asombrosa siempre y cuando estés bien alimentado. De hecho, vuelve a sentirse fuerte y

entera de nuevo. Hoy es la bienvenida al clan de Isabel, y las dudas acerca de formar parte de un grupo de vampiros de forma permanente rondan sin descanso por la mente de Kalte. Y eso le recuerda a Darek. Al levantarse, ve sobre la cómoda una caja adornada con un lazo y una nota sobre ella. Kalte se acerca para abrir la caja y en su interior encuentra un vestido negro con pedrería. «Bienvenida a la familia. Esta noche va a ser especial. Espero que te guste mi regalo». La nota está escrita con una cursiva impecable y está firmada por Isabel. Tras dejarla sobre la mesa, comienza a prepararse en silencio pensando en Darek. Con suavidad, desliza el carmín rojo sangre por sus labios, contorneando la silueta con cuidado de no salirse.

El vestido lo han hecho a medida. No recuerda haber dado sus medidas, por lo que quien las haya tomado tiene un ojo experto. Es largo, entallado y elegante. El escote en forma de corazón enmarca su cuerpo y ensalza su figura. Sus hombros están cubiertos por un encaje negro muy elegante, adornado con sutiles brillos de pedrería. Y, aunque a este vestido le iría perfecto un recogido de su larga melena blanca, decide dejársela suelta.

No puede dejar de pensar en la noche anterior mientras espera a que vengan a buscarla para la ceremonia. Y, sobre todo, piensa en Darek. El hecho de que ayer hubiera tocado su lado más humano hace que se deteste a sí misma. Desde la noche de su conversión, jamás había estado tan cerca y tan lejos de lo que un día fue, y no piensa volver a sentirlo. Una nueva noche, un nuevo muro para ser la bestia asesina que su Dome quería que fuera. Tres toques suaves en su puerta le indican que es la hora.

—Ama, ¿está lista? Ya van a empezar. —No sabe si esto se asemeja a una boda o a un funeral, pero Kalte asiente a la muchacha humana y comienza a caminar sobre sus tacones, dejando la cola de su vestido arrastrar sobre la moqueta.

Caminan hasta llegar a la zona principal. Parece que la ceremonia va a ser en la misma sala en la que conoció a Isabel la primera noche. Escaleras arriba se encuentra Darek, esperando. Conforme Kalte avanza, escalón a escalón, puede verlo mejor. También va muy arreglado, con un traje de chaqueta de estilo victoriano. Chaqueta negra, larga por detrás hasta las corvas de las rodillas, camisa negra de cuello alto y chaleco negro con botones plateados. Pantalones oscuros y botas altas negras. El conjunto hace juego con su melena castaña, y destacan sus ojos verdes. Al cruzar sus

miradas se encuentran, quedándose imantados el uno al otro. Kalte se coloca junto a Darek sin dejar de mirarlo, con el gran portón cerrado frente a ellos.

—¿Estás segura de esto? —La voz grave de Darek rompe con un susurro el silencio, mientras vuelve su mirada hacia la puerta. Su semblante es muy serio y distante.

—Tú también estás muy guapo. —Kalte puede observar como el rostro de Darek se contrae muy sutilmente con dolor, o quizá desagrado. No sabría definirlo, y eso se debe a que él ha hecho lo mismo que ella: alzar un muro que solo el Oscurus puede controlar. Kalte imita su gesto mirando hacia la puerta. Esta noche va a romper con todo. Con su pasado. Con su presente, y quiere abrirle las puertas a su futuro. Un futuro lleno de poder y de habilidades que desconoce. Y su Oscurus lo desea.

La muchacha que los acompaña empuja las puertas para dar paso a la ceremonia. La sala está oscura. Muy oscura. Y a no ser que entren, tan solo son capaces de ver tenues luces como llamas de velas al fondo. La muchacha les hace un gesto a ambos vampiros para que entren. El silencio es abrumador y ambos comienzan a caminar ahogando el sonido de sus pasos en una alfombra que les guía hasta el centro de la sala.

Caminan uno junto al otro, lentamente, intentando acostumbrarse al olor a inciensos y a cera, a la oscuridad y al desconcierto. Sombras de vampiros cubiertos por túnicas negras rodean la sala. Todos están arrodillados y sostienen un largo bastón en su mano derecha que se asemeja a un cetro con una luz amarilla, cálida y suave en su extremo superior. Esas eran las únicas luces que veían antes, las únicas que iluminan la sala. La humana desaparece de su vista, cerrando las puertas a su espalda. Parece que es lo único que hace reaccionar a la joven vampiresa. Kalte vuelve su atención a Darek, que parece mirar a todos los presentes, posando sus ojos en cada uno de ellos. Y, sintiendo por primera vez que ha tomado una decisión a la ligera, decide hacer lo mismo. La nívea vampiresa extiende su brazo izquierdo con disimulo, deteniendo su paso y el de Darek, mirándole con complicidad. A unos metros de ellos tienen las espaldas de las dos siluetas que cierran el círculo vampírico. Con rapidez y precisión, busca hasta el más insignificante detalle de la sala. Ya conocen a muchos de los vampiros que residen aquí, pero Kalte sigue maldiciéndose por no conocer el proceso de iniciación al clan. Las columnas se alzan con más presencia que la primera noche, y las

paredes parecen observarlos como testigos de lo que esté a punto de pasar.

—Kalte... —susurra Darek serio y sereno mientras cabecea con suavidad hacia unas siluetas que entran desde la sala de torturas. La vampiresa mira hacia donde le indica, y ahí ve peregrinar cuatro figuras con togas que los ocultan por completo.

Caminan a paso lento, portando con sumo cuidado unos objetos sobre sus palmas, como si fueran a hacerles regalos a los dioses, regalos sagrados. Continúan caminando, uno detrás de otro, hasta el centro de la sala, donde se van reuniendo a medida que llegan. Ninguna de las figuras arrodilladas en el suelo se mueve. Ni siquiera alzan la vista al oírlos entrar. En cuanto se acercan, Kalte puede distinguir con cierta dificultad lo que acunan en sus manos. Cuando el último de ellos pisa el centro del círculo, un sonido seco de todos los cetros golpeando al unísono una única vez el suelo sobresalta a Kalte. Todos se han puesto en pie de forma abrupta y, aunque siguen cabizbajos, sus manos sujetan con fuerza los bastones que aportan algo de luz a la sala.

Es entonces cuando Isabel, con un largo vestido blanco, se adentra en la habitación por la misma puerta que los peregrinos. Camina lenta. Un recogido elegante decora su melena negra, dejando libres tan solo un par de mechones que acarician su infantil rostro. Los vampiros, ahora de pie, comienzan a cantar al unísono. Las voces graves de los hombres están hermosamente acompasadas con las agudas de las mujeres. Un cántico relajante y siniestro sin letra, tan solo una melodía que indica el inicio de un ritual. Isabel se adentra en el círculo y se pone en el centro de todos. Alza la mirada hacia Kalte y Darek, que hasta ahora han estado en silencio, impresionados por la puesta en escena de la iniciación a la familia de la Reina. La niña alza su rostro y, con una lentitud escénica y teatral, eleva la mano para indicarles a ambos que se acerquen.

—¿Estás segura de esto? —vuelve a preguntar Darek sin apartar la vista de Isabel. Kalte lo nota serio. Mucho más serio de lo habitual.

Kalte tampoco deja de observar la escena. Callada unos segundos, sopesa los pros y los contras a una velocidad inenarrable. Recuerda por qué dijo que sí, y las ventajas que tiene formar parte del clan de Isabel. Aprenderían habilidades, poderes, y se harían tremendamente fuertes. Isabel y sus vampiros les protegerían de todo. Sería una forma de huir de su Dome y

evitar su muerte si los encuentra. Pero ¿Isabel cumpliría su palabra de protegerlos contra Rurik en el caso de que los encuentre? La Reina mediaría por ellos. O, al menos, así lo cree. Porque Rurik no sabe dónde están. Ethan se está encargando de ello. Y, a su vez, Isabel no tiene forma de saber dónde está él. Si lleva desaparecido tanto tiempo es porque él lo ha querido así. Y si no, tendrán que aprender deprisa todo lo que puedan para volver a marcharse. Y ahí es cuando aparece la mayor desventaja: que Isabel no les deje marcharse. Pero hasta ahora ha sido una Reina comprensiva, y no le ha parecido que dirija un gobierno estricto donde estén todos los vampiros bajo su yugo recluidos dentro de los límites de la ciudad. La decisión de quedarse era la más lógica. Ahora no tienen adonde ir, y necesitan poderes para sobrevivir allá donde vayan. Y si no les deja marcharse después, harán como con Rurik. Huir. Lo que está claro es que Isabel no les va a permitir abandonar la ciudad sin más después de la forma en la que entraron.

—Sí. —Kalte mira al vampiro que se mantiene de pie con la vista fija en Isabel—. Yo te protejo, y tú me proteges. Aunque formemos parte de su clan, seremos siempre tú y yo. Te elegí por algo, y has aprendido mucho estas noches. Confía en mí. Yo confío en ti. —Kalte nota al vampiro inquieto. No temeroso, ni asustado, pero sí en estado de alerta.

Darek asiente y comienza a caminar hacia Isabel, y Kalte hace lo mismo. Se adentran en el círculo que forman los vampiros hasta ponerse frente a Isabel, que los recibe con una sonrisa perversa.

—Esta noche va a ser especial. —La Reina alza los brazos al igual que su voz, para que todos los presentes puedan escucharla. Solo con esas palabras, los cánticos que los rodean enmudecen instantáneamente—. Tenemos ante nosotros a dos miembros importantes para nuestra comunidad. Kalte y Darek son Pequeños del linaje de Rurik Vasile, «El nunca arrodillado», «El exterminador de cazadores», «El acechador», «La última sombra», «El imbatible»... —La teatralidad con la que Isabel enumera los interminables títulos por los cuales se conoce al Dome de Kalte, hace que su voz llene toda la sala, y que su posición, con los brazos aún elevados sobre su cabeza, se proyecte en las sombras de la pared—. ¡Y eso quiere decir poder invicto! —Un murmullo los rodea. Es uno de esos momentos en los que sabes que la muchedumbre que te rodea habla de ti, con sus ojos incrédulos clavados en tu cuerpo. Como si fueses alguien que no aparenta ser lo que el resto

esperaba ver tras escuchar cierta descripción, con una mezcla de decepción, sorpresa e incredulidad en sus rostros.

Ambos vampiros miran a su alrededor algo sorprendidos, pero los ojos verdes de Darek se posan en los de Kalte con una expresión de desconcierto bajo el constante murmullo que domina en la sala. Isabel cierra un puño al aire y, acto seguido, el incesante parloteo del clan cesa de golpe ante la orden gestual de la Reina. Ante los ojos atentos de la sala, continúa su discurso.

—Todos conocéis a Rurik. Sus historias son célebres alrededor del mundo. Durante siglos ha aterrorizado a los humanos creando una leyenda urbana sobre su existencia en la noche. Un terror que les hace mirar debajo de la cama cada noche al tiempo que desean no encontrarlo allí. Y nosotros, los vampiros, le tememos y respetamos a partes iguales... —continúa Isabel. Kalte siente un nudo en el estómago. ¿Tanto conocían a su Dome? ¿Tan temido es? Su *Oscurus* comienza a extenderse por los recovecos de su menudo cuerpo, alerta ante la agitación que siente la vampiresa en su interior. Kalte ya tenía miedo de su creador, pero ahora es consciente del lío en el que se han metido—. Y hoy vamos a acoger a sus Pequeños bajo nuestro yugo y nuestra protección.

Isabel extiende una mano hacia uno de sus peregrinos encapuchados. Kalte puede adivinar que Rodrigo es el que Isabel tiene a su derecha. Él acuna en sus manos un cuchillo de plata, con el puño tallado con detalles de madera y oro, y un rubí coronándolo. Dos de los otros peregrinos portan dos cuencos vacíos iguales, del tamaño de un cáliz, a juego con el cuchillo. Son plateados con unos tentáculos en relieve de oro que abrazan el recipiente y unos rubís engarzados de forma simétrica a lo largo de los tentáculos. Por cómo los ve, debe de haber unas seis gemas en cada cuenco. El cuarto peregrino lleva una especie de frasco de cristal con un líquido negro, brillante y viscoso. Kalte no sabe lo que es, pero todo esto comienza a no gustarle. La Reina coge el cuchillo con su mano derecha y lo alza a la vista de todos.

La incomodidad de Kalte sigue creciendo en su interior, y su *Oscurus* empieza a generarle presión en el pecho. Esto le recuerda demasiado a una conversión. Una cosa es unirse amigablemente a un clan, y otra cosa es repetir esa pesadilla. Odia a su Dome por ello, y pasar por esto otra vez no entra en sus planes. Kalte mira con tensión a su alrededor. Son unos veinte

vampiros los que se encuentran en la sala. Y decir ahora que no se unen al clan significaría su muerte y la de Darek.

—Darek... —susurra Kalte al darse cuenta de que a él le dijo que sí, que iban a formar parte del clan, pero sin explicarle nada de lo que significa este ritual. Si siguen adelante, acabarán vinculados. La vampiresa gira el rostro hacia su izquierda para mirar a su Pequeño. Darek está quieto, con la mirada fija en Isabel, que se está cortando en la muñeca izquierda para verter el carmesí líquido en una de las copas. La furia de su Oscurus se hace fuerte en Kalte y amenaza con salir, como si se preparase para luchar. Si hacen alguna estupidez, su final será la muerte verdadera—. Mierda... —Un hilo de voz sale de la nívea vampiresa al ver que Isabel le acerca el cuenco de sangre a Darek. No cabe ninguna duda de que es para vincularlo. Un vínculo que los unirá a ella de tal manera que hará que tengan que obedecer sus órdenes pase lo que pase.

A Kalte le costó veinte años poder huir de Rurik por culpa de ese vínculo, y no se piensa atar ahora de nuevo, cayendo en la misma trampa otra vez. Las manos de Isabel con el cáliz se acercan a los labios de Darek, y no puede más, sabe que no debe actuar porque significará su muerte, pero...

—¡No! —exclama Kalte a la vez que le lanza un manotazo al cáliz, tirando la sangre de la Reina por la sala. Un silencio aplastante y miradas de sorpresa se alzan por toda la sala. Todos los presentes se quitan las capuchas negras que cubrían sus cabezas con un gesto rápido y agresivo, preparados para lanzarse contra ellos a una orden de su Reina. Son demasiados. Pero Kalte vuelve la mirada hacia Isabel.

—¿Qué... has... hecho? —Los ojos de Isabel se han llenado de ira. Y se pueden ver como el reflejo de una hoguera en el brillo cristalino de un lago. Darek parece volver en sí y mira a ambas confuso.

—No dijiste nada de vincularnos, Isabel. ¿Creías que no sabía qué significa beber sangre de un vampiro más antiguo? Joder, he estado con Rurik veinte años luchando contra él para poder huir —exclama Kalte en posición de alerta y mirando a Darek—. No has llegado a beber, ¿verdad? —Aguarda una contestación por parte de Darek, que no llega—. ¡¿Verdad?!

—No... —Darek clava la mirada en la gélida vampiresa con el ceño fruncido y una expresión de clara preocupación dibujada en el rostro. Él ha debido de pensar lo mismo que ella: lanzar el cáliz por los aires, gritar a

Isabel y decir lo que ha comentado de Rurik en voz alta ha sido la primera de las malas decisiones tomadas que puede acabar llevándolos a ambos a la muerte.

Kalte mira hacia Isabel intentando no mostrar ni un ápice de la preocupación que en realidad siente. En este clan admiran a Rurik, y, en especial, Isabel lo venera. Incluso terminó siendo su tutor después de acabar con la existencia del Dome de la ahora Reina de Montreal. Y la cara llena de ira de la niña regente lo dice todo. Sus ojos están clavados en Kalte como los de un animal que acecha en la oscuridad del bosque para darte caza. Un silencio largo, que para Kalte podrían haber sido siglos, gobierna la sala. La Reina no dice nada, sus acompañantes y portadores de los objetos del ritual tampoco, y el resto de la sala, atónito por lo que acaba de pasar, respetan ese silencio.

—Dices... que... —Isabel no aparta la mirada de Kalte mientras parece intentar poner en sus palabras los pensamientos que deben estar abordándola—. ¿Te he estado tutelando personalmente, pensando que eras digna del linaje de Rurik, y ahora resulta que he estado dándole cobijo a una paria?

Kalte no se atreve a decir una sola palabra. Un solo paso en falso y la ira que acrecienta en Isabel acabará por explotar en una batalla en la que Darek y ella tienen pocas opciones de supervivencia.

—Y no solo eso, sino que te abro las puertas de mi clan tras perdonaros la existencia y te dejo elegir sobre pertenecer o no al clan... —La rabia que debe de estar sintiendo Isabel comienza a exteriorizarse de forma física, generándole un tic nervioso en el cuello que hace que su rostro se mueva en un espasmo que la obliga a guardar silencio unos segundos. Pero con la mirada vacía de compasión, vuelve a hablar—: ¿Y te atreves a lanzar mi sangre por los aires como si pensases que en realidad tenías alguna opción de decidir? ¿Pretendes de verdad que pase eso por alto?

Kalte y Darek dan un paso hacia atrás. No hace falta que se digan nada, pero ambos saben lo que va a pasar. Las palabras de la Reina cada vez están más cargadas de odio, y eso solo puede significar que si toman una mala decisión, están muertos.

—Has... traicionado... a Rurik... Me has... traicionado... a mí... —La voz de la niña y el movimiento de los dos vampiros, dianas de su ira, hacen que los miembros presentes del clan de Isabel, que son unos veinte o treinta

vampiros, se pongan en pie al unísono. El sonido que acompaña al movimiento sincronizado del clan le recuerda a Kalte al paso militar antes de ponerse en marcha. Las tropas de Isabel se han activado, y son demasiados. La Reina, sin apartar la mirada de Kalte y Darek, alza los brazos y unos zarcillos de sombra comienzan a surgir del suelo, elevándola mientras sus ojos se tornan rojos. Brillan en la oscuridad, y le recuerdan a los ojos de sus pesadillas.

El Oscurus de Kalte empieza a dispersarse por su cuerpo, siente cómo el frío punzante de esa oscuridad la recorre. Amenaza con ahogarla, con dominarla. No puede dejarse vencer ahora, no si quieren huir de esta situación. Todos los vampiros están listos para atacar. Un simple movimiento, un simple ruido, haría que todos los presentes se lanzasen a la batalla.

—¡Matadlos! —grita Isabel. Y, sin necesitar nada más, las decenas de vampiros se lanzan al ataque.

Capítulo 13

La huida

Un humano tendría complicado seguir de cerca la velocidad a la que respondieron los miembros del clan de Isabel a su orden. La velocidad a la que los vampiros se mueven es frenética. Y más alguno de ellos, que parece que se mueve con mayor fiereza que el resto. Darek se pone en posición de pelea en cuanto escucha la voz de Isabel. Y, aunque Kalte lo intenta, el vestido le impide moverse con libertad, limitando sus piernas.

Sin dar tiempo a sus atacantes para alcanzarla, lleva las manos hasta sus tobillos y, de un tirón, desgarrar la falda que le llega hasta los pies y deja una enorme abertura hecha jirones que asciende hasta prácticamente su cadera. Al fin puede moverse. Kalte no es tan fuerte en una pelea cuerpo a cuerpo contra otro vampiro, pero es ágil. Un arma poderosa si sabes usarla.

En tan solo un segundo, sus miradas coinciden. Parece que Darek está pensando lo mismo que ella. Van a morir aquí. Hay demasiados vampiros, pero tienen que hacerles frente. Isabel, que levita con ayuda de sus zarcillos hechos de sombras, no aparta sus brillantes ojos rojos de la batalla, acompañada por sus cuatro peregrinos, impassibles ante la escena. Kalte y Darek se ponen de espaldas uno con otro, listos para enfrentarse como puedan al ataque inminente.

El primer vampiro que llega hasta ellos es Cobren, el líder de los Thenbor de la ciudad. Era algo de esperar. Es un vampiro rápido, fuerte y letal. No podría ser de otra forma teniendo en cuenta que es el guerrero más

fiero de todo el nido.

Cobren, que había sido uno de los mentores de Darek, no muestra ningún tipo de piedad. Carga su brazo hacia atrás, buscando la potencia en el golpe que se dispone a asestar, y lo dirige directamente hacia el expolicía. Kalte se percata de que su puño se ha convertido en una garra animal, como la de un oso o un lobo, con las uñas afiladas y formando con sus dedos lo que se asemeja a la punta de una lanza. Pero Darek se encuentra de espaldas a ella y se está preparado para contrarrestar los ataques que le vienen de frente por parte de otros vampiros. Sin pensar en si está preparada para luchar con un vampiro tan entrenado, se lanza a parar el ataque de Cobren. No tiene otra opción. Es eso o morir. Con un movimiento ahora ágil gracias a la soltura que le proporciona la falda rasgada, se lanza a por el guerrero y trata de alcanzar su brazo. Pero el vampiro es más fuerte. Más antiguo. Más entrenado. Más letal. Los ojos enrabietados del hombre, que antes estaban fijos en la nuca de Darek, se clavan en la vampiresa cuando aún está en el aire, y, con una media sonrisa, cambia la trayectoria de su puño.

Un grito agudo se escapa de Kalte. La lanza improvisada del vampiro ha atravesado su pecho de lado a lado. La sorpresa de no haber sido capaz de verlo venir se puede leer en los ojos de la albina, que lleva sus manos hacia el brazo que la tiene estacada y colgada en el aire. Las gotas de sangre de Kalte que bañan las manos del vampiro caen dramáticamente al suelo y, con un gesto rápido, como el que quiere extraer la espada de su víctima para mancharla lo menos posible, Cobren aparta su brazo. Kalte, sin fuerza alguna, se deja caer al suelo de rodillas, incrédula ante lo rápido que ha sido el desenlace de esta pelea. Darek se da la vuelta en cuanto la oye y, lleno de rabia, se lanza contra el atacante. Pero Kalte solo es capaz de mirar de forma hipnótica el orificio de su pecho mientras lleva su mano al foco de su dolor atroz para tocarlo. Como si no creyese que es real.

La ira de Darek se convierte en un grito desgarrador. Se dispone a asestar un puñetazo al vampiro que está teñido de la sangre de la vampira, pero es demasiado rápido para el expolicía. Con una celeridad pasmosa, otro puño cargado con las uñas aún manchadas de la sangre de la albina se lanza contra Darek a una mayor velocidad que la del corpulento vampiro.

—No... —musita Kalte con voz pastosa y con una mueca de dolor, alzando una mano mientras con la otra presiona su agujero en el pecho, como

si así pudiese evitar la muerte inminente de Darek. Van a morir... ya lo tiene más que claro.

De pronto, una nube negra rodea a todos en la sala. Es densa y se extiende rápido por cada rincón. No huele a nada y no les deja ver. Kalte se siente sumergida en una oscuridad absoluta. De pronto está sola. Sin nadie cerca de ella. O eso cree, ya que no es capaz de ver, oír, oler o sentir nada. Pero está consciente. No sabe si ha muerto o si simplemente ha caído en un agujero negro en el tiempo. Se siente flotar en una ausencia absoluta de todo. Está cansada. Quiere cerrar los ojos para descansar. Solo quiere cerrar los ojos...

—¡Ahora no! —exclama la voz de Darek. Pero lo oye lejano. Aunque está flotando, abre los ojos con toda la fuerza de voluntad que es capaz y ve que Darek la lleva en brazos. Está corriendo tras alguien mientras dejan atrás la nube negra que los envolvía hace unos segundos.

—Por aquí, ¡date prisa! —El desconocido les está ayudando a escapar y Darek, aún magullado y golpeado, carga con la menuda albina sin perder el rastro del nuevo aliado.

Tardan unos segundos en llegar hasta unos pasadizos que no sería capaz de recordar, ni siquiera aunque no estuviese malherida. Kalte lucha por mantenerse despierta y, cada vez que abre los ojos, se encuentra en un lugar diferente. Sin saber cómo ni por qué, el calor del pulso humano, los latidos y el olor a sangre embriagan sus sentidos. Sin abrir los ojos, saca sus colmillos retráctiles de forma instintiva e hinca sus dientes. Comienza a succionar deliciosa sangre y al fin se siente mejor. A medida que bebe, obliga a toda su energía a tratar de curarse. Su *Oscurus* hace que su sed se vuelva incontrolable y, con firmeza, sujeta a su presa para succionar su sangre descontroladamente de la fuente del elixir de vida. Conforme más succiona, más débil es el pulso de la humana.

—Vamos, vamos, vamos... debemos irnos... —Los susurros de un hombre rompen de nuevo el silencio que reina en el lugar.

—Kalte, vamos...—Una mano se posa sobre el hombro de Kalte, que, con ira desmesurada, debido a su *Oscurus* sediento, aparta de un manotazo y vuelve a su presa—. Kalte... ¡Vamos! —Darek aparta a la vampiresa de la chica de la que se está alimentando justo cuando su corazón entona su último latido.

Kalte, jadeante por el ansia del alimento, mira a Darek y al muchacho que los ha ayudado, confundida. No sabe dónde están, pero el desconocido tiene una trampa sujeta, con acceso directo a la parte baja de la mansión.

El silencio que un vampiro genera cuando te acecha es temible. Eres una presa indefensa ante un depredador que no eres capaz de ver llegar. Pero si te persigue un séquito entero, el terror que sientes es abrumador.

—Ya vienen, no voy a poder retenerlos mucho más, ¡vámonos ya! —El vampiro que les está ayudando tiene aspecto joven. Ella recuerda haberlo visto de vez en cuando por la mansión de Isabel, aunque no habían hablado hasta ahora. Poco más alto que Kalte. Rubio de ojos oscuros y melena larga. Sus rasgos angulosos le dan un aspecto dulce y atractivo. El nuevo aliado les indica con inquietud el interior de la trampa.

Kalte asiente y, con dificultad, se pone en pie. La herida se ha cerrado en gran parte por el exterior, pero por dentro aún está hecha trizas. Darek coge la mano de Kalte para alzar su brazo y así poder ofrecer su cuello a modo de ayuda, agarrándola por la cintura para ayudarla a caminar y que todo el peso lo apoye en él.

—¿Prefieres que te lleve? —Kalte echa un rápido vistazo a Darek. Está malherido también, lleno de golpes y cortes que aún no ha curado. La vampiresa frunce el ceño y niega con suavidad mientras comienza la marcha en esa posición.

Por su diferencia de altura, Darek camina agazapado y a una velocidad que pueda seguir Kalte, quien, sin protestar, acepta el gesto del vampiro. Una vez llegan a la trampa que tienen a un par de metros, Darek desciende primero para poder ayudar a Kalte a bajar desde dentro. Con cuidado, la sujeta por la cadera mientras baja por la escalera metalizada.

—Deprisa... —susurra el vampiro que los ayuda, apremiando a Kalte para poder bajar él. Con rapidez, y, por último, el desconocido presta atención al sonido que pueda venir del resto de la mansión como si quisiese calcular la ventaja que les llevan, baja rápido por las escaleras y cierra tras de ellos la trampa que comunica la mansión con las cloacas.

El lugar es oscuro, pero rápidamente se acostumbran a la ausencia de luz. Son vampiros y pueden ver donde un humano no podría. El lugar donde están es húmedo, y el sonido de gotas de agua al estallar contra el suelo les hace compañía.

—Por aquí, seguidme —indica el rubio iniciando el paso hacia su huida. Su paso es ligero y, aunque a Kalte le cuesta seguirle el ritmo, con la ayuda de Darek lo consigue.

Caminan unos metros y, bajo la protección de la oscuridad, se sienten más seguros, sabiendo que la mansión cada vez queda más lejos, con cada paso que dan. Kalte sigue apoyando su peso mientras Darek carga con ella. La vampiresa lo nota débil y cansado, y un vampiro en ese estado solo puede estar de una forma. Hambriento.

¿Por qué no te has alimentado? —musita sin disminuir el ritmo la joven vampiresa. Aunque un humano en esta oscuridad no vería absolutamente nada, Kalte no se gira para ver la expresión de Darek, ya que para ellos esta oscuridad no es un impedimento.

—Estabas malherida... Lo necesitabas más que yo. —La voz del vampiro es tensa y calla más de lo que dice. Sin duda, guarda algo para sí mismo. Es solo un tono de voz, pero ya lo conoce.

—Deberías haberte alimentado. Así estás peor que yo, y puedo oler tu sangre. Ni siquiera te has curado. —Cada paso que dan crepita con suavidad en el suelo hecho de adoquines de piedra y guijarros. Darek, ante la reprimenda de su Dome, aprieta sus manos en la cintura y muñeca de la vampiresa.

—No deberías haberlo hecho. Lo podría haber esquivado. Eres una inconsciente. ¿Siempre actúas así? —La rabia, seguramente guiada por su Oscurus hambriento, hace que sus palabras se lancen contra ella como cuchillos envenenados—. Podrías haber muerto.

—Ya estábamos los dos muertos, Darek. No podrías haber hecho nada... de hecho, no sé ni cómo lo hemos conseguido... —Kalte detiene su marcha. Aunque ha bebido sangre, no ha conseguido curarse del todo. Y necesita parar.

—No, no, no nos podemos parar, vamos, continuemos. —El vampiro que los ha ayudado les insta con la mano a reanudar el camino, pero Kalte no es capaz de seguir.

Cuando un vampiro está gravemente herido, puede curarse con el poder de su sangre. Pero cuando eso no es posible, lo único que los regenera es el descanso diurno. Y el cuerpo de Kalte está agotado. Su Oscurus está saciado de sangre; sin embargo, eso hace que el sopor y el agotamiento la dominen.

Pero no va a rendirse. No aquí, y no ahora. Solo se le ocurre obligar a su cuerpo a despertar. Así que suelta a Darek para forzarse a sentir el dolor y, de esa manera, activar su instinto de supervivencia.

—¿Quién eres? ¿Por qué nos ayudas si eres del clan de Isabel? Recuerdo haberte visto en el Refugio... —consigue preguntar Kalte con una mueca de dolor mientras sigue el ritmo que le marca Darek, que aún la mantiene sujeta por la cintura y el brazo junto a él, a modo de muleta vampírica. La fuerza del vampiro la reconforta.

—Soy Damian, y... —Hace una pausa sin dejar de guiarles a paso rápido por un laberinto de pasadizos, totalmente a oscuras. El sonido del goteo del agua, los chillidos agudos de las ratas y sus correteos los acompañan a lo largo de todo el recorrido—... tenía que hacerlo.

—¿«Tenías» que hacerlo? —Darek no suelta a Kalte en ningún momento, a pesar de tocarle la piel helada. Su voz es seria y su tono es profesional. Como si se pusiese en su papel de policía durante las preguntas.

—Sí, eso he dicho. —Damian detiene la marcha para mirar hacia dos lados de una intersección y toma el camino de la derecha.

—¿Cómo nos has podido sacar de allí? ¿Eras tú quien ha hecho esa nube negra? ¿Qué era eso? —En la voz de Kalte se nota más dolor corporal que miedo. Recuerda la sensación de la nada. De estar sumida sola en una oscuridad absoluta.

—Sí, nunca la había hecho. Es un poder extraño que solo tienen los... —Damian se queda helado y sin palabras. Parece que la idea que le ronda por la cabeza es descabellada, o así lo demuestra su voz—. No importa —consigue balbucear—. No puede ser, pero es un poder que hace que anule todos los sentidos vampíricos. No se puede ver, oír, oler, sentir... nada mientras estés sumergido en esa nube. Es un poder que tan solo había estudiado... pero jamás lo había hecho...—El rubio parece algo consternado e incluso sorprendido por ello.

Kalte se lleva la mano al pecho, justo donde se encuentra el enorme agujero causado por el puño afilado del vampiro que la ha herido. Y, aunque esté sellado por fuera, el orificio sigue generando dolor y debilidad a la vampiresa, que le hacen tambalearse en la marcha. Con un movimiento torpe tropieza, desestabilizándose como una simple humana mareada. Un acto reflejo hace que la menuda vampira se agarre a Darek, evitando así una

caída.

—¿Estás bien? —Los brazos fuertes de Darek la sujetan, protegiéndola de su propia debilidad—. Aún estás malherida...

Damian se gira hacia ambos con una cara de horror absoluto.

—¡Silencio! —exclama en un susurro ahogado mientras se lleva un dedo a los labios y abre los ojos como platos. Un horror frenético se apodera de la expresión de su rostro y, con un suave toqueo de su dedo índice en sus propios oídos, indica a los vampiros que escuchen.

El horror contagioso del vampiro hace que Kalte y Darek se inmovilicen para escuchar. Sus sentidos se agudizan en un estado de alerta aún mayor que cuando uno caza. De hecho, el silencio e inquietud que les rodea parece ser el que siente una presa.

El túnel está en absoluto silencio. Las ratas no gritan y el ambiente parece más frío de lo que era antes. O de lo que ellos recuerdan. Kalte no oye nada, y eso le preocupa. Sin dejar de prestar atención al silencio, mira a Damian, que sigue en estado de alerta extremo.

Cuando la vampiresa está a punto de preguntarle qué ha oído, un sonido espeluznante llega desde el otro lado del túnel. Un sonido tan horrible y difícil de describir que ni mil palabras podrían expresar con certeza el horror que genera en los tres vampiros. Es un sonido que simula ser un grito, pero a la vez es un susurro amenazador. Un chasquido de lengua que parece proceder de una criatura con miles de ellas. Un caminar viscoso de decenas de patas cubiertas de babas. Kalte no había oído jamás semejante sonido y el terror que siente al oírlo es el mismo que el que se refleja en la cara de Damian. Y sabe que en ese momento Damian lo oye también y, lo peor de todo, lo reconoce. Su pavor se transforma en un grito desalentador.

—¡¡Gules!! ¡¡Corred!! —Damian, sin esperar a nadie, comienza a correr en sentido contrario del que proceden los sonidos de esas criaturas, sean lo que sean.

Sin tener la más remota idea de qué son esos «Gules», Kalte suelta a Darek para que pueda empezar a correr. Pero su dolor es mayor que su instinto de supervivencia. Está demasiado débil como para poder seguirlos.

—¡Vamos Kalte! —Al verla así, Darek vuelve a cogerla en brazos en un movimiento rápido para correr cargando con ella.

El desasosiego en la carrera hace que Kalte, cargada por el expolicía,

mire hacia atrás, deseando no ver a las criaturas que producen ese inolvidable y siniestro sonido de pesadilla. Pero la curiosidad es un poderoso estímulo que no le permite apartar la mirada. Verlos o no verlos, ambas cosas le parecen igual de temibles.

La carrera de Damian es veloz y, aunque Darek lo sigue con presteza, el hecho de cargar con Kalte y que él también está herido genera una distancia cada vez mayor entre los vampiros. Kalte escucha cada vez más cerca el sonido que, si consiguen sobrevivir a esta noche, no será capaz de olvidar jamás.

—¡¡Espera!! ¡Damian! —Darek intenta correr más deprisa, pero no puede. Sumidos en la oscuridad, la silueta del vampiro acaba por desaparecer en uno de los giros del túnel.

Kalte mira al frente para ver que Damian ya no está.

—¡Mierda, Damian! —exclama la dolorida vampiresa mientras Darek sigue corriendo en la última dirección que ha tomado su veloz aliado—. Mierda... —Gira su rostro de nuevo hacia atrás. Los sonidos son más intensos y cercanos, y los chapoteos gelatinosos más rápidos—. ¡Se acercan!

La vampiresa siente el horror en sus carnes. Y la cara de terror de Darek hace que lo tema más. «¿Vamos a morir?», es la única pregunta que se le pasa por la cabeza desde hace ya un rato. Empezando con la ceremonia de iniciación de Isabel, y ahora con la aparición de estos seres. Cada vez están más cerca, acortándoles el espacio, pisándoles los talones. Entre la oscuridad, Kalte parece vislumbrar unas sombras que caminan por las paredes y el techo del túnel. Ninguno toca el agua. Y, aunque tienen forma semihumanoide, no sabe adivinar su morfología exacta. Se mueven como toda criatura que te visita en tus peores pesadillas. O hacen algo ya, o van a morir en sus manos, o garras, o tentáculos, o zarpas, o lo que sea que tengan esas criaturas. Kalte ve que se acercan, son muchos, y muy rápidos. Una de las criaturas salta hacia ellos, desprendiéndose del techo. Kalte, horrorizada, se abraza con fuerza a Darek preparando su cuerpo para el impacto del ser justo cuando una voz rompe el siniestro sonido de los Gules.

—¡Por aquí! —Una mano agarra el brazo de Darek para apartarlos de la criatura que se había abalanzado sobre ellos y los introduce en una sala.

Con extrema rapidez, el vampiro que les ha ayudado cierra la puerta tras ellos y la bloquea para impedir el paso de esos seres que han estado a punto

de darles caza. Kalte y Darek no prestan atención a su salvador. Como acto de supervivencia, giran sus rostros rápidamente en dirección a la barrera metalizada que ahora corta el paso a las criaturas. Kalte, aún en brazos del expolicía, no es capaz de prestar atención a otra cosa que no sea la puerta. Los tenían a escasos centímetros antes de cerrarla en sus narices, por lo que, ahora ocultos bajo el velo del silencio y una seguridad temporal, sus sentidos están centrados en buscar los gorgoteos infernales al otro lado de la puerta. Unos sonidos leves, como el susurro de unos niños que traman algo a escondidas de su madre, se cuelan a través de la pared que los separa de esos monstruos. Como si un grupo de ellos estuviese reunido frente a la puerta, sopesando la forma de entrar. No sabría decir cuántos son, pero hay algo que asusta a Kalte por encima de sus sonidos.

Cualquiera habría esperado a que las criaturas, ansiosas de sangre, golpearan como locas la puerta para abrirse paso y matarlos aquí y ahora. Pero no sucede nada. Ni un solo golpe. El único sonido que se oye al otro lado de la puerta es ese chasquido susurrante e inhumano de pesadilla. Y eso hace que la naturaleza de esas criaturas sea más siniestra aún.

—¿Qué son esas cosas? —susurra Darek con sus ojos y sus sentidos aún puestos en los sonidos que llegan del otro lado de la puerta.

El sonido de las criaturas se desvanece con la misma rapidez con la que ha llegado. ¿Habrán desistido de la caza? ¿Por qué? Kalte al fin se relaja de la extrema tensión que han sufrido, aunque quiere salir de ahí. No estaban seguros, ni lo están ahora. El cuerpo le duele, y solo quiere dormir durante semanas. No ve otra forma en la que pueda recuperarse.

—Gracias por la ayuda. —Darek, que todavía sujeta el menudo cuerpo malherido de Kalte, se da la vuelta para mirar al vampiro que les ha ayudado y en su cara se puede ver la sorpresa al descubrir que Damian no estaba solo.

Kalte dirige la mirada hacia el acompañante del vampiro huidizo y una sensación de desconsuelo acude a ella. Está débil y a quien menos le apetecía ver era a Adam. Y no puede plantearse tener que darle las gracias al vampiro que tanto daño le causó sin siquiera saberlo.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —Kalte ignora por completo a Damian y clava su mirada en Adam. A pesar de estar débil, ante él intenta no parecerlo. Aunque la herida hable por sí sola. La vampiresa mantiene su mano derecha sobre la herida, con ríos de sangre que tiñen sus manos y

dibujan serpenteantes trazos que brotan entre sus dedos, mientras que, con la otra, rodea el cuello de Darek para mantenerse sujeta en sus brazos

—¿Os conocéis? —Darek mira a ambos, algo confundido.

De la espalda del vampiro rubio, alto y de ojos claros, sale Damian. El mismo Damian que los ha dejado atrás, que les iba a dar por muertos, el que les ha ayudado para acabar dejándolos ser pienso para monstruosidades de las cloacas.

—Bájame, Darek, ya sigo yo sola —indica suave sin apartar la vista del vampiro que tienen en frente sin querer responder por ahora la pregunta que le ha hecho Darek, quien, con desconfianza, accede a la petición de Kalte y la baja de sus brazos con cuidadosa suavidad.

El vampiro rubio y sonriente coge la mano de Kalte con dulzura para darle un suave beso caballeroso en el dorso de esta. Tras lo que, sin soltarla, clava sus ojos en ella manteniendo la distancia que debería tener si quisiera susurrarle a la gélida mano de la vampiresa y rompe su silencio.

—Damian es un viejo amigo y me ha hecho el favor de informarme de la situación en la que estaba mi hermosa flor de nieve. —Kalte aparta la mano rápidamente mientras que Darek da un paso adelante—. Y eran Gules. Son vampiros que se abandonan a su Oscurus y no son capaces de volver a encontrarse. Si tu oscuridad te domina, acaba por convertirte por fuera en el monstruo que eres por dentro. Se alimentan de humanos, como nosotros, pero a los vampiros nos dan especial caza. Si un Gul te muerde, te conviertes en uno de ellos, y no hay vuelta atrás. Un ser sin sentimientos, sin pensamientos, sin raciocinio. Tan solo sumido en el hambre. —El tono de Adam es serio, como si estuviera dándole una clase a un niño pequeño.

El temor a esas criaturas ahora es más palpable que antes. Kalte ya teme el poder de su Oscurus, que en muchas ocasiones intenta dominarla. Pero saber que si te dejas llevar por tu oscuridad acabas siendo una criatura que hasta los vampiros temen es algo en lo que la vampiresa no quiere ni pensar ahora.

La albina intenta centrarse en otra cosa, lo que le hace sentir emociones encontradas. Por una parte, Damian les ha ayudado en el salón de Isabel. De no ser por él, estarían muertos. Pero, por otro lado, los ha dejado tirados en los túneles... Así que, por su parte, no le deben nada. Una cosa por la otra.

—Entiendo, me estabas espiando. —Kalte se muestra fría ante la ayuda

del vampiro—. Gracias, Adam, pero no os debemos nada.

Adam sonríe galante ante las palabras de Kalte.

—Espiendo no. Digamos que conozco a Isabel, y no te vi muy de su estilo. Así que quería asegurarme de que no te dejabas embaucar por sus...

—La vampiresa le corta rápidamente.

—No tienes por qué preocuparte por mí, nos acabamos de conocer.— Kalte mantiene la compostura como puede. No quiere que la vea débil, aunque ahora solo desee echarse para descansar.

—No parecía que estuvierais tan bien... Además, t  y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Lo sentiste cuando me viste por primera vez, igual que yo al verte a ti. Nuestras almas están unidas.

— Pero qué dices? —Darek frunce el ceño ante la actitud de Adam—. Déjate de gilipollices y vámonos de aquí. No s  vosotros, pero nosotros no queremos seguir cerca de esas criaturas.

Damian, después de largo rato en silencio, se coloca junto a Adam mirando a los heridos vampiros.

—Están malheridos, pero conseguí que escapasen de Isabel. Si no nos vamos pronto, el peligro nos seguir . Conocen las salidas de los túneles, y si Isabel est  tan enfadada como parecía, no tardarán en tener un séquito de vampiros esper ndonos en cada una de ellas. —Aunque el vampiro mire a los huidos, claramente habla con Adam.

—S ... —añade Adam con la vista clavada en Kalte—. No pareces estar bien...  Quieres un poco de mi sangre? Te sentirás mucho mejor... —A Kalte no le da tiempo a responder antes de lo que lo haga Darek.

— Pero qué coño dices? No será tu sangre la que beba.

—Entre ambos hay una tensión casi palpable.

—Vaya carácter tiene el colmillitos de leche. Se te nota a la legua que eres un vampirito bebé. —Adam sonríe jocosamente mirando con soberbia a Darek. El joven vampiro est  a punto de lanzarse en una réplica agresiva cuando Kalte los para en seco.

—Dejaos de tonterías. Me da igual quién tenga los colmillos más largos. Estoy con Damian. No quiero encontrarme con los esbirros de Isabel antes de llegar a un lugar seguro. —La dolorida vampiresa comienza a caminar en dirección a la única salida que les queda en la sala, justo una puerta contraria a la que retenía a los gules.

Tras unos minutos, consiguen salir de los túneles para llegar al metro. Kalte camina cubierta con la chaqueta de Darek para ocultar la sangre que mancha su cuerpo y vestido. Los vampiros avanzan evitando las miradas curiosas de los humanos, pero los teléfonos móviles mantienen reclusas las atenciones de sus dueños, haciéndoles la labor más sencilla. Cuando al fin consiguen salir a la calle, el aire fresco abraza a la vampiresa. Haber sentido la muerte de cerca y saberse libre le hace detenerse unos segundos para disfrutarlo. Cierra los ojos bajo la luz cálida de unas farolas que alumbran tímidamente la salida del metro. Los túneles por los que han huido de los gules eran unas alcantarillas que llevaban desde la mansión de Isabel a la otra edificación humana bajo tierra. Y el hedor había embriagado los sentidos de Kalte. Necesitaba salir. Los vampiros, más pendientes de estudiar el estado de su seguridad, o la falta de ella, aquí en el exterior, miran a su alrededor en busca de una posible amenaza.

—Estamos solos, por ahora, pero debemos irnos. —Darek parece poner sus dotes policiales en escena al llegar a esa conclusión.

—Sí, yo puedo llevar a Kalte a un sitio seguro. Solo conmigo estará a salvo, mi hermosa flor de nieve. —Adam da un paso para acercarse a la vampiresa de cabellos plateados, pero Kalte abre los ojos antes de que el vampiro pueda posar su masculina mano sobre su mejilla.

—No, Darek y yo nos vamos. Desapareceremos. —Kalte retrocede un paso para ponerse junto a su Pequeño—. Deberíais hacer lo mismo—. No se para a dar las gracias, ni siquiera lo piensa. El dolor de su pecho es abrumador, y su debilidad es imposible de disimular mucho más tiempo.

—Bien, pero sabes que te encontraré. Nuestro vínculo es eterno. —Adam acorta la distancia entre él y la vampiresa, a pesar de que esté junto a Darek. De hecho, actúa exactamente igual que como si no estuviese y, con suavidad, posa un beso tierno sobre la raíz del pelo de la menuda vampiresa. No le deja tiempo a reaccionar, ni a ella ni a su Pequeño, y sin decir una palabra más, se marcha de la salida del metro.

—Vaya personaje...—musita con aspereza Darek sin apartar la mirada del vampiro.

—¿Tendrás algún problema con el clan de Isabel? —consigue preguntar Kalte a Damian mientras observa la marcha de Adam. Con ahora más muestras de su dolor, mira a al vampiro al que le dirigía la pregunta.

—No te preocupes por mí, ahora. Marchaos, el tiempo apremia. —El vampiro mira a todos lados con preocupación. Un agobio que deberían sentir ellos también, pero debido al agotamiento, no lo tienen tan presente.

Kalte asiente a modo de despedida y comienza a emprender su camino tras coger el brazo de Darek a modo de muleta. Al pasar junto a Damian, que también parece empezar a marcharse, Kalte posa su mano sobre su brazo. Y, como si un golpe de frío invadiese el cuerpo del vampiro, se queda petrificado mirando a la nada. Inmediatamente, la menuda muchacha lo suelta, temiendo haber sido la causa de su repentino estado, y en cuanto aparta la mano del vampiro, este se lanza hacia ella para agarrarla por los hombros, totalmente ido, como si algo se hubiese apoderado de él.

—¡Eh! —exclama Darek al sentirse apartado de un empujón del lado de Kalte. Sin perder ni un segundo, se lanza a por él para intentar apartarlo de su Dome, pero, a pesar de los esfuerzos, no lo consigue—. Suéltala, Damian, ¿qué cojones haces?

La mirada de Damian está perdida en los ojos de Kalte, que no mueve un músculo. No entiende qué ha pasado. Siente las manos del vampiro presionando sus hombros y, aunque los ojos del enajenado están clavados en los suyos, parece que no la mire. Sí mira en su dirección, pero su vista está perdida en el vacío. Él mismo parece vacío.

—Sobre el ladrillo está el verde. Palabras de locura que tornan en realidad. Sangre a la sangre que arderá sin perecer. Bobby está anclado. El peligro está en el origen, cuidado, cuidado... Boston se secará y será el principio del final. —Como una frase memorizada, el vampiro pronuncia las palabras, apretando con cada una de ellas los hombros de la vampiresa.

—¿Qué significa eso? —pregunta confusa poniendo una mueca de dolor. Los dedos del vampiro se le están clavando a través de la piel, cubierta con la protección de un encaje fino y desgarrado, que no le sirven de armadura.

—Sobre el ladrillo está el verde. Palabras de locura que tornan en realidad. Sangre a la sangre que arderá sin perecer. Bobby está anclado. El peligro está en el origen, cuidado, cuidado... Boston se secará y será el principio del final... —repite una y otra vez.

Darek forcejea con él hasta conseguir soltarlo, justo en el momento en el que Damian vuelve en sí. Mira la escena en la que se encuentran y cómo algunas personas se han parado para mirarlos. Parece confundido y asustado.

—¿Qué significa, Damian? —pregunta Kalte de nuevo al verlo volver en sí, agarrándole del brazo para evitar que huya, ya que parece que es lo que pretende hacer.

—No... No... —Damian zarandea la cabeza hacia todos lados. Parece tener miedo—. No sé... qué estoy haciendo...

—Con fuerza, suelta de un movimiento seco la mano de Kalte que lo apresa y sale corriendo. Darek se dispone a salir tras él, pero la vampiresa lo sujeta por la muñeca.

—Tenemos que irnos, Darek —susurra tirando ligeramente de él. No le queda mucha fuerza—. Mira a nuestro alrededor, estamos llamando demasiado la atención. —Ambos están con las ropas rasgadas, llenos de sangre, y han montado una escena bajo los ojos de unos pocos curiosos. Eso solo significa que Isabel va a tener un rastro de dónde están y hacia dónde van. Y parece que ahora también lo ve Darek.

—Sí, démonos prisa. —Sin pedir permiso, Darek coge por la cintura a Kalte y vuelve a pasar el brazo de la vampiresa por detrás de su cuello para que pueda apoyarse en él.

—Sí... pero quiero salir de aquí, quiero volver a... —Las palabras sin sentido de Damian le han dado mucho que pensar. Pero el dolor, la debilidad y el agotamiento se apoderan de Kalte, que cae inconsciente, sobre los brazos de Darek.

Capítulo 14

Desvaríos de un loco

En la situación en la que se encuentran, pocas opciones pueden considerar. Una de ellas es hospedarse en un hotel de Montreal, pero son los dominios de Isabel, y eso quiere decir que tienen ojos por todas partes. Solo es cuestión de tiempo que los encuentren, y ya están malheridos, sobre todo Kalte. Así que esa opción queda descartada antes incluso de ser sopesada.

—¿A qué casa te refieres? ¿Con Rurik? —Darek conduce sin rumbo fijo por las calles de Montreal. Si quieren resguardarse del sol, les quedan poco más de tres horas, por lo que las opciones disminuyen. Tiene que ser algún sitio en el que puedan prepararse para el sueño antes de que el sol les dé caza.

Kalte, dormitando, no contesta a Darek. Su *Oscurus* está descansando, como ella. De hecho, no tiene excesiva hambre. Se ha alimentado bien, y tan solo necesita dormir para poder recuperarse. El descanso es lo único que puede ayudarla ahora a sanarse. Únicamente es consciente del movimiento y de las luces de la calle a medida que el coche avanza.

—Kalte... casa...vamos... —La vampiresa tan solo es capaz de escuchar palabras sueltas mientras Darek le habla, y no puede discernir en cuánto espacio de tiempo se han pronunciado. Ni tampoco es capaz de captar las frases completas que acompañan a esas palabras.

La voz de Darek es lo último que oye esta noche. Con la mano sobre el pecho, en el punto exacto donde se encuentra el agujero, se relaja. No es

capaz de ver ni sentir más que oscuridad, relajación y descanso. De vez en cuando, huele sangre, incluso tiene la sensación de saborearla, como si fuera un dulce sueño donde se alimenta de ese delicioso y cálido fluido. Pero no puede ser un sueño. En sus veinte años como vampiresa jamás lo ha hecho, y, por lo que tiene entendido, ningún vampiro lo hace. El descanso diurno es un letargo místico que bloquea a un vampiro de su consciencia. Paraliza el cuerpo y la mente del cazador más temido que pueda tener el ser humano. Pero no lo piensa ahora. Tan solo está la oscuridad acompañada de pequeñas sensaciones que su cuerpo debe de ansiar.

Cuando al fin abre los ojos, el cuerpo no le duele. Algo extraño, teniendo en cuenta que las heridas que sufrió anoche eran muy graves. Mira a su alrededor sin saber el tiempo que ha pasado. Ni siquiera es capaz de saber dónde está, no reconoce la sala. Parece una habitación pequeña, y, por el olor a humedad, quizá subterránea. Es muy sencilla. Kalte se incorpora para observar lo que la rodea. Las paredes son de piedra desgastada por el paso del tiempo y hay un escritorio de madera picada por el uso, con una silla en las mismas condiciones, y la cama en la que se encuentra tumbada. El colchón es viejo, con muelles que amenazan con salir de la tela que los recubre. Y la almohada no es mucho más gruesa que un libro infantil. Estanterías con comida llenan las paredes, y trastos oxidados o viejos están por toda la habitación, sujeta por vigas de madera. Una caldera negra y antigua, de leña por lo que parece a simple vista, está al fondo de la habitación, y unas escaleras de madera desgastada parecen elevarse hasta un piso superior.

Kalte se mira el pecho y, tocándose con suavidad, siente que está curada. Pero no tiene el hambre que habría esperado tener, ya que el cuerpo de un vampiro, al necesitar el misticismo de la Sangre para curarse y vivir, su cuerpo debería estar sediento. Y eso le parece muy extraño, ya que cuando se curan durante el sueño siempre consumen energía que necesita ser repuesta por más alimento. Con suavidad, se pone en pie. Las ropas que lleva son sencillas: camiseta ancha y pantalones anchos. Lo último que recuerda es el vestido y la sangre. Pero al alzar las manos hasta su rostro, no siente sangre seca por ningún sitio. Incluso mirando por el cuello de su camiseta hacia el pecho, tampoco. Nada. Su cuerpo está como si todo lo que recuerda de Isabel, de Montreal, hubiese sido una pesadilla. Pero si no reconoce este

sitio, significa que no puede serlo. Y recuerda a Darek cargando con ella, las palabras de Damian, a Adam, la garra del vampiro que le perforó el pecho, su casa... Recuerda que quiere ir a su casa. Y tiene razones de peso que la llevan a querer ir precisamente ahí. Eso si todo lo que recuerda no ha sido un sueño.

Con el cuerpo en mejor estado de lo que sintió la última vez, se dirige hacia la única puerta que resguarda esta habitación del exterior. Con suavidad sube cada uno de los peldaños crepitantes de la escalera de madera. Pero con una agilidad recién recuperada, ni un solo sonido emerge de sus pisadas. Extiende la mano hacia el pomo desgastado y metalizado de la puerta cuando este gira sobre sí mismo y permite que la puerta se abra. Darek, al no esperarla justo al otro lado, está a punto de arrollar con ella a Kalte. Su expresión de sorpresa es seguida rápidamente por un alivio que brilla en sus ojos tímidamente, sin decir ni hacer nada más. Algo solo apreciable por un pequeño detalle que escapa a la vista de un ojo distraído.

—Me alegra ver que estás despierta. —Darek observa a la menuda vampiresa—. ¿Cómo te encuentras? —Sus ojos se dirigen directamente a su pecho cubierto por la camiseta, justo al punto donde tenía la herida.

—Bien... —Kalte frunce el ceño al verlo tan tranquilo—. Pero ¿dónde estamos? —Darek da un paso hacia atrás para dejar espacio a su Dome en el interior de la casa. Es una estancia con una decoración sencilla, y con cierto olor a ancianidad.

—En un lugar donde esta noche no nos buscarán. Cerca de Kingston. —Kalte pasea por la sala mientras Darek le explica—: Cuando te desmayaste...

—Me dormí —corrige a su Pequeño.

—Bien —asiente el vampiro—. Cuando te dormiste, pensé cuál sería el primer lugar donde nos buscarían. Hoteles, moteles, hostales, cualquier sitio con testigos era peligroso. —Kalte continúa escuchando a Darek y desliza la mano sobre una planta que decora la mesita del salón. Las hojas, ante el tacto de la vampiresa, comienzan a tornarse negras y a helarse hasta acabar marchitas. Su toque sigue intacto. Observa un cuadro de un matrimonio joven que decora una estantería llena de jarrones y platos de porcelana con ridículos dibujos de flores.

—Has escogido una casa... —Kalte se acerca a la ventana para asomarse por ella—... bastante aislada. —Se cruza de brazos y apoya la espalda en la

pared para poder mirar al expolicía—. Me gusta tu estilo, la verdad. ¿Y los de la foto? —Kalte cabecea hacia el marco que acaba de ver hace unos instantes.

—El hombre ha sido tu alimento, y la mujer el mío. —Los ojos de Darek se llenan de tristeza y remordimientos. Kalte ve que el vampiro aún no está preparado para cazar de forma fría y despiadada, a pesar de haberse entrenado con los miembros del clan de Isabel. Pero en caso de necesidad, ha sido capaz de hacerlo. Tal vez por ella. O por su propia supervivencia. Pero es algo que no le va a preguntar ahora. No quiere meter el dedo en la llaga.

—Eso explica que no tenga casi hambre. Imagino, por cómo lo dices, que también los habrás enterrado. —La vampiresa entona la frase como una pregunta retórica, a lo que Darek asiente—. ¿Y qué hora es?—pregunta.

—Las cuatro. Has estado durmiendo la mayoría de esta noche — responde el vampiro.

—Entiendo. —Kalte se siente agradecida por los cuidados de su Pequeño. Hace tan solo un par de noches pensaba que había roto el vínculo que tenía con él, y ahora, de nuevo, siente la necesidad de protegerla. Una de las razones por las que lo eligió para que fuera su Pequeño. Pero no lo va a decir en voz alta—. Pues mañana nos vamos. ¿A cuánto está North Bay? — Darek se sienta en el sofá que está frente a la mesa de té que ahora preside la planta muerta que tocó Kalte.

—A unas cuatro horas y media o cinco —responde el vampiro tras una ligera pausa—. Querías ir a tu hogar, pero dudo mucho que sea donde vive Rurik, y más teniendo en cuenta que North Bay está muy lejos de donde me convertiste. —Kalte se acerca a Darek y se sienta sobre la mesa, dejando caer la planta al ocupar su espacio.

—¿Lo preguntas por verdadero interés o por curiosidad policial? —La menuda vampiresa se incorpora hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos. Su larga melena cae como una cascada blanca sobre sus hombros, y sus ojos claros como el frío hielo se posan en los verdes del atractivo vampiro.

—Me dejaste claro que no querías que sintiese interés más allá del necesario. —Darek no se mueve lo más mínimo del sofá, con exactamente la misma posición que Kalte ha adoptado para imitarlo. La distancia que los separa es poco más que la de un palmo—. Solo quiero saber por qué allí

precisamente.

—Esa noche estaba un poco... estresada. —En las noches que han pasado con Isabel, Kalte se ha aislado por completo, y siente que ha crecido la distancia entre ambos. —Y anoche... —La vampiresa, sin apartar los ojos de él, hace una pausa. En su mente, terminaría esa frase de diferentes formas. Y anoche me salvaste, y anoche cuidaste de mí, y anoche me alimentaste, y anoche me pusiste a salvo cuando mi cuerpo cedió al agotamiento... pero de sus labios no sale ninguna de esas palabras que bailan por su cabeza. Admitir todo eso es reconocer que en ese momento fue débil.

—Anoche fuiste una estúpida. —Darek rellena el silencio con una frase directa y sin ser tan sopesado como lo que trata de decir su Dome. La vampiresa frunce el ceño al escucharlo. Podía esperar muchas cosas, pero no esa.

—¿Una estúpida? —Kalte se levanta de la mesa sin apartar sus ojos del vampiro, que también la sigue con la mirada. Y a medida que se pone en pie, la fuerte mano de Darek sujeta la menuda y fría muñeca de la muchacha de cabellos blancos, evitando que se aleje de él.

—Anoche pudiste haber muerto. —Darek, sin soltarle la muñeca, se pone en pie frente a ella. El menudo cuerpo de Kalte parece más pequeño frente a Darek, tan alto y fuerte—. ¿Qué te hizo negar pertenecer al clan de Isabel? Esas noches parecías disfrutar del aprendizaje, y no te voy a negar que yo también lo hacía, pero... ¿qué te hizo cambiar de parecer? Hablaste de un vínculo... —Darek no aparta la mano de la fría piel de Kalte. A pesar de ser una sensación incómoda para los vampiros, él parece ignorarlo por completo.

—El vínculo... es algo que jamás debemos subestimar.

—Kalte se muestra serena y habla con un tono de rabia oculto tras la calma—. Cuando nos convertimos, un apego místico nos une a nuestros Domes, pero ese lazo se fortalece con un vínculo de sangre. Un Dome puede controlar a sus Pequeños dándoles tan solo unas gotas de sangre y, con ello, una sensación de devoción, de lealtad y admiración se apodera de los vástagos, anulando en parte, o casi por completo, la voluntad propia que puedas tener sin él —explica la vampiresa dando un par de pasos para sentarse en el sofá en el que estaba Darek, tirando de él para que haga lo mismo.

—¿Estás vinculada a Rurik? —La pregunta de Darek se clava como una

estaca en el pecho de la vampiresa de cabellos plateados.

—Conseguí escapar —responde de forma escueta a una pregunta a la que no quería darle vueltas—. Y es lo que quería hacernos Isabel. Si bebes la sangre de un vampiro más poderoso o antiguo que tú. Ese vínculo se crea con él, obteniendo tu lealtad ciega.

Darek se mantiene con las manos en un puño y en la misma posición que estaba antes, sentado con los antebrazos sobre sus muslos. Parece darle vueltas a toda la información, y su silencio también permite que Kalte recuerde lo que Damian dijo.

—Sobre el ladrillo está el verde —comienza a recitar las locuras que se le han clavado en la mente como fuego—. Palabras de locura que tornan en realidad... —Tras cada frase, intenta pensar en el posible significado que puedan tener—. Sangre a la sangre que arderá sin perecer... Bobby está anclado... —No sabe quién es ese tal Bobby—. El peligro está en el origen, cuidado, cuidado... Boston se secará y será el principio del final... —Kalte se lleva los dedos de una mano al puente de la nariz y masajea con suavidad el hueso del tabique, entre los ojos y las cejas. Intenta pensar.

—¿Algún significado para ti? —pregunta Darek, que también le da vueltas a cada una de las frases a medida que las oye de los labios de Kalte.

—Son frases sin sentido. No sé qué quieren decir... —Frota con más fuerza, como si le doliera la cabeza, aunque tan solo trata de intensificar su pensamiento—. No sé quién es Bobby, jamás he estado en Boston y no sé qué significan el resto de sinsentidos. Lo que tengo claro es que no me da buena espina. Aunque puede que solo sean las palabras de un loco... —Por mucho que quiera creerlo, duda que fuese un acto de un vampiro falto de cordura. No es la imagen que vio de Damian. Más bien, parecía paralizado por alguna especie de visión o trance.

—Sangre a la sangre que arderá sin perecer... Bobby está anclado, Boston será el principio del final... Son muchas frases sin conexión alguna. —Darek se pone en pie para comenzar a dar vueltas por la casa. Se frota el mentón con suavidad mientras camina, perdiendo su mirada en el vacío. Sus costumbres policiales salen a la luz con cada movimiento. Kalte casi puede ver que el cerebro del vampiro comienza a trabajar a toda velocidad, y le observa mientras escucha sus divagaciones—. Supongamos que no está loco. No sé a ti, pero a mí no me lo ha parecido. —Sus pasos dibujan metódicos

círculos en el suelo, yendo de un lado a otro—. Si lo que dice es algo más, algo que no entendemos, algún sentido debe de tener. Veamos. —Hace una pausa y acaba por repetir solo un par de frases—. Bobby está anclado y Boston se secará. Son las únicas cosas concretas que ha dicho. Tenemos un nombre y un lugar. ¿Pero no te dicen nada? —Kalte niega con la cabeza lentamente. Disfruta observándolo en su papel de policía vampiro—. ¿Y por qué quieres ir a North Bay? —Acaba por preguntar, mirando a su Dome con atención.

—Que Boston se seque no es algo que me llame la atención, y que sea el principio del final... no sé de qué final puede hablar. No se nos ha perdido nada siguiendo los pasos de unas locuras sin sentido. Sin embargo, tengo una sensación extraña desde anoche. Algo me dice que debemos volver sobre nuestros pasos, y no sé por qué, algo también me dice que debo volver allí.

—Kalte eleva sus piernas para cruzarlas sobre el sofá.

—Pero... —Darek se calla algo que debe de haber pensado en un momento fugaz. Tras una pausa leve, lo justo para que Kalte se dé cuenta de que no es todo lo que quiere decir, continúa—. Está claro que tampoco nos podremos quedar aquí mucho más, ni salir a cazar. Estamos en una casa muy aislada. Me cercioré de ello. Pero, aunque me hubiese encantado encontrar un refugio abandonado en la inmensidad de un bosque, esta casa es lo más silencioso que pude encontrar con el tiempo que teníamos. Y estos... —Darek coge el marco de fotos con la imagen del matrimonio que yace unido y enterrado para el resto de la eternidad—... tienen vecinos. Es solo cuestión de tiempo que Isabel y los suyos nos encuentren. He podido ver su red de informadores durante las noches que hemos pasado con ellos. —La expresión de preocupación de Darek es notable.

—No nos buscarán allí. Nadie lo haría... —En realidad, se le ocurre que el único ser que puede relacionarla con North Bay es... Rurik. Pero para eso debe saber que está desaparecida. Y eso le recuerda algo. Ethan. Si no le escribe, sabe que puede cometer alguna locura—. ¿Dónde está mi móvil? —Kalte se pone en pie para ir a buscarlo.

—En el enchufe de la cocina. —La vampiresa asiente y se dirige hacia allí, esperando que todo vaya bien.

Coge el teléfono y marca el patrón de desbloqueo. Tiene unos cuantos mensajes de Ethan. Se lo podía imaginar, teniendo en cuenta que cada noche

le escribe para comunicarle del estado en el que se encuentra y mandarle la información que Kalte siempre le pide.

Ethan: Tu Dome en sí no parece haber movido ficha

Pero ha mandado a otros vampiros de tu nido a preguntar por tu paradero

Creo que eran Beckett y Klaus

Pero no hay cabos sueltos, mi Ama

Nadie sabe dónde estás

Por ahora parece que estás a salvo

Kalte: No hago nada aquí, Kalte

No te va a encontrar, y quiero ir contigo

Kalte mira el reloj del móvil. Ahora mismo son las cuatro y cuarenta y tres. Ethan está en línea y aparece como escribiendo texto. No tiene muchas ganas de ponerse a chatear como adolescentes de quince años, así que lo llama. El teléfono apenas da un solo tono, y, enseguida, la voz de Ethan la recibe.

—Hola. —El humano demuestra felicidad extrema de recibir la llamada, pero a su vez parece susurrar.

—¿Dónde estás? —pregunta Kalte.

—Acabo de regresar a la guarida de tu Dome. Parece que se han cansado de buscar por hoy. —El humano hace una pausa, como si lo siguiente que va a decir fuera algo muy meditado—. Te di mi palabra de que me quedaría a vigilar. Pero... aquí ya no hago nada, mi Ama. No te va a encontrar... —Los susurros del muchacho acompañan la calma de la noche. Ahora mismo la vampiresa se plantea la posibilidad de que realmente Rurik no vaya a dar con su paradero. Ella estuvo demasiado tiempo planeando su huida como para que le resulte fácil encontrarla, y más teniendo en cuenta que no va a tener un paradero fijo y estable. ¿Será capaz realmente de librarse del yugo de su Dome?

—Solo un poco más, Ethan. Necesito estar segura de que no me va a seguir. Unas noches. —Kalte piensa en North Bay. Ahora mismo sería el peor momento para que Rurik la buscase, ya que él sí conoce su pasado allí.

—¿Sigues en Montreal? —La curiosidad del humano vuelve a hacer acto

de presencia.

—No, vamos a hacer unas gestiones, y en cuanto las tenga solucionadas, te lo contaré todo. —El silencio del humano no se hace largo.

—¿Qué gestiones? Puedo ayudarte. A buscar alojamiento, o lo que sea.

—Lo sé, Ethan, pero no te preocupes. Solo voy a volver a mi pasado para aclararme. —Kalte sabe que no ha sido muy concreta, pero no quiere darle más detalles. Él no sabe nada de ella, por lo que esa migaja de información lo calmará al menos un par de noches. Y, como cada vez que habla con él, quiere colgar enseguida. Si no fuera porque lo necesita para tener localizado a Rurik, ya lo habría despachado—. Debo colgar —corta un balbuceo del humano que amenaza con convertirse en más preguntas—. Te escribo mañana. —Y, sin despedirse, cuelga el teléfono.

Cuando Kalte se gira, ve a Darek de brazos cruzados apoyado en el marco de la puerta. Parece haber escuchado toda la conversación, pero, sinceramente, a Kalte no le importa.

—Volvemos a parte de tu pasado... —Sonríe de forma suave, marcando sus hoyuelos en las mejillas al hacerlo. Parece sentirse victorioso por la información que ha obtenido casi sin proponérselo—. Será interesante. Tú conoces el mío... ¿voy a conocer yo el tuyo? ¿Qué hay exactamente en North Bay?

—pregunta el vampiro con un tono casi juguetón.

Kalte le sonríe. Lo ve disfrutar con esto y, en cierta manera, no podrá ocultarle mucho más tiempo a dónde van si él va a estar con ella. Aunque se siente nerviosa por volver, estar con él puede ayudarla a llevarlo mejor. Recuerda esas paredes, las ventanas de la entrada. La puerta del porche, a su madre, a su padre, lo lejano de sus recuerdos... a Christian... a Rurik... lo recuerda todo. Y no quiere estar allí sola. Se conoce, y no puede dejar que sus sentimientos hagan que su Oscurus la domine. ¿Es su propia oscuridad la que quiere que vayan allí? ¿Una corazonada, tal vez? Lo único que sabe es que tiene que hacerlo. Y aunque no pensó jamás que volvería al foco de todo su dolor, con toda la calma que puede aparentar, responde a la pregunta que su policía particular lleva toda la noche haciéndole.

—Mi casa. Nos vamos adonde todo empezó y acabó para mí.

Capítulo 15

Hogar, dulce hogar

La noche prometía ser especial, pero un sentimiento de horror inunda el pecho de Kalte. Tan solo ha pasado una noche desde que huyeron de Montreal, y ahora Darek y ella se encuentran frente a una casa que en su día lo fue todo para ella.

En su existencia humana, llevaba una vida poco opulenta, y el exterior de la casa era un claro reflejo de lo que albergaba su interior. Era una casa sencilla, de esas prefabricadas. Algo bastante común en este barrio, donde a pesar de ser un vecindario residencial, cada construcción es diferente, ninguna sigue un patrón. Se podría decir que cada familia compraba un terreno y ponía ahí la que más le gustaba, y se acabó llenando hasta convertirse en lo que es en la actualidad. Durante todo el camino hasta llegar aquí, frente a la casa, los pasos que repetía a diario le han traído sensaciones y recuerdos a Kalte. Pensamientos de un pasado que desearía tener enterrados en el olvido. Ahora, aquí, son más vívidos que nunca.

Kalte observa la casa, ahí plantada, en el camino de cemento bordeado por piedras que permite el acceso desde la acera hasta la entrada, evitando así pisar el jardín. Es tal y como la recordaba. Quizá un poco más vieja. Pero, a pesar de haber estado veinte años abandonada, no ve señales de vandalismo en sus paredes ni alrededores. Sin embargo, tampoco encuentra indicios de que esté habitada. Aunque le resulte algo extraño, el hecho de encontrarse la casa tal y como la dejó, hace que Kalte se sienta paralizada por el diluvio de

emociones. Los abrumadores recuerdos vienen a ella como un vendaval que golpea todo lo que encuentra a su paso. El tejado gris, donde su padre tuvo que hacer reparaciones muchas veces, sigue protegiendo la casa de las inclemencias del tiempo. Y sus paredes, color crema con una aleación metálica que simula unas tablas de madera, y otras grises a juego, se mantienen intactas, como le gustaba mantenerlo a su madre. Las ventanas de ambos pisos parecen íntegras, protegidas por las contraventanas grises de madera, con las celosías venecianas, que estaban cerradas. El jardín está cuidado, pero no hay coches, no hay juguetes de niños, no hay nada que pueda indicar que alguien viva aquí.

—¿Esta era tu casa? —Darek está de pie junto a Kalte, sin moverse de su lado, mirando hacia la casa.

Su voz es tierna y comprensiva. Parece que su empatía, aún muy cercana a sus días como humano, le hace tratar con delicadeza el momento.

La vampira asiente a la pregunta del hombre sin apartar la mirada de la puerta de la entrada. La puerta está en el porche, que está cercado por una valla blanca para evitar que al subir o bajar las escaleras pudieras caer al nivel del suelo. Algo que ella, aun estando esa protección, conseguía que le pasase de niña.

—¿Estás lista? —vuelve a preguntar Darek con suavidad.

Ella también sabe que mantenerse como están, quietos, delante de la puerta de un barrio residencial a las tres de la mañana, no es la mejor de las ideas para evitar llamar la atención.

—Pero... no sé si voy a encontrar algo ahí dentro. —Todavía no sabe qué fue exactamente lo que la hizo venir, pero no quiere entrar.

—Si no entramos, no lo sabremos. Estoy contigo... —El vampiro se muestra tan cercano que Kalte siente que lo necesita con ella más que nunca.

Los ojos verdes de Darek observan a la vampira y, con un gesto muy suave, el hombre le tiende la mano a la asustada muchacha. La palma de su mano apunta al cielo alumbrado por la luna. Kalte, que teme no poder hacerlo sola, acepta el gesto del altísimo vampiro y le toma la mano para adentrarse en su pasado.

Ambos caminan lentamente hacia la puerta. Con cada paso, una pregunta nueva abruma a Kalte. Da un paso. ¿Podrá soportarlo? Otro paso... ¿Y si no queda nada de su antigua vida ahí dentro? El tercer paso trae una nueva

pregunta: ¿de verdad quiere encontrar algo de su antigua vida? Y más abrumadores sentimientos llegan como un torrente, sin respetar el ritmo de avance hacia la puerta. Una puerta que, una vez cruzada, revelaría todas las respuestas. ¿Qué la ha traído hasta aquí? ¿Qué pretende encontrar? Si hay alguien viviendo aquí, ¿los matará? ¿Podrá hacerlo? ¿Quién ha estado cuidando de la casa este tiempo? Porque ella desapareció...

El crepitar de la madera bajo sus pies le hace volver a centrarse en dónde está. Con la mente dándole vueltas a demasiada velocidad, su cuerpo ha avanzado de forma autónoma con la ayuda de Darek. Pero ni siquiera sabría decir cómo ha llegado hasta aquí. Su *Oscurus* está sorprendentemente tranquilo. Cada vez que ha pensado en su pasado, o que cualquier situación le ha llevado a ello, su odio, rabia y oscuridad se han encargado de estigmatizarla, llevándola a odiar todo lo que tenía que ver con su vida humana.

Darek suelta a Kalte y, con cuidado de no hacer ruido, lleva la mano al pomo de la puerta. Un par de movimientos de muñeca lo dicen todo. Está cerrada. Pero eso no parece un problema para alguien que ha sido entrenado para ser policía. Con una maña digna de la maestría adquirida en su vida mortal, sumada a la fuerza que su inmortalidad le ha otorgado, Darek le asesta un golpe seco al pomo, que se rompe ante el impacto, desapareciendo hacia el interior de la casa. El sonido del impacto del metal con el suelo se enmudece con lo que quiera que golpee al otro lado de la puerta. El sonido al rodar por el suelo cesa en cuestión de unos segundos, pareciendo que ha chocado con algo que ha detenido su movimiento. Sin ningún seguro que evite la entrada en la casa, la puerta se entreabre.

—¿Lista? —Darek vuelve la vista atrás para mirar la expresión de la cara de la enmudecida vampira, que parece estar meditando las opciones.

Y efectivamente, eso está haciendo. Sigue sin saber por qué ha venido, ni por qué su *Oscurus* está tranquilo. Pero eso solo puede significar que, perdidos en las palabras de Damian, algo tienen destinado a hacer aquí. Tras asentir de nuevo, la vampiresa da un paso adelante mientras posa la mano sobre la puerta. No sabe qué espera ver. Desde luego, no se esperaba verlo todo tal y como estaba la última vez que estuvo aquí.

Al abrir de par en par la puerta, Kalte se queda paralizada viendo en la oscuridad como sí es la casa que recordaba. Todas sus cosas están aquí. La

entrada es tal y como la recordaba. Pero... está todo destrozado. No entiende cómo el interior está patas arriba, pero el exterior está impoluto. Ambos vampiros avanzan en silencio. Sin poder evitarlo, el crepitar de jarrones rotos, cristales y otros objetos bajo sus pies resuena al avanzar por la casa.

Kalte mira a su alrededor horrorizada. No entiende nada. A la izquierda desde la entrada, unas puertas de madera que se parecen a las contraventanas del exterior están arrancadas de sus bisagras, pero no lo suficiente para quitarlas. Esa sala es la que pertenecía al despacho de su padre. Parecen arrancadas a trozos, como el papel que decora las paredes. A la derecha se encuentra la cocina, donde pasaban tantos buenos momentos en familia, y no tan buenos cuando sus padres murieron. También está desmantelada. Cajones por el suelo, vajilla rota, la mesa tirada a un lado de la habitación junto a las sillas... Da la sensación de que ha sido víctima de una banda de ladrones, pero no parece que sea algo reciente. Darek desliza el dedo por un mueble aparador desprovisto de cajones.

—Esto es de hace tiempo, aunque mira. —El vampiro indica la puerta de la entrada.

Toda la casa está caótica, pero justo tras la puerta, nada. El recorrido de abrir y cerrar la puerta está despejado, pero más ampliamente que lo poco que ellos la han movido para poder adentrarse en la casa. Eso quiere decir que alguien ha estado aquí.

El silencio de Kalte no quiere decir que no escuche a su Pequeño. Al contrario. Mira a todos lados más atenta que antes. No entiende nada de lo que está pasando. Con sigilo, posa la mano sobre la madera de la barandilla que acompaña a la escalera, y avanza al piso de arriba. Los marcos que decoraban ese trayecto están tirados por el suelo, con los cristales rotos. Y no puede dejar de pensar en qué ha sido lo que ha pasado en la casa. La pregunta de por qué siguen todas sus cosas familiares aquí, y quién lo destrozaría todo para luego cuidarlo por fuera, rondan sin parar por su mente. En ese mismo momento, recuerda una de las enseñanzas de Isabel. Aunque ellos ven en la oscuridad, no pueden ver a través de las paredes. O, más bien, no todos pueden. Ahora Kalte sabe cómo hacerlo. Quieta, sin ascender más, se concentra como muchas otras noches en el callejón oculto junto a la loca Reina infantil. En silencio, nota cómo su cuerpo reacciona a la concentración, y empieza a extender sus sentidos más allá de ella misma. Es

capaz de oír a Darek en el piso de abajo, caminando en busca de más pistas, huele el polvo que yace tranquilamente sobre un lecho de calma frente al caos de la casa. Pero no siente nada arriba. No hay latidos, no hay calor, no hay movimiento, ni olor a otra cosa que no sea destrucción. Si hubiese vampiros, también lo notaría, o al menos eso cree. Pero no siente nada.

Kalte abre los ojos y, mirando hacia el piso de arriba, retoma su ascenso, esta vez con mayor velocidad. En el pasillo que une las habitaciones, todo está tal y como lo había dejado. ¿Por qué? Y la habitación de sus padres, que es la primera desde la escalera, está igual de caótica. La vampira se adentra con una mezcla de horror y nostalgia. Las sábanas están echadas a un lado y el colchón está rajado y tirado contra la pared. Los muebles, desnudos de cajones como el resto de las cosas, y todo, absolutamente todo, tirado por el suelo. Con delicadeza, la muchacha de cabellos níveos se agacha para recoger un marco del suelo. El borde es dorado y sencillo; rápidamente, lo reconoce.

—Era el que tenía mi madre en su mesilla de noche —le aclara a Darek al sentirlo en la puerta. Aún tiene el marco del revés y no se atreve a darle la vuelta y verles de nuevo las caras—. Cuando vivía aquí, dejé su habitación tal y como la habían dejado. —El dolor de su pecho comienza a crecer, pero su oscuridad, sorprendentemente, no está ahora. Y, aunque Kalte no sabe por qué, no va a preguntárselo en este momento.

—¿Puedo? —Darek, que se ha colocado junto a Kalte, tiende la mano hacia el marco, pero sin llegar a cogerlo. Kalte no se atreve a darle la vuelta, así que asiente mientras se lo entrega.

El vampiro, con una ternura indescriptible, toma con su mano la prueba de que sí que existió una Kalte humana, y sus padres, y la vida que tanto añora y odia a la vez. La vampira tan solo puede mirarle a la cara mientras el apuesto vampiro contempla la imagen que a ella tanto miedo le da mirar. Una sonrisa se dibuja en sus bonitos labios al ver la foto.

—Te pareces mucho a tus padres. No te imaginaba pelirroja. —Una mueca agrisada aparece en el rostro del vampiro, que le entrega el marco a la gélida muchacha con la misma suavidad con que lo cogió.

Kalte lo toma con sus manos y, con todo el valor que es capaz de encontrar en su pecho, la mira. Ahí están. Su madre, preciosa, con el cabello negro azabache y el rostro muy similar al de Kalte. Su padre, con el pelo

rubio oscuro y ojos claros, sonrío a la cámara, de pie junto a su madre. Y ella, su versión humana y adolescente, pelirroja, feliz y radiante de energía, sonrío a la cámara frente a sus padres. A simple vista, puede parecer una típica foto familiar, pero para Kalte significa todo lo que perdió y todo lo que odia de ella ahora. Al fondo se puede apreciar un parque que reconoce nada más verlo.

—Es extraño... —Kalte posa el marco sobre la mesita de noche desbalijada donde solía velar el sueño de su madre—. No recuerdo la edad que tenían ahí, pero fue un par de años antes de que murieran. Yo tenía... —Kalte hace una pausa mientras le da vueltas a ese dato; nunca pensó que sería algo que podría llegar a olvidar—. Catorce, creo... —Darek, sin decir una sola palabra, sigue con la mirada a la vampira, que camina por la habitación mientras le cuenta la historia—. Murieron en un accidente el invierno anterior a que yo cumpliera los diecisiete. Recuerdo que estaba muy emocionada porque esa noche íbamos a cenar con un novio que tenía por aquel entonces. Christian... —Kalte hace una pausa tras pronunciar el nombre que tanto dolor le despierta y, sin pensarlo, comienza a recoger las cosas que va encontrando, como si pudiese volver a dejarlo como estaba antes—. Era mayor que yo, tenía... —Vuelve a pensar en datos que tenía en el olvido desde hace veinte años—. Tenía veinte —consigue recordar—. Y, claro, como yo era menor, con un novio de esa edad... Era algo súper especial e importante. —Una sonrisa burlona sale de los labios amargos de la vampira—. Vaya tonterías son las importantes siendo humanos.

Darek se mantiene callado, mirando hacia la vampira, que coloca una lámpara rota en su sitio. La mesilla de noche del lado de su padre también la vuelve a poner de pie, pero acaba por mirar un cuadro que sus padres tenían de un amanecer. Está rajado de arriba abajo en diagonal en una línea que cruza todo el dibujo.

—Esa noche, alguien llamó a mi padre. Parecía importante. Y, aunque teníamos planes, debía salir. —Kalte toca con suavidad el lienzo para volver a colocarlo, y sonrío al ver el sol, aunque es una sonrisa amarga y triste—. Mi madre quiso acompañarlo. No se separaban para nada. —La vampira se dirige hacia la ventana, desde donde las vistas no han cambiado nada en los últimos años—. Se podría decir que pasé horas aquí plantada esa noche, esperando. El teléfono no sonaba. Los faros del coche de mi padre no

iluminaban la calle oscura... —La vista de la vampira se clava en la carretera por la que han venido hace unos minutos, y por la que aquella noche sus padres deberían haberlo hecho—. Pero nada. No pude dormir en toda la noche, cada vez más preocupada. Y no fue hasta el día siguiente cuando una llamada me cambió la vida.

Darek permanece quieto y pensativo. No pregunta, ni afirma, ni comenta. Tan solo escucha a la pálida vampira que se mantiene inmóvil frente a las luces que entran del exterior a través de la ventana. Su blanco cabello brilla de forma especial bajo la escasa luz que se cuele como un amante en la más remota oscuridad. La menuda muchacha se gira para mirar al vampiro. En sus mejillas se dibujan surcos de Sangre que gotean tras acariciar su mentón. Lágrimas amargas que evocan trágicos recuerdos que llevan acumulados en su pecho tantos años.

—Desde entonces, todo fue a mal. No me quedaba familia. Estaba sola y no sabía qué hacer. Estaba tan sola que Christian, el chico con el que estaba, vino a vivir conmigo. Después, no tardaron en llegar... —No puede dejar de hablar, todo lo que cuenta ya brota de ella sin control y sin pensar en ello. Sus recuerdos han aflorado claros como el agua cristalina—. Unas pesadillas horribles empezaron a atormentarme cada noche. Me sentía morir. Literalmente. Veía cosas horribles sobre mis padres, sobre mi muerte, sobre sangre... Y aunque Christian siempre me decía que lo iba a arreglar, que todo saldría bien... no pude más. —Darek parece conmocionado de algún modo, pero Kalte no cesa en el relato de su historia. Necesita sacarlo todo ahora que su Oscurus no parece estar—. En una de mis pesadillas, vi un lugar. Una capilla. Caminaba descalza por un bosque donde el suelo era de espino. El dolor de mis pies era real, pero el dolor de mi alma era peor. Caminaba con rumbo fijo, guiada por una mano de oscuridad que no entendí hasta poco después. — Las lágrimas de Sangre de Kalte brotan sin control, y ahí, de pie junto a la ventana, siente cómo tener a Darek aquí la reconfortaba en su viaje al pasado. —En el sueño, entraba en un edificio viejo... Pero solo estando dentro reconocí la capilla. Era la favorita de mi madre. —El gesto de Kalte se frunce el ceño por el dolor de recordar—. Allí, esperándome en el altar, estaba la figura de un hombre al que no podía ver la cara. Pero el miedo era desesperado, y yo avanzaba con mis pies sangrando. Cada huella se quedaba impresa en la fría piedra. Sin poder apartar la mirada de esa figura,

me tumbaba en el altar y, aunque el miedo era real, ahí, en ese momento, me sentía tranquila y feliz. Como si todo el dolor tuviese que acabar allí. Y lo deseaba, con toda mi alma. No quería sentir más dolor.

Kalte desliza la mano por su mejilla tratando de secar ligeramente las lágrimas incesables. Pero lo único que consigue es mancharse más. Darek, al verla así, se acerca a ella y con su masculina mano, le acaricia el rostro para ayudarla en la tarea. Kalte, al sentir su tacto, cierra los ojos, dejando que su piel sienta la calidez que le aporta un ser menos frío que ella, y más aún siendo la de Darek. A pesar de ser una vampira, una asesina despiadada, ahora vuelve a sentirse como la niña pelirroja que se fue de esta casa para no volver jamás.

—Ese hombre oscuro me acariciaba el pelo mientras estaba tumbada... —Kalte alza su mano para deslizarla por el castaño y sedoso cabello de Darek, recreando la escena de su sueño—, y me sentía en paz. Sabía que quería morir allí. Un cuchillo de hoja plateada resplandecía bajo la luz de la noche. El hombre lo alzó sobre su cabeza con ambas manos y se dispuso a asestarme la puñalada certera aquí... —Con la mano con la que le acaricia el pelo del vampiro, posa sus dedos sobre el diafragma del pecho de Darek cubierto por una camisa—. Y en ese momento, desperté. Asustada, miré a mi alrededor intentando orientarme. Aunque es la noche en que más difícil me resultó, ver a Christian durmiendo a mi lado me reconfortó. Pero no lo suficiente. Yo le amaba, de verdad...—Kalte vuelve a sentir cómo la Sangre brota de nuevo de sus ojos mientras busca consuelo en los entristecidos y comprensivos de Darek—, pero me sentía débil, enferma, deprimida, sola y perdida. Solo quería que parase el dolor. Y sabía lo que tenía que hacer. — La vampiresa hace una pausa.

—Fuiste a la capilla... —concluye Darek con tono protector y empático mientras le acaricia la mejilla ensangrentada de la vampira. Kalte, frunciendo el ceño, asiente lentamente.

—Sí... Sabía que me ayudaría a no sentir más... pero no quería esto. ¡Yo quería que todo se acabase! —Exclama, ahogando su frustración en el llanto—. Rurik estaba allí, preparado. Y yo... no sabía que era para esto. De verdad que tan solo quería morir, pero él tenía otros planes para mí. Fue la noche de mi conversión. Pero algo no fue bien. Mientras estaba en el proceso de cambio, algo ardía dentro de mí. Por lo que supe después, algo que mi

Dome no había visto antes hizo que la Sangre de vampiro reaccionara en mí. Estuve convulsionando durante noches y, en ese proceso, Rurik ya me daba por muerta. Pero mi maldito cuerpo acabó resistiendo la transición y me dejó secuelas que podrás ver ahora. —Darek acaricia el pelo blanco de la vampiresa mientras asiente suavemente—. Sí... el pelo, mis ojos tampoco eran grises, mi piel es extremadamente fría, y mi ira es muy poderosa.

Al pensar en eso último, la vampira se toca el pecho, extrañada de que precisamente esa ira, esa oscuridad, ahora mismo no esté. Cada vez que ha intentado recordar el rostro de sus padres, o algún momento de su vida humana, su Oscurus había entrado en un modo de ira descontrolada. Los sentimientos siempre la hacen explotar como un montón de dinamita de mecha corta. Y ahora no... No lo entiende.

—Ahí fue cuando todos mis sentimientos fueron bloqueados por la ira y el odio. Tan solo pensar en sentir... me duele. Y recordar mi pasado, mi vida humana, todo lo que dejé... Lo odio... Ver a los humanos felices en su maldita ignorancia me da asco, por eso no tengo piedad con mis víctimas. Yo lo perdí todo... Que ellos lo pierdan todo también. —Kalte acorta la poca distancia que hay entre ambos para apoyar su frente sobre el fornido pecho del expolicía, que hasta ahora ha estado muy callado.

—¿Por eso odias a tu Dome? —pregunta mientras rodea a la pequeña vampiresa entre sus brazos.

—Sí y no...—Kalte cierra los ojos, sintiéndose protegida. El dolor cesa poco a poco, está algo más tranquila al haber confesado lo que siente. No está sola. No, si tiene a Darek—. Los vampiros estamos malditos de una forma especial. No podemos acabar con nuestra propia existencia. Si intentamos salir al sol, el Oscurus nos lo impide; si queremos decapitarnos, el Oscurus no lo consiente... no hay forma de suicidarse. Así que intento por todos los medios hacer que Rurik se arrepienta de lo que hizo, que vea que soy la peor de sus decisiones. Pero si llega el momento de morir...

—El Oscurus no deja que te rindas... —Vuelve a concluir el expolicía. Kalte asiente sobre el pecho de Darek.

—Incluso si le pidieras a alguien que te matase, acabarías por luchar por tu supervivencia... —dice con asqueo la vampira de cabellos de plata.

Darek, tras un silencio que parece conducido por meditación de algún tipo separa con dulzura a Kalte de su cuerpo y la coge por los hombros. Sin

soltarla, la mira a la cara, con el ceño un poco fruncido.

—Yo también tuve pesadillas de esas antes de encontrarte a ti. También soñé que te encontraba en la capilla en la que me convertiste, y que tú me salvarías del dolor. Perder a mi mujer ha sido lo más duro que he sentido en mi vida humana; durante semanas tuve esos sueños donde revivía una y otra vez su muerte. Estaba allí, inmóvil, sin poder hacer nada para salvarla. Pero me alegro de que fueras tú quien me sacase de ese agujero negro, Kalte. No pude protegerla a ella durante mi vida humana... No voy a perderte a ti durante mi existencia vampírica.

Los ojos verdes de Darek, brillosos por la tímida luz que se cuele por la ventana, le demuestran todo ese sentimiento a la pequeña vampiresa. Por primera vez desde que es una criatura de la noche, la muchacha de cabellos níveos tiene el deseo de ponerse de puntillas, rodear el cuello del alto vampiro y besarlo como si fuese humana de nuevo. Pero la sombra de culpa, un sentimiento también muy humano, rompe por completo la magia. Kalte se separa del vampiro dando un paso atrás mientras se limpia las mejillas con el dorso de la mano.

—Debemos seguir buscando... —La vampiresa, que no recuerda haberse sentido como lo hace ahora desde que era humana, mantiene la mirada gacha, evitando el contacto visual con su acompañante.

—¿He dicho algo...? —Darek parece sorprendido por la ruptura del momento. Es normal que él tenga sensaciones muy mortales por lo reciente de su conversión, pero en el caso de Kalte, no.

—Nada... vamos... —La vampira mira al suelo y, sin esperarlo, sale de la habitación de sus padres.

Siente que guarda un secreto que no contará jamás. Sabe por qué se causan las pesadillas. No es algo al azar en la conversión. Son creadas por un vampiro. Rurik se las proyectó a ella, y por eso siendo una frágil humana, enfermó. Su cuerpo mortal no las soportaba y se marchitó con el paso de las noches. Hasta que, al final, tanto horror y sufrimiento dio sus frutos. Consiguió llevarla hasta él para acabar transformándola en una chupasangre.

Cuando Kalte planeó su huida, buscaba un aliado que pudiese ayudarla en su liberación del yugo de Rurik, y encontró a Darek, ahogando sus penas y abandonado al destino. Fue poco después cuando lo eligió y, con esa elección, aparecieron las pesadillas que tuvo el vampiro en su vida humana.

Ese sentimiento de culpa cientos de veces más intenso de lo normal, el recuerdo manipulado de cómo murió su mujer y hacerle revivirlo una y otra vez. El que él no levantase la vista de un vaso lleno de alcohol y sintiese un agujero con forma de pérdida cada segundo de su miserable vida y, finalmente, decidiese que quería morir.

Todo eso lo causó Kalte. Y Darek no debería descubrirlo jamás.

Capítulo 16

El diario secreto

Kalte camina por el pasillo del piso de arriba y un momento de duda la asalta al pasar frente a la puerta de la que era su habitación. Mirando a la nada en el pasillo, e inmóvil delante de esa barrera de madera, sus dudas son casi palpables. Gira el cuello para envestir con la mirada a la puerta como si fuese un enemigo de su pasado, aún sin mover un solo músculo de su cuerpo. Su vida humana en esta casa se torna ahora borrosa como un sueño, pero a la vez es clara como el recuerdo de una pesadilla horrible. Extiende el brazo hacia el pomo de la puerta, desgastada y con la pintura desconchada. Y, sin dificultad, la abre.

Aunque tenía una ligera esperanza de que su cuarto estuviese inexplicablemente intacto, no es así; está destartado como el resto de la casa, lo que, en parte, le hace llevar mejor los agris dulces recuerdos que, tan solo por estar aquí, evoca su interior. Las paredes, pintadas de blanco y amarillo pálido, resguardan el caos de lo que antes fue su refugio. Su lugar seguro. Su cama está tirada de lado, con el colchón también rajado, y los cajones del aparador esparcidos por el suelo. Hay prendas de ropa de su vida mortal, llenas de color, decorando el suelo de la habitación. Y pensar que ahora no viste con color... Parece que lo que fue en su día forma ahora parte de otra vida, de otra Kalte.

No tiene intención de entrar. No quiere recuperar nada, y menos aún recuerdos que la sigan atormentando en los siglos de vida eterna que puedan

acompañarla. Todavía en el umbral de la puerta, con el pomo aún sujeto en su puño, cerrado, la entorna de nuevo hasta cerrarla.

—Adiós, Kalte... —dice en un susurro hacia la habitación, como si fuese una representación de su pasado humano.

La vampiresa continúa recorriendo la casa; quiere entrar al despacho de su padre. Una sensación extrañamente cálida palia su sufrimiento desde que está en la casa. Hay algo, una sensación que no sabría describir, que le dice que debe ir al despacho.

Al entrar, sorteando la puerta descolgada y los escombros del suelo, se encuentra en el despacho del piso de abajo. Enfrente está el escritorio de madera caoba donde recuerda tantas veces a su padre sentado. La silla tapizada de cuero negro está rajada y tirada por el suelo, y los cientos de libros que llenaban las estanterías que envuelven toda la sala, también están tirados por el suelo. El crepitar de cristales y maderas rotas marcan el ritmo de los pasos de la vampiresa, que se adentra en el despacho, buscando lo que la empuja a querer estar aquí. Siente calor en esta sala. Un calor que le recuerda al sol, pero, inexplicablemente, no lo teme. El sol es el enemigo mortal de todo vampiro, un cazador que no tiene piedad ni del más poderoso de ellos. Pero esta sensación no hace que sienta miedo a la muerte, ni terror. Deambulando por la habitación en silencio, busca el foco del que emana esa sensación tan familiar.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Darek, que entra en el despacho tras los pasos de Kalte.

—No... —susurra la vampiresa cerrando los ojos. Extiende las manos para intentar localizar de dónde procede ese calor—. ¿Lo notas?

—¿El qué? —Darek frunce el ceño mientras mira a su alrededor y se concentra en notar lo que le dice su Dome.

—Este calor... —Kalte sigue dando vueltas hasta que cree encontrar lo que buscaba. Se han parado junto al escritorio de madera. Hay muchos libros tirados por el suelo, seguramente los que descansaban en la estantería contigua.

La vampiresa frunce el ceño para averiguar de dónde procede. Libros abiertos, páginas arrancadas... No sabe de dónde viene, así que se agacha y empieza a rebuscar entre los mejores amigos de su padre para descubrir qué es lo que tanto la atrae. Debajo de la pila de libros, uno llama su atención.

Las cubiertas son de cuero blando y el cordel que las ataba para que permaneciera cerrado está arrancado.

—Es el diario de mi padre. —Kalte extiende las manos para coger el tesoro que ha encontrado. Al agarrarlo con ambas manos un calor mucho más intenso emana de la superficie del cuero. Le arde tanto que no puede mantenerlo sujeto mucho tiempo. Y, sin poder controlarlo, lo deja caer con un aspaviento de molestia.

—¿Qué ha pasado? —Darek se acerca para ver de cerca el cuaderno y recogerlo del suelo.

—¿No te quema? —Kalte se siente tremendamente confundida al ver que a Darek no le produce ningún efecto.

—No... —El vampiro empieza a pasar las páginas como un abanico para ver su interior rápidamente. Se detiene en algunas de ellas para examinar su contenido. Es texto manuscrito, como bien decía Kalte, un diario sin más. Tiene anotaciones de fechas con reuniones de trabajo y conjeturas sobre lo que parece una vida cotidiana.

Kalte se frota las manos, aún con la sensación de quemazón en sus palmas. No entiende por qué a ella sí le ha quemado y por qué siente el calor que emite. Vuelve a extender su mano hacia el cuaderno y lo toma de las de Darek. Le arden enormemente al contacto con el diario, pero quiere saber por qué.

Los ojos de Kalte se abren de par en par, confundida como nunca ha estado, al ver cómo unos rayos de luz iluminan sus palmas por la piel que está en contacto con el cuero, y empiezan a deslizarse como serpientes de oro por sus dedos, el dorso de sus manos y subiendo hasta los antebrazos.

—¿Pero qué...? —exclama Darek.

—¿También... lo... ves? —pregunta Kalte con una expresión de dolor en la cara. Siente cómo los surcos que dibujan los halos de luz queman su piel. A pesar de que los vampiros temen el fuego y todo aquello que arde por el peligro que supone para ellos, esta quemazón la puede soportar unos segundos. Pero, finalmente, siente la necesidad de soltarlo cuando los zarcillos de luz llegan hasta sus codos—. ¡Mierda! —exclama con un gran dolor.

Al dejar caer de nuevo el diario, los rayos de luz que iluminan los surcos en su piel desaparecen de ella casi al instante. Con el impacto del cuaderno

en el suelo, un sobre sale despedido.

—Eso no estaba antes... —dice Darek al agacharse para recoger el sobre. Está sellado y es blanco con una única palabra escrita con la misma letra que el resto del diario: «Kalte». Darek se lo entrega a la vampiresa, que aún se está frotando los brazos, incómoda por la sensación que acaba de experimentar.

—¿Y de dónde ha salido? —Kalte mira el sobre confundida. Tras meditarlo unos instantes, lo coge para saciar la curiosidad que siente por averiguar el contenido de lo que está dirigido a ella.

Mientras lo examina, Darek se agacha de nuevo hacia el cuaderno para estudiarlo más detenidamente. Las cubiertas de cuero tienen en su cara interna un papel con diseño clásico que podría actuar como doble fondo. Pero no es el caso. Tampoco ve ninguna página que esté doblada de tal manera que sirva de sujeción u ocultación. Ni siquiera hay hojas pegadas que hubiesen podido retener el sobre entre ellas.

—No tengo ni idea, la verdad... —dice el vampiro, rendido ante un misterio que no llega a entender—. Sin duda, los que han entrado en esta casa estaban buscando algo. ¿Por qué crees que buscaban algo de tu familia? —pregunta el vampiro, poniéndose en su mejor faceta de investigador.

Kalte niega con la cabeza. Sinceramente, lleva un rato sin entender qué está ocurriendo en la que una vez fue su casa. Con los ojos clavados en su nombre escrito en el sobre, Kalte se toma unos segundos y finalmente decide abrirlo. Con cuidado, gira el papel protector de su interior para rasgar la solapa y así acceder a lo que oculta de los ojos de curiosos. Es una carta de varias páginas escrita con la misma letra que el resto del diario. Kalte mira a Darek, que parece tan atento como ella. Decide hacerle partícipe de lo que alberga en su interior, por lo que comienza a leerla en voz alta.

Kalte, mi querida niña:

Si encuentras esta carta significa que algo horrible que tu madre y yo temíamos ha terminado pasando. Tendrás muchas preguntas y, por desgracia, no tengo todas las respuestas. Lo que sí puedo hacer es contarte desde el principio la maldición de nuestra familia.

Si me estás leyendo, la primera pregunta que te habrá surgido es cómo has encontrado la carta. Los Waite somos una familia con ciertos

conocimientos sobre el manto que cubre la frágil realidad que arroja al resto de los humanos. Por ello, sabemos cómo combatir los poderes de la Oscuridad más remota y antigua. Esta carta ha sido protegida por un hechizo de legado. Eso quiere decir que tan solo tú podrías encontrarla. Si lo has hecho, ten por seguro que hay alguien más que busca la información que estoy a punto de darte.

Desde hace generaciones, los Waite hemos sido maldecidos con visiones de la oscuridad que reside en nuestro mundo, escondida y acechante, poniendo en peligro a la humanidad. Se podría decir que hemos sido tachados de locos o imaginativos, pero... ¿qué es real y qué no? Lo que el humano puede ver es locura o fe, dependiendo de con quién hables. No creo más en los dioses de cualquier religión que en las criaturas que sí he visto y que sí nos han acechado. Pero creímos que tú habías roto nuestra maldición.

De generación en generación, en nuestro linaje tan solo han nacido varones, dedicados a la investigación de lo que nos aterraba por las noches. Aunque no durante mucho tiempo, ya que la maldición no nos deja superar los treinta años. Yo ahora mismo tengo treinta y uno, y eso ha hecho que mi carta sea algo diferente a la que leí yo de mi padre, y él a su vez de mi abuelo.

Tengo tanto que contarte, mi dulce niña...

A pesar de la tradición ininterrumpida de nacer solo varones, la luz nos bendijo con una niña. Una preciosa y pequeña pelirroja que prometía ser el final de la maldición en nuestra familia. Y, en ese momento, al mirarte a los ojos, lo supe. Ibas a ser especial.

Nuestra familia se ha dedicado a investigar las cosas que nadie más es capaz de ver, y aunque es una labor vital para la salvación de este mundo, no deseaba eso para ti. Acunándote en mi pecho, lo tuve claro. Debíamos marcharnos y desaparecer. Pensé que podríamos mantenerte a salvo y que llevases una vida plena, como una niña normal. Alejada de esta locura de terror que nos ha assolado durante generaciones.

Y aquí estoy, sentado en mi despacho, rompiendo la carta que te escribí a los veintinueve años tal y como hicieron mis predecesores, y escribiéndote otra en la que te digo que nos has traído la bendición de la vida, mi dulce niña.

Imagino que te preguntarás muchas cosas, y ojalá pudiese responderte a todas en esta carta. Pero no puedo permitir que nadie más que tú la encuentre y, de ser así, que solo tú me entiendas.

No quería iniciarte en esta vida. No la he deseado nunca para ti. Y pensé que ocultarte de los Guardianes, los protectores de nuestro linaje de sangre, era lo mejor para que no nos forzasen a ello. Debíamos desaparecer. Espero haberte dado la vida que mereces y que nunca leas esta carta. Pero si lo estás haciendo, es que algo malo ha pasado. Si la estás leyendo, nuestras esperanzas no han sido escuchadas, y estarás ahora sola, sin información, y habré fracasado como padre. Pero aún puedo enmendarlo con esta carta.

Siempre has sido una niña muy sensitiva, y por mucho que quisiéramos que no vivieses la vida de la familia, tus visiones de cuando eras pequeña eran más temibles que las de quienes te hemos precedido. Y eso no podía ser buena señal. Tus horribles pesadillas, visiones de cómo nosotros moríamos a manos de criaturas sin forma, te atormentaban cada noche. En nuestra familia, podemos ver el halo que desprenden las criaturas de la noche, sin dejarnos engañar por su máscara humana. Pero ¿acaso tú podías ver más allá? ¿Qué significaba todo eso? No tengo respuesta, hija mía. Lo siento. Pero, aunque lo creas, no estás sola.

Debes buscar en tus recuerdos. Aunque no te desvelamos la verdad, sí tienes los conocimientos en tus enseñanzas. Y tienes un arma muy poderosa en tu interior. Tan solo tú eres el mapa.

Debes recordarlo todo. Las historias que te contábamos de niña no eran simples cuentos. Al igual que tus pesadillas, no eran simples frutos de tu imaginación.

El primero en nuestro linaje creó un arma poderosa que habita en ti. Recuerda, mi pequeña Kalte. No te ahogues en el desconsuelo, no escales hasta la copa sin saber cómo bajar. Solo tus recuerdos te darán los cimientos de lo que debes saber para acabar con esto. Y ahora, hija mía, solo tienes una opción. Debes romper esta maldición, debes ayudar a los Guardianes para que luchen contra la Oscuridad.

Por desgracia, solo por mi culpa y mi esperanza, ahora eres la única que puede hacerlo, y lo siento enormemente en el corazón, mi pequeña Kalte. Confía en ti y en tu instinto. Es más poderoso de lo que crees. Si sientes el peligro, que te acechan, o incluso si ves cosas inexplicables... será tan real

como lo eres tú.

Tu sangre es pura, y tú también. No dejes que la Oscuridad te encuentre. Lucha. Huye. Pelea. Sobrevive.

No puedes confiar en casi nadie, hija mía. Pero tienes más familia. Confía en tu tío Bobby y en los Guardianes. Ellos te guiarán.

Te queremos, Kalte. Nunca dejes de luchar.

Estarás siempre en nuestros corazones.

Con todo mi amor,

Papá

Kalte sonríe al ver que su padre había firmado como «papá». Siempre lo hacía cuando dejaba notas en la nevera para que ella las leyera. Pero ahora mismo está petrificada con la información. Jamás habría imaginado que su familia estuviera maldita. ¿Cómo es posible que no le contasen nada de esto? ¿Tan al margen querían dejarla? Es cierto que, si querían evitárselo, hubiese sido noble. Pero si ya de niña tenía las pesadillas... ¿a qué esperaban? Los ojos de Kalte no se separan de la letra de su padre. Está enfadada con ellos por no advertirla. Por dejarla sola sin saber qué hacer, y por haberla dejado sumida en la oscuridad que tanto tendría que haber evitado. ¿Acaso es que luchaban contra los vampiros? ¿El monstruo en el que se ha convertido ella? ¿Ha mancillado a su familia? ¿Quiénes son los Guardianes? ¿Y quién es su tío Bobby? Si sus padres eran hijos únicos, tener un tío no tiene sentido. ¿Será el mismo Bobby que el de la visión de Damian? ¿Será Boston la clave? Demasiadas preguntas acechan en la mente de la vampiresa de cabellos de plata.

Como si el tiempo se hubiese ralentizado, Kalte alza tremendamente despacio la mirada para romper el silencio en el que están sumidos ambos vampiros tras la lectura. No le da tiempo a articular palabra cuando un estridente golpe suena en la puerta del despacho. Dos figuras corpulentas irrumpen en él de forma amenazante. De pronto, el tiempo vuelve a su curso natural. Sin embargo, Kalte no logra ver a los hombres que acaban de irrumpir en la sala, incluso la puerta del despacho permanece cerrada. Todo está exactamente como hace unos instantes. Con una expresión de confusión, mira a Darek con el ceño fruncido. Pero antes de poder decir una sola palabra, la irrupción que acababa de experimentar se cumple tal y como lo

había visto antes. Oye el ruidoso crujido en la puerta del despacho al entrar los corpulentos vampiros que ha visto antes. Y, sin previo aviso, sin una sola pregunta o aviso, ambos desconocidos se encorvan amenazantes y se lanzan al ataque de los sorprendidos vampiros.

No han pasado muchas noches desde su última pelea, con huida y persecución incluidas. Aunque están prácticamente curados, Kalte aún siente que no lo está por completo. Los vampiros que los atacan son rápidos y fuertes. Ambos se dirigen raudos hacia la menuda albina, ignorando por completo la presencia de Darek. Kalte, con toda la velocidad que su cuerpo le permite, esquiva el primer golpe que lanza uno de los rapados desconocidos. Sus golpes parecen ir con una potencia temible y, sin duda, son letales. Darek salta hacia uno de ellos y le asesta un puñetazo en la columna, lo que llama la atención de ese vampiro rapado, dejando a Kalte vis a vis con el otro.

La vampiresa comienza a dar volteretas acróbatas evitando cada embestida del mamut que tiene como adversario. Inexplicablemente, ahora puede intuir sus movimientos con un segundo de anticipación. Sabe a dónde va a lanzar los golpes y aunque sea con ese poco tiempo de ventaja, es un as en la manga que acaba de descubrir. Durante minutos, pelean sin cesar. Aunque puede esquivar la mayoría de los golpes, algunos son ineludibles. El vampiro agarra a Kalte por el cuello y por la cintura, un movimiento digno de un luchador gigantón como él, y la lanza con toda su fuerza contra las estanterías vacías. Estas no aguantan el impacto y las baldas ceden ante la potencia del golpe. Kalte, tirada en el suelo junto a las maderas rotas, se incorpora con lentitud mientras ve cómo se aproxima de nuevo el matón. Darek también lucha, aunque tiene problemas para vencer. Los dos desconocidos son muy fuertes.

La vampiresa saca fuerzas de donde no recuerda tenerlas y se pone en pie de nuevo, preparada para otro ataque. Este último la ha dejado un tanto dolorida. Necesita paralizar a esta bestia poderosa de vampiro y busca algo que pueda ayudarla en esa misión. Cerca de ella, yacen unas maderas rotas por el fuerte impacto y, sin pensarlo, coge uno de los trozos, el más puntiagudo de ellos, y con un movimiento rápido, se lo clava al vampiro en el pecho. Busca asestarle una puñalada en el corazón, y no para matarlo como en las películas de vampiros, ya que eso no pasaría, sino para

inmovilizarlo y tenerlo fuera de juego en esta pelea. Pero no lo consigue, y la madera se queda incrustada unos centímetros más abajo de la zona que resguarda el corazón del corpulento vampiro. El gigantón para en seco, se mira el pecho y tras una pausa, deja salir de él una risa casi gutural al ver el ataque de la pequeña albina. Su rostro, en cuestión de un segundo, vuelve a su expresión enfurecida. Tirando de la madera como si fuese una simple astilla, la extrae al menos unos diez centímetros de su pecho y la arroja a un lado. Furioso, vuelve a arremeter contra la pequeña vampiresa, dirigiéndole un puñetazo poderoso como la bala de un cañón que impacta en el vientre de la vampiresa, lanzándola contra la pared. El golpe es más fuerte esta vez, y una grieta en la pared rota indica el lugar del impacto al caer de nuevo al suelo.

Kalte apoya las manos sobre los escombros y escupe una buena cantidad de Sangre. Este golpe ha roto algo dentro de ella y, aunque no le genera el sufrimiento que podría padecer un humano, como la falta de aire, sí siente que, en su interior desgarrado, la sangre brota. Sabe que solo podrá aguantar un golpe más; si la alcanza, está muerta. El corpulento agresor vuelve al ataque rápido mientras Kalte sigue incorporándose del suelo. Ahora o nunca. Sacando fuerzas de flaqueza, Kalte decide atacar en vez de huir, así que se lanza contra él.

En un movimiento seco del vampiro, que se disponía a asestarle otro puñetazo, aunque esta vez en la cara, Kalte esquiva su ataque y lo agarra por el brazo para impulsarse de un salto hasta quedar sentada sobre los hombros del vampiro. Maña y agilidad le hacen ganar este asalto, así que, con un movimiento rápido y letal, Kalte coloca las manos sobre la cabeza del vampiro como si fuera a dar un volantazo. Con todas sus fuerzas, tuerce el cuello del vampiro como si fuese a abrir la tapa de un bote, y tira de ella hasta arrancarla.

La cabeza permanece en sus manos. Sentada sobre los hombros del vampiro, Kalte empieza a caer lentamente bajo un cuerpo que se desploma. Kalte cae de pie y se agazapa sobre su estómago, escuchando los golpes que se asestan Darek y el otro vampiro. El ruido seco que resuena al chocar con el suelo el cuerpo, ahora inerte, del agresor de Kalte, llama la atención del otro rapado. Los ojos llenos de ira pasan por un estado de sorpresa, incredulidad y furia al ver a la vampiresa sujetando aún la cabeza de su

compañero en las manos, que se ha convertido en una masa informe de putrefacción asquerosa.

Cuando un vampiro muere, su cuerpo regresa al estado que debería tener si llevase muerto desde el momento de su conversión. Y, en este caso, parece que debe de tener unos treinta años. Su cuerpo, antes corpulento, ahora está escuálido y reseco, y su cráneo ahora tiene pocos mechones de pelo largo rodeado por una gran calva, las cuencas de los ojos secas y vacías, y los dientes desprovistos de labios. La nariz ya no es más que dos orificios y las mejillas están disecadas por un paso del tiempo forzado. Años de putrefacción concentrados en unos segundos. Con un movimiento rápido, Kalte le lanza la cabeza de su compañero al vampiro restante.

—¡Ahhhhhhh! —El rapado, que sin duda no se esperaba que su compañero acabase muerto, se lanza con una ira contenida hacia Kalte, dejando caer la cabeza que le había arrojado la vampiresa.

Kalte se agazapa, está lista para otro salto. Va a repetir la acción que, sin duda, ha sido muy eficaz con el anterior adversario. Pero, de repente, unas luces azules y rojas se cuelan por las ventanas. El vampiro que la iba a atacar sale corriendo a toda prisa para emprender su huida, no sin antes mandarle una mirada de odio a la vampiresa de cabellos blancos. Una expresión de venganza parece dibujarse en la oscura mirada del corpulento vampiro antes de salir.

Una vez que desaparece, ellos deberían hacer lo mismo. Pero, dolorida, Kalte se agazapa. Tan solo necesita unos segundos antes de emprender la huida. Darek, que también se toca con una mano las costillas, se dirige hacia el cuerpo disecado que yace en el despacho, y con movimientos expertos comienza a registrarle cada uno de los bolsillos. Tanto de los pantalones como de la camisa, y al fin se detiene en el interior de la chaqueta. Cerca de la puerta principal suenan los pasos de un par de policías que suben las escaleras de la entrada. No disponen de mucho tiempo.

—¿Encuentras algo? —Musita Kalte con una mueca de dolor. Sabe que tienen que buscar algo que les indique para qué venían o por qué les han atacado. Puede ser importante.

—Esto. —Darek le muestra un móvil a Kalte que, para su fortuna, tiene un patrón de desbloqueo de nueve puntos en vez de numérico. Darek lo pone a contraluz y es capaz de ver en la suciedad de la pantalla el patrón que usan

para desbloquearlo. Es una especie de uve doble.

Kalte siente a los policías acercarse a la puerta. Les quedarán unos veinte segundos mientras entran, ven el destrozo, sacan sus armas poniéndose alerta y llegan hasta la habitación donde se encuentran. Darek, con una precisión profesional, parece saber dónde buscar y, tras desbloquear el móvil, le muestra la pantalla a Kalte. Un mensaje procedente de un número que no tenían guardado en la agenda hace que Kalte frunza el ceño.

—¿«Tráeme a la chica de una pieza»? —lee Kalte; es la única frase que procede de ese número. Está confundida—. ¿Serán secuaces de Isabel? —pregunta en voz alta mientras piensa en esa posibilidad.

—Pero ella no sabía nada de esta casa. ¿O sí? —Darek mira a Kalte esperando una respuesta.

—No, pero... ¿y si nos han seguido hasta aquí? Si es así, no es bueno —concluye la vampiresa.

El chirrido lento de la puerta le indica que los policías ya están entrando. Tienen que salir ya si no quieren que los encuentren. Darek parece oírlos también, ya que con rapidez termina de registrar al cadáver, que aparentemente no oculta ningún secreto más, y se guarda el teléfono del muerto en el bolsillo.

—Nos lo llevamos, puede que tenga algo más —indica el expolicía. Kalte, dolorida, asiente, y sin perder más tiempo, coge la carta de su padre y se dirige a la ventana justo cuando el crujido de los pasos de los policías llega a la puerta del despacho.

Demasiado tarde para los humanos, que se encuentran la ventana abierta y un cadáver de hace unos treinta años tirado en el suelo.

Capítulo 17

Cuentos para no dormir

Los vampiros caminan por el aeropuerto esa misma noche. Se han alimentado, por lo que se sienten bien, y nada en ellos podría dar pistas de que hace apenas unas horas han tenido una letal batalla. No pueden quedarse más tiempo en North Bay. No si quieren sobrevivir a quien sea que haya mandado a esos matones a darles caza. Aún tenían tiempo para preparar su huida. Una mujer de unos cuarenta y cinco años camina junto a ellos. Es la dueña de una funeraria a la que amablemente han obligado a colaborar. A ojos de cualquier curioso, son una familia feliz de viaje.

Darek ha falsificado unos papeles de repatriación de un par de cuerpos difuntos y los certificados de defunción. En situaciones extremas, es una forma fácil que tienen de viajar durante el día, y la mujer va a ser la encargada de su custodia y transporte.

Viajar en avión es uno de los procesos más tediosos a los que se enfrenta un mortal si quiere ir de un lugar a otro en un tiempo limitado. Facturar, pasar el punto de embarque, papeles de frontera en el caso de ir a otro país... Pero, para un vampiro, basta una sola palabra para que ningún papeleo sea necesario. Kalte obliga al hombre de la aerolínea, como hizo con la mujer, a que le facilite un billete para su acompañante humana y a que le gestione el transporte de dos ataúdes que tienen preparados; una tarea sencilla teniendo en cuenta que llevan a la mujer con ellos.

Kalte mira el reloj. Son las cuatro de la mañana y en el aeropuerto de

North Bay tan solo está el personal necesario para los primeros vuelos de la mañana. En su caso, su avión despegará a las seis. Tiempo justo para que se preparen y se metan en los ataúdes antes de que amanezca. También han organizado su llegada a la funeraria de una compañera de profesión de la humana.

—Aquí tiene. —Kalte coge el billete que le entrega el hombre del mostrador—. Ya lo tiene todo listo para el transporte. De nuevo, lamento mucho su pérdida —comenta con una frase aprendida del código de conducta en atención al cliente.

La joven vampiresa asiente mostrando una falsa gratitud mientras mira a Darek con actuado pesar. Y tras tenerlo todo listo, los vampiros vuelven unos pasos atrás, donde han dejado a su humana sentada esperando nuevas órdenes.

—Matilda, este es tu billete. Ya sabes que es de vital importancia que lleves los cuerpos de nuestros familiares personalmente... —Kalte emplea sus habilidades de control mental en palabras sueltas para obligarla a acatar el resto de sus mandatos. La pobre humana piensa que lo hace por voluntad propia—. Y debes encargarte de llevarlos hasta la funeraria. Y allí deben permanecer hasta que llegue toda mi familia, que será dentro de dos días. —La humana asiente solemnemente—. Bien, tu vuelo sale en poco menos de dos horas. Ahora ve, tienes que facturar los ataúdes.

La humana sin duda va a obedecer, es algo sencillo que los vampiros pueden controlar sin mucho esfuerzo, y esta mujer está entregada al control mental. Ahora toca ocultarse de la luz. Los ataúdes no están a simple vista de todos. Los mortales sienten un especial terror al pensar que en sus vuelos viaja un cadáver en la bodega. Lo gracioso es que no saben lo a menudo que puede suceder. Vuelven hasta el coche funerario y dejan que la humana hable con los responsables de carga de mercancías del aeropuerto. Es la dueña de una funeraria; si alguien sabe lo que debe hacer, es ella. Y Kalte se ha cerciorado de que sea capaz.

Eso les da unos minutos para meterse en los féretros.

—El móvil en silencio, no en vibración. Podremos escribirnos antes de despegar, si no se ha hecho de día. No queremos que, por un descuido, quieran abrir los ataúdes —indica la vampiresa en la parte de atrás del coche funerario, junto a los ataúdes abiertos.

—¿Has hecho esto antes? —pregunta Darek con incertidumbre y seguramente algo de preocupación.

—No. —Kalte se siente tentada a mentir, decirle que sí y, de este modo, tranquilizarlo, pero es más divertido verlo sufrir.

—¿Y cómo sabes que va a hacer todo lo que debe? —pregunta refiriéndose claramente a la humana.

—He ordenado cosas más complicadas que esta, Darek. ¿No confías en tu Dome? —pregunta con malicia juguetona. Darek se queda pensativo unos segundos, lo que Kalte interpreta como una contestación jocosa por parte del vampiro—. Venga, entra —indica al vampiro mientras ella introduce su cuerpo en el ataúd.

Por dentro están acolchados y cubiertos con seda blanca y suave. Con cuidado, mete las piernas primero, hasta quedar sentada, oculta de los pies a la cintura por la madera que actúa de cobertura protectora.

—Allá vamos. —El vampiro parece mentalizarse en el proceso de confiar en una humana y en que vayan a ser correctamente transportados. Se mete igual que lo ha hecho Kalte y acaba por tumbarse—. ¿Sabes qué? —Pregunta el vampiro mirando hacia las paredes internas del ataúd.

—¿Qué? —Kalte se tumba, apoyando la cabeza sobre la almohada, comprobando la comodidad de su nueva cama.

—Esto me recuerda a la bañera de la primera noche. —La voz del vampiro es suave, y Kalte adivina una sonrisa en el hermoso semblante del vampiro.

—Será un pensamiento precioso, en el caso de que no te levantes más si la humana comete algún error...—Kalte sonríe mientras se alza para alcanzar con la mano la tapa del ataúd—. Ciérrate, no tardarán en venir a por nuestros cuerpos. Ahora hablamos por móvil. Espero volver a ver tu rostro, Matheo.

—La vampiresa encuentra divertido llamarlo por el nombre ficticio que aparece en los papeles del transporte de cuerpos. Darek se alza para cerrar su ataúd, pero no sin antes mirar, quién sabe si por última vez, el hermoso rostro jovial de la vampiresa.

—Y yo el tuyo, Luciana. —Darek le dedica una sonrisa a Kalte, una sonrisa que helaría la sangre y prendería el corazón de cualquier humana. Sus ojos verdes, dulces y varoniles. Sus dientes perlados, su media melena. El haberse convertido en vampiro ha hecho que sea más apuesto todavía que

cuando era humano. Sin decir nada, Kalte por un segundo siente que de verdad quiere volver a ver su rostro. Tan solo espera que sus habilidades sean suficientes para hacer que una humana viaje a otro país para llevar sus cuerpos a otra funeraria. Como dirían en su situación, la suerte está echada.

Ambos vampiros se cierran, quedando recubiertos por el manto de la oscuridad absoluta. Tan solo pueden ver si se iluminan con el móvil, pero no les resulta necesario para dormir. No tardan en oír llegar a la humana acompañada por los transportistas.

—Vaya... dejadme que los cierre bien, he debido de descuidarlo, no entiendo cómo... —A pesar de que el ataúd está muy sellado, se la oye como si estuviera al fondo de otra sala. Un pestillo chasca al cerrar las puertas de ambos féretros.

El viaje no ha hecho más que comenzar. Kalte activa su móvil para ver, con el localizador del billete de Matilda, el estado del vuelo. Parece que está en hora y que, según lo previsto, llegarán a Boston tras hacer escala en Toronto a las once y cuarto de la mañana. Por lo que la mujer tendrá tiempo de sacarlos del aeropuerto y llevarlos a la funeraria antes de la una del mediodía. Una vez allí, los meterán en la cámara fría, exenta de toda luz solar, hasta que llegue la noche y puedan salir.

El plan es fácil, el problema es que este tipo de viaje se hace con un siervo que un vampiro tiene de hace tiempo. Ethan hubiese sido su primera opción, pero al no estar ni siquiera cerca, y debido a la urgencia de su marcha, controlar a Matilda ha sido la única opción viable. Ir en coche hubiese supuesto dos noches de viaje, y quedarse a descansar el primer día en North Bay. Si tienen espías que los siguen o alguien más los busca, no pueden esperar a marcharse. Tan solo espera que no haya sido un error. El móvil de Kalte ilumina de pronto el interior del ataúd con esa luz blanquecina característica de las pantallas digitales en el mismo momento que nota cómo el féretro se eleva para ser transportado. Ya se mueven.

Darek: No creo que tu familia esté loca. No sé si en Boston estarán las repuestas que buscas, pero lo averiguaremos. Sé por dónde empezar.

Kalte: Pareces un abuelo

Darek: ¿Por qué?

Kalte: Nadie de tu generación escribe las frases seguidas en mensajes

Y sin abreviaciones

Que lo haga yo, bueno

Pero tú, que eres un bebé...

La respuesta de Darek se hace esperar. Kalte sabe que ha ido a dar en el clavo de la sensibilidad del expolicía. Y sabe que llamarlo bebé no le gusta nada. Se lo imagina en su ataúd, encerrado, tratando de no hacer ruido para que no sean descubiertos, pero, a la vez, deseando pegarle un bufido a su Dome. Le ve escribir y borrar, lo que provoca una genuina sonrisa en los labios carnosos de la vampiresa. Finalmente, el tan meditado texto aparece en la pantalla.

Darek: Eres mi Dome, pero cuando salgamos de este ataúd, tú y yo tendremos unas palabras.

Kalte vuelve a sonreír y decide darle una tregua por ahora.

Kalte: Bueno, no sé quién es Bobby, ni sé si lo encontraremos

Pero es la segunda vez que oigo su nombre en tan solo dos noches

Darek: Sí, tenemos que saber qué está pasando. Si eran miembros de la ciudad de Isabel, o no.

Kalte le da vueltas a esa última frase. También había pensado que pudiesen ser de la ciudad de Isabel. Pero que no lo sean la llena de temor solo de imaginarlo. Solo puede saberlo de una forma.

Kalte: Ethan, todo controlado por allí?

Ethan: Eso parece

Te siguen buscando, pero no están sacando nada en claro

Cómo estás?

Kalte: Te veo tan pendiente como siempre
Y Rurik?
Ha hecho algo él?

Ethan: No que yo haya visto.
Está mandando a los de tu nido a buscarte y preguntar por ti.
Pero... Mi ama...
Esto es una pérdida de tiempo
Quiero ir a donde estés
No te van a encontrar
Y me lo prometiste

Kalte: Lo sé
Mañana te llamo
Pero ahora tengo que dejarte
Voy a tomar un vuelo

Ethan: Ahora????

Kalte: Sí, pero de forma segura
Mañana te doy detalles
Ten paciencia

La respuesta se hace esperar unos segundos más de lo habitual, pero acaba contestando.

Ethan: Bien, pero estaré pendiente mañana

Kalte: Sí, descansa Ethan

Ethan: Soñaré contigo, mi Ama

Al despedirse de su siervo, Kalte vuelve a la conversación con Darek.

Kalte: Rurik está mandando a miembros de su nido a buscarme

Pero no parece que tengan pistas sobre mi paradero

Deberíamos seguir moviéndonos así

No podemos dejar que nos encuentre

La venganza se la toma muy en serio

Y de forma personal

Sería él quien nos diese caza una vez sus informadores nos encontrasen

Darek: Te fías de Ethan?

Kalte: Por qué no debería?

Está vinculado a mí

Es mi Zumo y no puede traicionarme

Se produce una nueva pausa en la conversación. Darek debe de estar dándole vueltas a algo, y a Kalte le gustaría ver su cara detectivesca cuando se pone en modo investigador.

Darek: Respecto al vínculo...

Kalte se niega a tener esta conversación por mensajes. No le ha aclarado este tema aun, pero sí, está vinculado a ella. Lo que siente por ella está fortalecido por la sangre que le dio la noche de su conversión. A ella le interesa que sea así, y ahora entiende por qué a su Dome le interesaba de igual manera. Pero en su caso, odia a Rurik, y ese vínculo era un ancla para no poder huir de él. Igual que Darek no puede hacerlo de Kalte. No a menos que la odie y luche contra ese vínculo durante décadas para intentar evitarlo, aunque no romperlo. Tan solo se rompería si se vincula a otro vampiro más antiguo que ella. Y Kalte no piensa permitir que eso suceda.

Por ahora, sigue vinculada a Rurik y necesita que pase tiempo mientras está alejada de él para poder romperlo. De otra forma, un Dome siempre

otorga pequeñas dosis de su propia Sangre a sus Pequeños para que ese vínculo se mantenga fuerte. Y Kalte no puede pensar en otra cosa que en romper el yugo bajo el que la mantenía su creador.

Kalte: Hablaremos de eso en otro momento

Kalte se da cuenta de que ya no se mueven. Y poco a poco, un sueño lento y pesado comienza a cerrar sus párpados. Fuerza la vista para ver la hora que es. Las cinco. Esta noche han apurado mucho y el sol parecía querer cazarlos, amaneciendo antes de lo habitual. Sin poder controlarlo, Kalte cede al sueño profundo del día.

Puede haber pasado un minuto o tres días completos, pero como cada noche, Kalte vuelve a abrir los ojos. Está completamente a oscuras todavía y, con suavidad, palpa las sedas blancas que recubren la tapa del ataúd. Empuja incrementando la fuerza conforme la madera no cede, y se da cuenta de aún está encerrada.

Si ha abierto los ojos significa que ya es de noche, por lo que el féretro podría estar en medio de una playa, que la luna sería su protectora bajo un mar de estrellas y el sol no podría acabar con ella, aunque estuviese al aire libre. Pero, de todas formas, no sabe dónde está. Se mantiene en silencio unos segundos, concentrada en escuchar el exterior. Busca la presencia de murmullos o sonidos que indiquen que no está sola. Pero nada. Todo está en silencio. Cierra el puño y golpea la superficie de la caja con la fuerza que le permite el poco espacio. Con el primer golpe, la durísima tapa cruje y se bombea. Con el segundo, las grietas hacen que la madera se resista menos al impacto. Y, al tercero, su puño perfora la tela y todo lo que se interponía en su camino. Con ambas manos, comienza a destrozar la madera encerada de color caoba, creando un agujero por el que meter el brazo y así poder abrir los pestillos que la mantienen encerrada. Al deslizar la mano por la suave madera, encuentra una pieza de metal. Precisamente la que buscaba. No le cuesta mucho abrirla, solo es cuestión de segundos que la puerta superior del féretro se libere sin ninguna dificultad. Una vez abierta, la madera destrozada

que hacía de prisión y protección al mismo tiempo revela a Darek, que se mantiene de pie mirando al ataúd de Kalte.

—Un plan de viaje muy interesante, Kalte Houdini. —Darek mantiene una sonrisa burlona que se intuye en la comisura de sus labios, pero parece intentar mantener la seriedad. La vampiresa echa un vistazo al ataúd del vampiro, que se mantiene intacto.

—¿Tú no estabas encerrado? —pregunta la muchacha mientras sale de la que ha sido su cama durante el día.

—Sí, pero con un pequeño golpe he roto solo la cerradura. Es un poco menos llamativo que lo tuyo, pero también menos dramático. Me imagino a los humanos que vean tu ataúd, claramente roto desde dentro. ¿Pensarán que hay un zombi suelto por la ciudad? —Parece que Darek está de buen humor esta noche. Tal vez por vivir una noche más después de un viaje cuyo éxito no tenía claro.

—Si quisiera ser la marioneta de un nigromante, me hubiese quedado con mi Dome... —Kalte mira a su alrededor. Están en una cámara fría, tal y como le habían indicado a Matilda. Ha sido un buen trabajo, y todavía más considerando que no era su sierva y tan solo se guiaba por el control mental—. No, gracias —susurra la vampiresa asqueada por la mera idea de que eso pudiese volver a pasar.

—He oído hablar sobre la nigromancia. En el clan de Isabel lo tenían como un tema tabú. —El vampiro vuelve de nuevo a su seriedad policial—. Pero centrémonos en lo que nos trae por aquí. ¿Tienes pensado por dónde empezar a buscar? —pregunta el vampiro mientras examina la puerta de la sala. Con cuidado, gira el picaporte para comprobar si está cerrada o abierta y, para su sorpresa, está abierta—. ¿Recuerdas algo sobre Bobby o lo que te decía tu padre en la carta?

Kalte se dirige hacia el vampiro y juntos comienzan a caminar por los pasillos de la funeraria. Es una especie de casa privada donde tienen el sótano como cámara fría para los cuerpos. Seguramente tengan la sala de ceremonias arriba, y un piso por encima, los dormitorios de la familia.

—La verdad es que no sé quién es Bobby —comenta con amargura mientras camina—. Mis padres eran hijos únicos, así que imagino que debía de ser un primo por parte de madre, o un amigo cercano de la familia. Porque no sé si tenían primos... —Kalte hace una pausa tratando de recordar si en su

árbol genealógico tenía familia segunda, pero solo llega a una conclusión—. Lo único que sé es que yo no lo he llegado a conocer. —Sus palabras suenan con un claro resquemor—. Y, sobre la carta, tengo la sensación de que me he acabado convirtiendo en uno de los seres contra los que luchaban. Pero venga ya, ¿cazadores de vampiros?

—No me ha dado la sensación de que lo fuesen. Parecía que hablaban sobre conocimiento, no sobre lucha. ¿Recuerdas las historias que te contaban? Esa puede ser otra pista para que sepamos quiénes eran los que buscaban la carta que ocultó tu padre para que solo tú la encontrases. —Kalte sonríe al escuchar a Darek, le gusta lo apuesto que se pone cuando está tan serio y preocupado.

—Recuerdo una en especial. Cuando era niña tenía muchas pesadillas. Las he tenido durante toda mi vida, humana y a veces como vampiresa. —Kalte se estremece al recordar las pesadillas en las que es asesinada. Cruzan una esquina que da a las escaleras que ascienden al piso superior.

—¿Cómo, aún las tienes? ¿Las mismas que cuando te ibas a convertir? Pensaba que los vampiros no soñábamos. —Darek pisa cada escalón con sigilo mientras siguen hablando en un tono suave.

—Sí, pero no mientras duermo. Estando despierta me bloqueo y entro en esa especie de visión o sensación. Siempre es lo mismo, y cada vez es más vívido. —Nota que Darek está a punto de preguntarle más. No quiere ahondar en sus pesadillas ni tampoco quiere volver al tema de las de Darek. No le mentiría si le pregunta directamente por las que tuvo él de humano, así que prefiere evitar esa conversación. Sin dejar hueco para que formule su pregunta, cambia de tema de forma radical—. Cuando tenía esas pesadillas, mis padres venían a mi habitación. Una vez era uno, otra vez era otro, pero siempre me contaban la historia de Howard. Era un chico que, desde pequeño, como yo, podía ver cosas que los demás no podían. Su padre había muerto por una temible enfermedad, de muy joven, así que vivía con su madre, sus dos tías y su abuelo materno. La madre era una mujer que creía tener los pies en la tierra y decía que las visiones de Howard eran cuentos creados por su exaltada imaginación, ya que disfrutaba de la soledad en parajes extraños. Pero aunque su madre no le creía, el joven y valiente Howard, con el paso de los años, formó un grupo de detectives para investigar los misterios que no tenían respuesta.

Kalte se concentra en observar la casa al llegar al primer piso. Con la habilidad que aprendió de Isabel es capaz de notar la presencia de cualquier ser vivo y no muerto en las cercanías. Pero parece que esta noche la casa está vacía. Kalte, frente a la puerta, coge un abrigo negro de lana con botones gordos y corte de gabardina que está colgado en el perchero de la entrada. No sabe de quién es, pero no le importa.

—No tenía amigos, ya que, por estar siempre enfermo, no podía ir al colegio. Pero su abuelo fue un profesor, amigo y apoyo importante. Hasta que murió cuando Howard era un adolescente. Fue ahí cuando un día, en un bosque que frecuentaba, lo vio. A su abuelo. Estaba caminando por el bosque, solo y con un rumbo fijo. Howard, alegre de ver a su abuelo, corrió y gritó para alcanzarlo por el bosque. Pero cada vez que se acercaba, desaparecía de su vista. Hasta que, tras una búsqueda exhaustiva, lo encontró. Colgado de un árbol con un tronco gordo como una casa y alto como cinco pisos. Sus ramas eran poderosos zarcillos con forma redondeada que protegían a la tierra de los rayos del sol, y su copa era frondosa y oscura. Las vetas de la corteza eran del tamaño de ventanas, y su abuelo estaba siendo rondado por cuervos que le sacaban los ojos para comérselos.

—¿Eso es lo que te contaban de niña? —pregunta horrorizado el expolicía mientras siguen hablando en el recibidor de la casa. Kalte ignora la pregunta, al considerarla retórica, y continúa con la historia.

—Tras esa horripilante visión, el joven Howard pensaba en la muerte continuamente, incluso en el suicidio. Se sentía solo sin su abuelo, y más perdido aún con la imagen del hombre en el árbol. Tenía ataques de pánico, y cada vez le asaltaban visiones más oscuras que plasmaba en páginas en blanco que acababan siendo relatos terroríficos. Todo lo que veía podría ser fruto de que se estuviera volviendo loco. No salía, no hablaba con nadie. Se aisló del mundo para intentar protegerse de las visiones que le acechaban. Para la gente ya era, o bien el loco de las historias de terror, o un visionario. Pero la idea que prevalecía en su mayoría es que había perdido por completo todo ápice de cordura. Mis padres me recordaban una y otra vez que no hiciese como el pequeño Howard, yo tenía a mis padres, y nunca debía pensar en hacerme daño. —Kalte, cruzada de brazos con el abrigo puesto, está apoyada en la puerta de la entrada, y al escucharse contar la historia, suelta una risa irónica—. Lo peor de todo es que ese cuento para niños, esa

moraleja que me daban mis padres, no me sirvió de mucho. Y ahora soy una vampiresa, una criatura de la oscuridad que seguramente es lo que temía mi familia, porque, llegado el momento, el de las horribles pesadillas y enfermedad, hice oídos sordos y busqué la forma de morir...— La joven vampiresa arquea una ceja antes de permitirle a Darek una sola palabra de compasión mientras recuerda de nuevo la noche en la que buscó a Rurik para que acabase con su sufrimiento. Le ve la cara claramente, y está sufriendo desde que ha empezado con el cuento para no dormir—. Vamos, tengo hambre.

Los vampiros salen de la funeraria y, aunque acaba de caer la noche, el cielo está especialmente encapotado. No se puede ver ni una sola estrella, y la luna tampoco alumbra el cielo. Hoy es la noche de las bestias.

—Ve tú a cazar, yo quiero ir a comprobar algo antes. —Darek mira a su alrededor, como si intentase orientarse.

—¿A dónde quieres ir? —pregunta la vampiresa mientras intenta adivinar en su rostro qué pasa por su cabeza.

—Ve a comer, yo estaré en el hotel cuando vuelvas. —Y, sin dar más explicaciones, el apuesto y alto vampiro se marcha con rumbo fijo, dejando a Kalte sola en esta ciudad desconocida.

Cpítulo 18

El placer del mordisco

El manto de oscuridad que cubre el cielo es el único testigo de la dirección que toma Kalte tras verse sola frente a la funeraria. Podría haber hecho dos cosas: la primera, seguir a su Pequeño para ver qué tramaba, y la segunda, ir a cazar como tenía pensado desde un principio. La curiosidad no es una arma tan poderosa como para ganar ese duelo. Los pasos de Kalte son calmados y ligeros. Deambula como lo hace cualquier otro viandante que camina en la temprana noche. A medida que avanza sin rumbo fijo, parejas, grupos de amigos, gente solitaria y todo tipo de individuos se cruzan con ella, sin ser conscientes de que están pasando por un proceso de selección. Deberían sentirse afortunados por no sacar la pajita más corta. Solo necesita a uno que huela bien y que, por qué no, la entretenga un rato. La noche va a ser larga, así que puede darse el placer de disfrutar de algo de diversión.

Esta es la única manera que encuentra productiva para dejar de pensar en todos los enigmas que parecen haber llegado a su existencia con el objetivo de confundir su eternidad. Y esta noche, libre de acechadores, piensa disfrutar de una verdadera sangría.

Con cada persona que se le cruza, un aroma peculiar y único embriaga sus sentidos. A Kalte le gusta buscar más allá de los diferentes olores que enmascaran los de cada humano. En la actualidad, hay miles de productos que hacen que los humanos, o comúnmente conocidos por los vampiros como Zumos, edulcoren la base olorosa de su piel. Tonos dulces, florales,

leñosos, químicos, frutales, mentolados, cítricos, ahumados, acres... cada uno cuenta una historia sobre su propietario. Puedes saber mucho de alguien si prestas atención a los detalles. Puedes saber si son fumadores o bebedores habituales, si acaban de tener relaciones sexuales, si se han duchado o si, por el contrario, se han puesto capas de perfume para camuflar su hedor, si hacen ejercicio, e incluso qué tipo de alimentación llevan. Aunque intenten camuflar los sutiles trazos de aroma propios, para ella es divertido y estimulante hallar la esencia de cada humano. Ese olor que se esconde durante el día, pero que emana cuando despiertan por la mañana, libres de influencias sociales. Son tantos datos los que navegan en solo una brisa fragante al pasar junto a una persona... Y Kalte es una adicta a los olores. No busca uno en concreto, pero hay ciertos tipos de fragancias que le llaman la atención. Y en momentos de caza con diversión, se permite darse el capricho de buscar lo que desea.

Para ella, esto es como el humano que cena siempre en su casa. No significa que la comida de su casa esté mal, o poco sabrosa, pero esto podría compararse con ir a cenar a un restaurante caro donde solo sirven exquisiteces aptas para paladares finos. Y esta noche quiere darse ese festín delicioso.

El aroma parece ser su guía, y su cuerpo un mero vehículo que la transporta hasta donde estará su restaurante. Tras un lapso de tiempo que no ha contabilizado, alza la vista. Una cola de humanos está esperando para entrar en un edificio que parece hecho de cristal, custodiado por unos guardias de seguridad, los típicos que podrían parecer de la antigua Unión Soviética. Dos hombres grandes, de un metro noventa fácilmente, corpulentos, con rasgos toscos, pelo rapado, trajeados de negro y cara de pocos amigos.

Los grandes ventanales que se alzan unos cuatro pisos dejan ver las escaleras blancas que suben por cada nivel, brillando con coloridas luces de neón. Risas, flirteos, miradas... Si ya solo en la entrada el ambiente es propicio a tener contacto físico, dentro va a ser un deleite para su paladar. Y lo mejor es que la gente joven aún no ha tenido tiempo de cargarse la calidad de la sangre con una alimentación viciada por los años y descuidada por el dolor de la vida.

Al menos un par de decenas de jóvenes humanos están arreglados con

sus mejores galas para salir de fiesta. Ignorando por completo la cola de la gente que está esperando tras los cordones gruesos de terciopelo rojo unidos por dorados soportes, Kalte se dirige hacia los hombres que custodian las puertas del alto y acristalado edificio. Frente a ellos, parece más pequeña y joven de lo que en realidad es, su presencia y confianza es mayor de lo que ellos imaginan de una adolescente maquillada como para colarse en una discoteca sin el permiso de sus padres. Los hombres le echan un vistazo de arriba abajo, peinando cada centímetro de su cuerpo antes de hablar.

—Debes ir al fondo de la cola —indica uno de ellos con cara de pocos amigos. La primera pareja de la cola mira a Kalte con odio en sus ojos, seguramente por la cantidad de tiempo que lleva esperando para poder entrar.

—No hace falta, estoy en la lista —miente Kalte con seguridad en cada una de sus palabras.

—¿Nombre? —El bigardo de la derecha coge una tablilla negra de plástico rígido para mirar en los documentos que parecen ser la lista de acceso prioritario.

—Kalte. —Los ojos de la vampira se clavan en el hombre que sostiene la lista, esperando tan solo un segundo a que establezcan contacto visual. Ese momento no se hace esperar cuando no la encuentra entre los nombres de los vips.

—No estás aquí, ve al fondo de la... —Al tener contacto visual directo, la chica le corta la conversación por completo. Es fácil controlar a quien no espera ser controlado. No les da tiempo de prepararse mentalmente para combatirlo, así que, en esa situación, para ella es coser y cantar poder controlarle.

—Sí estoy —insiste Kalte, pronunciando con mucha claridad esas palabras para que el humano se quede rendido a su control mental—. Compruébalo de nuevo.

El humano, casi sin pestañear, mira de nuevo en su lista. Tarda poco en utilizar un bolígrafo que guardaba en el interior de su chaqueta para tachar un nombre en ella, uno que con toda seguridad no es el de Kalte. Pero de quién fuera no es algo que le importe a la vampiresa.

—Puedes pasar —indica el portero bajo la enrabieta mirada de la pareja que ha seguido la conversación de cerca y parece querer quejarse

mientras la albina se adentra con una gran sonrisa en sus carmesís labios.

El color predominante de la zona de las escaleras es el azul neón, que ilumina el camino de Kalte mientras se desabrocha el abrigo de la cintura. Sus hombros están al descubierto y su torso está decorado por un entallado corsé negro con filigranas satinadas. Sus pechos tienen una forma sinuosa para el ojo lascivo del ser humano, que reposan mostrando un sutil pero llamativo escote. Tras dejar su abrigo en el guardarropa, gratis, por supuesto, sube los pisos para ir a la sala que está en la zona superior del edificio. Tiene cierta curiosidad por ver qué hay allí. Desliza sus dedos por las barandillas de cristal recubiertas por un metal dorado en el pasamanos. Las lámparas, que cuelgan en la parte superior del edificio, son circulares con cristales que reflejan los brillos que desprenden y la luz neón que reciben de las tiras de leds, colocadas estratégicamente en la parte de debajo de las escaleras para cambiar los colores de la entrada. Cada piso tiene una sala diferente, y todas están abarrotadas de gente bailando, parejas besándose, bailarines en las barras, luces que dibujan formas en la oscuridad, música a todo volumen y *disc jockey* tocando para sus fervientes espectadores. Todo eso es un bullicio sensorial para el hambre de Kalte.

Al fin, en el último piso, la sala está tan abarrotada como las anteriores a pesar de ser la de más difícil acceso. Es grande y está oscura. Las luces de neón son rosas y el *disc jockey* pincha una mezcla muy actual mientras la locura de los humanos aumenta con la intensidad del ritmo con el que los deleita. Como un león en una pradera llena y abarrotada de gacelas, Kalte zigzaguea entre la multitud, buscando una presa entre sus posibles víctimas. No tiene prisa alguna. Esta noche quiere disfrutarlo. Al fondo de la sala, bajo un techo recubierto por luces que parecen estrellas luminosas, se encuentra una barra con luces de neón que cambian de colores donde trabajan unos ocho camareros, por lo que ve Kalte. Cuatro chicas y cuatro chicos. Atracciones para todos los sexos y gustos. Los vampiros son muy sensibles a todo tipo de ruidos, teniendo en cuenta que pueden agudizar sus sentidos para escuchar un alfiler caer en otra habitación. Pero eso es algo voluntario; ahora mismo, Kalte está relajada, como una humana con ganas de divertirse. Al llegar a la barra, consigue evadir a todos los que esperaban a tener disponible un camarero libre para pedir su bebida. Tras establecer contacto visual con uno de ellos, un joven bastante guapo con una camisa blanca y un

chaleco negro, le pide un cóctel a su propia elección.

—Sorpréndeme. —Kalte sonrío al camarero mientras toma asiento en una de las pocas banquetas que hay. La chica que estaba sentada en ella hasta hace un momento se la acaba de ceder amablemente para irse a bailar con sus amigas.

Kalte se cruza de piernas y apoya un codo en la barra, mirando hacia la pista de baile mientras el camarero realiza sus malabares con las botellas. A la vampira no le interesa eso por ahora. Sonríe al ver a la gente bailar, y disfruta con la dificultad de distinguir y ponerle cara a la gente por los efectos luminosos de la sala. Parece que toda la enorme instancia baila al son del *disc jockey*. De repente, una mano fría, aunque más cálida que la piel de la vampira, se posa sobre su hombro. Ella no se esperaba haber llamado la atención tan rápido, pero se gira para ver la posible víctima que ha picado en su anzuelo. Sin embargo, el rostro que ve le hace fruncir el ceño y apartar el brazo.

—¿Adam? —Kalte no entiende cómo es posible que él esté aquí. No solo en la discoteca, sino en Boston—. ¿Pero, qué...? —El vampiro le dedica una perlada y preciosa sonrisa aprovechando la sorpresa que ha invadido a la vampiresa. Una sonrisa que, cómo no, a ella le recuerda enormemente a Christian.

—Aquí está mi acendrada Kalte... ¿No puedes vivir sin mí, que me sigues a todas partes? —pregunta el vampiro sin apartar la mirada de Kalte. No les hace falta gritar, se oyen bien a pesar del volumen de la música.

—¿Perdona? ¿Me has seguido tú? —La vampiresa aún no puede salir de su asombro. Esto no puede ser una simple casualidad. El vampiro, que está junto a ella en la barra, con el brazo también apoyado sobre la brillante y fría superficie, se inclina hacia ella para rodearla con su brazo y susurrarle al oído. Kalte está atrapada entre la barra y el cuerpo de Adam.

—¿Esto te gustaría? —le susurra con la que posiblemente sea su voz más seductora. Unos mechones de su pelo rubio oscuro acarician el rostro de Kalte mientras perfuman en un halo todo el aire que les rodea.

Kalte pone una mueca de desagrado. No le gusta nada sentirse como carnaza de otro vampiro. Y este, ¿a qué está jugando? Los vampiros no se enamoran. No como los humanos. Es algo imposible por el mero hecho de tener la Oscuridad absoluta morando dentro de ellos. ¿O acaso está

obsesionado con ella? Kalte posa sus menudas manos sobre el pecho del vampiro para empujarlo con suavidad y separarlo de ella. En ese movimiento, Adam extiende su brazo para alcanzar la bebida que estaba tras la albina. Con suavidad y una mirada curiosa, trae consigo un vaso con curvas de mujer y un líquido naranja por la base y rojizo por la superficie. Un borde de azúcar decora el contorno del vidrio y una rodaja de naranja le pone la guinda al pastel.

—¿Un «sex on the beach»? —Una mirada con matices picantes procedente de los ojos azules del vampiro inspecciona a la albina—. Me parece que le has gustado, y no le culpo. ¿Debería encargarme de él? —dice mientras mira a Kalte con fijeza.

—Dime que estás de broma... —La vampira le arrebató el vaso a Adam con la expresión seria—. Por favor, dime qué es lo que te ha dado conmigo para que podamos eliminarlo y que cada uno se vaya por su lado. —Aunque tiene la bebida en la mano, no se la pensaba tomar. A los vampiros no les sienta bien ingerir otra cosa que no sea sangre, pero tiene sus juegos para este tipo de caza y, para ello, necesita el vaso.

—Mi pequeña y helada Kalte... —Adam coge la mano libre de la vampiresa y posa su gélida palma sobre su propio pecho, justo donde yace un corazón que dejó de latir hace tantos años como no puede ni imaginarse la albina—. Dime que lo notas. No late, ni por ti, ni por nadie... —La vampira entiende la referencia al amor mientras clava sus grises ojos sobre los azules de Adam, que sigue hablando—. Pero la química que hay entre nosotros... dime que no la sientes. Dime que me la imagino. Desde la primera vez que te vi, supe que tú y yo estábamos destinados a compartir la eternidad y que nuestros destinos estaban unidos. Y sé que tú sientes lo mismo. Tu mirada cuando nos cruzamos en Montreal...

Kalte siente esa especie de unión con él. No sabe qué clase de química es, ni siquiera sabe si los vampiros pueden sentirla. Pero sí que es cierto que algo de él la atrae, aunque quiere pensar que tan solo es el aspecto físico que le evoca recuerdos de su primer y único amor humano. Nada más. De ningún modo piensa admitir que sí lo siente. La música aumenta el ritmo frenético del baile de los humanos mientras las luces comienzan a parpadear más rápidamente y unos chorros de humo que salen de unos tubos en el techo iluminado comienzan a llenar la sala.

—No. —Kalte aparta la mano de forma seca y fría, liberándose del zalamero de Adam, todo lo distante que puede mostrarse de ese sentimiento que no es real—. No siento lo mismo que tú, Adam. Cuando nos vimos, pensé que eras alguien de mi pasado. Eso es todo.

—El afortunado Christian. ¿Fue tu amor humano? Porque parece muy jovencita... —El vampiro sigue mirándola con una sonrisa que helaría el infierno. Pero la pregunta molesta a la vampira.

—No voy a hablar de eso contigo —sentencia, molesta con el gesto fruncido.

—Eso es un sí, y eso quiere decir que soy tu tipo... y no el vampirito con el que vas. —Algo que no imaginaba Kalte es que Adam pudiese ampliar más la sonrisa, pero al llegar a esa conclusión que tanto parece gustarle, lo hace.

—Ya está bien, Adam. Tengo hambre. Disfruta de la caza. —La vampira sabe que esas palabras, en una discoteca y con la música a todo volumen, pueden simplemente interpretarse ante los oídos de los curiosos como irse a ligar. Dispuesta a marcharse dejándolo con la palabra en la boca, se ve frenada por la mano del vampiro, que la coge de la muñeca para evitarlo.

—Hagámoslo juntos —dice serio sin apretar la muñeca, pero sin soltarla, mientras ella sigue de espaldas a él—. Dame solo una noche, si no te gusta cómo lo pasamos, desapareceré.

Kalte le escucha con atención. El hecho de que él desaparezca por un lado le duele, pero por otro, lo desea. Bajo las luces que iluminan su pelo blanco de diferentes colores a medida que cambian en la sala, gira la cabeza y lo mira a los ojos, buscando la sinceridad en él.

—¿Solo una noche? ¿Comer y ya? —Kalte mantiene su cuerpo encarado hacia la pista mientras sigue sujetando la copa, pero tiene la mirada fija en Adam, intentando leer la expresión facial que pueda adoptar tras la respuesta.

—Sí. —Un monosílabo escueto pero directo es lo único que pretende ceder de información. Y con una seriedad que parece indicar que no miente, lo que acaba por conseguir que Kalte asienta.

—Está bien —dice un poco a regañadientes.

Adam, sin soltar aun la muñeca de la vampira, vuelve a sonreír como un niño la mañana de Navidad.

—¡Has aceptado una cita! Si es que de verdad no puedes estar sin mí...
—Su mirada vuelve a ser intensa y picante. Antes de que Kalte le rebata, Adam comienza a caminar tirando de su mano, que aún sigue agarrada.

Adam coge la copa que llevaba Kalte en la mano y, con todo el gentío bailando, algunos de ellos bastante borrachos, se choca con un chico de unos veinticinco años, dejando verterse todo el «sex on the beach» se vierta en el suelo.

—¡Eh tío! Perdona. —El humano borracho mira la copa vacía en la mano de Adam y, a continuación, a Kalte junto a él—. ¡Buah macho, está superbueno! —alza la voz para hacerse oír por encima de la música, con la boca pastosa.

—Era la copa de mi pequeña.

«¿Mi pequeña?». Kalte mira a Adam al oír cómo la llama, pero, aunque piensa en que quiere matarlo, no será delante del humano.

—¡Jo tío, lo siento mucho! Os invito a otra copa... —Los ojos del humano los están mirando, pero debido a su embriaguez no parece enfocarles bien a la cara. Están rodeados por mucha gente, pero todos bailan y están a lo suyo, sin prestar atención a lo que puedan hablar lo que parecen ser tres amigos cerca de la pista de baile.

—Sí, genial. Llénamela con tu sangre. —Adam ni se inmuta al dar la orden.

Acto seguido, sin hacer movimientos extraños, el muchacho tira al suelo su propia copa. Se agacha como si nada de lo que estuviera pasando fuese algo fuera de lo común y, con un cristal de su copa rota, se corta en la muñeca. El chico agarra la copa de las manos de Adam y se la pone debajo del riego de sangre que se vierte cálido desde sus venas. Como si llenase una copa de zumo de tomate, el recipiente acaba lleno en unos segundos.

—Toma. —El borracho les tiende la copa para que puedan disfrutar de su nueva e improvisada bebida, pero sin dejar de sangrar.

—Qué corte tan feo te has hecho. Tapónatelo y ve rápido a que te suturen. Deberías haber tenido más cuidado... —El muchacho asiente y se marcha rápido mientras, con la mano libre, intenta parar la hemorragia.

—Le podrías haber sanado la herida. —Kalte observa al muchacho mientras se va y odia estar disfrutando con el inicio de la noche.

—Tú también, pero así es más divertido, ¿verdad? —Adam se gira hacia

ella y, con sus yemas posadas en la base de la copa, alza el recipiente en las manos de Kalte para que beba—. Parece que está cargado, y con lo pequeña que eres puedes acabar muy borracha... —Adam le dedica una sonrisa preciosa a la vampiresa.

Tras probar un sorbo de la sangre, la albina puede notar que el calor de la sangre empieza a desaparecer con cada segundo que pasa fuera del cuerpo de su propietario. Pero el intenso sabor alcoholizado compensa la temperatura.

La cultura popular sobre los vampiros en la literatura moderna y el cine confunde a los Zumos, lo que se convierte en una ventaja increíble para los moradores de la noche, ya que su nivel de desconocimiento de lo que es real en el mundo vampírico les da ventaja a los nocturnos en esta batalla por la dominación.

Una de las cosas que desconocen es que los vampiros también pueden pasar por estados de alteración del consciente con sustancias como el alcohol y las drogas. Cuando bebes la sangre de un borracho, el alcohol afecta al vampiro de igual manera que si fuese él mismo quien se tomase una copa más o menos cargada, según el estado de la víctima. Pero con una pequeña diferencia: cuando un humano ingiere alcohol, tiene que digerirlo y metabolizarlo para que pase al torrente sanguíneo. Y el vampiro, en cambio, lo bebe en su estado puro en sangre. Momento en el que tener un alto porcentaje de la sustancia en sangre hace que el Zumo sucumba a sus efectos. Y eso tiene consecuencias terribles. Un humano pierde el control motriz, las barreras sociales, la cohibición sexual... pero, para un vampiro, lo único que se le inhibe es el miedo a su Oscurus y la pérdida de control sobre él, y con ello llegan las decisiones más inhumanas y... las peores matanzas.

Lo mismo sucede con las drogas. No poder ingerir comida o bebida humana no es impedimento para poder sentir sus efectos.

—Toma. —Tras el sorbo de sangre, Kalte comparte con Adam su bebida—. Está fuerte, sí. Pero, por muy borracha que acabe, no quiero que me vuelvas a llamar pequeña.

La sala huele a sudor y perfume por el incesante bailoteo de los presentes. Adam, sin apartar los ojos de Kalte, coge la copa y se bebe la sangre que quedaba de un trago. De un golpe seco, la deja caer al suelo rompiéndose en mil pedazos. Pero el sonido parece mudo ante la fuerte presencia de la música.

—¿No te ha gustado mi papel? Un empresario joven, rico y claramente apuesto... —Adam da un paso atrás para que Kalte pueda verlo bien. Es cierto que es muy atractivo, alto y con la camisa oscura abierta casi hasta el pecho, parece un joven y poderoso hombre de negocios que acaba de salir de trabajar y solo quiere divertirse—. Y tú eres mi becaria torpe, a la que le gustan los juegos de azotes... dime que no ha sido lo que parecía... —La mirada seductora y el alcohol hacen que Kalte no se sienta tan peleona como de costumbre. Tan solo piensa que después de esta noche toda esta zalamería acabará.

—Pero, para nosotros, esa palabra significa otra cosa. No la vuelvas a usar conmigo. Jamás. —Kalte empieza a sentir una sensación en el pecho que la abruma a causa del alcohol en la sangre del humano.

Adam coge de nuevo a Kalte de la mano y la guía entre los grupos de borrachos que bailan, hablan o bromean, ajenos al peligro que les acecha, hasta llegar a la pista de baile. El alcohol hace que las luces parezcan más brillantes y el olor a humano más intenso. Se siente libre de una manera siniestra, y cierra los ojos para centrarse en el embriagador aroma a feromonas que desprenden los sudorosos y joviales presentes. El vampiro coge por el brazo a un chico y le susurra algo al oído. Al momento, el chico asiente y se marcha hacia la salida de la sala en la que se encuentran.

Adam, sin soltar la suave y gélida mano de la vampiresa, adopta una pose que tan solo una canción lenta pediría y comienza a moverse al ritmo de la música para que ella haga lo mismo. Ambos empiezan a bailar de forma sensual en el centro de la pista entre los humanos. Unas feromonas irresistibles emanan de los vampiros con cada movimiento, es un elixir para los presentes. Las miradas de mujeres y hombres se clavan en ellos, que bailan en el centro de la pista sin mirar a otro lado que no sea a sus propios ojos. Una poderosa aura de descontrol contagia a los humanos, que imitan el sensual baile de los vampiros. La libertad que siente Kalte es dulce y deliciosa, como el olor de los humanos que se acercan para bailar con ella. Los dos vampiros comienzan a compartir su baile con Zumos que se acercan a ellos, disfrutando del contacto y el calor de su piel llena de vida. Y, como moscas cerca de la miel, cuanto más próximos están de los vampiros, más hechizados por sus encantos parecen.

Sin pensarlo ni controlarlo, la vampira extrae sus colmillos retráctiles

para morder a una chica, que parece disfrutar con ello. Disfruta de su sangre mientras da un largo sorbo, tras el cual lame los orificios del cuello de la joven para que cicatricen y continúa bailando. También sabe a alcohol intenso. La música y sus sentidos embotados hacen que su cuerpo baile al son del ritmo. Mira a Adam y ahora lo ve irresistiblemente hermoso. Se está alimentando a unos pasos de donde se encuentra la vampira. La oscuridad los oculta de un acto que puede pasar por un beso en el cuello a un nuevo amante.

Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de la vampiresa al verlo cazar, así que ella se centra en tomar otro chupito del suave y cálido cuello de otro humano. Con cada sorbo que da, sus sentidos se nublan más y más, y, tras beber de unos ocho humanos, se siente libre para hacer lo que quiera y porque quiera. Nada la frena. No debería hacerlo. Es un vampiro poderoso y eso le da libertad. O eso es lo único en lo que puede pensar ahora. Sus ojos se fijan en el cuerpo alto de Adam.

No está pensando. Su parte más racional está oculta bajo un manto de descontrol. Con la vista fija en la presa que ha seleccionado, se dirige a él. Pero en esta ocasión, se trata de un vampiro. Él está bebiendo de una chica rubia a la que Kalte aparta sin prestar atención. Adam, sorprendido tan solo unos instantes, mira a Kalte con una sonrisa casi erótica.

—¿Celosa? —Pregunta el vampiro agarrando con sus manos la cara de Kalte.

—No... —La vampiresa, impulsada por algo que ni siquiera entiende, mira al hermoso Adam a los ojos y a sus labios. Se parece tanto a Christian... Desea catar su sabor. Y necesita saber si el hecho de que le recuerde tanto a su único amor humano es lo que le atrae.

Kalte acerca su cara a Adam, que suelta las manos de sus mejillas para darle libertad. Lentamente, desliza sus brazos sobre los hombros del vampiro para abrazarse a él. Las manos del rubio se posan sobre la cadera de la vampiresa. Ella desliza su nariz con ternura por la piel del cuello suave y frío del vampiro, disfrutando del dulce olor de su piel. Ese olor es una trampa para los humanos, que se sienten atraídos por el ser de la oscuridad tanto como lo hace ahora Kalte. Aprieta sus brazos como una anaconda que quiere estrangular a su víctima, pegando su cuerpo por completo al pecho del vampiro, que desliza sus manos por la espalda de la vampira hasta abrazarla

con fuerza. Adam se yergue alzando a la albina, que enrosca sus piernas alrededor de la cintura del que está convirtiéndose en su elixir.

La música los envuelve en un compás de notas que provocan una excitación de sus sentidos. El olor, el ambiente, el alcohol, los recuerdos... Los colmillos retráctiles vuelven a entrar en escena al sentir el roce de sus labios en el cuello de Adam. Quiere morderlo. Con suavidad, entreabre la boca dispuesta a hincarle el diente para probar su sabor.

«Vínculo». Una voz en su cabeza parece alertarla. Y, como si todo el efecto del alcohol y del estado en el que se encontraba desapareciese, Kalte frena por completo y oculta sus colmillos de nuevo.

No se puede creer que esté abrazada a Adam, y menos de esa forma. Pasan unos segundos incómodos en los que trata de entender cómo es posible que haya llegado a esto. No debería haber pasado. Pero sigue ahí, colgada en los brazos precisamente del vampiro que, sin lugar a dudas va a tomarlo como una declaración de amor.

—Mierda —susurra la vampiresa sin darse cuenta de que lo dice en el oído del Adam, que claramente lo ha escuchado.

—Puedes hacerlo también lo deseo... —Susurra el vampiro sin soltarla, con tono lujurioso.

—No... —Su voz se quiebra al salir de su garganta con toda su fuerza de voluntad—. Bájame... por favor... —Pide con suavidad.

—¿Por favor? —Adam parece sorprendido, por lo que hace de inmediato lo que le pide la muchacha. Kalte mantiene la cabeza gacha y se dispone a marcharse sin más—. Espera... —Adam se coloca frente a Kalte para evitar que siga avanzando y, con su índice, le alza la cabeza para que lo mire a los ojos—. Lo que acaba de pasar es algo natural. No hay mayor placer que el mordisco de un vampiro, y para nosotros es nuestro éxtasis... —Sus palabras son tan tiernas como su mirada.

Kalte frunce el ceño, casi asustada. ¿Cómo ha podido dejar que esto pase? No deja de darle vueltas y castigarse por ello. Casi muerde a Adam y eso le da terror. La extraña atracción que siente por él la ha llevado a estar a punto de vincularse a otro vampiro. Y no solo eso, sino que resulta, por lo que dice Adam, que es una especie de sexo vampírico. Kalte cierra los ojos y agacha la mirada odiándose todo lo que puede ahora mismo.

—No podemos volver a vernos. Adiós, Adam. —Kalte zigzaguea para

zafarse del vampiro, que parece paralizado por sus palabras, y se marcha tan pronto como ha venido.

Tras dejar atrás tanto a la discoteca como a lo que ha pasado allí, busca un taxi para que la lleve al hotel donde se encontrará con Darek. Durante el camino de vuelta piensa si debe contárselo o no. Tiene una especie de deuda con él, pero es su Pequeño. No le debe explicaciones. Aunque si se cruzan con Adam de nuevo, se acabará enterando. Eso si se lo vuelven a encontrar.

—Joder... —Kalte se lleva las manos a la cara. Quiere ocultarse del mundo entero ahora mismo.

—¿Está usted bien, señorita? —Pregunta el taxista, que acaba de parar en la puerta del hotel.

—¿Qué? —Reacciona la vampira, que ni se ha dado cuenta de cómo han llegado hasta aquí.

—Que si está usted bien. La veo afectada... —Los ojos del humano en el retrovisor miran directamente a la compungida muchacha.

—Sí, sí... —Kalte abre la puerta del coche para salir y clava los ojos en los del taxista, a través del cristal de protección que los separa—. Gracias por invitarme al viaje. —No le cuesta nada manipular al humano, que asiente tranquilamente y se marcha con su taxi en cuanto ella se baja.

Kalte se queda parada en la calle siguiendo con la mirada las luces rojas del taxi mientras se aleja cuando una voz la hace volver en sí y abandonar sus pensamientos.

—¿Kalte? —No reconoce la voz de la chica que la llama.

La albina se gira hacia la voz, pero antes de darse la vuelta por completo, un golpe con algún objeto realmente contundente impacta en su sien. No es capaz de ver más que oscuridad, haciéndola caer al suelo inconsciente.

Capítulo 19

El príncipe de Boston

El dolor en su cabeza es intenso y antes incluso de abrir los ojos, Kalte se lleva la mano a la sien dejando escapar un quejido. Se masajea el punto exacto donde ha recibido el golpe, que, aunque ahora no sangra, sí lo ha hecho antes. La sangre que hay en su pelo y el surco rojo que contrasta con la piel pálida de la vampiresa, desde su sien derecha hasta el mentón, son la prueba de ello.

Al abrir los ojos, la claridad que la rodea le molesta durante unos segundos, el tiempo que tarda en adaptarse después de taparse la cara con la mano para regular la luz que le llega de golpe. Parpadea repetidas veces para ayudar a sus ojos a aclarar la imagen borrosa, que está desubicándola por completo. No sabe dónde está. Apoya las manos sobre el frío y marmolado suelo para incorporarse, pero una mano la hace parar cuando está de rodillas y se dispone a ponerse en pie. Siente cómo apresan sus manos para atárselas a la espalda con dureza, sin darle tiempo a resistirse ni a intentarlo siquiera.

—Bienvenida. —Una voz masculina que procede de alguien que da unos pasos frente a ella, le hace forzarse a agilizar sus sentidos.

Sigue de rodillas. Una vampiresa a la que apenas puede ver por el rabillo del ojo, y que seguramente es quien la ha traído hasta aquí, termina de apresar sus manos para acabar por erguirse de nuevo como un soldado a la espera de una nueva orden. Pero la voz proviene de alguien que está delante de ella.

Alza la vista y ahí está el dueño del saludo. Un hombre joven, de unos treinta y pocos años de apariencia física, de cabellos dorados y engominados hacia atrás, peinando su corte moderno apartado de la cara. Sus ojos claros miran con soberbia a la vampiresa. Infunde una seguridad siniestra que provoca que, en su sola presencia, el terror flote por el ambiente, contagiándolos a todos. Su traje de chaqueta, de un corte muy moderno y actual, podría ser uno de los atuendos sacados de cualquier catálogo de las mejores marcas de moda del mundo, dándole un aspecto de empresario multimillonario. Está apoyado sobre un escritorio moderno de cristal con escasos recursos de oficina en la superficie. A su alrededor, hay una sala blanca y con decoración extremadamente minimalista, y entiende por qué al ver las paredes. La única que parece tener espacio para decoraciones es la que está detrás de sí. Esta alberga la puerta de entrada y un par de cuadros con edificios de la ciudad que decoran la blanca superficie. Las demás paredes, la de su izquierda, delante y derecha, son cristaleras que muestran la ciudad que brilla con la luz de los edificios bajo la oscura mirada de la luna. A su derecha, Darek está de rodillas junto a ella, amordazado y atado de pies y manos a su espalda. Esta escena le recuerda horriblemente a la que vivieron con Isabel. No puede creer que los hayan pillado tan pronto.

—No llevamos ni una maldita noche aquí, no me jodas... —susurra Kalte, maldiciendo por estar de nuevo en esta situación. Los dos hombres que los custodian, uno por cada vampiro arrodillado, se mantienen tras ellos.

—¿Qué has dicho? —Pregunta el rubio sin levantarse de su silla improvisada. Su rostro es hermoso, pero el halo de terror que desprende no deja que Kalte lo mire directamente a los ojos.

La vampiresa se toma unos segundos de pausa, con la cabeza gacha, hasta que encuentra las palabras para responder al que, sin duda, es un poderoso vampiro.

—No teníamos intención de perturbar la calma de su ciudad, Rey de Boston... —improvisa como puede teniendo en cuenta lo que aprendió de su entrada en Montreal y de Isabel.

—¿Rey... de... Boston? —El hombre suelta una carcajada que resuena en las acristaladas paredes. La menuda vampiresa, tratando de buscar la tranquilidad en este ambiente cargado de miedo, mira hacia Darek para comprobar que está bien.

A pesar de estar amordazado, está consciente y parece no tener heridas graves. De hecho, parece que no han llegado a herirle. Al cruzar sus miradas, Kalte cree ver en sus ojos verdes lo que parece una disculpa, o quizá preocupación por haberse dejado pillar de nuevo, o desorientación por no saber lo que está ocurriendo ahora. Y lo mismo siente ella. No acaban de salir de las garras del gobierno de Isabel para acabar en otra ciudad que quiera matarlos. Ahora mismo la han cogido desorientada. Enfadada, vuelve la vista llena de ira hacia el jocosos jefe de la ciudad.

—Rey... si fuese el Rey, seguramente estaríais muertos

—aclaras el vampiro mientras se quita la chaqueta negra, dejando al descubierto su camisa blanca, franqueada por unos tirantes negros y decorada con una corbata oscura. Se desabrocha los gemelos plateados de la camisa y, tras dejarlos sobre la mesa, comienza a remangarse—. Aquí no tenemos Rey, pero que lo pienses indica que vienes de una ciudad... digamos independiente —añade con suavidad tras una pequeña pausa.

«Mierda», piensa Kalte al escucharlo. Si habla de ciudades independientes, quiere decir que esta pertenece al reino de los Cormanii, y eso significa que ya no se enfrentan a los vampiros de una ciudad, sino a los de un maldito imperio. La mente de la vampiresa vuela intentando recordar la información que obtuvo de Isabel. Se fuerza a pensar en la charla en el salón de las sombras, en las ciudades que la pequeña soberana le mostró con los zarcillos de oscuridad. Boston... Boston... ¡Claro! Ahora recuerda haber visto en el mapa que, efectivamente, era de dominio Cormanii. Eso quiere decir que su dirigente es el Príncipe de la ciudad, directamente bajo las órdenes del Rey de la alianza. El único que gobierna a todas las ciudades. Si el corazón aún le latiese, ahora mismo bombearía a mil por hora. Un error en esta situación es una muerte definitiva.

—¿Y bien? —El silencio de la vampiresa ha impacientado al Príncipe, que la mira con una seriedad y seguridad que la inquieta. Desprende poder por cada poro. Isabel también lo hacía, pero él es diferente. Y, sinceramente, Kalte se siente aterrada.

—Estamos aquí porque... —A Kalte no se le ocurre nada ahora mismo. No puede decirle que busca a un familiar. No puede decirle que están de paso. Y no puede decirle que quieren unirse a su clan Cormanii. A duras penas salieron vivos de Montreal, y solo lo consiguieron por la ayuda de

Adam y Damian.

—Bien, al menos no me mientes inventándote cosas. —El gobernador termina de remangarse la inmaculada camisa y se acerca lentamente a los vampiros apresados—. Vayamos por partes —indica. Está de pie con las manos en los bolsillos de sus caros pantalones, en una posición erguida de poder absoluta frente a ellos, mirándolos con desdén desde arriba—. Mi nombre es Thomas, Príncipe Cormanii y responsable del gobierno de Boston. Vuestras normas salvajes no distan tanto de las nuestras, pero claro, imagino que como anarquistas no entendéis la importancia del control y las pautas de conducta. —Arquea una ceja mientras alza el mentón lo suficiente como para mostrarse superior. Como si fuese una raza diferente y evolucionada.

Kalte se mantiene en absoluto silencio. Siente miedo por cómo pueda salir esta conversación, y la tensión cada vez ahonda más en la oscuridad de su pecho. Y, aunque él piense que pertenecen a una ciudad independiente, no va a contarle la verdad. Que su Dome Rurik creó su propio nido ajeno a todas las normas vampíricas sociales. Si le dijese eso... El Príncipe podría molestarse, y el terror que infunde en ella hace que quiera evitar eso a toda costa.

—Este es tu Pequeño, ¿no es cierto? —Continúa sin cambiar de posición. Kalte mira hacia Darek.

—Sí —afirma Kalte sin dejar de mirar a Darek con creciente preocupación.

—Pues entonces eres responsable de sus actos —sentencia el Príncipe, lo que trae de vuelta de inmediato la atención de la vampiresa.

—¿Y qué es lo que ha hecho? —pregunta la albina sacando el valor que encuentra, deseando que no haya sido nada que los lleve a la muerte.

—Da pena ver cómo nunca entenderéis que, para dominar este mundo, hay que hacerlo bajo una serie de normas. Y vosotros os las habéis saltado todas. Para empezar, no os habéis presentado ante mí nada más poner un pie en la ciudad, obviando las más antiguas tradiciones de nuestra estirpe. Solo por esa falta ya estaríais metidos en problemas. Pero, además, hemos pillado a tu Pequeño husmeando en la comisaría de policía. —Kalte mira a Darek con el ceño fruncido y tremendamente sorprendida. No deja de preguntarse qué ha hecho mientras estaban separados—. Como comprenderás, eso es meterse de lleno en mi jurisdicción.

El Príncipe mira a ambos vampiros y posa un largo rato sus claros ojos en Kalte. Saca sus manos de los bolsillos y, tras remangarse los bajos de los pantalones para ampliar el movimiento que le permiten hacer, se arrodilla frente a ella. Extiende su brazo para tocar con sus cuidadas manos el mentón de la vampiresa. En su rostro se puede ver cómo esboza una sutil media sonrisa, que tan solo se aprecia en la comisura de sus labios, al entrar en contacto con la gélida piel de la vampiresa. No solo no le perturba su extrema frialdad, sino que parece encontrar algo satisfactorio en ello.

—Vaya, vaya, pequeña niña... —Los ojos curiosos del vampiro examinan el rostro de Kalte, su pelo, su tez...—. Estás helada. Me pregunto cómo serías antes de tu conversión. —Sonríe de forma lasciva al mirarla, como si se la imaginase siendo aún una cálida humana. Pero no tarda en apartar la mano del mentón de ella y apoyar sus brazos sobre sus propias rodillas—. Me fascina que resistieras a la transformación.

Kalte, más aterrada de lo que estaba, lo mira con total desconcierto. No entiende cómo puede saber que su conversión fue mal. O que su aspecto era otro antes de ser vampiresa. Eso solo lo sabe Rurik y los miembros de sus dominios. ¿Cómo puede saberlo él? Los ojos aterrorizados de la vampiresa se clavan en el gobernador de la ciudad, y el Príncipe parece leerlo en su mirada de cordero asustado.

—Eres como un pequeño y hermoso unicornio... —El Príncipe acaricia un mechón del blanco y brillante pelo de la vampiresa—. Hay Zumos cuyos cuerpos, por una razón u otra, reaccionan a la conversión vampírica. Cuando eso sucede, un noventa y nueve por ciento de las veces el humano acaba muriendo —explica mirándolo embelesado, llevando su masculina mano hacia la cara de Kalte y deslizándola suavemente por la piel de la helada muchacha—. Que tú te hayas sobrepuesto a eso es toda una excepción, y la verdad es que sería una pena si acabas muerta por una estupidez, ¿verdad? —El gobernante no aparta la mirada de ella.

—¿Y qué podemos hacer para no caer en ese destino? —Aunque en su voz no se nota, la vampiresa está aterrada. Con solo el contacto en su piel, ha sido capaz de notar el poder que emana este vampiro, y tan solo quiere que Darek y ella puedan salir de una pieza.

—No somos unos salvajes como vosotros, así que os voy a dejar un poco de ventaja. —A pesar de tener un aspecto joven, la mirada del vampiro se

torna asesina y siniestra—.Tenéis hasta el final de la noche de mañana para largaros de mi ciudad. Si os encuentro, aunque sea por las cercanías, es vuestro fin. Y aunque me daría pena acabar con una pieza tan hermosa, puede que decidiese disecarte para tenerte de trofeo y admirarte cada noche...

El horror se apodera de Kalte. Siente que su Oscurus está esparciéndose por su interior como una ola de terror que invade su cuerpo. La sola presencia del vampiro la tiene completamente abrumada y aterrorizada. No tiene fuerzas ni para contestar, tan solo asiente, con los ojos imantados a los del amenazador gobernante.

—Por la sangre de mi Dome... —susurra con una extraña fascinación—. Estoy tan tentado de no dejarte marchar, mi dulce, dulce unicornio. —El vampiro la observa como si estuviese calculando el valor de Kalte como objeto único para un coleccionista, y con suavidad, se acerca para olerle la larga y nívea melena.

Kalte no sabe qué decir. Su oscuridad se desliza por sus venas como un tinte de sombras mutando el color del agua. Intenta tranquilizarse como puede, pero la tensión le agarrota el estómago al sentirlo tan cerca. Cuanto más tiempo lo tiene a esta distancia, más horror indescriptible la invade. Está paralizada y no se puede mover. Desea gritar, patear, correr, pero el terror la tiene completamente petrificada en esa posición. El vampiro se retira tras olerla y le sonrío relamiéndose y mordiéndose el labio.

—Marchaos antes de que cambie de parecer. —El vampiro se levanta y vuelve a meter las manos en sus bolsillos—. Soltadlos —ordena a sus guardias—. Recordad que tenéis hasta la última hora de oscuridad de mañana. A partir de entonces, serás mía si te encuentro, y créeme, me resultará de lo más sencillo. —De nuevo, aparece en escena la media sonrisa en el rostro del Príncipe.

Kalte nota cómo la vampiresa que la custodiaba suelta sus manos bajo la atenta mirada perversamente interesada de Thomas. Solo es capaz de agachar la vista y fijarse en si desatan a Darek también. No piensa irse sin él. Una vez liberados, Kalte asiente con el único deseo en su mente de marcharse corriendo. Se da la vuelta con auténtico terror para dirigirse hacia la puerta a paso rápido, acompañada de Darek y los escoltas. Pero siente los ojos del Príncipe en la nuca. Una sensación que le recuerda a cuando era niña, en un

tiempo en el que tenía terror a la oscuridad. Cuando el simple hecho de apagar la luz y encontrarse completamente a oscuras hacía que se le subiese el estómago a la boca y quisiese salir huyendo en busca del interruptor. Con la única diferencia de que en esta ocasión, salir de este lugar y escapar de las garras de los Cormanii y de Thomas es la única luz que necesita para que su miedo vuelva a desaparecer.

Un par de minutos después se encuentran solos a las puertas del enorme edificio de cristal, que parecen las oficinas de una gran corporación. Por extraño que parezca, el aire libre le hace querer llorar a Kalte. La tensión que ha sentido está acumulada en su menudo cuerpo y amenaza con estallar.

—¿Qué cojones ha pasado, Darek? Estoy cagada del miedo. Maldita sea... —Kalte se lleva las manos a la cara horrorizada por lo que acaba de suceder.

—Kalte... —susurra Darek—. Siento mucho que me hayan pillado. No pensé que en esta ciudad estuviese todo tan controlado. —El vampiro mira hacia todos lados sin alzar lo más mínimo la voz y fija sus ojos verdes en la joven—. Pero tenemos que hablar, y no puede ser aquí.

La vampiresa frunce el ceño mientras aparta las manos de su cara con suavidad. Mira a Darek, que parece preocupado a la par que emocionado. Querría hacerle muchas preguntas en este instante. Pero tiene razón, lo mejor es alejarse todo lo posible de allí y buscar un lugar tranquilo donde puedan hablar. El hotel donde se han hospedado seguramente esté vigilado por los Cormanii, pero con el poco tiempo que les queda para el amanecer, no tienen otra opción que ir allí.

Se mantienen en silencio en el taxi que los lleva de vuelta y continúan así hasta que suben a la habitación. Solo habían reservado una, así que pasarán juntos esta noche. Es una estancia pequeña que no tardan en preparar para el amanecer. No es nada lujosa, por lo que impedir la entrada de luz de la única ventana es bastante sencillo. Finalmente, sin ningún riesgo de que entre un solo rayo de sol, lo tienen todo listo a escasos cuarenta minutos para el amanecer.

—Cuéntame qué ha pasado. —La vampiresa al fin rompe el silencio. Debían tenerlo todo listo antes de poder dedicarse a otros temas y seguir de una pieza una noche más.

—Siento mucho el lío en el que nos he metido, pero de verdad que ha

valido la pena —dice Darek con cierta emoción policial en sus palabras mientras saca un móvil de su bolsillo. Kalte lo reconoce rápidamente como el del agresor que acabó decapitado en su casa de North Bay.

—¿Has descubierto algo más? —pregunta Kalte, acercándose a él con un interés renovado. Ambos se sientan juntos en un lado de la cama para ver la pantalla del móvil mientras Darek comienza la explicación.

—He tenido que ir a la comisaría para aprovechar mi influencia como policía. —Darek desbloquea el móvil y empieza a navegar por las aplicaciones mientras habla—. ¿Recuerdas el mensaje que trataba de ti?

Darek le enseña el mensaje que leyeron en la casa de North Bay. Kalte asiente mientras sigue su explicación con atención.

—Pues bien. —Continúa— Antes de eso tienen un registro con fotos de nosotros dos entrando a tu casa, y otras donde se nos ve a través de las ventanas, con lo cual, sabían qué venían a buscar. O, más bien, a quién. —El vampiro sigue mostrándole imágenes y el registro de datos del móvil—. Y ese mensaje procede de un número que no tenía guardado en la agenda. Es raro, si se tiene en cuenta que es quien te encarga un trabajo, pero comprensible si los tipos que nos atacaron eran los sicarios de alguien que no quiere ser encontrado —explica el vampiro—. Resulta que los mensajes provienen de un teléfono desechable, por lo que no se ha podido identificar quién los ha enviado. Muy lógico, teniendo en cuenta el contexto. *Peero...* —Darek habla con una gran velocidad mientras mira de vez en cuando a Kalte para ver si sigue la conversación—. Entre los *emails* tenían uno oculto en el que dice lo siguiente. —Darek lee en voz alta el contenido del correo, dejándole mirar la pantalla para que vea lo mismo que él—. «Robert Krein» y, junto a ese nombre, unas fotos adjuntas. —Darek comienza a mostrárselas a Kalte.

Parecen fotos tomadas por un detective en las que aparece el tal Robert captado de forma infraganti en sus actividades diarias. Es un hombre de aspecto descuidado, de unos cincuenta y tantos mal llevados, con barba tan desaliñada como su abrigo de plumón oscuro con el que se viste en todas las fotos tomadas a pesar de ser tomadas en fechas diferentes. En unas se le ve saliendo de un edificio, en otras caminando por la calle mientras mira hacia los lados, y en otras entrando a un bar. Unas imágenes que a Kalte no le dicen nada.

—Bobby es la abreviación de Robert... ¿Crees que quien me estuviera buscando a mí también lo busca a él? ¿Y que pueda tratarse del mismo Bobby del que hablaba la visión de Damian o la carta de mi padre? —Kalte vuelve la vista a las fotos, tratando de saber si lo ha visto antes o no.

—Eso mismo he pensado yo. No lo descarto. Pero tenemos que saber por qué. ¿Lo reconoces? —pregunta Darek, observando con atención la expresión de la vampiresa.

—No —responde Kalte con cierta decepción. Una parte de ella desearía haberlo hecho para que todo esto acabe lo antes posible.

—Descubriremos si es el Bobby que buscamos. Lo bueno de haber hackeado el móvil es que tengo la localización del lugar donde se tomaron las fotos—. Darek le enseña una de ellas en la que ese tal Robert entra en un bar—. Esta se hizo en un bar en los muelles de... —El expolicía hace una pausa dramática, tras la cual le enseña el móvil a Kalte con un mapa y un punto que marca la posición de un local concreto—. Aquí, en Boston —aclara el vampiro—. Parece que todas las noches está allí, por lo que veo en los registros de quienes lo vigilaban. Si a ti te buscaron en North Bay, y a Robert en la misma ciudad en la que Damian nos advirtió de su existencia, las posibilidades de que sea el Bobby de la carta aumentan. Y el bar no está muy lejos de aquí.

—¿Me estás diciendo que has encontrado a Bobby?

Kalte está sorprendida y abrumada por toda la información. Se encontraba perdida con las palabras de Damian y de su padre, pero parece que al fin todo empieza a tomar sentido. Si Bobby está aquí y también lo buscan los mismos que iban tras ella, es porque deben de estar bajo el mismo peligro. Y aunque Kalte lo desconoce, puede que él sí lo sepa.

—Eso creo.

La emoción policial con la que habla el vampiro fascina a Kalte, pero el horror de pensar en quedarse una sola noche más en la ciudad donde les han prometido darles caza la horroriza. Jamás había sentido tanto terror ante un vampiro. Nunca. Ni siquiera ante su propio Dome, Rurik.

—Pero... —Kalte solo desea decirle que no, que deben marcharse de Boston en cuanto abran los ojos la noche siguiente. Pero también es cierto que necesita saber qué tiene que ver ese Robert en todo esto, y a qué o quién se están enfrentando. Y casi peor... por qué. Kalte mira a Darek convencida

de su decisión. —A primera hora de la noche lo buscaremos, antes de marcharnos. Descubriremos qué hay detrás de todo esto y qué tiene que ver él con esta historia. Porque una cosa está clara: no tendremos otra oportunidad como esta para volver a Boston. No si no queremos volver a encontrarnos con el Príncipe Cormanii.

Capítulo 20

Bobby

El tiempo corre en su contra. Han descansado durante el día y ahora, en esta noche, tan solo disponen de unas horas hasta el amanecer para encontrar a Robert, averiguar si es el mismo Bobby que nombraron Damian y su padre y, si es así, pedirle ayuda en el mar de dudas en el que se ahogan ambos vampiros antes de irse de esta ciudad que tan solo augura horror. El olor a agua estancada y a alcohol es el perfume de un bar que parece ser frecuentado por la parte de la humanidad que huye de sus problemas y los ahoga en su memoria. Una vida que no debería echar de menos Darek, que camina en silencio junto a Kalte, alzando la vista sobre las cabezas de los pocos presentes para ver si encuentra el rostro que le recuerde a las fotos del hombre que andan buscando.

El bar es oscuro, construido prácticamente en su totalidad con madera de roble y desgastado por la humedad del ambiente. Un antro que les permite a sus clientes pasar desapercibidos si lo que quieren es no ser vistos por la razón que sea. Pocas personas toman copas en compañía. El camarero, un hombre mayor, de unos sesenta años, abrillanta un vaso tras otro en lo que es el típico gesto de un camarero. Es fornido y corpulento a pesar de la edad, tal vez porque está preparado para las trifulcas que puedan tener lugar cada noche por culpa de los borrachos que frecuentan su local. Sus cejas son muy pobladas y largas, y en una de ellas una cicatriz se abre camino por la mitad. Un par de beodos beben sorbo tras sorbo en la barra, sin alzar la vista del

licor ámbar oscuro.

Hay mesas por toda la sala, de la misma robusta madera vieja y desgastada que el resto del bar. Son redondas y con un par de sillas por mesa, algunas de ellas ocupadas por clientes concentrados en sus propias bebidas. Unos están sentados solos, con la única compañía del alcohol, otros están sentados en pequeños grupos que mantienen conversaciones que ocultan secretos o penas que no interesan a las mesas ajenas. Unos hablan con sus compañeros de tragos, otros solos. Pero no encuentran indicios de Robert a simple vista. Kalte se acerca a la barra donde está el camarero.

—¿Qué se te ha perdido aquí, niña? —pregunta el hombre con cara de pocos amigos.

—Esto. —Kalte le enseña la foto de la pantalla del móvil en la que se puede ver claramente el rostro de Robert—. ¿Está hoy aquí? —El humano alza la ceja que tiene surcada por la cicatriz y mira a la muchacha de arriba abajo.

—Si supiese quién es... cosa de la que no estoy seguro... —El humano no deja de brillantar con el trapo el cristal del vaso que tiene en las manos—. ¿Qué hace una chica como tú buscándolo? ¿No es un poco mayor para ti?

Darek, que estaba mirando por la sala sin prestar mucha atención al camarero, centra su vista en él, con expresión seria, y se apoya en la barra.

—Puedes ayudarnos a nosotros a encontrarlo y mantener tu bar de una pieza, o dejar que los que lo buscan den con él y que tu negocio acabe destrozado por algo que no tiene nada que ver contigo. —Sus palabras son serias y decididas y parecen hacer efecto en el camarero, que, tras fruncir el ceño meditándolo unos segundos, cabecea hacia una mesa que está al fondo de la sala. Está completamente a oscuras, pero se intuye la figura de un hombre de espaldas a ellos que parece resguardarse en las sombras.

Kalte y Darek se acercan a la mesa. Con cada paso, la sombra se difumina para revelar el cuerpo de quien buscan. De espaldas, parece un hombre mayor, con el abdomen redondo que se insinúa por el contorno de su silueta. Al llegar hasta donde se encuentra el hombre, toman asiento frente a él sin preguntar.

—Bobby —dice Kalte, que posa las manos cruzadas sobre la mesa. Su tono no es el de una pregunta o una suposición. Es más bien el de alguien con la certeza de haber encontrado lo que busca.

Es un hombre que aparenta tener unos cincuenta años, delgado a pesar de la barriga redonda. Barba dejada y ojos oscuros, con el pelo castaño y corto, y labios finos. Parece descuidado en su aspecto. Sus recias manos agarran una copa de *whisky* mientras alza la mirada con el rostro compungido. Parece examinar a sus nuevos acompañantes durante unos segundos, antes de abrir la boca.

—¿Quiénes sois? —Su voz es grave pero agradable. Parece un hombre atormentado. Kalte frunce el ceño.

—Según una carta de mis padres, soy tu sobrina —declara sin tapujos y de forma cortante mientras escudriña su expresión ante el bombazo que acaba de soltar.

El hombre abre los ojos todo lo que sus párpados le permiten y la mira con confusión. Parece estar completamente descolocado con esa información.

—No puede ser. Fui a tu funeral... —Su voz se entre corta.

—Digamos que fue un malentendido —responde Kalte sin desvelar su nueva condición vampírica—. Él es Darek, viene conmigo. Y necesitamos tu ayuda. —El hombre no parece acabar de reaccionar, se limita a apretar las manos contra la copa que tiene ante sus ojos.

—¿Cómo es posible? —pregunta de nuevo, examinado con curiosidad a la vampiresa.

—Ya te lo he dicho... —comienza a repetir, pero el hombre la corta en seco.

—No... ¿cómo es posible que te convirtieras? —La joven abre los ojos de par en par tras la pregunta de Bobby. Parece que va a poder ayudarles más de lo que pensaban. Kalte se centra en él y en buscar el olor de su sangre, el calor que pueda emanar de su cuerpo, el sonido de sus latidos. Pero nada. Eso le hace sonreír.

—Tú también lo eres. No veo por qué yo no podría. —Los presentes no se percatan de la conversación de los tres vampiros, ya que los humanos que tienen más cerca están a varias mesas de distancia.

—Porque tu familia no estaba destinada a acabar así. Tú estabas destinada a algo más. Y no entiendo cómo has podido convertirte... —El hombre parece muy confundido por el hecho de verla como vampiresa, igual que ella de no saber de lo que está hablando. Sin previo aviso, y con una

expresión de entenderlo finalmente pero a la vez estar asustado, extiende la mano como un espasmo para tocar a Kalte—. Sí... deberías estar muerta... —acusa con una mueca de incomodidad en su rostro.

Ya es la segunda vez en dos noches que le dicen lo mismo acerca de su piel. Nunca se había parado a pensar en la razón por la que es extremadamente fría. Rurik le dijo que algo en ella quiso resistirse a la conversión y que, por eso, salió mal. De ahí el cambio de color de su pelo, que pasó de un cobrizo intenso a blanco; de sus ojos, de marrones miel a grises; y de su tacto, frío como el hielo que quema la piel si se mantiene en contacto directo. Ella siempre pensó que era culpa de su Dome, y que era otra razón más que indicaba que debería haber muerto la noche que fue a suplicarle clemencia.

—No es la primera vez que oigo eso. ¿Tan raro es? —Kalte aparta la mano que está tocando Bobby.

—Es raro que los humanos que no toleran la conversión sobrevivan. Pero aquellos que lo hacen... Yo solo tengo conocimiento de tres en todo el mundo, contando contigo. Pero tú... Tu linaje familiar... no deberías haberte podido convertir... No lo entiendo—. Los ojos castaños del vampiro vuelven a su copa de alcohol.

Kalte mira el vaso medio lleno y cree entender que es una especie de tapadera para camuflarse entre los humanos. Estar en un antro de mala muerte sin una copa en la mano es como ver un árbol frondoso y verde en un bosque deforestado por el fuego.

—¿Conoces bien la historia familiar de Kalte? —pregunta Darek, entrando en la conversación. Está atento al lenguaje corporal de Bobby y parece querer hacerle mil preguntas. El vampiro de aspecto dejado mira al expolicía.

—Sí... —Sus ojos vuelven a la copa. Parece observar los surcos del alcohol sobre el cristal al mecer el líquido—. Y entiendo que no sepáis mucho... James y Karol querían mantenerte al margen, librate de la maldición. —Las palabras parecen pesarle mientras habla.

—¿Qué maldición? —pregunta Kalte con insistencia. Los ojos del descuidado vampiro vuelven la atención hacia los de Kalte.

—Tu familia, desde hace generaciones, era la única que podía ver la oscuridad que habita en el mundo. —Las palabras de Bobby son un susurro

que reconduce el momento a una historia de misterio—. En este mundo hay dos poderes que lo gobiernan todo: la Luz y la Oscuridad. Los vampiros formamos parte del mundo de las siniestras sombras. De ahí nuestros Oscurus...

—explica con el rostro gacho pero la mirada fija en ella—. Y luego está la Luz, nuestro enemigo mortal. La noche y el día. Ambos necesitan al otro para dar sentido a su existencia, pero donde habita uno no puede habitar el otro. Por eso no entiendo qué ha pasado contigo... —Kalte, atenta, interviene en su historia.

—Quieres decir que... —Bobby alza la mano para ordenarla callar e, ignorando sus palabras, prosigue con la historia.

—Al principio de los tiempos, un grupo de cinco humanos ansiosos de poder hallaron la forma de invocar a la Oscuridad de este mundo. Ansiaban que el ser supremo de todo mal les otorgara el mayor poder conocido hasta ese momento. Pero nada se consigue de forma gratuita. Necesitaban una moneda de cambio, un sacrificio de Sangre. Y fue así como el grupo de los cinco sacerdotes, tres mujeres y dos hombres, hallaron con la sangre derramada lo que ansiaban. Pero no sin pagar otro precio adicional que desconocían. Para poder mantenerse en esta tierra por toda la eternidad, iban a tener que derramar sangre de los que eran sus compañeros en vida. Debían beber sangre humana para poder seguir provistos de los poderes de la noche. Sin embargo, no serían invencibles a la vez que inmortales. El mundo siempre necesita un equilibrio. Así que la Luz, enemiga de la noche, los maldijo ante su presencia. Si uno de ellos osaba mostrarse a la luz del sol, sería quemado y convertido en cenizas. —El vampiro continúa meciendo el vaso con los ojos fijos en la bebida—. Todos obtuvieron un increíble poder que pasó a residir en su interior. Ahora la Oscuridad moraba dentro de ellos para abrirles el control a las habilidades oscuras. Sin embargo, cada uno había despertado unos dones de características diferentes. Los cinco sacerdotes se habían convertido en los Primordiales.

—Los Primordiales... —repite Darek con el ceño fruncido. Parece recordar algo que ya había oído antes.

—Sí —añade Kalte—. El primer Pretor, con un inusitado sentido de liderazgo y capacidad estratégica para dirigir a un clan; la primera Sinister, que desarrolló métodos de tortura e interrogación que permitirían que ningún

secreto permaneciese escondido; la primera Tenebris, que albergaba una gran cantidad de conocimiento acerca del ocultismo de las sombras y que su devoción por la investigación le abrió las puertas de las artes más oscuras; el primer Thenbor, cuyas aptitudes en la batalla y sus increíbles capacidades físicas le otorgaron el mando de los guerreros de la noche; y la primera Dharbor, que contaba con inigualables recursos y era carente de toda piedad, las armas perfectas para una asesina en las sombras —recuerda los cargos por las lecciones aprendidas con Isabel mientras Bobby asiente.

—Eso es —asiente lentamente el veterano vampiro—. Cada uno de ellos fue dotado de los poderes necesarios para ser expertos en su cargo en el clan. La maldición de la Oscuridad empezó con ellos y fue transferida a cada ser que convertían a su paso, con lo que crearon un ejército vampírico hasta llegar a nuestros tiempos—. Bobby continúa dando explicaciones como si les estuviese contando un secreto que nadie debería saber. Pero Kalte, fría ante la historia, vuelve a participar en la conversación.

—Bien, ya había oído esa historia. Y me parece muy bien. Pero ¿qué tiene que ver conmigo y con mi familia? —pregunta esperando la respuesta del inesperado narrador de historias.

—¿No lo ves? Solo te he contado la parte de Oscuridad. —Bobby alza la mirada como un hombre mayor y bonachón hacia la vampiresa—. Tu familia está justo en el extremo contrario. —Con un gesto cansado, el veterano arrastra la palma de la mano por su arrugada frente y sus ojos antes de volver a hablar—. Todos los Zumos albergan luz y oscuridad en su interior, pero son fácilmente corrompibles hacia el lado oscuro. Por eso prácticamente nunca hay problemas a la hora de convertirlos, pero...—Los ojos castaños de Bobby alternan entre los atentos vampiros— ...si la luz predomina, es ahí cuando llegan los problemas. Una lucha interna se produce dentro del humano al entrar en contacto con la sangre vampírica. Como si luchase contra una infección vírica que no tiene cura. Y solo puede ocurrir una cosa: o te conviertes, o mueres —sentencia—. Pocos de los que han vivido esa lucha han podido llegar a convertirse. Muy, muy pocos. Pero, ahora bien, tú eres especial. —Las oscuras cejas de Kalte se fruncen al escuchar eso—. Tu familia es la única familia real de la Luz. Humanos con la habilidad de ver a los vampiros tal y como son. Y los únicos encargados, bajo la protección de los Guardianes, de descubrir la forma de hacer retroceder a la Oscuridad.

Kalte y Darek se miran con lo que parece un pensamiento compartido. «Este se ha vuelto loco». Una expresión se aprecia en sus ojos que también parece leer Bobby. Niega con el rostro y devuelve la mirada a su ahora tibia bebida.

—Creéis en la Oscuridad porque la estáis viviendo. Pero no en la Luz... Curioso. —Bobby parece bloquearse en su historia y guarda silencio.

—No, no. No es eso... —Kalte necesita que los ayude, por muy loco que le pueda parecer, y también necesita saber más sobre la historia. — Simplemente, no entiendo por qué mi familia, y por qué no llegaron a contármelo. Además, ¿cómo es que para ellos eres el «tío Bobby» cuando me acabas de contar que ellos podían ver a los vampiros? —Kalte fija la mirada en el hombre, que parece no querer seguir hablando—. Bobby, por favor. Lo necesito. —La voz de la vampiresa es suave y dulce, lo que parece ablandarle el corazón.

—Yo estoy repudiado y escondido precisamente por ayudar a tu familia. Como te digo, tenían una maldición que pensaban que podrían haber roto cuando naciste tú —aclarar el vampiro—. De generación en generación, siempre han nacido varones en vuestro linaje, y todos ellos morían jóvenes por causas naturales a ojos del resto de los humanos. Pero no era así. Algo los mataba, a todos ellos. Tenían poco tiempo de vida para poder investigar sobre nosotros...

—¿Y por qué los ayudabas si eran humanos y de la familia de la Luz? — corta Darek con tono de no estar convencido del todo con la historia.

—Porque nunca he deseado ser un vampiro... —La frase de Bobby se clava directamente en el pecho de Kalte. Le entiende perfectamente y puede que ayudarlos fuese la forma de olvidar su naturaleza oscura.

—Y como nací siendo mujer, pensaron que la maldición estaba rota... — añade Kalte, que busca el final de la historia.

—Así es —confirma el melancólico vampiro.

—¿Y quiénes son los Guardianes? —Vuelve a preguntar Darek, aún buscando atar todos los cabos.

—Son lo que se conoce comúnmente como cazadores de vampiros — responde Bobby con la vista en el expolicía—. Humanos que despiertan habilidades especiales: más fuerza, mayor celeridad, instintos más refinados. Son los perfectos cazadores para nosotros. Y como tu familia es una parte

vital para el bando de la Luz, tienen... —Bobby hace una pausa, pero continúa tras un segundo—... bueno, tenían —aclara— la importante misión de protegerla. —Bobby vuelve a mirar a Kalte—. De protegerte a ti, la única descendiente de Luz pura que quedaba viva.

Con la explicación de Bobby y con el corazón en un puño ahora mismo, entiende al fin por qué ella reaccionó tan mal a la conversión. La Oscuridad, al introducirse en ella, intentaba matar a la Luz, que a su vez luchaba por expulsar a la propia Oscuridad. Una batalla sin un claro vencedor. Se lleva las manos a la cara para pensar un segundo en la explicación. No comprende qué hizo que sus padres la mantuviesen aislada tanto tiempo de esta historia y de su lucha.

Tras apartar las manos de su rostro, Kalte se aterroriza al verse de nuevo sola en el escenario de su pesadilla. La que cada vez con más frecuencia le roba momentos de realidad. La angustia se dispara en su interior. Vuelve a ver la figura oscura de ojos rojos. Todo es tal y como lo revive una y otra vez. Siempre lo mismo, siempre igual de aterrador, pero con cada pesadilla es más intenso y más real. Vuelve a estar apresada en sus garras. Esta vez le duele más que las anteriores. Quiere gritar, pero no puede. Siente miedo y su cuello se va a partir. La sombra se acerca a ella.

—¡KALTE! —La voz de Darek en el momento en que se rompe el cristal de su visión. La vampiresa, horrorizada, mira a todos lados tremendamente desorientada bajo los ojos preocupados de ambos vampiros.

La albina busca relajarse como puede. Se encuentra bien, está en el bar y no está sola. Miles de pensamientos acuden a ella para relajar el vívido dolor que siente de nuevo en el cuello. Con la mano, se acaricia la piel en la zona donde la garra de ese ser la tenía aferrada, justo en el punto donde la ha mordido. Le arde con una sensación tan real como los vampiros que están presentes ante ella.

—¿Qué le ha pasado? —Bobby se ha echado hacia atrás y ha dejado por primera vez el vaso suelto sobre la mesa. Su expresión es de horror, como si supiera algo más de lo que indica su pregunta.

Darek posa sus manos en las mejillas de Kalte. Busca establecer contacto visual con la aterrorizada vampiresa.

—Estás bien, Kalte. Mírame, estoy contigo... —La suavidad en la voz de Darek es reconfortante, como el sonido que emite la flauta de un

hipnotizador de serpientes. Kalte mira a los hermosos y tiernos ojos del vampiro. La sensación reconfortante de estar segura junto a él la relaja lentamente. Se encuentra mejor, pero tremendamente agotada, como suele pasarle tras cada episodio como este. —Tiene pesadillas estando despierta...

—aclara el joven expolicía mientras la muchacha apoya la cabeza sobre el hombro de su Pequeño.

—¿Pesadillas? —Bobby se mantiene todo lo distanciado de ellos que le permite su asiento, sin dejar de mirarlos completamente atónito—. Esto no podía salir bien, ella no debía ser vampiro... —Sentencia con expresión preocupada.

—Por eso necesitamos tu ayuda... —Consigue añadir Kalte, recobrando poco a poco la energía.

—Yo no puedo hacer más... —Bobby parece incómodo—. No sé en qué podría...

—Ayudaste a mi familia. Ahora yo te pido lo mismo. —Kalte yergue de nuevo su espalda para mirar a Bobby y tratar de fingir que nada de esto ha pasado. Pero en su rostro se percibe que aún siente el dolor de su pesadilla—. Hemos conseguido el teléfono móvil de unos vampiros que tenían fotos de nosotros y de ti, por eso hemos podido encontrarte. —Los ojos de Bobby empiezan a abrirse lentamente, llenos de horror—. Necesitamos que nos ayudes a averiguar por qué nos siguen.

El vampiro de redonda barriga se levanta de forma abrupta, horrorizado por lo que está escuchando. Tarda unos segundos en verse capaz de contestar, y lo hace con la voz teñida de pavor.

—¿Por qué cojones no habéis empezado por ahí? ¡No puedo ayudaros! ¡Con el simple hecho de haber venido a buscarme nos habéis condenado a todos! —El asustado vampiro se gira rápidamente para marcharse, pero el fuerte brazo de Darek lo frena.

—Necesitamos tu ayuda, Bobby, tenemos que saber qué quieren —sentencia el expolicía con seriedad. El aterrorizado vampiro alterna la vista entre ambos jóvenes y, tras un segundo, accede, sin moverse de su posición.

—Tu familia era poderosa. Formada por humanos con un poder temible. Sabían cosas sobre los vampiros que podrían descompensar el equilibrio entre Luz y Oscuridad, y esa información está escondida en un lugar sagrado que solo tu familia conoce. Por lo que, ahora, eres la única que puede

conseguirla. Sin embargo, os aconsejo que os escondáis; huid y sobrevivid. Porque ahora eres una de los nuestros y te perseguirán hasta que la encuentren, como han hecho conmigo pensando que yo lo podría saber. —El vampiro mira a Kalte con fijeza unos segundos y, con un movimiento seco, se libera de la mano de Darek—. No deberíais haberme buscado, yo no quiero saber nada de los asuntos de tu familia. Ya he perdido demasiado... No os puedo ayudar. No volváis a buscarme, ¡jamás!

El vampiro se marcha todo lo rápido que el local repleto de humanos le permite sin llamar la atención y desaparece de la vista de Kalte y Darek. El expolicía mira el reloj de su muñeca.

—Las doce y veinte, Kalte. Debemos marcharnos. —Darek se levanta de la silla de madera en la que está sentado.

—Espera. —Kalte lo agarra de la muñeca sin levantarse—. Tenemos que encontrar ese objeto. Si lo están buscando quiere decir que no lo tienen— piensa la vampiresa para sí, pero lo comenta en voz alta, lo justo para que Darek pueda oírla.

—Sí, pero ya has oído a Bobby. Es algo que puede acabar con el equilibrio —responde con seriedad el expolicía.

—Exacto. Si llegaron a mí, a Bobby, a mi casa, quiere decir que se están acercando. Y si se hacen con lo que quiera que sea, significará que yo, la última protectora de ese poder, he fallado a mi familia. —Kalte tira del vampiro hacia atrás para que se siente de nuevo—. No podemos huir sin estar seguros de que no se harán con ello. ¿Y si dieron con alguna pista que desconocemos? No podemos arriesgarnos. —Kalte mira al pensativo vampiro frente a ella.

—Será peligroso... —advierde el muchacho.

—Lo sé... yo estoy dispuesta. Es mi deber. Pero la cuestión es si tú me ayudarás. —Los grises ojos de la chica se clavan en los de Darek. Lo necesita a su lado ya que, aunque no lo demuestre, está asustada.

—Sí. —La respuesta de Darek no se hace esperar—. Bien, necesitamos saber dónde buscar. Intenta recordar. Las pistas que tenemos son la carta de tu padre y las palabras de Bobby. Si solo lo sabíais vosotros, debe de ser algo que, aunque no quisieran contarte tus padres de forma clara, dejaron como información. En caso de que les pasase algo, de acuerdo con la maldición, para que no estuvieras sola y perdida—añade el vampiro, tratando de juntar

las piezas mentalmente.

—Sola y perdida... —repite una muy pensativa Kalte, que parece haber encontrado algo. —¡Sola y perdida! ¡El hombre colgado! —Todo lo que ha escuchado sobre esto le viene como un tsunami de información—. ¡Claro! Piénsalo, según la carta de mi padre, debía recordar las historias familiares. Y, precisamente, me las contaban para que no me sintiese sola y perdida, como el hombre colgado. El abuelo de Howard —explica con emoción Kalte.

—¿El niño de los cuentos? —aclara Darek.

—Sí. Esa historia me la contaban con la moraleja de que nunca querían que me sintiese sola y perdida, ¡como le ocurrió al hombre colgado! —La mente de Kalte va a demasiada velocidad mientras ata los cabos de información que hasta ahora no tenían sentido para ella—. ¡Sé dónde buscar! —Y, tras levantarse con la misma energía que lo hizo Bobby, pero con la mitad de miedo, mira a Darek con emoción en los ojos—. ¡Nos vamos a Providence!

Capítulo 21

El hombre colgado

Tan solo han necesitado un coche robado y menos de dos horas para llegar a ese cartel azul de madera colocado junto a la carretera, llamativo y con letras serigrafiadas en blanco, que da la bienvenida a Providence, Rhode Island.

Escapar de Boston ha sido, por otro lado, una liberación. Pensar en incumplir el plazo que les puso el Príncipe Thomas para salir de allí era una crónica de una muerte anunciada que la vampiresa quería evitar a toda costa. Y el dirigente de esa ciudad tiene absolutamente aterrorizada a Kalte. No piensa volver a poner un pie en esa urbe jamás.

—No me puedo creer que haya estado tan ciega... No me puedo creer que mi familia guardase este secreto, que no me lo contase... —Kalte habla con una ferviente emoción de rabia contenida mientras Darek pasa de largo el cartel para adentrarse en Providence.

—Podrías haber muerto. ¿Crees que Rurik te convirtió para acabar con tu familia? —La pregunta que lanza Darek es algo que ella ni siquiera se había planteado. La mente de la muchacha se lanza en un hilo de pensamiento rápido mientras intenta encontrar la respuesta en los recuerdos que ha vivido con su Dome.

—¿Y por qué no me ha matado en todo este tiempo? —Pregunta, buscando la ayuda del razonamiento del expolicía.

—Tal vez encontrase gracioso tenerte como el unicornio que parece que

eres. —Aunque lo dice con seriedad, el concepto del unicornio es algo que al joven vampiro le hace gracia.

—No lo sé. Si fuese así, ¿dejaría que ese «unicornio» —dice Kalte con desdén— escapase y anduviese suelto? —concluye pensando que no le convence esa teoría.

—Ya... —Darek aparta un segundo la mirada de la carretera para observar a Kalte, iluminada por las luces parpadeantes que se cuelan a través de los cristales de las farolas que alumbran el camino. Parece querer decir algo, pero el silencio acaba por dominarlo.

—La cuestión es que en las historias que me contaban, el pequeño Howard tenía una visión de su abuelo muerto, colgado en un árbol antiguo y enorme, en un bosque. Y, precisamente, mi familia me traía a un bosque todos los 15 de marzo desde que tengo uso de razón. Hacíamos un pícnic y pasábamos el día conmemorando a nuestros antepasados. No iba a clase y no importaban las horas que tardásemos en llegar. Cada 15 de marzo, «la familia es lo primero» —parafrasea las palabras de su padre mientras recuerda un pícnic en especial, el año antes de que muriesen.

—¿Crees que aquí es donde el pequeño Howard vio a su abuelo colgado? —pregunta Darek sin apartar las manos del volante.

—No lo sé, pero es un sitio mejor que cualquier otro donde empezar a buscar... —Kalte realmente no sabe si este sitio es donde encontrarán pistas sobre la información importante de la que hablaba Bobby, pero, desde luego, no puede permitir que quienes los buscan a ellos lo encuentren antes.

Poco después, llegan a la entrada de un parque. Kalte lo recordaba diferente. Quizá porque solo ha estado allí de día, o tal vez porque no está con sus padres. Pero ahora este sitio parece, durante la oscura noche, un lugar frío y solitario. El reloj del coche apenas marca un minuto pasado de la una y media de la madrugada. Es temprano y tienen tiempo suficiente para buscar las pistas que los puedan llevar al misterio que tienen que resolver de su familia.

Los vampiros bajan del coche y miran hacia el oscuro bosque que se encuentra tras el descampado. Parece que haya un parque libre de árboles, con una zona para juegos de niños y mesas de pícnic. Pero, más allá de los metalizados columpios, una pared de árboles delimita los bordes de la zona de juegos.

Los troncos parecen un ejército de madera alineado y en formación que delimita dos lados muy diferentes del mundo en forma de un alto e intimidante muro que oculta un frondoso y negro bosque se alza siniestro advirtiendo a los temerarios de los peligros que alberga en su interior. Como si la bondad, la civilización y la humanidad residiesen en las inmediaciones del parque. Pero el bosque es salvaje y peligroso. Un bosque que siempre está ahí, pero esta noche, en cambio, esas advertencias que susurran las hojas al mecerse en las copas de los árboles, acariciadas por el viento, advierten de los peligros que oculta en su interior.

Una parte de Kalte desea que toda esta historia familiar no sea más que una invención de un hombre loco. Que, en realidad, Bobby sea un vampiro que perdió la cabeza por estar, tal vez, enamorado de una humana que rechazó pasar la inmortalidad con él. Las típicas historias sacadas de los libros de romance. Cualquier cosa antes que pensar que su familia estaba metida en una guerra de la que aún no conoce nada. Sin hablar de que ella acabó siendo parte de lo que sus padres intentaban destruir.

—¿Y qué estamos buscando exactamente? —Pregunta Darek con la mirada perdida en la inmensidad del oscuro bosque.

—Creo que al hombre colgado. —Kalte mira a su Pequeño, buscando que sus ojos verdes le infundan la seguridad que necesita para dar el primer paso. No sabe si se está volviendo loca. Buscar a un fantasma que aparece en un cuento para niños es lo más absurdo que ha hecho en su vida, y ahora en su existencia eterna.

Ambos vampiros asienten a la vez y comienzan a caminar uno junto al otro. El aire frío y el olor a humedad se intensifican con cada paso que los acerca a cruzar la primera línea del muro de árboles. En la oscuridad de la noche, parece que cruzar el claro que prevalece antes del bosque es una advertencia que les indica que van a dejar atrás la civilización y se van a adentrar en un mundo creado de pesadillas. Pero, una vez se encuentran frente a los tocones, altos como el cielo, atraviesan la línea que delimita el parque y la oscuridad sin mirar atrás para sumergirse en lo que parece prometer ser una noche que no olvidarán fácilmente.

El silbido del viento canta una melancólica melodía al viajar entre las ramas y los troncos de los árboles y, a su vez, las frondosas copas mantienen el cielo alejado de su interior. Ni la luz de una estrella es capaz de abrirse

paso entre la espesura natural del tejado del bosque. Las ramas secas chasquean bajo sus pies con cada paso, y el ulular de las aves nocturnas se acalla al sentir la presencia maligna de los vampiros. Sin embargo, cuanto más se adentran, más silencio flota en el ambiente.

—¿No notas eso? —pregunta Kalte mientras avanza entre las figuras de sombras que dibujan los árboles en plena noche.

—Sí... —Darek parece muy serio y frunce el ceño mientras mira a su alrededor sin aminorar el ritmo.

El ambiente está cargado y es hediondo, como si toneladas de pescado podrido cubriesen el suelo que pisan. Kalte se detiene al ver una única flor blanca, solitaria y brillante, que llama su atención en la soledad del bosque. Le parece una extraña metáfora de sí misma, colocada por el destino en un mundo de oscuridad. Con una piedad real y sincera, se agacha para acariciarla, olvidando por completo lo que ocurre cuando su piel entra en contacto con la naturaleza. En cuanto sus dedos se acercan a los pétalos inmaculados de la dulce flor, como una víctima humana, la pequeña y hermosa creación de la naturaleza comienza a contorsionarse y a ennegrecerse para acabar muerta, seca y negra como el resto del bosque.

Sin apartar la mirada de la marchita flor, una sensación inquietante abruma los sentidos de Kalte. Hay algo en el bosque y parece que los esté observando. Todavía de rodillas, Kalte nota la presencia de algo más aquí, con ellos. Rápidamente, se levanta para mirar a su alrededor, como si tuviese mil ojos clavados en la nuca, la presión del lugar sobrecoge a la vampiresa.

—Creo que no estamos solos... —Susurra Kalte sin dejar de buscar alguna figura humanoide entre los árboles.

Los dos vampiros aguzan sus sentidos en busca de algún ruido o cualquier indicio que indique la presencia de alguien más.

—Pero no noto a nadie... —Darek abre los ojos con gesto de preocupación—. Ni siquiera noto la presencia de animales...

Ahora que lo dice, Kalte tampoco, y eso es algo muy raro en pleno bosque. Si fuese un vampiro o un humano, lo notarían. Pero es algo más. La sensación se agudiza e intensifica conforme se adentran en él. El hedor es cada vez más intenso y obliga a los vampiros a taparse la nariz. Sus sentidos más despiertos les gritan por piedad. Desean obligarlos a huir de ese lugar.

—¿Seguro que es por aquí? —Pregunta Darek con inquietud.

—Sí... —El método en el que la carta estaba escondida en el diario de su padre, le recuerda al misticismo que Bobby comentaba. Y a que su familia fuese un linaje, el único linaje, de la facción de la Luz. Eso le hace pensar que están cerca.

Si hay algo que la joven vampiresa ha podido aprender durante sus años de vida inmortal es a reconocer un lugar sagrado y el hedor que desprende bajo los sentidos de un vampiro. Para un humano no es apreciable, pero un lugar así hace que un vampiro no quiera acercarse. No impide su acceso, pero sí lo disuade de hacerlo si no tiene un motivo claro para ello.

Los lugares sagrados no tienen por qué ser iglesias ni lugares religiosos. De hecho, las iglesias abandonadas son edificios como cualquier otro, como lo fue la iglesia donde convirtió a Darek. Un lugar sagrado es aquel donde aún reside la pureza. Y ahora Kalte es capaz de darse cuenta de que la pureza viene de la Luz, que aparta a la Oscuridad y la protege en su interior de los vástagos de la noche.

Se podría pensar que, por ello, las personas sagradas también desprenden ese horrible hedor que un vampiro puede reconocer en un humano puro y sagrado. Pero no. La evolución de la supervivencia humana ha hecho que pasen desapercibidos ante los cazadores de la noche.

Por eso este sitio huele tan mal. Kalte sabe que algo sagrado se esconde aquí.

—Los lugares sagrados... —La vampiresa comienza a plasmar sus pensamientos en palabras—... apestan como lo hace el bosque. Aquí hay algo importante... lo sé.

—¿Y por qué tu casa no olía así? —Con esa pregunta, el vampiro deja claro que sigue el hilo de pensamiento de la muchacha de cabellos de plata.

—No lo sé... pero si aquí hay algo sagrado... es así como debe oler. — Un surco de sangre brota de uno de los lagrimales de Kalte. El lugar, a medida que se acercan, es más horrible para ellos. Les duele, pero aun así no cesan en el avance.

Sin previo aviso, Kalte se para en seco al ver el tronco de un enorme árbol. La forma en que sus ramas abrazan el cielo, reinando sobre el resto de los que pueblan el bosque, le resulta familiar. Las raíces, gruesas como el tronco de un árbol común, serpentean por el suelo, entrando y saliendo de la tierra como criaturas que habitan en las profundidades del mar. Una

sensación de dolor acompaña a la certeza de que este es el lugar. No sabe dónde exactamente, ni cómo va a encontrar lo que busca, pero es este árbol.

—Hemos llegado... —Kalte mira embelesada desde las raíces hasta la copa del antiquísimo ser de la tierra.

—Bien... ¿y qué hacemos ahora? ¿Buscar entre las ramas? —Darek tiene su antebrazo cubriendo su nariz y boca por el horrible hedor. Con ojos achicados, mira hacia la inmensidad del árbol.

—No lo sé... —Kalte desea marcharse. Este ambiente tan desagradable la hace querer huir—. Pero si mi familia ocultaba algo de los vampiros, esta es una buena forma... —Le resulta irónico el hecho de venir convertida en el ser de los que ellos la protegían.

—Busquemos rápido para marcharnos cuanto antes... —La desagradable incomodidad a la que están sometidos echaría de aquí a cualquier vampiro curioso, pero ellos tienen un objetivo claro. El joven vampiro comienza a buscar algo que pueda darles alguna pista de lo que necesitan encontrar.

Kalte se acerca al descomunal árbol sorteando las enormes anacondas que tiene por raíces. Las vetas de su tronco son profundas y oscuras. De pie, frente a él, la menuda vampiresa gélida como la nieve parece todavía más diminuta ante la inmensidad de otro ser eterno. Por puro instinto y arrastrada por la inercia de una energía que no comprende, mueve su mano con sumo cuidado hacia la acorchada superficie del tronco.

En el mismo momento en que las yemas de sus dedos entran en contacto con el árbol, una cálida atracción la imanta contra la áspera corteza. El cuerpo paralizado de la vampiresa podría hacer pensar a cualquiera que la observara que ha entrado en una especie de letargo, clavada en el suelo. Pero, en realidad, en su interior, todas las vivencias del árbol inundan la mente de Kalte. Una cantidad frenética de imágenes se transmite como la información de un disco duro al descargarse en un ordenador. Apenas entiende la información que recibe, y tampoco puede hablar ni moverse. Tan solo siente todo el sufrimiento y las experiencias del árbol que pasan a través de su mano.

Entre un mar de imágenes enfocadas como si una cámara estuviese en la copa del árbol, una sensación de familiaridad despierta en ella al ver a un hombre mayor parado a los pies de sus profundas raíces. Lleva un enorme bigote blanco que cae en una cascada espumosa a ambos lados de su mentón.

Pelo blanco, vista ojerosa y cansada, y un traje de chaqueta del siglo pasado. Tan solo con la imagen de su rostro no es capaz de averiguar nada. De repente, como si hubiesen cortado los fotogramas de una película, salta directamente a otra secuencia: ese mismo hombre con aspecto horriblemente desesperado se cuelga de una de las ramas, muriendo ahorcado.

Unos fotogramas después, un niño corretea por el lugar. Parece disfrutar de sus juegos en el siniestro bosque que rodea al árbol, al que hace partícipe de sus juegos. En un momento parece tener unos ocho años. Pelo negro y repeinado, pantalones negros cortos con los calcetines blancos y subidos hasta media espinilla, camiseta roja y blanca de rayas horizontales y zapatitos negros. Corretea buscando misterios que resolver.

Al instante siguiente, con imágenes parpadeantes del lugar donde se coloca para jugar, lo vuelve a ver parado frente al árbol, mirando directamente hacia las ramas, con una expresión de horror en el rostro. Ahora es algo mayor. Tiene tal vez unos trece o catorce años, y parece ver algo que le espanta justo en el mismo lugar donde se colgó el hombre mayor. Una historia familiar para la vampiresa, que creía que era pura ficción, hasta ahora. Un sentimiento de dolor abrumador bajo la triste y horrorizada mirada del adolescente se aloja en Kalte. Un dolor reflejado por el árbol, que comienza a llorar sangre.

Desde su copa, rieles de esa sangre espesa y oscura comienzan a teñir las vetas de su corteza, deslizándose hasta sus raíces. Donde antes estaba el niño, ahora tan solo hay un espesor carmesí, casi negro, que no la deja ver nada más. Una cantidad asfixiante de denso líquido rojo intenso brota cada vez con más fuerza, hasta el punto de que Kalte deja de sentir si es humana o vampiresa. Tan solo se ahoga. Ella es el árbol y la sangre cubre todo su cuerpo, colándose por cada uno de sus poros y orificios. Agitada, intenta de forma frenética quitarse ese viscoso fluido de la cara, pero una capa cada vez más densa la cubre. Se ahoga y se siente morir.

De forma abrupta, las visiones desaparecen, pero la sensación de angustia se mantiene. Kalte abre los ojos y ve a Darek frente a ella escudriñando su rostro.

—¿Qué has visto? —Los hermosos ojos verdes de su Pequeño buscan la respuesta mientras mantiene su mano agarrando la muñeca de la vampiresa.

Kalte, todavía desorientada, observa el hermoso rostro del joven, la

oscuridad que los rodea, el árbol y, finalmente, su mano, que gracias a Darek ya no está en contacto con la corteza del ancho tronco.

—No... —Kalte se lleva la mano libre al cuello. Desde los días en que era humana no tenía esa sensación de ahogo. Los vampiros no necesitan llenar sus pulmones de aire para subsistir, y esa misma sensación la estaba matando. Le cuesta poner en orden todas las imágenes de su visión—. No era un cuento... —consigue balbucear clavando la vista en el vampiro—. Howard... el hombre colgado... Fueron reales. —Darek suelta la muñeca de Kalte y, por mero instinto, la vampiresa se mira la palma.

—Estabas totalmente pegada —aclara el vampiro, que de nuevo la ha sacado de un estado de horror involuntario. Entre las pesadillas y las visiones, la vampiresa está siendo rescatada de su mente más de lo que desearía.

No tiene nada en las manos. Ni marcas, ni heridas... nada. Pero, a pesar de eso, siente que está caliente. Una sensación que, de nuevo, no tiene desde que es inmortal.

—Creo que sé qué hay que hacer... —De forma intermitente, la imagen de la sangre brotando del árbol recurre a ella. Las raíces cubiertas, la tierra encharcada de rojo; algo en su interior le dice qué debe hacer.

Con suavidad, Kalte se lleva la mano derecha a la altura de la boca. Muestra sus colmillos retráctiles para usarlos como arma y, voluntariamente, se hinca un mordisco penetrante en su muñeca, buscando abrir un camino entre sus venas y el exterior. Con decisión, rasga su piel generando un corte que sería feo para un humano, pero que para ella es necesario. Un par de simples agujeros tardarían poco en cerrarse con el poder místico de su sangre, y necesita algo más profundo y difícil de cicatrizar. Una gran cantidad de sangre emana de la herida de su muñeca y, con suavidad, Kalte extiende su brazo con la palma hacia abajo. La atenta mirada de Darek permanece fija en la vampiresa, que cierra el puño y expone por completo su herida de cara al suelo para forzar a que su sangre comience a gotear vigorosamente sobre la tierra. El vampiro mira con atención el suelo, que empieza a encharcarse de la sangre de Kalte, pero no ve que ocurra nada.

—¿Qué haces, Kalte? No estás consiguiendo nada. Para.

—El vampiro demuestra estar preocupado, como si algo dentro de él tuviese un mal presentimiento. Pero Kalte se mantiene erguida para verter

más y más sangre.

Un charco carmesí del diámetro de un balón de playa riega el suelo del árbol. Kalte aprieta todavía más los músculos de su brazo. Necesita verter más sangre.

—Kalte, para... —Darek mira de forma intermitente a la vampiresa y al charco en el suelo. Pero su expresión de preocupación no inmuta a su Dome—. Basta, en serio. —El vampiro sabe que, si Kalte pierde mucha sangre, la oscuridad que habita en su interior le va a exigir alimento que la reemplace. Y están lejos de poder cazar si pierde el control—. ¡Para!

En el momento en que Darek se dispone a coger el brazo de Kalte para parar la hemorragia, algo ocurre bajo sus pies. Una luz dorada con tonos rojizos comienza a brillar en el punto donde el lago de sangre alimenta las raíces del árbol. Empieza con poca intensidad, pero poco a poco va iluminando con una fuerza que acaba por ser cegadora. La sangre comienza a deslizarse por el suelo como si tuviese vida propia, surcando la tierra como una serpiente, mientras un símbolo cada vez más cegador se dibuja en la tierra.

Kalte abre los ojos sorprendida y horrorizada a la vez. Ese símbolo lo ha visto antes, y no solo una vez. Prácticamente todos los días de su vida y ahora en su eternidad. Pero no le da tiempo a reaccionar. Un destello parecido al de las auroras boreales empieza a ascender desde el suelo que los rodea. Forma un muro de luz en un círculo perfecto que rodea ese árbol, transparente con luces verdes, amarillas, azules y rosadas. Colores hermosos cada vez más altos que buscan el contacto con el cielo. Kalte mira a todos lados. Por todas partes está ese muro que aísla al resto del bosque en el exterior mientras sigue alzándose. O, tal vez, los está dejando dentro a ellos. La marca del suelo cada vez brilla con más fuerza.

—¿Sabías que pasaría esto? —Darek mira a todos lados, sobrecogido por el misticismo que los envuelve. Una cosa es ser un humano sumido en una rutina que luego pasar a ser una criatura que solo habita en los libros y la imaginación. Pero, sin duda, esto es algo nuevo para los dos.

—No... —Kalte alza la vista hacia el cielo y el muro de luz parece empezar a cerrarse hacia el centro, trazando la forma de una cúpula que irradia luminosidad.

—¿Y recuerdas algún otro cuento de tu familia que te diga si esto es

bueno o malo? —Darek también mira hacia la cúpula que se cierra sobre la copa del altísimo árbol, que es el centro de todo.

—No... —Kalte está, por primera vez en mucho tiempo, sorprendida y sin palabras.

Aunque debería sentirse atrapada por el halo místico que los rodea y que los ha aislado por completo del exterior, no está nerviosa. Tan solo sorprendida de que esto esté pasando, y abrumada por todo lo que desconoce de su pasado.

Un temblor en el suelo que procede de la base del árbol vuelve a captar la atención de ambos vampiros. Las raíces parecen mover la tierra que pisan, serpenteando bajo tierra. Darek, tal vez por un acto reflejo, se pone en posición de guardia, listo para atacar a lo que pueda emerger de las profundidades. Kalte mira hacia la marca del suelo que ya reconoce de antes. Algo le dice que la toque. No sabe qué, si su instinto o algo más. Pero así lo hace. Se arrodilla mirando fijamente a la marca cuyo significado ignora, pero sí sabe dónde la ha visto cada día y noche de su existencia. Al posar la mano sobre la tierra y la sangre que dibuja la marca en el suelo, un agujero místico absorbe a los vampiros sin previo aviso, arrastrándolos hacia un lugar desconocido bajo tierra y dejando como únicos testigos de su presencia al árbol y a la barrera mística que los rodeaba.

Capítulo 22

El legado

Una sensación en el estómago le indica a la vampiresa que está cayendo. Pero no siente la velocidad ni la distancia que recorre, sumergida en una absoluta oscuridad en la cual, ni siquiera ella siendo vampiresa es capaz de ver. Le recuerda a la nube que lanzó Damian para inhabilitar los sentidos en la mansión de Isabel, pero en esta ocasión han estado todo el tiempo solos junto al árbol. Trata de buscar, en los trescientos sesenta grados que le rodean, indicios de que Darek esté cayendo con ella. Pero es incapaz de ver nada. Ni luz arriba, ni el fondo abajo. Extiende los brazos para tratar de tocar las paredes del conducto por el que están cayendo hasta lo que parece ser el centro de la tierra. Busca con el tacto de su mano la arenosa superficie que espera encontrar en las paredes. En su lugar, las yemas de sus dedos tocan algo blando, suave y frío a la vez que algo igual de frío le toca el rostro. Asustada, encoge su cuerpo y deja de sentir el contacto con lo que quiera que se oculte en la oscuridad.

—¿Darek? —exclama deseando que sea al vampiro a quien ha tocado, y él quien la ha tocado a ella, pero no obtiene respuesta alguna—. ¡Darek!— vuelve a gritarle a la nada.

Con el cuerpo revuelto por la sensación de descenso, vuelve a extender el brazo para buscar de nuevo a quien quiera que sea que esté cerca de ella. Sus dedos se abren paso entre la oscuridad y vuelve a sentir algo blando más allá. De nuevo, unos dedos acarician sus mejillas. Necesita saber qué es lo que

está pasando. Algo le dice que no es Darek y empieza a inquietarla a mayor velocidad. Con la celeridad que le otorga ser un vampiro, lanza la mano que mantiene extendida en la oscuridad hacia lo que la toca a ella la cara.

Ambas manos se cierran en un puño sin dejar escapar a la otra presa. Kalte la tiene sujeta, pero quien quiera que la tenga a ella tampoco la va a soltar. Con fuerza, agarra con un brazo a su presa y comienza a tirar hacia ella para averiguar quién es.

A tratar de acercarse a su presa, nota como también tira de ella a su vez. Y sus sentidos se agudizan ansiosos por ver de quién se trata o qué. Como si estuviese bajo un potente foco de luz bajo la absoluta y reinante oscuridad sólida, como un líquido denso parecido al petróleo, una figura femenina empieza a surgir, emergiendo de la nada. Primero su nariz, luego sus labios y mentón. Su piel es pálida pero sonrosada como la de una jovial humana. Sin embargo, esas facciones horrorizan a Kalte. La reconoce. Sabe quién es. Tira más fuerte de ella para confirmarlo, y de la oscuridad emerge por completo una copia idéntica a sí misma, pero en su versión más humana. La Kalte pelirroja, de piel rosada, ojos castaños miel y cejas oscuras. La vampiresa mira a su reflejo humano sin dar crédito. No entiende cómo es posible. No se atreve siquiera a pronunciar una palabra. Los ojos miel de la humana están clavados en la vampiresa. No parece asustada al verse a sí misma convertida en vampiro. De hecho, es completamente inexpresiva. Una ella humana, pero vacía. Los ojos de la muchacha pelirroja están clavados en Kalte, pero no parece tener sentimiento alguno, ni voluntad alguna. Está completamente exenta de emociones.

Ambas están agarradas por las manos de igual manera, como la imagen de un espejo. A excepción de que el aspecto de una parece la versión del negativo de una foto de la otra. Conforme la vampiresa se mueve, su copia humana refleja sus mismos movimientos, una en frente a la otra.

—No puede ser... —acaba por decir la vampiresa, esperando una imitación en los labios de la «ella» humana. Pero en vez de eso, ni un solo movimiento se refleja en su rostro. Kalte frunce el ceño—. Esto es una alucinación... eso es lo que es... —Intenta convencerse en voz alta mientras la humana mantiene los ojos fijos en ella.

La seriedad de la Kalte pelirroja, comienza a tornarse cada vez más oscura, sin apartar sus ojos miel de los grises de Kalte. Su expresión es cada

vez más y más siniestra, abriendo los ojos llenos de rabia y de ira. Sus labios comienzan a despegarse como si quisiera gritar, mientras las manos del reflejo aprietan a Kalte con cada vez más fuerza.

La boca de la muchacha se abre más de lo que una boca humana podría hacer y un alarido desgarrador y gutural sale de la garganta de la humana, que grita con los ojos clavado en Kalte. Su piel comienza a empalidecer mientras que sus cabellos, ondeando al aire como las serpientes de la cabeza de Medusa, empiezan a tornarse blancos desde la raíz, hasta que acaban por completo con el rojo cobrizo que tenían antes. Sus ojos comienzan a girar sobre sí mismos hacia arriba hasta hacer que el iris y pupila desaparezcan, quedando tan solo el blanco ocular inmaculado. Una horrible visión que hace que Kalte luche por soltarse de ella. Quiere dejar de verla. O de verse. Su opuesta no deja de gritarle, cada vez más y más fuerte. Kalte, horrorizada, arranca los dedos de la humana que se habían clavado en sus propias manos como sanguijuelas que no querían dejar de darse el festín en su piel.

Consigue soltarse de ella y de repente, sin siquiera pestañear, todo es diferente. Está de pie en una especie de cueva, junto a Darek, que también parece acabar de llegar.

Joder... —La angustia de Kalte sigue presente en ella. La visión de verse transformarse en vampiro, o lo que haya significado lo que ha visto, la va a atormentar durante más tiempo del que desearía.

—Sí... Joder... —repite Darek llevándose las manos a la cara. Parece haber tenido otra alucinación, pero Kalte no quiere contar la suya. No quiere revivirla, por lo que no le pregunta nada a su vez.

Mira hacia su alrededor, y aunque pensaba que iban a encontrarse en una cueva con las paredes de tierra, no es así. Parece una construcción antigua. Las paredes forman un largo pasillo de bloques de piedra. Como si hubiesen traído los muros de un castillo medieval consumido por el tiempo. A lo largo de todo el corredor, unos agujeros en el muro dan cobijo a unos cristales que parecen naturales, del tamaño de un escudo de batalla, de los que emanan luces de colores muy vivaces. Lo que no es tan natural. Parece más bien algo místico o poderoso.

—¿Quién ha podido construir una cosa así? —pregunta el boquiabierto vampiro mientras mira a su alrededor.

No parece haber un lugar de entrada detrás de ellos. El muro de piedra

empieza donde ellos se encuentran. Solo hay un camino por el que puedan avanzar y es yendo al frente, recorriendo el largo pasillo que parece eterno. Darek palpa las paredes que les cortan el paso a sus espaldas mientras busca con la mirada en todas direcciones algún tipo de apertura. El vampiro, en su misión de búsqueda de salida, mira hacia arriba donde tampoco ve ninguna clase de agujero por la que hayan caído.

Kalte, sin apartar los ojos del túnel que se presenta ante ellos, deja de plantearse si ha notado la caída o el contacto, tras un largo descenso, de sus pies en el suelo. Tan solo puede centrarse en esa estructura construida, seguramente por sus antepasados, e iluminada con piedras de cristal que iluminan tímidamente de diferentes colores. Si hubiesen venido de ese inmenso pasillo, deberían recordar haberlo atravesado.

—No lo sé, pero debemos continuar. —Kalte mira a Darek y posa su mano sobre el antebrazo del vampiro, que termina por cesar en su búsqueda.

La vampiresa vuelve a centrar la mirada en esas titilantes luces como las de las luciérnagas que danzan en un lago bañado por la luz de la luna parpadean mostrándoles el camino a seguir, acción que hace que Darek mire en la misma dirección que ella.

Podría ser una trampa, Kalte. Nada de lo que hemos visto es normal. ¿Por qué estás tan calmada? —los nervios del vampiro no parecen contagiarse en su Dome, que mantiene la compostura por una buena razón.

—No creo que lo sea. Por eso estoy tranquila. —Con un dulce tono de voz trata de calmar al vampiro.

¿Cómo puedes saberlo? —los ojos de Darek se clavan en Kalte, que se mantiene serena.

—Porque... el símbolo de antes... —Darek presta total atención a las palabras de su Dome. —No es la primera vez que lo veo. —Consigue aclarar ante la inquisitiva mirada del expolicía.

No le hace falta que el vampiro le pregunte nada más. En sus ojos puede ver que está deseoso de saber esa información y tan solo espera a que ella le diga dónde, cuándo, cómo o por qué. La vampiresa tarda unos segundos en tomar la decisión de mostrárselo. Kalte se pinza los labios con una muestra de duda, pero se decide tras unos segundos, tras los cuales se gira lentamente para darle la espalda.

Alza el brazo derecho, en el que ya ha cicatrizado el mordisco que se dio

para verter su sangre en las raíces del árbol, y con suavidad se aparta el pelo que cae como una cascada de nieve sobre su espalda. Como una cortina que anuncia el inicio de un acto en una sala de teatro, Kalte deja al descubierto la zona de piel que oculta. Una marca de nacimiento, en la base de su cuello, recuerda exactamente a la forma del símbolo que se dibujó en el suelo. Su padre la llamaba «pequeño cisne» porque los trazos serpenteantes que se alzan desde un mismo punto le recordaban al hermoso y elegante animal. Son tres trazos curvados que parecen dibujar unas eses poco redondas: una larga, la que asemeja el cuello del cisne, y dos más cortas que parece que sean las alas. El inicio de las tres partes de lo que podría ser la cuna de su plumaje trasero.

Darek desliza las yemas de sus dedos por el cuello de Kalte, como si pensase que esa marca se la acaba de dibujar para gastarle algún tipo de broma. Sin embargo su piel hondea bajo la presión que hace, manteniendo la marca intacta.

—Esto es mucho más gordo de lo que pensábamos... —comenta Darek aún examinando el cuello de la vampiresa—. Y, ¿sabes qué significa?

—No... —Parece que es la única respuesta capaz de darle al vampiro en sus últimas preguntas. —Sólo sé que debemos continuar. —Kalte gira su rostro con el cuello aún libre de la cascada de su lacia y blanca melena. —No quiero hacerlo sola... — En sus ojos se puede ver que es completamente sincera en ese pensamiento.

—No lo estás. Vamos. —Darek riza con dulzura la comisura de sus labios dibujando una media sonrisa en su rostro para tranquilizar a su Dome. Con la misma ternura retira la mano de la piel de la vampiresa para que ella vuelva a dejar caer su melena blanca sobre su espalda.

Kalte asiente a su Pequeño, que ha acabado por convertirse en un pilar importante para ella en el poco tiempo que llevan juntos, y comienzan su avance. El suelo de piedra va quedando atrás con cada paso de los vampiros, mientras los cristales luminiscentes les muestran el camino que pisan. Unos de ellos brillan de un blanco intenso, otros son un blanco rosado, y algunos son verdes o azules. Los mismos colores que Kalte recuerda haber visto brillar en el muro de aurora boreal que les sepultó en la cúpula mística. Tras un camino de unos minutos, al fin vislumbran un muro que pone fin al largo pasadizo, otra pared de roca que les impide el paso.

—Mira... —Antes de perder la esperanza y pensar que se van a quedar encerrados aquí para el resto de la eternidad, Kalte ve tallado en una de las piedras el símbolo de su cuello—. Es aquí. —La vampiresa toca las frías rocas en busca de alguna rendija u orificio, pero con esa simple acción el muro comienza a crepitar ante sus ojos.

Un enorme bloque con forma circular, compuesto por las mismas piedras que les impiden el paso, retrocede y rueda sobre su superficie, dejando a su paso un orificio del tamaño de una persona. Una puerta mística que solo se puede encontrar en las películas, y al parecer en esta extraña cueva.

No hace falta adentrarse para ver qué albergaba en su interior. Un pedestal rústico, iluminado bajo un cielo de estalactitas de hielo brillante, formadas por los mismos cristales luminosos que alumbran el resto de la cueva.

Las pareces están desnudas, y los ojos tan solo llevan a ese atril hecho de madera de roble, raramente conservado para el tiempo que debe haber permanecido oculto en esta guarida. Sobre su superficie hay un libro antiguo con lo que parece una cubierta de cuero. Kalte, sin poder salir de su asombro, siente que esto es verdaderamente importante, y camina con decisión hacia él. De pie frente al atril, observa con atención el libro que reposa sobre él.

Las cubiertas parecen semirrígidas de cuero desgastado de un color marrón oscuro, y las esquinas están protegidas por unas chapas metalizadas de una aleación que parece recordar al oro antiguo. Un par de correas del mismo cuero salen del dorso del libro para anclarse en la portada y mantenerlo cerrado con un cerrojo de hebilla, con un único agujero en cada tira de cuero destinado a su sujeción. En los extremos de ambas cintas de cuero, y para adornar, unas chapas metalizadas con grabados y del mismo color que el resto de metales del antiguo libro, le ponen el remache final. En el centro, un círculo tallado sobre el cuero, alisado en su interior, deja ver tan solo una marca con relieve. Exactamente la misma que lleva en su cuello. Tras mantenerse quieta unos instantes, finalmente Kalte extiende sus manos dispuesta a cogerlo.

—Ten cuidado. —Darek observa a su Dome desde la entrada, atento a cualquier anomalía que pueda aparecer.

La vampiresa vuelve la vista hacia el vampiro. Tiene razón, debe estar preparada para cualquier cosa. Sin embargo, no hay ningún campo de fuerza

místico, ni ninguna razón por la que deba pensar que no han encontrado al fin lo que andaban buscando. Si es cierto lo que decía Bobby, este libro parece ser el misterio que guardaba celosamente su familia para combatir la oscuridad y a los seres de la noche. Y si ella lo ha encontrado, puede que los que andaban buscándolo también estén cerca. Así que deben llevárselo. Si sus padres dejaron más pistas que hayan podido ser interceptadas antes de que ella las encontrase, debe estar segura de que no se hagan con el libro. Ha tardado veinte años en saber la historia de algo que va más allá de ella, y ahora teme que haya sido demasiado. Vuelve la vista y con cuidado, como le acaba de indicar su Pequeño, acerca sus manos al libro.

En el mismo momento en el que su piel se acerca a escasos centímetros de la cubierta, una descarga similar a un rayo atraviesa a Kalte, lanzándola despedida por el aire y haciéndola impactar fuertemente contra la pared que tiene a su espalda. El estruendo del golpe resuena en toda la sala y la vampiresa, inconsciente, comienza a convulsionar tirada en el suelo. Los espasmos que zarandean su cuerpo son violentos y descoordinados.

Darek, sin darle tiempo a su mente a reaccionar, corre a comprobar qué le ocurre a Kalte. Al verla en ese estado, se arrodilla tan rápido como puede a su lado, y posa una de sus manos sobre ella para tratar de hacerla volver a despertar. Sin embargo, al tocarla, un calor horrible, más de lo que él como vampiro puede soportar, hace que su mano empiece a teñirse de negro y a disecarse. No es como la necrosis creada por un frío glacial o por la falta de flujo sanguíneo, es más bien como la calcinación que se crea en la corteza de un árbol ardiendo.

Darek, sin poder soportar el dolor, se aparta de inmediato con horror en su rostro. La sensación de calcinarse para un humano es indescriptible, pero para un vampiro, es potencialmente superior. La angustia de dolor se expresa el rostro de Darek, que mientras se agarra por la muñeca, se encorva como un animal herido a punto de atacar a todo lo que tenga a su paso por el horror que debe estar viviendo. El expolicía, agarrándose por la muñeca con fuerza, jadea entre sus dientes con la mandíbula apretada y los ojos cerrados. Pareciendo que se concentra intensamente en controlarse a sí mismo y tratar de no perder el control.

Tras largos e inolvidables segundos su mano vuelven a un estado normal. La sensación es comparable a como si tuviera el sol dentro, emanando un

calor imposible de soportar. Si él lo ha tocado durante un segundo y ya ha empezado sentir que se quemaba, la duda de que Kalte pueda sobrevivir a ello baila en su pensamiento.

Los vampiros, ante un calor tan intenso que pueda recordarle al sol o al fuego, entran en pavor deseando huir para poder salvar su vida eterna. Son dos de los grandes enemigos mortales de los moradores de la noche. Tan solo estar en la presencia del candor de una vela, es algo impensable para cualquiera de ellos.

Darek no puede soportar el calor que emana su Dome, que no deja de convulsionar desde que tocó el libro pero, a pesar de eso, no arde como lo hizo él segundos atrás. En su interior busca toda la fuerza de voluntad que pueda encontrar y se quita prendas de ropa para almohadillar el suelo en el que Kalte no deja de golpearse una y otra vez. Sabe que los impactos no la matarán. Sin duda será el calor quien lo haga. Pero si consigue sobrevivir, será mejor cuanto menos daño físico tenga. Una vez adecentada, el vampiro se mantiene todo lo apartado que puede de la vampiresa, pero sin quitarle los ojos de encima, tanto a ella como al libro.

En momentos de tensión, la sensación del paso del tiempo parece ralentizarse para torturar a quien sufre por algo, y ese es Darek ahora. Los minutos pasan despacio mientras ve como Kalte no deja de agitarse con fuerza con movimientos descontrolados.

Las horas acaban pasando, una tras otra, hasta que el sueño diurno comienza a hacer efecto en el vampiro.

—Aún no... aún no... —Darek intenta resistirse sin dejar de mirar a la vampiresa, que no ha alterado su estado en todo este tiempo. No quiere dormir y dejarla así, seguramente temiendo que cuando despierte a la noche siguiente, el calor que está experimentando Kalte la haya terminad por convertir en cenizas durante todas las horas diurnas.

Pero el sueño no tiene piedad de nadie. Aunque intenta mantener los ojos abiertos para seguir cuidando de Kalte, un peso irresistible acaba por vencerle y dejarle en letargo hasta que el último rayo de sol se oculte tras el ocaso.

Capítulo 23

Ofrenda de Sangre

Un dolor agudo y continuo reina en el cuerpo de la vampiresa. Se siente agotada y débil. Una sensación redundante en estas últimas noches de locura, pero ahora es especialmente duro abrir los ojos. Como si con los párpados tuviese que levantar una tonelada de piedras, consigue desperezarlos con dificultad.

Le duele moverse y, desde que es vampiresa, no sentía su cuerpo así. Ni siquiera tras la huida del nido de Isabel. No oye nada a su alrededor y a duras penas recuerda qué ha pasado. Lo último que recuerda es el árbol, la cueva, el libro... Apenas encuentra la fuerza suficiente para girar su rostro, tumbada boca arriba, y buscar a Darek.

Tras unos momentos de forzar su voluntad, finalmente lo consigue. Gira el rostro, pero nada más. Su cuerpo, débil y agotado, no responde a su deseo de levantarse. Ahí está él, sentado contra la pared que tiene a su derecha, al otro lado de la sala. Las suelas de sus botas negras están en contacto con el suelo, sus codos descansan sobre sus rodillas, que se alzan en un ángulo de noventa grados. Sus manos reposan en la nuca, ocultas y enlazadas en su castaña melena. Su rostro está gacho mirando al suelo, que actúa a modo de asiento, pero no parece dormido, más bien preocupado. Todo indica que no la ha visto despertar.

—Darek... —Kalte consigue hacerse notar con un hilo de voz, tratando de expulsar el silencio que habita en la sala.

Tan pronto como escucha la voz de Kalte, el vampiro libera las manos que tiene apresando su nuca y alza la cabeza para mirar hacia ella, que permanece tumbada. Sus ojos, llenos de preocupación, brillan como si un deseo imposible le hubiese sido concedido, y en sus labios carnosos, sus dientes perlados aparecen en escena para mostrar a la vampiresa una sonrisa de alivio.

—Estás bien... —Darek se levanta para acercarse rápidamente hacia la muchacha, aún inmóvil. Su tono de voz es tierno y protector. Se arrodilla junto a ella y, con sus yemas, toca la piel del cuello de Kalte. Primero la toca rápidamente a modo de prueba, como el que quiere tocar el fuego y retirar la mano antes de quemarse, como si quisiera comprobar que no está convulsionando. Y la respuesta parece complacerle, ya que posa su mano sobre la mejilla de la vampiresa.

—¿Qué...—Kalte intenta hablar con normalidad, pero no consigue pronunciar una frase completa sin sentir que su garganta está siendo arrancada por un monstruo que no es capaz de ver —ha... —trata de continuar con su pregunta mientras Darek mantiene la mirada clavada en ella. Con un gesto tranquilizador, le indica que no continúe hablando.

—No hagas esfuerzos, Kalte. No sé ni cómo estás de una pieza. —Cada palabra del vampiro le pesa como un saco de piedras. Parece que es algo que lleva sufriendo largo tiempo—. Anoche, al tocar el libro, saliste despedida contra la pared y comenzaste a convulsionar. Y mucho. —El vampiro comienza a narrar lo que Kalte no recuerda, a la vez que mira hacia el libro, que sigue en el atril, descansando como si la presencia de ambos jamás se hubiese producido—. Y lo peor de todo es que estabas caliente. —Parece confuso con ese concepto; le da vueltas unos segundos antes de seguir—. Pero no caliente como un humano. Ni siquiera como uno con fiebre. Joder, Kalte, eras como unas brasas candentes a punto de crear una llama de fuego. —El vampiro niega con el rostro desencajado y devuelve sus verdes y preocupados ojos a los pálidos de Kalte—. Intenté ayudarte. Fui hacia ti con intención de despertarte, pero en cuanto mi piel entró en contacto contigo... —susurra mientras se mira la mano derecha—. La mano se me quemó como si fuese papel en una hoguera. Jamás había visto algo así. —Los ojos del vampiro muestran terror al recordar lo que había pasado—. Pensé que no sobrevivirías... —El vampiro, con un gesto suave, desliza su brazo izquierdo

bajo el cuello de Kalte y, con lentitud, la incorpora levemente y le aparta el pelo de la cara mientras ella sigue tumbada e inmóvil—. Estuviste así toda la noche de ayer, y hoy, al despertarme, seguías convulsionando. Has estado convulsionando y ardiendo casi veinticinco horas —sentencia el vampiro—. Darek coge la mano de Kalte y la mira con preocupación—. ¿No puedes moverte nada? —pregunta haciendo movimientos en la mano que tiene sujeta, esperando una respuesta del cuerpo de Kalte.

—No... —consigue decir la joven con clara dificultad. Aunque ella no es consciente de ello, está más apagada de lo que suele estar. Su tez siempre ha sido clara como la nieve, pero de un color brillante. Y su pelo destellaba como las estrellas bajo el manto de la noche. Sus labios, rojos como una rosa, destacaban su hermosa claridad. Pero, esta noche parece una flor marchita. Los colores son los mismos, pero ahora se la ve apagada y mustia.

Darek suelta la mano de la vampiresa y, con suavidad, toca el labio superior de Kalte, alzándoselo levemente para poder verle los colmillos.

—Tienes hambre —concluye el expolicía sin soltar de sus brazos a su Dome. La cabellera blanca de Kalte cae como una cascada espumosa hasta el suelo, con suaves mechones que acarician la piel del antebrazo del vampiro—. Estás mostrando los colmillos. —comenta Darek mientras deja los labios de Kalte relajados y procede a morderse la muñeca.

En cuanto Kalte huele la sangre, sus sentidos despiertan. Nada de lo que le ha contado su Pequeño tiene más sentido para ella que la necesidad de alimentarse. Para un vampiro, aunque normalmente se alimente de humanos, la sangre de otro vampiro es como el vino de la mejor de las cosechas que guardas para la mejor de las ocasiones. Aparte de eso, la connotación de lo que supone un mordisco para un vampiro, va más allá de lo físico.

La necesidad de morder a Darek va a más en cuanto le ofrece la muñeca. Pero él no sabe lo que implica que lo muerda... Kalte, o más bien, la Kalte consciente, sabe que va a ser algo muy intenso para ambos, pero el hambre domina a su consciencia.

En cuanto la muñeca del expolicía roza los labios de Kalte, la vampiresa clava sus dientes sobre la suave piel del vampiro. Enseguida, un increíble sabor embriaga sus sentidos y una ola de energía comienza a recorrerla de arriba abajo. La sangre de Darek ya era deliciosa cuando era humano, pero ahora ha mejorado hasta niveles que no podía imaginar. Y sumándole eso a

que la sangre de vampiro es exponencialmente más intensa y revitalizante que la de un humano, su autocontrol desaparece.

Con la energía que brota de ella, mueve las manos para sujetar el fornido brazo del vampiro e impedir que se mueva. Cierra los ojos para dejarse llevar por uno de los instintos de animal más básicos. El placer.

Nunca había experimentado el placer del mordisco de esta forma. Para los vampiros, tiene una connotación erótica, pero solo si lo controlas. Pero si te dejas llevar, el deleite de la sangre vampírica puede hacerte acabar con la existencia del vampiro, dejándolo sin una gota y dando fin a sus noches en la tierra. Pero ahora, el control es un lujo que Kalte no sabe si va a poder dominar.

La sangre de Darek le ha dado energía suficiente para que Kalte consiga incorporarse poco a poco sin soltar la muñeca del vampiro. La sangre del expolicía recorre su cuerpo y la llena por completo, pero necesita más. Quiere tener un acceso a su energía más directo. Quiere una arteria que albergue un gran caudal de sangre al succionar.

La albina abre los ojos y los clava en los verdes del hombre mientras extrae los colmillos de la muñeca aún sangrante de Darek. Con suavidad, lame los orificios que permitían beber de él para así no derramar ni una gota más, arrastrando con la lengua toda la sangre que lo mancha.

Sin mediar palabra, Kalte suelta el brazo de Darek, se pone de rodillas frente a él y alza las manos para acariciarle la castaña melena. Con decisión y un movimiento rápido, posa una mano sobre el hombro del vampiro y, con la otra, rodea su cuello para girarle la cabeza y tener el cuello accesible para el mordisco.

—Espera —ordena Darek con firmeza mientras se libera de las sujeciones de la vampiresa. Pero, sin poder evitarlo, la vampiresa se vuelve a lanzar a morderle—. Kalte, para —insiste el vampiro, sujetando las muñecas de la menuda joven.

Kalte siente cómo su deseo la controla. Su Oscurus también quiere que se lance. Quiere más sangre de Darek. Quiere hasta la última gota de placer. Pero, inmóvil, trata de recomponerse tan lentamente que no se cree capaz de parar.

—¿No lo deseas? —Forcejeando con suavidad, la albina deseosa de más, trata de zafarse de la fuerte mano de Darek, que la mantiene sujeta por ambas

muñecas con tan solo una mano.

Las manos del vampiro, grandes y fuertes, no liberan a su Dome a pesar de sus intentos. Así que Kalte, como respuesta a ello, clava uno de sus colmillos en su propio labio inferior. Sabe que su sangre será una tentación irrechazable para su Pequeño. Y la prueba de ello es que él acaba de fijar los ojos en una gota que comienza a deslizarse por su mentón.

Pasan unos segundos largos mientras Darek mantiene su mirada fija en los labios jugosos y sangrantes de la vampiresa. No la suelta de las manos y tampoco se aparta de ella. Con la mano que tiene libre, el expolicía acaricia con el dorso de su índice la barbilla de la vampiresa y arrastra con él la sangre que brota del labio de Kalte. Sus verdes ojos se mantienen fijos en el carmín fluido que ahora mancha su propio dedo y, con suavidad, se lo lleva a la boca para saborearlo. Kalte siente que el deseo vuelve a ella de forma irrefrenable y, por unos instantes, piensa que va a conseguir lo que desea. Pero se equivoca.

—Deberíamos pensar en marcharnos. —La frase que Darek pronuncia tras retirar el dedo de su boca que actúa como palo de piruleta de sangre, hace enfadar a Kalte, que forcejea con rabia para tratar de soltarse de la única mano del vampiro que la mantiene apresada aún por las muñecas—. Dudo que este lugar sea seguro después de lo que he visto que te ha pasado.

—Suéltame —ordena molesta al no conseguir liberarse, ignorando las razones por las que el hombre quiere marcharse. Aún no está en plena forma y, además, él es más fuerte que ella. Aunque sea su Dome, nunca ha sido muy habilidosa en el combate y, en parte por eso, decidió convertirlo.

—Me alegra ver que estás mejor. —El expolicía sonríe con dulzura mientras la suelta.

Kalte se levanta y se aparta de él unos pasos mientras el hombre también se levanta. No entiende qué ha pasado. Ella, que quiere evitar a toda costa este tipo de acercamientos, ha sucumbido de forma imperdonable ante la sangre de Darek. Pero, aun así, ¿por qué él no? El placer del mordisco es para ambos vampiros, pero él parece no haberse inmutado siquiera.

Quiere dejar de pensar en eso. No le interesa si la desea, si no la desea o lo que acaba de pasar. O, al menos, eso quiere aparentar. Así que mira a su alrededor y le parece ver todo tal y como recordaba, incluido el libro sobre el altar. Sin mediar palabra, Kalte se dirige a paso decidido hacia este.

—¿Estás loca? —Darek camina hacia ella con rapidez y agarra la muñeca de la vampiresa en el momento en que Kalte se dispone a cogerlo de nuevo, colocándose entre la albina y el libro— ¿Acaso quieres que te mate? Ahora estás más débil. No lo aguantarías —exclama preocupado el vampiro.

—Vaya... —La albina alza la mirada para clavarla en Darek—. Algo que sí te hace sentir... —protesta mientras, de un tirón, libera su brazo de la mano del expolicía, que la mira con sorpresa.

—¿Sentir? ¿Crees que lo de antes...?

En el momento en que Darek iba a continuar su pregunta, Kalte se aparta de él, ignorándolo por completo y le esquiva para coger el libro. El miedo que podía sentir antes de volver a tocar el cuero que protege las páginas del texto desaparece en cuanto sus yemas acarician la rugosa superficie del tomo. No siente calor, no siente electricidad. Ahora no parece más que un libro. Un inocente libro.

Los ojos incrédulos de Darek se mueven entre la muchacha y el ejemplar.

—¿Estás... bien? —pregunta al fin al ver que Kalte no se mueve.

—Sí. —Una sonrisa riza la comisura de los labios de la vampiresa. No sabe qué contiene este libro, pero sabe que es importante. Algún legado familiar se esconde aquí, y por fin podrá averiguar qué es lo que su familia temía, o contra qué luchaba.

Kalte abre los cierres que atan con un par de correas ambas cubiertas de cuero antiguo y ojea las páginas por encima, pasándolas como un abanico, viendo las del final primero para llegar al principio.

Parece un diario lleno de dibujo hechos a mano con la tinta de una pluma, fórmulas, símbolos que jamás había visto, datos sin una narración continuada... Las páginas están desgastadas y amarillentas por las inclemencias del paso del tiempo con una firma en la primera de sus páginas. Aunque, seguramente, lleve aquí más tiempo del que parece por su aspecto. Y a simple vista, Kalte cree saber qué es; El grimorio de H. P. Lovecraft.

Kalte abre los ojos desorientada. Si este es su legado familiar... ¿por qué el autor de tantos libros que almacenaba su padre es el que lo firma? ¿Y qué relación tiene con todo esto? Demasiadas dudas acuden a su mente como para buscar respuestas en este momento, pero sin duda sabe quién puede aclarárselas. Kalte cierra el libro con cuidado y sella sus correas de cuero con

las hebillas.

—Tal vez deberíamos volver con Bobby —comenta Kalte con los ojos aún clavados en el nuevo descubrimiento—. Aunque no quiera ayudarnos, creo que es el único que ahora mismo podría hacerlo. Tal vez sepa cómo podemos interpretar el libro, o qué significan estos símbolos. —La vampiresa acaba por cerrar el libro—. O cualquier otra cosa, pero debemos encontrarlo.

—No creo que sea fácil hacerlo de nuevo, y dudo que siga en Boston. Nos estaban buscando a todos, y por cómo se fue del bar...—Kalte asiente sin tener ni idea de cómo van a encontrarlo si él también ha huido. Estaba claro por cómo se fue que él también pensaba desaparecer el mapa—. Salgamos de aquí —continúa Darek—. Bajo este árbol no vamos a conseguir dar con él. Ya se me ocurrirá algo.

—Sí, pero... ¿cómo salimos? ¿Encontraste alguna salida mientras estaba inconsciente? —pregunta Kalte abrazando el libro a la altura de su pecho.

—Sígueme. —El vampiro sonríe con una pizca de picardía—. ¿Te encuentras bien para caminar? —Los ojos de Darek se posan en la pequeña y nívea muchacha.

—Sí —asiente Kalte sin parecer seguir muy enfadada con él. El libro mantiene su cabeza ocupada. Quiere saber qué significa el contenido de sus páginas.

Para sorpresa de la muchacha, cuando se ponen en marcha, el camino que sigue Darek no es por el que se adentraron a través de la cueva para acabar en esta sala oscura que tantos misterios alberga, al contrario. Se dirigen hacia la parte de atrás del altar. A simple vista, Kalte no es capaz de ver en el muro de piedra nada que pueda indicar una entrada o salida de aquel lugar, pero Darek camina con decisión hacia el muro y se para frente a él.

—Mi primer instinto al verte tan mal durante tu... —Darek comienza a observar de forma meticulosa las piedras del muro sin mirar a Kalte a la cara, mientras parece buscar una palabra apropiada para el estado en el que se encontraba anoche la albina... lucha por sobrevivir fue buscar la salida. Lo primero, y más obvio, era intentar salir por el mismo sitio por donde habíamos entrado... es decir, por el túnel.

Tras nombrarlo, Kalte echa la vista atrás para localizar la entrada que menciona el vampiro, que se encuentra justo al lado contrario de donde están

ellos. Kalte frunce el ceño al no entender por qué se encuentran mirando hacia la pared, como si estuviesen castigados tras el escritorio de un maestro de escuela, que en este caso es el atril que servía de soporte del libro.

—Pero, obviamente, ahí no había nada... —concluye la vampiresa, sin entender las leyes de la física que les han permitido entrar aquí. Pero si siguiese las mismas leyes, los vampiros no existirían, ni la magia que parece envolver en un misterio a su familia.

Darek comienza a deslizar su mano por las frías piedras del muro ayudándose de la poca luz que proporcionan las rocas luminosas que rodean la sala. Una luz tenue que tan solo ayuda a vislumbrar lo que te rodea, con destellos que podrían ser de joyas preciosas cargadas con la energía de las estrellas, haciendo de la estancia un lugar precioso y misterioso.

—Exacto —responde el hombre sin dejar de buscar algo en el muro que tienen enfrente.

Su melena castaña acaricia su rostro esculpido y varonil, y sus ojos sonríen antes que sus labios al encontrar lo que buscaba. Coloca la yema de su dedo en el punto exacto, antes de volver a incorporarse, y se gira hacia Kalte, que aún mantiene el libro abrazado a la altura de su pecho.

—Fue entonces cuando creí que me iba a volver loco. —El hombre mira a la albina con el rostro de nuevo lleno de preocupación, como si se la imaginase en el momento en el que convulsionaba y ardía—. Pensé que ibas a morir, y no podía quedarme quieto. Di vueltas desesperado por la sala, pero no había nada... —Los ojos de Darek brillan como esmeraldas bajo la luz de las piedras luminosas de la sala—. Busqué la forma de sacarte, pero no podía tocarte, ni a ti ni al libro. Tan solo podía esperar que sobrevivieses, y poder darte mi sangre para que te recuperases... —Darek hace una pausa de un par de segundos antes de seguir—. Dejé caer sobre tus labios gotas de mi sangre cada hora, esperando que te diera fuerzas para seguir luchando. Te has despertado unos minutos después de que viese esto.

Kalte procesa la historia de Darek, de lo que ha pasado mientras ella no estaba consciente. Y por fin se toma unos instantes para pensar en ello. Ha ardido durante horas como brasas a punto de prender. En cambio, una simple vela, es una pesadilla para un vampiro, ya que el fuego es uno de los medios más fáciles que pueden darles la muerte definitiva a los moradores de la noche. Y a pesar de todo, él ha estado cuidando de ella sin descanso.

Por muy orgullosa que sea, comprende la realidad de su situación. Tal vez su destino era llegar hasta aquí, hasta la cueva secreta de su familia, pero, en su estado vampírico, es muy posible que no lo hubiese conseguido sin él. Tal vez sin la sangre que le ha dado no habría tenido fuerzas para soportar un calor como el que narra. Un calor que ni siquiera un humano sería capaz de tolerar, y mucho menos un vampiro. De hecho, él estuvo a punto de prender al tocarla y sufrió, lo más seguro, un dolor indescriptible.

Un sentimiento de gratitud se instala en su pecho, pero no es capaz de decirlo. No puede pronunciar la simple palabra que cambiaría la relación entre ellos, demostrándole a su Pequeño que lo necesita con ella, que son un equipo. Y ese «gracias» no sale de sus labios al verse distraída por lo que señala el vampiro en la pared.

En una de las frías piedras del muro, hay un símbolo tallado. De nuevo, el mismo icono que corona la cubierta de cuero del libro que porta en sus brazos y el que la acompaña desde que tiene uso de memoria en la parte trasera de su cuello. Kalte mira con sorpresa a Darek, ya que la marca es apenas apreciable a simple vista.

—¿Cómo has sido capaz de encontrarla? —Kalte mira el símbolo tallado sobre la piedra. No es mucho más grande que un par de centímetros en una roca que medirá un metro de largo por unos setenta centímetros de alto en el muro que les rodea, lleno de gemelas a ella. Sumándole a eso que están desgastadas por el paso del tiempo y por las imperfecciones naturales del material, haberla encontrado se convierte en una hazaña digna de un detective minucioso.

—No ha sido tan complicado... —comenta el expolicía, quitándose merito con una modestia sincera—. De lo que no estoy seguro es de si esto abrirá el camino a la salida. Si no lo hace... —Una pausa de Darek hace augurar lo peor a Kalte.

—No me apetece sufrir un letargo por hambre... he oído que es muy doloroso. —Kalte niega con el rostro al imaginárselo.

La mera idea del hambre vampírico es una tortura, un sufrimiento continuo. Sin embargo, pasar demasiadas noches seguidas sin ingerir ni una sola gota de sangre puede llegar a ser tan doloroso que los cuerpos vampíricos acaban por deshidratarse y disecarse, famélicos, hasta el punto de momificarse y acabar en un sueño eterno hasta que alguien los encuentre.

Tan solo tendrían que darles unas gotitas de sangre para volver a despertarlos. Pero, teniendo en cuenta que este lugar está oculto y que ya no quedan miembros de su familia que puedan continuar con el legado de Kalte, es muy probable que no les encuentren jamás. No es la forma que quiere para acabar esta aventura.

—A mí tampoco, y no podremos seguir bebiendo de nuestra propia sangre... —Darek parece tan consciente como ella de que los dos están en un estado bastante débil como para pasar muchas noches aquí encerrados sin alimentarse.

Aunque alimentarse de un vampiro aporta un subidón de energía, ahora mismo son como dos vasijas que pueden contener hasta cinco litros de vino en su interior. Darek ha estado vaciando sus litros de vino en la vasija vacía que es Kalte, pero, para llenarlas de nuevo, necesitan vino nuevo. Lo que para ellos es sangre fresca. Necesitan humanos.

Así que, tratando de no darle más vueltas, Kalte acaricia la pequeña marca tallada sobre la roca. Se acerca a ella para observarla con esmero y ve que está tallado con profundidad sobre la roca, hasta el punto de parecer una cerradura.

—¿Has encontrado una llave? —Kalte mira a Darek con la esperanza de que así sea.

—No... —sentencia el vampiro muy serio. Pero, tras una pausa manteniendo una expresión de pesar, le dedica una sonrisa enorme y pícaro a la albina—. He encontrado algo mejor.

Darek apoya la mano sobre la piedra de la marca, dejando su brazo derecho completamente extendido. Lleva una camiseta negra de algodón de manga larga, pero remangada lo justo para que los músculos de su antebrazo destaquen tras ese manto de oscuridad. Y, ejerciendo algo de presión, la roca cede a su fuerza y se hunde unos centímetros en la pared para luego volver a su posición.

Un enorme estruendo retumba por toda la sala, como si se hubiese activado un mecanismo antiguo tras los muros de piedra. Transcurridos unos segundos, un sonido capta la atención de Kalte. Parece que un montón de rocas se arrastran por el suelo a lo lejos; el sonido procede del otro lado del túnel por el que entraron.

—¿La entrada es la salida? —pregunta la vampiresa, atónita, junto a

Darek.

—Eso parece. —Los ojos de Kalte se clavan en el túnel que los vio llegar.

—¿Y por qué no saliste? —La sonrisa del vampiro se apaga lentamente del rostro del vampiro ante la pregunta.

—Como te decía antes, lo vi unos minutos antes de que despertases, y cuando lo hiciste, estaba dándole vueltas a las opciones de dejarte sola, no sabía si al haberse detenido las convulsiones significaba que la Sangre estaba haciendo efecto, o en vez de eso...

—Lo has hecho bien... —interrumpe la muchacha, evitando que tenga que buscar más explicaciones.

La albina le dedica una sonrisa con ternura al vampiro mientras se abraza con fuerza al libro, que no ha soltado todavía. No sabe si, con esto, su figura autoritaria de Dome se verá afectada, pero siente gratitud ante el gesto del vampiro. A su dedicación por mantenerla con vida todas estas noches. No solo desde que entraron en la cueva, sino desde que se ha convertido en su compañero de la noche.

La expresión de sorpresa de Darek ante esa palabra es clara y parece hacerle sonreír abiertamente.

—¿Eso es un «gracias»? —bromea el vampiro—. No sé si es mi Sangre o el ardor del libro, pero te has vuelto una blandengue... —Las palabras de Darek no dejan impasible a su Dome, que acaba por asestarle un puñetazo en el brazo con todas sus fuerzas.

—Grábate este momento en la memoria porque no se va a repetir... Me has pillado cansada... —protesta la muchacha—. Así que cállate y vámonos. Que tengo hambre —vuelve a ordenar de forma seca y autoritaria, tomando nota de que esto no ocurra de nuevo. No más señales de debilidad.

Sabiendo que aún es pronto en esta noche, caminan con decisión para emprender su camino de vuelta, por lo que no les lleva mucho tiempo cruzar de nuevo el túnel a ese ritmo. Parece más corto de lo que recordaban. Al fondo, donde habían escuchado el ruido de las rocas arrastrándose por el suelo y el golpe seco al parar el movimiento, encuentran una puerta que los conduce a una escalera que sube.

Kalte es la primera en comenzar el ascenso. El conducto por donde discurre es estrecho, apenas cabe una persona de complejión media. El olor

a tierra húmeda embriaga los sentidos de Kalte y casi puede notar cómo las criaturas que viven bajo tierra, como las lombrices y las hormigas, trabajan para abrirse paso por sus propios túneles como hacen ellos. Aunque las paredes tengan rocas para mantener la forma tubular del conducto, el paso del tiempo ha provocado que la naturaleza haya hecho crecer musgo entre las grietas conforme más alto llegan.

—Estamos cerca de la superficie, lo noto —indica Kalte sin dejar de subir, agarrándose bien a las barras metalizadas de las escaleras para no resbalarse mientras mantiene el libro sujeto en una de sus manos.

—Te sigo de cerca. —La voz de Darek procede de debajo de ella, pero parece que tan solo unos escalones de distancia los separan.

El musgo es cada vez más frondoso y, aunque las piedras luminosas ya no los acompañan en este ascenso, para un vampiro eso no supone un problema. Kalte se da cuenta de que las escaleras cesan de forma repentina. Pero aunque quisiera, ella tampoco puede seguir subiendo. Algo se lo impide.

Enlaza el brazo con el que sujeta el libro al metal del escalón más alto para poder sujetarse sin perder el equilibrio. Alza la otra mano sobre su cabeza. Puede posarla sobre una superficie que parece madera húmeda y, con fuerza, empuja hacia arriba. La madera cede ante el movimiento de la vampiresa, hace un chirrido parecido al de una puerta oxidada y se abre hasta dejar a la vista la copa del árbol que los había abducido hasta el centro de la tierra, y, más allá, el cielo estrellado.

Con una sonrisa en el rostro, Kalte continúa subiendo y estira la espalda mirando al cielo cuando al fin se encuentra con los pies sobre el césped. Dirige su mirada al agujero, esperando a que Darek haya salido para cerrar el portón cubierto de césped para camuflarlo. De pronto, un helor recorre su espalda cuando Darek, inmóvil, tan solo pronuncia una palabra.

—Kalte...

La voz de Darek baila al son de la brisa de la noche. Pero algo en su voz inquieta a Kalte. No se alarma por el hecho de que la llame, sino por cómo ha pronunciado su nombre. En su voz nota angustia, miedo, terror, preocupación... La vampiresa, que estaba centrada en la trampilla, la deja caer para que se cierre y alza la mirada muy despacio. Una sensación de horror la inunda y su *Oscurus*, que parecía haber estado ausente durante

mucho tiempo, comienza a alertarla del peligro.

Se encuentran en el mismo bosque que antes. En el mismo punto del que partieron. El gran árbol sigue dándoles cobijo, sin embargo esta vez no están solos. La cúpula de energía protectora parece haber desaparecido por completo, y ahora se enfrentan cara a cara al horror que tienen frente a ellos.

Formando un círculo alrededor del árbol, a unos diez metros de distancia, un grupo de unos cincuenta vampiros están de pie mirándolos. Son casi el doble de los que tenía bajo su mando Isabel. ¿Los vampiros de al menos dos ciudades enteras reunidos en el mismo sitio? O tal vez vengan por orden de un regente muy poderoso. Pero únicamente los Cormanii tienen tanto poder. Los vampiros, algunos trajeados y otros con ropa de cuero oscura, no se ocultan en el bosque, al contrario. Los estaban esperando. Mientras observa la atroz imagen, Kalte se abraza fuertemente al libro.

No hay salida. Están totalmente rodeados y sin escapatoria.

—¡Kalte! ¡Cuidado! —La expresión de terror de Darek ahora va dirigida en su dirección.

Asustada, y con toda la velocidad que su cuerpo le permite, Kalte se da la vuelta para ver la razón por la que Darek la advierte. Un dolor punzante en el pecho hace que sus fuerzas desaparezcan al instante. La vampiresa mira la cara de un completo desconocido mientras la mantiene aferrada en sus brazos, y la albina, sin fuerza alguna, se deja caer.

No es un dolor como el que sintió en la pelea en el nido de Isabel. Es más bien un dolor que se irradia desde dentro y se extiende hacia su piel, secándola lentamente desde el interior. Siente que su cuerpo empieza a perder toda la tonificación y flexibilidad, y comienza a pesarle como una piedra que la arrastra a las profundidades del oscuro océano. Con las pocas fuerzas que le quedan durante los últimos segundos, se mira al pecho y ve una estaca de madera clavada en su corazón. A su agresor no le ha costado el más mínimo esfuerzo darle caza. Con dificultad, ve que una mujer le asesta el mismo destino a Darek, que cae al suelo en el mismo instante en el que la punta de la madera toca su corazón.

El vampiro que ha estacado a Kalte suelta a la vampiresa cuando otro vampiro se acerca para cargar con su cuerpo. El primero se agacha para coger el libro que se había resbalado de entre los dedos de la albina.

—Dulces sueños, niña. Me llevo esto.

El dolor que le produce su cuerpo petrificado comienza a desaparecer al mismo tiempo que su consciencia la abandona, acabando por caer en el letargo y quedando a merced de sus raptos.

Capítulo 24

Palacio de cristal

Sangre. Es en lo único que Kalte puede pensar. Aún no es capaz de mover su pesado y dolorido cuerpo. Ni siquiera es capaz de abrir los ojos. Pero si siente el hambre es porque está recuperando la consciencia. Demasiado lentamente para lo que le gustaría. Le cuesta recordar lo que ha pasado, o siquiera plantearse dónde está.

Su cuerpo, rígido como una tabla y pesado como un saco de mil rocas, no es capaz ni de mover un dedo. Una sensación de angustia la domina. Quiere despertar, pero no puede. Es una sensación que tan solo ha vivido en otras ocasiones cuando, siendo humana, sufría parálisis del sueño en medio de una de sus pesadillas.

Es una sensación de terror en la que sabes que estás en peligro, tumbado sobre tu cama y, consciente de que estás dormido, quieres despertar. Quieres moverte para huir, o defenderte. Pero nada de eso llega. Tu cuerpo está paralizado mientras el horror que te acecha se aproxima. Y, aunque intentes gritar para pedir ayuda o quieras encender una luz que te reconforte de la espantosa sensación de desasosiego y miedo, no lo consigues.

Pero esto no es un sueño donde sabes que tarde o temprano vas a despertar. Los recuerdos acuden a la mente de Kalte a medida que su cuerpo va adquiriendo algo de movilidad. Como si pesasen cientos de kilos cada uno, es capaz de mover con extrema dificultad un par de dedos de una mano. Es como si estuviese despertando de un coma profundo. Demasiado

lentamente.

Percibe que está tumbada sobre una superficie blanda, tal vez una cama, pero su mente, espesa, no puede estar segura de nada. Una constante quemazón se centra en su pecho, pero no es un ardor cálido: es un escozor como el que se siente cuando desinfectas una herida que intentas cerrar. Emplea las pocas energías que tiene en intentar despertar. Siente un hambre voraz. Como si no se hubiese alimentado en días.

Al fin, aunque su almidonado cuerpo no es capaz de moverse más allá de lo que lo han hecho sus dedos, consigue abrir sus pesados párpados después de lo que le parece un sueño eterno. Con dolor de ojos, intenta acostumbrarse al estridente brillo de las luces blancas que iluminan la sala. Trata de pestañear un par de veces. No lo hace para hidratar sus córneas, sino para adaptarse a esa luz tan molesta y para demostrar al resto de su cuerpo que es capaz de moverse.

Después de eso, parece notar su cuerpo cada vez un poquito más liviano, pero no lo suficiente como para moverse sin dificultad. Su cabeza está abotargada, pero el dolor y el hambre son evidentes. No ha sido una pesadilla. Algo no fue bien anoche. Ahora sabe que sí ha sido real. Que le clavaron una estaca en el corazón al salir del árbol con Darek y, ahora siente como su cuerpo tumbado necesita ejercer un esfuerzo herculino para tratar de incorporarse para sentarse. Quiere ver dónde se encuentra, además de comprobar si Darek está en la misma sala.

Con la ayuda de las manos y con una extrema dificultad, consigue acabar sentada con las piernas extendidas sobre la superficie plana y mullida. La luz quirúrgica de la habitación no le ayuda a ver qué la rodea. Todo está demasiado claro. Siente que está en el centro de una nube. Se frota los ojos con dificultad y pestañea de nuevo. De repente una sensación de horror la recorre de arriba abajo.

Al mirar sus pies extendidos sobre lo que parece una cama, no reconoce sus zapatos. Con la mirada, recorre de forma ascendente su cuerpo y agarra sus ropas completamente horrorizada.

Sus pies están cubiertos por unos calcetines tobilleros blancos con un bordado de gasa semitranslúcida que se anudan en la parte frontal en forma de lazo pomposo y perfecto, y, sobre ellos, unos zapatos blancos de tacón abiertos por la punta con plataforma. El tacón es grueso y, aunque son unos

zapatos altos, le confieren un aspecto infantil. Debajo de los calcetines cortos, unas medias blancas casi transparentes se alzan por sus piernas hasta las rodillas, donde la costura, en forma de dobladillo blanco casi opaco, pone fin a la seda. Las medias tienen unos bordados con forma de florecitas pequeñas y blancas dispersas por todo el tejido.

Kalte acaricia la tela a la misma velocidad que sus ojos la inspeccionan sin poder creer lo que está viendo. Con suavidad, agarra el fleco superior de la falda de su vestido. Es un vestido blanco puro con pocos, sutiles y muy dispersados puntitos grises, casi blancos, que le llega un palmo y medio por encima de las rodillas. En la parte baja está llena de bordados y flecos tan blancos como sus zapatos, que le dan el volumen característico del vestido de una muñeca de porcelana o una lolita. Un par de lazos enormes, colocados a la altura de cada extremo de su cadera, decoran el bajo de su vestido hasta la cintura, donde empieza el corpiño del vestido. El contorno de sus caderas está enmarcado con lazos de seda que se anudan en la parte delantera y trasera de su torso, como un corsé, dejando sus pechos con una forma redonda gracias a la curvatura que forman los pliegues verticales de la seda que culmina en unos tirantes anchos hechos de encaje. Para cubrir sus brazos y hombros, lleva una torera que le llega hasta el pecho de una tela semitransparente que se anuda en la zona alta de su cuello con un enorme lazo victoriano, culminado con un broche plateado en el centro del lazo. Las mangas transparentes son ceñidas hasta un par de dedos por encima del codo, donde se abren en campana, para acabar a la altura de sus nudillos llenos de bordados de encaje blanco opaco.

Sin entender nada de lo que está pasando, la vampiresa alza las manos hacia la cabeza, donde nota la tirantez de su pelo. Un grito ahogado amenaza con salir de su garganta, pero la abrumadora sensación de no entender lo que está pasando se lo impide. Tiene el pelo recogido en dos coletas altas que cuelgan a ambos lados de su cabeza. Su pelo, normalmente liso, está ondulado en tirabuzones grandes y decorados con un lazo que, aunque no lo vea, podría adivinar que es blanco. Entonces, sentada con las manos sobre sus coletas, mira al fin a su alrededor. Está en una habitación que se asemeja a la de una niña. Una princesa de un palacio blanco donde sus padres están obsesionados con el puro color de la nieve. Todo lo que le rodea es de ese color. Allá donde mire, no ve más que cosas blancas y llenas de lazos, pelo

de peluche y flecos.

Está sentada en una cama con una colcha de plumón, blanca y lisa, pero con los bordes que cuelgan más allá de la cama punteados con encaje. El cabecero, con una forma rococó, está almohadillado con capitoné con un material blanco semiperlado y unos engarces de brillantes hacen que el material forme unos rombos. Unas telas blancas semicopadas cuelgan de los lados del dosel de la cama.

Unos jarrones de cristal con formas talladas y rosas blancas decoran la superficie de dos mesitas de noche también blancas con patas largas y curvadas victorianas que están a ambos lados de la cama. Por el olor, Kalte diría que son rosas naturales. Cojines con borlas en las esquinas, alfombra de pelo blanco a los pies de la cama, una lámpara con forma acampanada que le recuerda al lirio de los valles, y las paredes... no son blancas, ni tienen papel pintado con grabados infantiles como el resto de la habitación. Nada de eso. Son cristales. Y, más allá, tan solo puede ver oscuridad.

Todo parece sacado de una casita de muñecas, y ella parece la estrella en este escenario. No puede creer que esto no sea un sueño. Y una sensación de asco la inunda, y su deseo de salir de esta sala se acrecienta en su pecho.

Al fin, el cuerpo de Kalte responde y consigue levantarse. Se siente rígida y hambrienta, pero ya puede moverse. Con movimientos agarrotados, se pone en pie sobre la alfombra que cubre toda la habitación y, aunque suele preferir no llevar tacones altos, con estos no le resulta difícil andar. Un espejo de pie que mide un metro setenta está situado junto a una cómoda, a un lado de la cama. Y, la vampiresa, algo confundida, trata de aguzar sus sentidos para analizar lo que pueda estar pasando aquí. Se acerca al espejo. La imagen que ve es peor de lo que imaginaba. El reflejo que ve es el de ella, pero no lo parece. La han disfrazado de muñequita. Incluso su maquillaje, que siempre es oscuro y con los labios muy marcados de rojo sangre, ahora están pintados con un carmín rosa pálido y brillante, con las mejillas sonrosadas y un maquillaje de ojos sutil que tan solo destaca por el rímel que alarga sus pestañas.

—Pero ¿qué coño...? —Su voz parece salir de su garganta algo oxidada y rasposa mientras examina su reflejo en el espejo. Lo que ve es una muñequita de porcelana. Toda su esencia, todo lo que ella representa para sí misma, no está. Ahora es lo que un enfermo ha querido hacer con ella.

Kalte toca el espejo sin dar crédito a lo que ve en el espejo. No soporta mirarse ni un segundo más. Se acerca al cristal que actúa de pared detrás del espejo. Kalte acerca su rostro al máximo y se pone las manos a modo de visera para evitar el reflejo de la luz en el reflectante material y tratar de ver qué hay al otro lado, pero no consigue distinguir nada que reconozca. Tampoco tiene energía para usar sus habilidades de localización. Un vampiro solo puede usarlas con el poder de la ingesta de sangre, y Kalte tiene la sensación de no haber comido en muchas noches.

Con una necesidad imperiosa de salir de aquí, se mueve por la sala como un animal salvaje enjaulado. Abre los cajones de las cómodas, de las mesitas de noche, pero nada. Todo está vacío, como si este lugar no se hubiese creado para ser habitado, sino para aparentar, como un escenario de una obra de teatro.

Una rabia incontenible crece dentro de la vampiresa, que, harta de este lugar y estas ropas, se coge una de las mangas con la intención de arrancársela y empezar a hacer polvo su vestido. Pero, en el momento en que se dispone a tirar, una voz anuncia la presencia de alguien más aquí.

—Yo no haría eso. —La voz suena por un interfono que no alcanza a localizar. Al mirar por todas partes para hallar la fuente del sonido, se percata de que la parte superior de la habitación también es de cristal y tiene forma de cúpula—. Estás muy guapa, y me enfadaría ver cómo lo echas a perder.

La voz parece venir de todas partes y de ningún sitio en concreto. ¿Acaso esta cúpula actúa con la acústica de un teatro? ¿O es un altavoz enorme? Kalte gira el rostro hacia una luz que se enciende en la parte oscura de forma abrupta. Un cálido y dorado destello alumbra tímidamente una parte del exterior de la cristalera en la que se encuentra encerrada la vampiresa. Kalte necesita saber qué se encuentra en ese punto y, con cautela, se acerca al cristal por la parte más cercana al sutil foco de luz. Una sensación de horror le hiela la sangre al reconocer a su apresor.

—Thomas... —La perplejidad con la que Kalte observa al Príncipe de Boston debe de ser muy evidente, ya que el vampiro sonríe al oír su nombre.

—Mi bello unicornio, al fin has despertado. —La voz del vampiro es suave y confiada. Sus ojos no se apartan de la muchacha.

Está sentado en un sofá de cuero negro, con un traje de chaqueta tan

perfecto como el de la noche en que se conocieron. Sigue emanando la misma aura terrorífica que se aprecia a simple vista, incluso aunque un muro de cristal la separe de él. Su cuerpo posa confiado y relajado como un modelo, con la espalda sobre el respaldo del sofá biplaza, que actúa como soporte de su codo izquierdo para dejar caer la mano relajada hacia abajo. Tiene las piernas cruzadas de modo que su tobillo derecho descansa sobre la rodilla izquierda. Con la mano libre, la derecha, sujeta una estaca manchada de sangre que está lamiendo. Su semblante es jocoso y siniestro. En sus ojos se percibe que está disfrutando enormemente, ya sea por las vistas como por la sangre que está catando.

—Eres una delicia—. Un escalofrío recorre el cuerpo de Kalte al oír esa frase. La idea de que esa estaca que está lamiendo sea la que tenía ella clavada hace que el terror aumente.

Kalte se mira el pecho, donde debería estar el orificio de la estaca clavada, pero ya no se aprecia. Una herida como la que tenía solo sana con el tiempo, pasando muchas noches, o alimentándose hasta la saciedad de sangre, pero el hambre que siente Kalte no le da a entender que la han alimentado. Ha debido tardar mucho en despertar... y que posiblemente la hayan cambiado de ropa mientras lo hacía. La idea de que el Príncipe pudiera estar mirando en ese momento es algo que quiere apartar de sus pensamientos. Para ella, el desnudo es algo natural, incluso un arma de seducción durante la caza, pero en este secuestro odiaría saber que el rubio ha disfrutado con las vistas.

—¿Qué es todo esto? —Consigue preguntar a duras penas, intentando olvidar el terror que siente con su sola presencia.

Una sonrisa sensual domina el rostro del vampiro, que se pone en pie tras dejar la estaca aún manchada con la sangre de Kalte. Se acerca con un caminar seguro, echándose las solapas de la chaqueta hacia los lados como el que ondea una capa y, se mete todos los dedos excepto los pulgares en los bolsillos del pantalón. Sus ojos claros como el cielo se mantienen clavados en la menuda vampiresa.

—¿Qué necesita un atleta para sus trofeos? —El rostro de Thomas parece muy concentrado y divertido con ver a Kalte así, entornando la cabeza con un gesto casi inapreciable. Tal vez para estudiar a la muchacha.

Incómoda y asustada, Kalte intenta mantener la compostura. La ropa con

la que la han disfrazado y el decorado de este lugar, a juego con su tez más pálida de lo habitual y su cabello blanco... parece un escenario montado especialmente para ella.

—Una vitrina. —El hilo de sus pensamientos pronuncia la conclusión a la que llega en modo de respuesta a la pregunta del Príncipe, lo que le hace sonreír.

—No me llaman «el Coleccionista» por nada —sentencia Thomas.

El vampiro saca la mano izquierda de su bolsillo y apoya el puño en el cristal para posar su frente sobre él y, así, verla más de cerca. Thomas cruza sus piernas a la altura de los tobillos y mantiene una posición confiada y serena.

Aunque Kalte está atemorizada por tenerlo tan cerca, consigue mantener la compostura y no moverse del sitio donde se ha quedado clavada. Estar encerrada en esta jaula de cristal frente a él está siendo un tormento, y no quiere ni pensar en la posibilidad de que se vaya a quedar aquí durante toda la eternidad.

—Sácame, Thomas. Nos fuimos de la ciudad. Has roto tu palabra. — Kalte apoya ambas manos sobre el cristal, frente a él.

—Vaya con mi pequeño unicornio... Esta es la segunda vez que me llamas por mi nombre de pila... —protesta, serio pero dulce.— Me parece que voy a tener que castigarte si no me tratas con más respeto. —El Príncipe se echa para atrás para mirarla con más perspectiva.

—Rompiste tu palabra —insiste Kalte—. ¿Dónde está Da...?

La vampiresa enmudece cuando empieza a caer una especie de nieve en polvo del techo, pero no cae sobre ella, se mantiene en el cristal. Al observarlo con detenimiento, se percató de que el cristal es de doble panel y, por eso, pueden simular que está nevando. Claramente molesta, Kalte fulmina con los ojos a Thomas, que alza la vista hacia arriba con un mando en la mano. Está disfrutando.

—Maldita sea, ¿es una broma? ¿Me has metido en una bola de nieve gigante? —Kalte siente rabia, hambre y necesidad de salir de aquí. En el cristal curvado, aprecia una puerta del mismo material cerca del cabezal de la cama, pero no tiene pomo ni nada con lo que pueda abrir, así que comienza a darle golpes con las manos para intentar forzarla—. ¡Sácame! —exclama Kalte sin cesar en su ataque contra la puerta sin mover un ápice la sellada

entrada o salida.

—¡Basta! —Un grito que paraliza por completo los agresivos movimientos de la vampiresa resuena en toda la sala y hace eco dentro de la cúpula en la que pretenden mantenerla cautiva.

Thomas «el Coleccionista», claramente enfadado, ahora está frente a Kalte. Aterrorizada y asustada de verle tan cerca, recula hacia atrás, tropezando con la alfombra y cayendo al suelo de culo. El miedo se ha metido hasta lo más profundo de su ser. Aunque tiene ganas de llorar como una niña pequeña, tan solo permanece inmóvil como un animal herido con la vista clavada en el cazador que quiere acabar con ella. La mera presencia de Thomas es aterradora, pero cuando está enfadado, es la peor de las pesadillas.

Tras unos segundos, el Príncipe, aparentemente más calmado, se repeina la rubia cabellera hacia atrás con ambas manos y vuelve su mirada cristalina a la albina.

—No eres el primer trofeo peleón que tengo y por eso me gusta dejaros encerrados, pero, en tu caso, te he despertado por algo. —Thomas se dirige hacia la puerta de cristal y se pone frente al contorno rayado que insinúa la apertura de la cúpula—. Vas a venir conmigo, y te aconsejo que seas buenecita.

Aunque su tono de voz es calmado, para Kalte ha sido una amenaza siniestra. Imagina que no tiene forma de huir de él. Una vampiresa con el cabello largo y negro con las puntas teñidas de rojo se acerca a Thomas por detrás. Viste un mono de látex negro de manga larga, pero abierto por el escote hasta el ombligo, dejando ver claramente la forma de su cuerpo femenino y bien entallado. Al otro lado del Príncipe, aparece otro vampiro moreno con melena larga. Su semblante es fuerte y serio, y viste con ropas negra que cubren lo que parece un cuerpo lleno de cicatrices, ya que algunas se asoman por su cuello.

—Sorgin y Ancor van a acompañarnos —comenta el líder de Boston mientras usa el mando con el que activó la nieve para accionar la puerta, que se abre de forma futurista ante los ojos de Kalte.

Lo que deseaba con todo su ser es algo que ahora le aterroriza. Sí, la cúpula está abierta, pero en este momento está a merced del loco coleccionista.

Capítulo 25

Toque gélido

La vampiresa alta y morena se acerca para vendarle los ojos a la pequeña Kalte, que sigue disfrazada como una muñequita de porcelana. Tiene la orden de levantarse y comenzar a caminar, aunque no es capaz de hacerlo, y sigue sentada en el suelo con las manos apoyadas tras ella. Como un animalito indefenso y atemorizado. El terror la tiene paralizada. Nunca se había sentido tan sola y tan impotente ante la debilidad de no poder defenderse de sus captores. Dos fuertes manos la agarran por los brazos, clavando sus dedos sobre su clara piel, y la alzan con la facilidad con la que se levanta una pluma. Y de la forma en la que la mantienen sujeta, sus brazos permanecen estirados como los mástiles de una bandera, y con ellos la sujetan en el aire.

Kalte siente que sus pies dejan de estar en contacto en el suelo y, sin dejarla descender para caminar por sí misma, comienzan a avanzar por un camino que podría llevarla a cualquier parte. Kalte, con poca energía para usar sus sentidos a pleno rendimiento, intenta aguzar el oído y su sentido de la orientación para tratar de memorizar el camino que vayan a tomar.

Los pasos de los tres vampiros suenan con cierto eco en la sala hasta que el ruido de una puerta indica que van a salir de allí. Tras cerrarla a su paso, el camino que les espera es largo. Un pasillo con moqueta. Un giro a la derecha. Más pasillo con moqueta. Escaleras hacia abajo, tal vez unos quince escalones. Giro de ciento ochenta grados y otro descenso por escaleras. Otros

quince peldaños. Ese proceso se repite seis veces en total, lo que la lleva a pensar que están en un edificio alto y han debido de bajar unos tres pisos. Si no es eso, están yendo a un sótano muy profundo. Después de caminar un poco más, se paran en seco para esperar algo. Kalte cuenta diez segundos y un pitido como una campana, rápido y agudo, anuncia la llegada de lo que parece un ascensor. Se adentran en él.

El sonido de una cadena metalizada al estirarse seguido de una especie de lector de código de barras hace que su descenso se reinicie, y bajan más todavía. Son ocho segundos con un hilo musical relajante propio de un asilo de ancianos. A juzgar por la velocidad a la que descienden, podría tratarse de un edificio de dos a ocho pisos. Ella no nota mucho movimiento ni traqueteo, por lo que debe de tratarse de un ascensor moderno y eso significa que no puede estar segura de la cantidad de pisos que descienden en realidad. De nuevo, la campanita que anuncia la apertura de las puertas y, con un sonido metalizado, se deslizan para salir del habitáculo. Siguen caminando, pero ahora los pasos suenan diferentes. Esta vez son pasos que chocan contra un suelo enlosado, y el olor a sangre se hace más intenso a medida que se acercan a algún punto de la sala. Ese olor... Aunque esté mezclado con otro, Kalte lo reconoce enseguida.

—¿Darek? —pregunta justo antes de que la lancen al suelo. La caída, aunque ha sido inesperada, apenas le ha dolido. Sus reflejos estaban alerta para apoyar las manos antes de caer de bruces.

Un tirón del lazo que anuda la cinta que cubre sus ojos hace que al fin pueda ver. Odia tener los sentidos aletargados y no poder utilizar otros medios para contrarrestar el trato recibido por sus captores. Con presteza, busca la fuente del olor a Darek. Ahí está, atado en la pared por las muñecas con cadenas gruesas como un brazo humano, manteniéndole los brazos alzados y extendidos algo más altos que en la posición de crucifixión. Ríos de sangre cubren su torso desnudo, y su melena castaña cae en cascada, tapándole el rostro mientras tiene la cabeza relajada hacia delante por su propio peso. Las heridas que cubren todo su cuerpo parecen abiertas y no haber empezado a cicatrizar. Cerca de él, atado en una silla metalizada por el torso, los tobillos y con las manos a la espalda, está Bobby.

—¿Qué coño has hecho?! —Grita Kalte, de rodillas en el suelo, intuyendo cómo han pasado sus compañeros las noches que ella ha estado

inconsciente.

Busca a Thomas con la mirada y sus ojos se clavan en él. Ahí está. Se encuentran en una sala fría y luminosa. No es la típica cámara de torturas que uno puede encontrar diversos instrumentos de tortura, sangre por el suelo creando charcos coagulados, desechos humanos y suciedad por todas partes difícil de ver por la oscuridad de la sala. Al contrario. Es limpia, clara, bastante espaciosa. Está organizada con mesas llenas de recipientes que un laboratorio químico de gran presupuesto podría utilizar en sus investigaciones contra alguna enfermedad pandémica.

Hay cámaras de video vigilancia grabando todo el laboratorio con un suave vaivén. A unos metros, hay unos pequeños habitáculos herméticos empotrados en el muro, con la pared frontal de un cristal parecido al de la cúpula en la que estaba encerrada. No albergan nada en su interior, pero algo en esos pequeños cubículos le dice que podrían actuar tanto como celdas con una pared de cristal blindado, como de cámara frigorífica de preparados que necesiten una temperatura gélida.

Las cadenas que sujetan a Darek parecen de un metal muy resistente, tal vez de acero templado, y las únicas manchas que hay en toda la sala son las gotas de sangre del vampiro que caen sobre el claro y brillante suelo.

—¡Suéltalos joder! —vuelve a gritar Kalte, dedicándole una mirada cargada de odio a Thomas, que se encuentra sentado sobre una mesa del laboratorio. A su lado, destaca un único objeto con aspecto antiguo que rompe la sintonía de toda la sala: su libro.

—Mis chicos me han contado que salisteis de debajo de la tierra con esto. Y que te aferrabas a él como una niña que abraza a su peluche por las noches —comienza a hablar Thomas, ignorando las exigencias de Kalte, mientras airea la mano para que los vampiros que trabajan para él se marchen de la sala.

Kalte se gira y ve que, tras ella, al menos ocho vampiros desalojan los laboratorios, entre ellos los que la trajeron auestas. Los únicos que se quedan son dos vampiros que podrían ser los guardianes personales del Príncipe. Mientras los demás secuaces se marchan, Kalte ve cómo se suben en el ascensor y uno de ellos se saca una tarjeta del bolsillo para pasarla por un lector. ¡Bingo! Eso es lo que escuchó que activaba el ascensor, y es lo que necesitan para salir de ahí. Todavía de rodillas, alza la vista para fijar su

atención en el gobernante de Boston, que parece tener intención de seguir hablando.

—Y cuando buscaron la trampilla por la que todos ellos os vieron salir, ninguno fue capaz de encontrarla... —Sus manos están apoyadas sobre la mesa, a la altura de sus caderas, como un profesor que flirtea con una alumna—. ¿Me lo puedes explicar? —Sus ojos azules miran con curiosidad a la vampiresa.

—No soy una lombriz de tierra ni un topo. No sé moverme por debajo de la tierra y hacer trampillas mágicas. —Kalte lo mira fijamente, aunque siente terror de que pueda contraatacarla. Pero si la ha vestido así y la ha conservado como una muñeca, algo le dice que no va a matarla si no es por una buena razón.

—Es curioso que tu Pequeño dijese algo parecido. —El Príncipe alza una mano y chasquea con facilidad sus dedos.

Horrorizada ante lo que puede ser una orden de ejecución, Kalte se gira hacia Darek y Bobby. Los únicos guardias que quedan con ellos desatan a los dos vampiros malheridos y los arrastran hasta donde está ella.

—Ya has jugado con ellos, déjalos marchar... —suplica Kalte al ver cómo Darek apenas se mueve.

Ambos permanecen sujetos por los gorilas del Príncipe. Darek parece moverse a duras penas, pero no consigue alzar la cabeza para mirarla. Y Bobby no está mucho mejor. De cerca, aprecia que la camisa de cuadrados rojos y negros, abierta y con una camiseta que antes sería blanca, ahora está completamente teñida de rojo. Si lo piensa bien, ahora ellos son la única familia que le queda. Darek, de su existencia como vampiresa, y Bobby, el único lazo que tiene con su familia de cuando era humana. Y ambos están aquí por ella.

—No he empezado a jugar aún, pequeño unicornio. —El vampiro se separa de la mesa para agacharse frente a ella y alzarle el mentón para verla bien—. Cada vez que te veo, me alegro más de tenerte en mi colección. —Sonríe de forma lasciva.

—¿Y por qué a mí? —pregunta Kalte en un susurro sin mover un ápice su postura. Sus ojos grises se mantienen clavados en los azules del gobernador, que arquea una ceja al escucharla.

—¿No lo sabes? —pregunta, incrédulo, escudriñando el rostro de Kalte,

que parece indicarle que no conoce la respuesta—. No lo sabes... —Acaba por reírse a carcajadas.

Thomas se pone de nuevo en pie y la mira con soberbia desde una posición de poder.

—Tú, mi unicornio, eres un espécimen escaso en este mundo. —Vuelve a apoyarse sobre la mesa, como el profesor lascivo—. Los vampiros somos la evolución del ser humano —explica, sin apartar la mirada de su nueva muñequita—. Cuando un vampiro da muerte a un humano con la intención de convertirlo, pueden pasar dos cosas: que tenga éxito y vuelva a nosotros como un no muerto o que fracase en el intento y el humano muera de forma definitiva. —Thomas alza dos dedos de su mano apuntando al techo y, con la otra mano, coge su dedo índice—. Si eres del primer grupo, que aguantas la transformación de forma fácil y sin problemas, es que en ti ya moraba cierta oscuridad y sucumbir a ella no era difícil —explica—. Por eso, los vampiros buscamos a una víctima con una maldad potencial en su interior. Un buen pupilo al que guiar en el camino de la noche. —Con la misma teatralidad, los dedos que sujetaban su índice pasan al dedo corazón que apuntaba al cielo e indicaba el segundo grupo—. Si, por el contrario, el humano muere, significa que la luz que vivía en su interior era tan fuerte que no toleraba la oscuridad de la noche en su ser. No era corruptible.

El Príncipe vuelve a bajar ambos brazos y sonrío a la vampiresa con una siniestra picardía para continuar con su explicación.

—Bien, digamos que esa Luz tan fuerte la encontramos con un porcentaje muy, muy, muy pequeño de ocasiones. —El Príncipe va marcado una distancia con su dedo índice y pulgar, que se va a acortando con cada énfasis, hasta quedar a una distancia de apenas unos milímetros el uno del otro. —Es como encontrar un grano de arena hecho de diamante puro en un océano. —El vampiro mira a Kalte con fascinación—. Y si juntásemos esos pequeños diamantes para convertirlos a todos a la vez en preciosas criaturas de la noche, son tan puros que en escasas ocasiones alguno consigue sobrevivir a ello.

Thomas hace una pausa sin apartar la mirada de la muchacha mientras se acaricia el mentón. Vuelve a sonreír con una expresión de gozo ante la atención que ahora le presta Kalte.

—Pues, eso nos da un reducido número de humanos cargados de Luz que

resisten a la transformación vampírica y, hasta ahora, por lo que sé, solo se ha dado este caso en cinco ocasiones a lo largo de nuestra existencia. Obviamente, todos acabaron muertos porque vuestro Oscurus acaba por consumiros... —La mirada de Thomas se torna completamente maliciosa—. Y supongo que ya sabes lo que pasa cuando el Oscurus domina al vampiro, ¿no? —El Príncipe aplaude mientras ríe ante la perplejidad de Kalte, gozando enormemente de su terrorífica clase magistral.

—Se convierten en Gules... —susurra Kalte con un temor en su voz claro. No es capaz de asimilar a lo que se enfrenta y a la idea de acabar así. Si deja a su Oscurus vencerla... su final será temible. Y tan solo la simple idea la atemoriza.

¿Va a acabar siendo como uno de ellos? ¿Ese ha sido el destino de los humanos de Luz que aceptaron a la Oscuridad durante la conversión? La mera idea de suicidarse para evitar ese final es inútil. Los vampiros no pueden hacerlo. Es parte de su maldición eterna.

Kalte le da vueltas a toda la información que Thomas le ha proporcionado. Si lo que dice es verdad, y si es cierto que su familia era un linaje de la Luz como le dijo Bobby, ¿estaba destinada a morir en la conversión? ¿Por eso Bobby se sorprendió tanto al verla convertida en vampiro? Demasiada información de golpe. Pero eso quiere decir que, si ella es una de los supervivientes, puede que haya más como ella. ¿Otros cinco? Kalte clava la mirada en el suelo mientras piensa a toda prisa, acto que Thomas aprovecha para seguir con su monólogo, disfrutando de la cara de terror de la vampiresa.

—Exacto. —Una sonrisa sacada del mismo infierno dibuja el rostro del Príncipe. —Gules... ¿Y ya has visto lo que hacen? ¿Has visto lo que son? —El vampiro, con un claro gozo en sus palabras, gira el rostro para observar minuciosamente el miedo en los ojos de Kalte—. ¿Te da miedo poder acabar así? —pregunta con una voz falsamente lastimera. Como el niño que pone pucheros a un hermano tan solo para hacerle rabiar.

Al ver que la vampiresa no reacciona, saborea el incómodo silencio que se crea durante unos largos segundos. Tras lo que rompe de nuevo el silencio que les rodea.

—Así que volviendo al tema... Ya podrás imaginar los rasgos distintivos que tienen esos cinco al haber aceptado la conversión. —Kalte vuelve a alzar

la vista, atónita y muda—. Pérdida de pigmentación en el cabello... —Kalte lleva una mano a una de sus coletas—. Tez más pálida de lo habitual y una piel más fría que el mismísimo hielo... —Kalte se toca el rostro de forma casi inconsciente. —Y lo más importante, un Oscurus más poderoso que en un vampiro medio. Y eso, mi hermosa Kalte, no es bueno para quien lo lleva dentro... —Una sonrisa vuelve a rizar los labios del Príncipe.

Kalte entiende por fin sus brotes de ira, su cambio físico ante la conversión vampírica, su tacto gélido como el peor de los inviernos, y que en realidad...

—Debería estar muerta... —susurra al saber que no debería haber sobrevivido a la conversión vampírica. —Yo deseaba morir, y no lo hice... —Kalte clava los ojos en Thomas con la expresión de haber encontrado una epifanía en su interior—. No debería haberlo conseguido... —dice con la voz más alta para que pueda oírla.

—Pero lo hiciste. —El Coleccionista sonrío con picardía—. Y la verdad es que yo me alegro. Es muy difícil encontrar a un vampiro como tú. Prácticamente sois seres mitológicos, como los unicornios. Mágicos y místicos.

Un sonido llama la atención de Kalte. Un gemido de desaprobación. Al girarse, la vampiresa ve que tanto Bobby como Darek se mueven trabajosamente sin apartar la mirada de la escena que han presenciado. No sabe si total o parcial, pero Bobby expresa con su mirada un pesar como el de un padre que lamenta no haber protegido mejor a su hija. Así que el gemido que le ha llamado la atención parece haber provenido de él.

En cambio Darek tiene un gesto inmutable. Sus ojos se posan sobre la vampiresa unos instantes, pero no parece estar aliviado de que esté bien, ni tranquilo de saber que está aquí con él. Al contrario. La mirada que le dedica es fría y distante como nunca antes había visto en él. Pero ha sido ella quien le ha traído hasta aquí para acabar siendo torturado, así que puede entenderlo. Al menos ahora está de pie junto a Bobby, ambos sujetos por la espalda por los guardaespaldas de Thomas.

—Y ahora, he tenido que despertarte de tu nuevo hogar porque necesito información. Esto... —Thomas propicia un par de golpecitos con el dedo índice al libro de Kalte, que reposa sobre la mesa a unos centímetros del gobernante de Boston—. Llevamos noches enteras torturando a estos dos

para sacarles información, pero nos hemos dado cuenta de que es indescifrable.

Thomas se pone en pie y se acerca a la vampiresa, que sigue arrodillada frente a él. Acerca una mano a una de las coletas de la muchacha para abrirse paso hasta la marca de su cuello. Con suavidad, un escalofrío la recorre de arriba abajo cuando el vampiro pasea su mano por la marca de nacimiento de Kalte.

—Hasta que vimos esto.

En un acto reflejo, Kalte se lleva la mano a su cuello para taparse la marca que ha quedado expuesta por culpa de ese maldito peinado de muñeca de porcelana.

—Ahora me vas a contar lo que quiero saber. Eres un coleccionable que venía con un coleccionable de regalo. Y lo quiero—sentencia el gobernante de Boston. Un aura terrorífica emana de él y petrifica a Kalte.

Pese a todo, no piensa hablar. Si su familia murió por este libro, y aunque ella ya no sea una humana que pueda continuar con su legado, no permitirá que hayan muerto en vano. Son emociones quizá demasiado humanas para una vampiresa, pero este psicópata le ha hecho odiar la mera idea de permitir que se salga con la suya.

Aterrorizada por la presencia siniestra del vampiro, niega con la cabeza, luchando por contrarrestar su miedo con determinación.

—No sé qué contiene ese libro. No he tenido tiempo de examinarlo, al contrario que tú, por lo que veo—. Kalte, que no se atreve a levantarse, sabe que tiene un as en la manga. Ella es única. Y eso le da cierta ventaja con el Coleccionista.

Kalte alza las manos a una velocidad extremadamente lenta, mostrando las palmas desnudas y con los dedos extendidos. Es el gesto que haría un mago para que vieras que no oculta nada en las mangas. Y, al llegar a la altura de su cabeza, tira de los extremos de los lazos que anudan sus coletas. Su pelo ondulado por los tirabuzones cae en cascada sobre sus hombros. Quiere volver a ser ella, algo que no parece gustarle al Príncipe.

—¡Maldita niñata! —El vampiro se lanza contra ella para cogerla del cuello y levantarla en el aire. Queda colgada con la ligereza de una pluma, sin importarle lo más mínimo el gélido contacto del cuello de Kalte con su mano—. Vas a hablar, y después te van a arreglar el estropicio que acabas de

hacerte para que podamos clavarte la estaca de nuevo. —Los ojos azules llenos de rabia del Príncipe se vuelven de un azul oscuro—. No vais a salir de aquí.

Apretándola más del cuello, se la acerca a los ojos. Aun así, sigue sin tocar con la punta de los pies al suelo.

—Tú no vas a salir de aquí... —añade el gobernador de la ciudad antes de dedicarle una furtiva mirada a Bobby y a Darek para volver a los ojos grises de Kalte—. Ellos, sin embargo, sí van a abandonarnos, pero para siempre... —sentencia lleno de ira mientras Kalte agarra las manos del Príncipe para sujetarse a modo defensivo.

—¡Suéltala!— Con una clara dificultad en su voz, Bobby intenta hacerse escuchar, pero el vampiro que lo sujeta le da un golpe para obligarlo a callar de nuevo.

Kalte le dedica una expresión de molestia al Príncipe. Dado que es una vampira, no podrá ahogarla, pero al agarrarla de esta forma, la dominación sobre ella es clara. La tiene sujeta como si fuese una diminuta criatura que, por mucho que patease, no sería capaz más que de golpear el aire en vano.

El frío empieza a extenderse por el cuerpo de Kalte. Su *Oscurus*, indómito, parece querer controlarla. Pero ella le tiene miedo ahora. Dejarse arrastrar por su Oscuridad solo puede acabar abocándola a formar parte del ejército de los Gules si no tiene cuidado, pero en esta ocasión está incontrolable. Los zarcillos de fría oscuridad avanzan por el interior de su pecho y se expanden a lo largo de sus brazos.

—Vas a hablar, ¡ahora! —grita el Príncipe mientras la zarandea en el aire.

En cuanto la ira de Thomas estalla, sus vasallos agarran por la cabeza a Bobby y a Darek, amenazando con arrancárselas de cuajo. Kalte no puede permitirlo. Se niega a acabar sus noches aquí, y su *Oscurus* también.

—¡¡Habla!! —Grita de nuevo el Príncipe, acercando aún más hacia su rostro a Kalte.

Una energía que desconoce hace que el miedo de Kalte desaparezca durante unos segundos. Con una expresión de seguridad, clava su mirada en el vampiro, que la mantiene cogida por el cuello en el aire, y lleva sus manos hacia el rostro del Príncipe.

En cuanto las yemas de sus dedos entran en contacto con la piel del

gobernador, una expresión de terror se dibuja en su cara varonil. Sus ojos, cristalinos y abiertos de par en par, parecen sorprendidos por lo que siente. Kalte percibe que, en los puntos donde sus dedos tocan las mejillas de Thomas, un calor extremo se adentra a través de su piel como cuchillos de fuego. Como si una transferencia de energía se estuviera dando entre ambos cuerpos con el puente conductor en sus yemas. No sabe si el escaso calor del vampiro entra en ella, o si un extremo frío suyo propio se está adentrando en él, pero tan solo unos segundos después, las piernas del gobernador acaban por ceder.

Un golpe seco resuena en la sala al chocar las rodillas del Príncipe contra el suelo. Sometido ante Kalte, la vampiresa mantiene sus dedos de ambas manos sobre la tez del gobernador y alienada de sí misma, se pone en pie frente a él sin soltarle el rostro con todo el deseo de su corazón de acabar con él. Desea que muera.

Kalte siente que deja de controlarse de forma consciente, pero sigue siendo ella. Es una sensación comparable a la de estar bajo el agua, aislado del mundo. Oyes a los demás niños chapotear, reír, jugar y hablar en la superficie, pero de una forma lejana. Y, sin embargo, sumergido en la calma del agua, estás en paz, concentrado en ti, en tu cuerpo, en el frescor del agua, en los latidos de tu corazón humano que se aceleran ante la falta de aire. De esa forma, la vampiresa, centrada en el contacto con la piel de Thomas, oye el eco de golpes de lucha a su espalda. Sin duda son los torturadores de Darek y Bobby, pero si suena a batalla es porque los vampiros están oponiendo resistencia.

Thomas, inmobilizado, comienza a empalidecer más aún, adquiriendo un color con matices azulados que se asemeja al de la congelación de carne.

Algo en ella desea dar el siguiente paso. Algo en ella quiere que acabe con él. Algo en ella pide solo una cosa: Sangre.

Sin darle tiempo a su parte más consciente, se lanza al cuello de Thomas para clavar sus colmillos retráctiles y agujerear su gélida piel. Está completamente helado, algo que no había notado mientras le agarraba con las manos, y seguramente por eso está paralizado. Por eso habrá notado el calor en sus dedos. ¿Lo habrá absorbido? Jamás había hecho algo así, por lo que no puede estar segura.

Comienza a succionar la sangre del cuello de Thomas. De estar más

preocupada por lo que le rodea, esperaría que los guardias, que ahora están en silencio, se lanzasen contra ella para quitar de encima a su jefe de esta sanguijuela, pero no,. Pero nada de eso ocurre, tan solo el silencio es el único compañero del delicioso sabor de un vampiro tan antiguo.

A diferencia de lo que hizo con Darek, Kalte bebe cada vez con más furia, dejando que su Oscurus sacie su necesidad de Sangre. Siente que no ha comido en semanas, que tiene hambre, y que el inmóvil y congelado Thomas le está recargando las energías de una forma extrema. Nadie cargaría la batería de un juguete con una pila de uranio del tamaño de un edificio de veinte pisos. Y ese desbordamiento de energía comienza a quemar en el interior de Kalte.

Con cada sorbo, se siente más fuerte, más imparable, más imbatible, más indestructible, y, con cada gota, más difícil le resulta sorber de Thomas. Su cuerpo inerte parece cada vez más seco ante el mordisco de Kalte.

Lo que antes era una piel suave y perfecta, ahora comienza a agrietarse y a envejecer a una velocidad pasmosa. Su cuerpo joven ha pasado a ser el de un hombre de una edad avanzada. Tras unos segundos, su aspecto se sigue marchitando hasta ser un anciano, después un cuerpo muerto... Pero una de las peores fases por las que pasa, es la del estado de descomposición donde las cuencas de los ojos comienzan a consumirse y, en las zonas donde hay músculos, como en su cuerpo y sus mejillas, comienza a disecarse y a retraerse.

Con ello, Kalte succiona más y más con la ansiedad de un animal hambriento. La sangre de Thomas mancha sus labios, su mentón, sus mejillas, su cuello y su vestido blanco.

La última gota de sangre que consigue probar Kalte hace que empuje el cuerpo de Thomas, quien, al verse consumido por completo, desaparece en una nube de polvo de huesos oculta bajo el caro traje de chaqueta que vestía.

Kalte, cargada con una energía oscura y maldita, se gira, encorvada y jadeante hacia donde estaban Darek y Bobby, y los ve sorprendidos. Bobby parece un maestro domador de leones que le indica a Darek, posando la mano en el pecho del joven como si fuese su aprendiz, que deben abandonar la estancia poco a poco, sin llamar la atención porque el león se ha escapado de su celda. Lentamente, dan pasos hacia atrás para acercarse al ascensor con extrema cautela.

Kalte no entiende lo que pasa. Busca con la mirada a los agresores que tenían presos a ambos vampiros, y tan solo ve indicios que apuntan a que han acabado muertos.

—Esper... —Algo dentro de Kalte le provoca una sensación abrupta, parecida a la de una arcada, que consigue que la petición que hacía a sus aliados quede interrumpida.

Kalte se encorva hacia delante al sentir un dolor punzante en el pecho. Asustada, mira a los vampiros que se han quedado quietos observándola. Bobby está llamando al ascensor con una presteza ansiosa, pero no parece funcionar, y Darek tan solo la mira, ahora sí, mostrando preocupación.

Otro coletazo de dolor abrumba a Kalte. El dolor que siente es comparable a tener una granada avispa en tu corazón y que estalle, lanzando perdigones de agujas al resto de tu cuerpo.

—¡Ahhhh! —Grita la vampiresa al sentir cómo esa metralla empieza a deslizarse por sus venas.

Los zarcillos de su Oscurus, antes etéreos o representativos, parecen haberse solidificado para expandirse como un parásito por su interior.

—¡¡Joder!! —El dolor hace que la vampiresa se tire al suelo de rodillas y apoye la cabeza en el suelo, tratando de encorvarse para apaliar esa horrible sensación, pero no lo consigue.

Los zarcillos cada vez avanzan con mayor rapidez desde su corazón al resto de extremidades. Con una mano, trata de apretarse el brazo contrario para intentar frenarlo, pero no puede. Los zarcillos ya están en sus manos. Su cuerpo tembloroso trata de controlarse mientras que su mente lucha por no colapsar. No está sola. Hay algo en su cuerpo con ella. Nota su presencia oscura.

—¡¡No puedo!! ¡¡Joder!! —Grita desconsolada mientras Bobby mira a todas partes al ver que el ascensor no se abre, seguramente buscando otra salida.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡No te quedes quieto! —Bobby zarandea a Darek, que mantiene los ojos horrorizados clavados en su Dome.

Ambos vampiros intentan buscar otra forma de escapar mientras Kalte sigue gritando. Sus jadeos pasan de ser los de un lobo fiero a un rinoceronte furioso, con una voz gutural y siniestra.

—¡¡Ahhhhh!! —Un calambre horrible le hace estirar el cuello con un

gesto casi espasmódico, alzando la vista hacia los vampiros ansiosos por escapar al sentir cómo los zarcillos, densos como gruesas agujas de tricotar, llegan hasta su cabeza y se clavan en su cerebro y en sus ojos.

—Mierda...Kalte... —susurra horrorizado Darek ante la visión que está presenciando.

La vampiresa, arrodillada como un animal furioso, está cubierta de ríos negros y serpenteantes que tiñen la piel de su cuerpo y rostro. El pelo, ondeante de forma ingrávida, permite ver su siniestra cara. Sus ojos, completamente negros, dejan salir por sus párpados volutas de humo negro ondeantes y amenazantes como serpientes a punto de atacar. Sigue jadeando con la vista centrada en ellos, focalizándoles sin perder detalle de si se mueven o no, dispuesta a lanzarse al ataque y acabar con ellos.

La Oscuridad casi se ha apoderado de ella por completo, pero un brillo metalizado capta su visión periférica. La oscura Kalte mira hacia el objeto y ve la tarjeta de Thomas, enganchada en una cadena que tenía sujeta al bolsillo interior de su chaqueta. Con la última fuerza de voluntad que es capaz de encontrar en su interior antes de dejarse dominar por su Oscurus, arranca la tarjeta del ascensor del Príncipe y se la lanza con fuerza a los vampiros.

No puede controlarlo más. Va a dejar de ser ella, y lo único que desea es correr a destruirles. Un segundo más... Debe aguantar solo un instante. El último segundo que invierte en algo bueno.

—¡Corred!— Grita en cuanto la tarjeta, que salió volando en la dirección de los vampiros, cae a sus pies, consciente de que en cuanto lo haga, su Oscurus, su versión de Kalte Oscura se va a lanzar a por ellos sin importar quiénes sean y con el simple y banal deseo de matarlos por diversión.

Epílogo

Frenesi

Jadeante, el cuerpo de Kalte, dominado por su Oscurus, fija su mirada en los vampiros, que consiguen activar el ascensor con la tarjeta de Thomas. Con una fuerza que jamás había tenido antes, la vampiresa, carente de autocontrol, se lanza como una bestia desenfrenada para darles caza. Si los coge no será para dejarlos de una pieza.

Se lanza en un esprint vampírico que la deja a las puertas del ascensor, que se cierran en sus narices.

Aún puedo olerlos.

El Oscurus se ha apoderado de la mente de Kalte, que descansa inconsciente y perdida por la inmensidad de su mente.

El cuerpo de la vampiresa obedece a su nuevo dueño. El Oscurus alza su rostro y lo mueve con un ligero zarandeo para captar hasta el último ápice de olor de la sangre que mancha los cuerpos y las ropas de sus próximas víctimas, tal y como haría un animal que olfatea el aire en busca de su presa. La Oscuridad que la controla disfruta de ese olor como si se alimentase de él.

Están subiendo.

Con un puñetazo potente y decidido, clava su brazo justo en el punto donde las puertas del ascensor se juntan entre sí para cerrarse. Al sacarlo, posa con rapidez las manos a cada lado y, como un preso que intenta forzar los barrotes de su celda, abre las puertas para asomarse al interior oscuro que aloja la cabina del ascensor.

No es difícil manejar tu cuerpo. Me lo pones fácil. Te has rendido a mí por completo, ¿verdad?

Mira hacia arriba con los ojos completamente bañados de negro, sin poder distinguir el iris de la córnea. Las volutas de Oscuridad bailan como lágrimas de un humo siniestro que sale de sus párpados y flotan y ascienden sin cesar su movimiento. Con una expresión de concentración, el Oscurus entrecierra la mirada mientras una media sonrisa de pesadilla se dibuja en sus carnosos labios.

¿Aún están subiendo? Están jodidos...

De un salto, se lanza hacia el interior del hueco del ascensor y se cuelga en uno de los cables que se elevan, a la vez que los vampiros gracias a las grúas internas. El vestido y su larga melena blanca se ciñen a su cuerpo, cubierto por ríos negros de la Oscuridad que la controla, ondeando como la capa de un superhéroe cada vez con más velocidad.

Pero el Oscurus no está conforme con eso. A pesar de estar subiendo a la misma velocidad que la cabina, comienza a trepar por el cable de forma frenética, sin apenas resistencia o esfuerzo en su avance.

Los huelo... casi los tenemos... ya son míos...

Su ansia por atraparlos se acrecienta en su interior al ver que se aproxima rápidamente a la cabina del ascensor y puede oler la sangre más y más cerca. Su deseo de darles caza, de acabar con ellos, de torturarlos, triturarlos, desmembrarlos y despellejarlos es cada vez más irrefrenable.

De forma súbita, el ascensor detiene su recorrido hacia la salida. El Oscurus, que se encuentra a poca distancia para alcanzarles, acelera en su escalada de forma aún más frenética para no perderlos.

No voy a dejar que escapen... ¡¡Son míos!!

Cuando está a un metro de la cabina, con un movimiento fluido que no detiene su marcha, se agarra fijamente al cable con la fuerza de ambas manos. Subiendo el tronco de su cuerpo como un gimnasta perfectamente entrenado, impulsa sus piernas hacia arriba para golpear con fuerza el suelo de la cabina del ascensor, que actúa de techo para ella.

Al primer golpe con ambas piernas, el suelo se abolla ligeramente. Al segundo, comienza a adoptar una forma cóncava muy pronunciada.

El olor a sangre... se está alejando.

¡Pero no tienen adónde huir!

Al tercer impacto, más fuerte todavía, el suelo amenaza con ceder, y, al cuarto, una pequeña grieta, ancha como el dedo meñique, se rasga por la presión.

Un foco de luz tímido se cuele por la diminuta ranura y el olor a sangre parece perder intensidad con cada segundo que pasa. Pero ahora algo más ha captado la atención del Oscurus.

Son nuestros. Pero no solo ellos.

Huele...

¿Notas que hay más vampiros?

Saben que estamos aquí y apestan a miedo...

Me gusta.

Una sonrisa maliciosa aparece en el rostro de Kalte por deseo del Oscurus. Vuelve a bajar las piernas para quedar colgada de una forma vertical natural, y, de repente, comienza a desintegrarse desde la punta de los pies en un cúmulo de volutas de humo, ascendiendo hasta sus rodillas como un papel, dejándose vencer por el fuego.

Sereno, el Oscurus cierra los ojos y abre sus brazos en forma de cruz, controlando cada vez mejor el cuerpo de Kalte, que subyace cada vez más a la Oscuridad que la domina. Aunque podría parecer que va a caer, su cuerpo suspendido en el aire levita.

Vas a ver de lo que soy capaz...

Un humo negro como el de las volutas que hondean por su cuerpo hace desaparecer por completo sus piernas, después su torso, sus brazos y, por último, su rostro, quedando de ella tan solo ese humo denso y negro como el azabache.

Al otro lado, unos diez vampiros armados están preparados para el ataque a la salida del ascensor. Ninguno se mueve. Todos se mantienen con los ojos clavados en el interior de la cabina, que ahora queda visible por la apertura de las puertas.

La luz clara parpadea, y un humo negro comienza a ascender por la rendija del suelo del ascensor. Cada vez, más cantidad de humo, que se condensa como una nube de maldad, aglomerándose y tomando una forma humanoide frente a sus ojos. Y, tal y como se desintegró, el cuerpo de Kalte vuelve a materializarse, empezando por los pies y subiendo hacia la cabeza.

—¡Alto! —grita uno de los guardias del Príncipe, alzando su arma al ver a Kalte completamente formada y con una sonrisa infernal frente a ellos. Todos los demás vampiros imitan a su líder simultáneamente, en un movimiento casi militar.

Ante sus ojos tienen a una vampiresa menuda, pálida como la nieve, con la piel invadida por surcos negros como el tizón, ojos completamente dominados por la Oscuridad como los de un demonio con volutas de humo siniestro saliendo de ellos. El vestido de muñeca, que estaba impoluto hasta hace unos momentos, ahora está rasgado y cubierto de grasa y sangre. La vampiresa se mantiene de pie, inmutable, salvo por una sonrisa de pura maldad en su rostro.

Al fin me has dejado entrar y controlar tus estúpidas emociones. No temas. El dolor, el miedo, la rabia... ya no son cosas que deban preocuparte. Estoy aquí, siempre contigo, para hacer de ti un ser de la noche digno de mi poder. Solo si te dejas llevar por mi dominio podrás entender lo magnífica que puedes llegar a ser.

¿Sientes la sed se sangre? La quieres. La necesitas. La deseas.

Estos vampiros no son rival para nosotros. Nos temen. Ya ves que no saben qué hacer. ¿Alguna vez te habías sentido tan poderosa? ¿Lo notas?

Placer. Poder. Gloria.

No hace falta que decidas. Lo hago yo por ti. Yo te dirijo. Eres mía. Siempre lo has sido. Pero ahora me has abierto la puerta hacia el control absoluto de ti. Te voy a demostrar de lo que soy capaz.

No temas. Estos gilipollas están muertos.

Igual que todo lo que encontremos a nuestro paso.

Relájate y disfruta.

El Oscurus abre los brazos de Kalte en forma de cruz con las palmas de las manos hacia el cielo y, con un gesto sereno, alza el rostro, entregada al mal. Una corriente de energía negra e infernal recorre el cuerpo de la vampiresa, recargando en ella toda la Oscuridad que alberga en su interior. La ira y la soledad son sus armas y, como una supernova, el cuerpo de Kalte parece destellar y emanar ondas de humo de forma más violenta. El Oscurus tiene ahora todo el poder de los sentimientos muertos de la vampiresa dormida en su interior.

Con un gesto seco y rápido, Kalte baja la mirada llena de odio hacia los

vampiros, que siguen con las armas apuntando hacia ella. Su pelo blanco levita y ondea como serpientes albinas acariciadas por las volutas de Oscuridad.

Con sus próximas víctimas focalizadas y su cuerpo listo para el ataque, los labios de Kalte se rizan en una sonrisa perturbadora e inhumana.

Es hora de matar.

Agradecimientos

Quiero agradecerle a mi grupo de amigos que me ayudó en su día a consolidarme como narradora y roleadora. He aprendido mucho de ellos y he crecido como contadora de historias.

También quiero agradecerle a mi editorial, ya que ha sido una experiencia maravillosa trabajar con ellos. Han confiado en mi como autora, y sin cortarme las alas.

A mi editora, Cristina, que ha estado conmigo codo con codo en momentos duros y en momentos de gozo. La emoción por este libro que me ha hecho notar me hace pensar que las dos lloraremos juntas al ver nacer a Kalte.

A mi familia, que ha estado pendiente y deseosa de que este día llegase desde que les comuniqué la noticia de que este libro iba a ser publicado. Y que sé, que aunque el trasfondo vampírico no es el que suelen elegir, mi libro van a leerlo con cariño y lo van a atesorar en sus bibliotecas.

Pero mi agradecimiento especial es para el amor de mi vida. El compañero con el que comparto mis días. Aunque no gocemos de la eternidad como los vampiros, sí sé que es un compañero recurrente entre las diferentes vidas. Él ha hecho de editor, de psicólogo, de animador, de amigo, de confidente, de compañero creativo, de fomentador de energía. Sin él, el libro que tienes en las manos hoy no sería el mismo.

Gracias.

Sobre la autora



Lili Cross, nacida en Alicante en 1986, es un alma curiosa que ama las aventuras y los nuevos retos. A pesar de haber cursado la carrera de Enfermería, haberse dedicado a esa profesión durante años y haberla combinado con su vida como youtuber, en su interior buscaba algo más. Mucho tiempo ha pasado desde que empezó a cultivar la idea de su primera novela, Kalte, que por fin ha visto la luz el mismo día de su cumpleaños. Una

fecha especial que marca un antes y un después para esta joven escritora.



REBECCA DONOVAN

SERIE BREATHING I

Una razón
para respirar

OZ
EDITORIAL

Una razón para respirar (Breathing 1)

Donovan, Rebecca

9788416224968

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando la esperanza es un frágil hilo, el amor es un milagro Emma Thomas es una estudiante modelo y una atleta prodigiosa, pero también es una chica taciturna y solitaria que esconde un gran secreto. Su vida no es tan perfecta como parece. Mientras los chicos de su edad se divierten, ella cuenta los días que faltan para irse a la universidad y huir de la casa de sus tíos, donde vive un infierno. Pero lo que Emma no esperaba era encontrar el amor. Un amor tan intenso que pondrá su vida patas arriba. Y, entonces, esconder su secreto ya no será tan fácil."Una serie desgarradora pero llena de esperanza que me ha cautivado de principio a fin."Colleen Hoover, autora best seller del New York Times"Una lectura intensa, emocionante y maravillosa."Megan J. Smith, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)

BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES

JESSICA SORENSEN

La coincidencia de
Callie y Kayden

La coincidencia de Callie y Kayden (La coincidencia 1)

Sorensen, Jessica

9788416224029

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Callie nunca ha creído en la suerte. No desde que cumplió 12 años, cuando todo le fue arrebatado. Después de que pasara lo peor, prometió que nunca se lo contaría a nadie. Ahora, seis años después, todavía lucha contra ese doloroso recuerdo que amenaza con consumirla. Para Kayden, la única manera de sobrevivir a los maltratos de su padre es obedecer. Pero una noche, un terrible error está a punto de destrozar su vida y Callie aparece a tiempo para evitar que caiga en el abismo. Cuando el destino les hace coincidir de nuevo en la universidad, Kayden está decidido a conocer a la preciosa chica que le salvó. Tranquila y reservada, Callie tiene miedo de dejar que otra persona entre en su mundo, pero Kayden está convencido de que Callie ha vuelto a su vida por un motivo. Sin embargo, esta vez es ella quien necesita ser salvada.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

TABITHA SUZUMA



¿CÓMO ALGO TAN MALO PUEDE HACERNOS SENTIR TAN BIEN?



Prohibido

Suzuma, Tabitha

9788416224104

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"No podemos, si empezamos, ¿cómo vamos a pararlo?" Lochan y Maya de diecisiete años, siempre se han sentido más amigos que hermanos. Ante la incapacidad de una madre alcohólica y la ausencia de un padre que los abandonó, deben hacerse cargo de sus hermanos menores y esconder su situación a los servicios sociales. Esa responsabilidad les ha unido, tanto, que se han enamorado. Saben que su relación está mal y que no puede continuar, pero al mismo tiempo no pueden controlar sus emociones y la atracción les domina. Su amor es un amor prohibido, y si alguien descubre su secreto, no habrá un final feliz para ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

KELLY ORAM
AUTORA BEST SELLER

cinder
ella



OZ
EDITORIAL

Cinder y Ella

Oram, Kelly

9788416224890

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué harías si tu mejor amigo virtual fuese una estrella de Hollywood? Ellamara vive en Boston con su madre, está en su último año de instituto y le encantan los libros de fantasía, en especial la saga de Las crónicas de Cinder. Eso la llevó a abrir un blog donde reseña libros y películas. El día de su cumpleaños, Ella sufre un grave accidente que tendrá profundas consecuencias en su vida. Brian Oliver es el actor de moda de Hollywood. Tiene legiones de seguidores y, para que alcance los galardones más preciados del cine, sus representantes deciden organizar un falso romance con Kaylee, su compañera de reparto. Todo va según lo previsto hasta que Brian recibe un correo electrónico de una vieja amiga a la que conoció por internet... "Una historia muy completa. En nada, Dreamworks hará una adaptación cinematográfica de esta novela." Anna Katmore, autora de *Juega conmigo* y *Neverland* "Pura perfección. Una historia magnífica de una joven que se enfrenta a la adversidad, y un romance a la altura del clásico que evoca, Cenicienta." Young Adult Books Central

[Cómpralo y empieza a leer](#)

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

JESSICA SORENSEN



El secreto de
Callie y Kayden

El secreto de Callie y Kayden (La coincidencia 2)

Sorensen, Jessica

9788416224128

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Crees que el amor puede salvarte la vida? Callie quiere estar cerca de Kayden. Quiere volver a besarle y perderse entre sus brazos como la primera vez que estuvieron juntos. No entiende por qué ahora se ha alejado, pero hará todo lo posible para volver con él. Kayden está loco por Callie, la pequeña chica morena que acapara todos sus pensamientos. No sabe cómo enfrentarse al hecho de querer tanto a alguien y eso le asusta. Es incapaz de ser sólo su amigo y no sabe si está preparado para algo más. Tendrá que ser ella quien le haga ver que su destino es estar unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

